Tom Sharpe

Lo peor de cada casa

Traducción de Javier Calzada

Título de la edición original:
The Midden

1

La ambición de Timothy Bright era hacer fortuna. Lo habían educado en la creencia de que todos los Bright la habían hecho y le parecía de lo más natural suponer que ése era también su destino. Siempre había vivido rodeado de las pruebas de éxitos familiares: las casas que habitaban todos los Bright que conocía, los muebles de esas casas, los terrenos en que se asentaban con sus jardines ornamentales, los retratos de sus antepasados Bright en las paredes de las mansiones Bright y, sobre todo, las historias que contaban los Bright acerca de sus ascendientes, cuyas gestas a lo largo de siglos les habían valido amasar las riquezas que permitían a los Bright contemporáneos vivir tan confortablemente. Timothy no se cansaba nunca de oír esas historias. No es que captara siempre su intríngulis... Ni que le dieran la más mínima luz acerca de por qué los Bright del siglo XX, y en particular la generación de su padre, no habían hecho prácticamente nada para aumentar o, como mínimo, mantener aquellas riquezas. En realidad, el haber frecuentado la escuela pública y la vanidosa presunción que esta circunstancia engendrara en ellos contribuyeron en gran medida a derrochar los recursos e influencias familiares. Tampoco habían prestado al país ningún servicio digno de mención malgastando la vida por él. Mientras que los antiguos e influyentes Bright habían dedicado sus singulares dotes políticas a establecer las condiciones que hicieran casi inevitables las guerras, los miembros más jóvenes de la familia se habían dejado matar valerosa y neciamente en los campos de batalla. No podía decirse con certeza que esto hubiera sido malo para las finanzas de la familia pero, en todo caso, lo que no habrían conseguido las guerras ni su predilección por jugar a los soldados y derribar aviones en vez de dedicarse a pensar y a trabajar, lo consiguieron los impuestos sucesorios y la indolente estupidez.

Todo esto son consideraciones que jamás se había planteado Timothy Bright. Alguna vez había oído quejarse a una o dos tías suyas, vejestorios, de que las cosas ya no eran como en los tiempos en que, por lo visto, cada casa tenía un mayordomo como Dios manda y un nutrido servicio doméstico, pero la observación no había despertado su interés. Porque lo cierto es que los pocos sirvientes que había podido ver ocasionalmente tomando el sol en la cerca del precioso huertecillo del tío Fergus, junto a la puerta de la vieja cocina de Drumstruthie, no le habían llamado jamás la atención. Y no era de extrañar. El resto de la familia desaprobaba al tío Fergus. Era un Bright extravagante y muy rico. Gracias a una vida de abnegado servicio en diversas malsanas y baratas partes del mundo —había sido vicecónsul en Timor Occidental e incluso se pensó en él para el puesto de gobernador en las Malvinas—, Fergus Bright se había librado de compartir los fiascos financieros de sus hermanos y primos. Su último cargo de administrador del Manicomio Real de Kettering había sido muy lucrativo y la discreción mantenida con respecto a los excelentemente relacionados pacientes del centro le resultó muy remuneradora. A pesar de lo cual, y tal vez a causa de su

extraña parsimonia, a Timothy le habían presentado siempre al tío Fergus como un ejemplo de cargante rectitud y de los peligros sociales derivados de una buena educación.

«El tío Fergus se licenció con sobresaliente en Oxford», le gustaba decir a la tía Annie para fastidiar a sus hermanos y verse recompensada al instante con la observación: «¡Y mira de qué le ha servido: para que lo mandaran a Timor!», gritada por los otros Bright, de los que sólo unos pocos habían ido a la universidad.

Así que, a pesar de la fortuna que le permitía mantener su finca de Drumstruthie, el ejemplo del tío Fergus era negativo, y a Timothy lo habían animado a imitar a sus tíos Harry, Wedgewood y Lambkin, que jugaban al polo los tres, practicaban el tiro y la caza, eran socios de los más distinguidos clubes de Londres, hablaban de lo bien que les había ido con las pequeñas guerras de tal o cual parte del mundo y parecían vivir muy desahogadamente sin tener que preocuparse del dinero.

—No acabo de entenderlo, papá —le había dicho Timothy a su padre cierto día que habían ido a Dilly Dell para ver cómo el viejo Og, el guarda, entrenaba a su nuevo hurón metiéndolo en una madriguera artificial a perseguir a un conejillo casero porque, como el viejo Og explicaba: «Con esto de la *miquimausetosis,* ya no hay auténticos conejos por aquí; así que me las he de apañar con uno que he mercao en la tienda, ya ven». Que esto sí lo había entendido Timothy Bright.

—Pero lo que no entiendo es eso del dinero, papá —insistió mientras el hurón se metía por el agujero—. ¿Para qué sirve el dinero?

Bletchley Bright había apartado por un momento sus ojos saltones de aquel mundo ficticio de la falsa madriguera y había estudiado un instante a su hijo antes de retornar a cosas más importantes como conejos en vías de extinción. No estaba completamente seguro de que la pregunta de Timothy fuera procedente.

—¿Que para qué sirve el dinero? —repitió titubeante, sólo para que el viejo Og respondiera por él.

—Pa gastarlo, señorito Timothy —dijo éste, y soltó una grosera risotada que, como su arcaico y rústico lenguaje, le había costado un montón de práctica—. Pa gastarlo los fulanos que lo tienen, y p'afanarlo los que no.

—Sí, bueno... Supongo que es un punto de vista —dijo Bletchley dubitativo. Su única actividad de servicio público era la de juez de paz en Voleney Hatch. El debate se vio interrumpido por la aparición del joven hurón con el hocico ensangrentado.

—Va a ser una joya, ¿a que sí? —exclamó el viejo Og cariñosamente, y al punto recibió un mordisco en el pulgar por aquel desliz. Reprimiendo el impulso de espetar algo más apropiado que «¡Cágüenla!», y enzurronando al bicho en el bolsillo de su chaquetón, salió a toda prisa en dirección al supermercado del pueblo en busca de tiritas, dejando que padre e hijo se encaminaran a casa, donde les aguardaba una buena merienda.

—Mira, hijo mío —comenzó Bletchley cuando hubieron andado un centenar de metros y pudo, finalmente, ordenar sus ideas—. El dinero es... —Hizo una pausa, buscando inspiración en un charco embarrado—.

El dinero es..., sí, bueno..., no sé muy bien cómo explicártelo... ¡Válgame Dios! Mira... Creo que he visto una lechuza por allá, en el bosque. Sería estupendo ver una lechuza, ¿verdad, Timothy?

—Pero yo quiero saber de dónde sale el dinero —dijo Timothy, dispuesto a no dejarse distraer fácilmente por algo que no fuera poco más que un pichón.

—Ah, sí..., de dónde sale —repitió Bletchley—. Eso lo sé muy bien. Sale de lo que pagan otros, naturalmente.

—¿Qué otros, papá? ¿Gente como el viejo Og?

Bletchley sacudió la cabeza.

—No creo que el viejo Og tenga mucho dinero —dijo—. No se consigue haciendo trabajos raros y cosas así. Por supuesto que es un hombre feliz... No necesitas tener dinero para ser feliz. Supongo que ya te lo habrán enseñado en la escuela...

—El señor Habbak gana noventa y una libras a la semana —dijo Timothy—. Scobey vio su hoja de salario en su mesa, y dice que no es mucho.

—Bueno..., no..., no es gran cosa —asintió su padre—. Pero a los maestros les dan, además, la manutención y el alojamiento, y eso supone bastante, ¿sabes?

—Y yo... ¿cómo voy a conseguir dinero? No quiero ser como el señor Habback —había insistido Timothy. Y la mirada de Bletchley Bright había vagado ceñudamente por el gris paisaje invernal hasta que al fin le reveló lo que, con toda evidencia, era el secreto de la familia.

—Harás dinero teniendo un nombre —sentenció—. Y eso ocurrirá cuando cumplas veintiún años. Hasta entonces, te agradecería que no volvieras a mencionar nunca este tema del dinero. No es un asunto adecuado para un Bright de tu edad.

Desde aquel instante Timothy tuvo la convicción de que iba a hacer una fortuna porque era Timothy Bright y su apellido le daba derecho a ella. Y puesto que la cosa estaba tan segura, no tenía que preocuparse demasiado por los medios para conseguirla. Ya llegaría en su momento, de forma natural, cuando alcanzara los veintiún años y se hubiera labrado un nombre. Entre tanto, bastante tuvo con algunos de los problemas de la adolescencia para lidiar o disfrutar con ellos. Tras haber desarrollado con el viejo Og cierta afición por los deportes sangrientos, atravesó temporalmente una crisis religiosa durante (como lo llamó el capellán de la escuela, el reverendo Benedict de Cheyne, en una carta dirigida a sus padres) «el decimosexto año de su peregrinar al cielo».

«Con frecuencia encontramos que los muchachos sensibles tienden a tener fantasías de esta naturaleza —les escribió después de que Timothy hubiera decidido revelárselo todo en el transcurso de una larga plática espiritual entre ambos—. Puedo asegurarles, sin embargo, que el impulso hacia una santidad exagerada suele pasar rapidísimamente una vez que se disipa la conciencia inicial del pecado. Ni que decir tiene que, como consejero espiritual y consorte de Timothy en su peregrinaje, haré cuanto esté a mi alcance para acelerar este cambio. Pasaremos las vacaciones de Pascua en una casa de campo en Exmoor. A menudo he visto que este periodo de retiro es muy beneficioso. Su obediente siervo

en el Señor, Benedict de Cheyne».

—Debo decir que me mosquea un poco esa insistencia suya en el pecado —le comentó Bletchley a Ernestine, su mujer, después de haber leído la carta varias veces.

—¿Qué crees que irán a hacer en Exmoor? —preguntó Ernestine—. ¡Con el terrible frío que hace allí por Pascua...!

—Prefiero no pensarlo —dijo Bletchley, y salió de la habitación antes de que ella lo requiriera a dar su parecer sobre la naturaleza de las fantasías de Timothy.

Fue a encerrarse en el cuarto de baño de abajo y trató de exorcizar el recuerdo de sus propios deseos de adolescente estudiando las fotografías de una colección de trampas para topos en la revista *The Field.* Le hubiera gustado emplear una con el reverendo Benedict de Cheyne. Pero la señora Bright volvió a sacar a relucir el tema aquella noche durante la cena.

—¡Naturalmente la culpa la tiene el viejo Og! —exclamó ella mientras daban cuenta de un plato de huevos revueltos. El tenedor de Bletchley se inmovilizó en el aire.

—¿El viejo Og? ¿Qué diablos tiene que ver en esto el viejo Og?

—Timothy ha estado expuesto al... bien, digamos que a la perniciosa influencia del viejo Og —dijo Ernestine.

—¿Perniciosa influencia? ¡Bobadas! —replicó Bletchley—. El viejo Og es un hombre cabal. Deportes al aire libre y todo eso.

—Llámalos como quieras —siguió ella—. Pero, para mí, son algo muy distinto. Permitir que un muchacho sensible y delicado como Timothy haya estado expuesto a..., bueno, al viejo Og... —Se quedó contemplando su plato sin concluir la frase.

—¿Qué quieres decir con eso de expuesto? No paras de repetir esa palabra. ¿Estás sugiriendo que el viejo Og le ha mostrado a Timothy sus...? —preguntó a voz en grito Bletchley—. Porque, si es eso, ¡me cargo a ese tipo!... ¡Yo lo...!

—¡Calla, calla! —le cortó Ernestine—. Estás desvariando. No eres capaz ni de despedirlo. Lo que digo es que ese siniestro individuo colocó a Timothy ante dos terribles tentaciones. —Hizo una nueva pausa, mientras Bletchley estaba a punto de saltar de la silla—. Una fue el espectáculo de aquella horrenda bestia con el hocico manchado de sangre dando muerte a un pobre conejo.

—Bueno, tuvo que hacerlo —la interrumpió su marido—. No había conejos silvestres y tenía que entrenarlo con algo. Además, no era una bestia horrenda: se trataba de Posy, el pequeño hurón de Og.

—Todos los hurones son horrendos —declaró la señora Bright—. Y, por si eso no bastara para trastornar la mente de un niño, ¡tenía que llevarlo a una pelandusca del pueblo y exponerlo a...!

—¿A él? —preguntó Bletchley—. Conmigo no fue así. Hizo que se desnudara ella. ¡Y maciza que...! Pero, bueno..., ¿qué hay de malo en eso?

—¡Eres un hombre vil, repugnante..., un mirón impotente! No sé cómo pude casarme contigo.

Y Ernestine Bright se levantó de la mesa y subió a su cuarto.

—Yo sí lo sé —dijo Bletchley dirigiéndose al retrato de su abuelo Benjamin—. Por dinero.

Pero, a su debido tiempo, se cumplió la predicción del capellán. Timothy Bright regresó de Exmoor libre de todos aquellos sueños de una vida de religiosidad. Mostrando también una actitud distinta hacia el reverendo Benedict. En lugar de ingresar en un seminario, cursó los estudios habituales para los chicos de su clase y, en su momento, se graduó con unas notas mediocres.

—¡Adiós a tu oportunidad de ir a Cambridge, muchacho! —le dijo el tío Fergus cuando se recibieron las calificaciones. Timothy había ido a pasar el verano a Drumstruthie—. Ahora ya no hay nada que hacer. Tendrás que dedicarte a la banca. Conozco a un montón de bobos que han hecho un carrerón en la banca. Por lo visto no se necesita tener ni pizca de talento. Recuerdo que a tu tío abuelo Harold lo metieron en un banco, y te aseguro que no encontrarías mayor necio que él. Un buen tipo, sí, pero totalmente falto de las neuronas necesarias para cualquier otra tarea. Para expresarlo sin rodeos y en el lenguaje de hoy, diría que estaba tan mentalmente ido que necesitaba veinte minutos para hacerse el nudo de la corbata. Pero era la persona ideal para aquello y, como es lógico, la familia se conchabó para encaminarlo a su nueva profesión. Me parece que fue un tío de tu abuela, Charlie, quien encontró la forma de hacerlo. Debía una importante suma a cierto corredor de apuestas de Newmarket; en circunstancias normales, habría tratado de rehuirlo durante algún tiempo, pero, en vez de ello, Charlie logró que la familia aflojara la pasta necesaria e hizo un trato con el corredor: accedió a pagarle a tocateja si el hombre contrataba al tío Harold y lo introducía en el oficio. El corredor supuso que Harold era idiota, pero aceptó; y cuando consideró que Harold estaba a punto, le encontró trabajo en un banco de la City. ¡Y qué bien que lo hizo tu tío! Acabó presidiendo el Royal Western y con un gong en el despacho para llamar a la gente. Decían que tenía el don de saber lo que pensaba un individuo sólo con mirarle las manos. ¡Extraordinaria habilidad en un tipo cuya sesera no era nada del otro mundo! Me atrevo a asegurarte que te irá muy bien en la banca, y a la familia le vendría de perlas alguna ayuda financiera en estos momentos.

Inspirado por el ejemplo de su tío abuelo, Timothy Bright había tratado de convencer a su padre de que invirtiera el dinero necesario para poder ajustarlo como aprendiz con algún corredor de apuestas de Newmarket; pero lo único que obtuvo fue una negativa tajante a malgastar ni un penique.

—Has estado escuchando los disparates del tío Fergus —le reconvino Bletchley—. El tío Harold no era tan idiota como lo pinta, y lo que Fergus calla es que era un genio de las matemáticas. Ésa fue la razón de su éxito. No tuvo nada que ver con lo de mirar las manos de los clientes. Oyendo a Fergus, cualquiera diría que era una especie de trilero.

—Pero el tío Fergus dice que siempre miraba las...

—Era tan miope que ni siquiera alcanzaba a vérselas bien. Estaría tal vez aprovechando la oportunidad para calcular raíces cuadradas y esas cosas que llaman números primos. Nunca ha existido nada tan

semejante a una calculadora humana.

A pesar de lo cual, Timothy Bright siguió el ejemplo de su tío acudiendo a un gran número de carreras, en las que daba a los corredores de apuestas cantidades considerables de dinero sin aprender nada en absoluto a cambio. Aun así, entró en el mundo de las finanzas, y en su vigésimo primer cumpleaños pasó a formar parte de la nómina de suscriptores de seguros de Lloyds: a ser uno de los «nombres» de la compañía. Bletchley trató de explicarle en qué consistía el asunto.

—La cosa es... —empezó torpemente—. La cosa es que no tienes que invertir ningún dinero. Todo tu capital puede estar en inversiones, en propiedades, en lo que quieras. Supongo que algunas personas lo tienen en sociedades hipotecarias. Y cada año Lloyds te abona primas. Así de sencillo.

—¿Primas? —preguntó Timothy—. ¿Como primas de seguros quieres decir?

—Exactamente —asintió Bletchley, encantado de que el chico hubiera captado la idea tan pronto—. Como las del seguro del coche. Sólo que, a diferencia de las compañías aseguradoras, que se quedan con las primas, Lloyds las reparte entre los «nombres». Es un sistema maravillosamente justo; no sé qué habríamos hecho sin él. Lo cierto es que, hasta donde me consta, los Bright han sido «nombres» de Lloyds desde que se inventaron. Cientos de años, probablemente. Una bendición para todos nosotros.

Y con esta nota de sesgado optimismo concluyó la entrevista entre padre e hijo. Timothy Bright era un «nombre».

A los pocos años ya había conseguido labrarse una cierta reputación. Llegado a la City a principios de la década de los ochenta, su idea de que el mundo era un momio encajaba perfectamente con las miras de los que estaban entonces en el poder. Desde su puesto en el departamento de inversiones de la banca Bimburg, pronto se halló en disposición de jugar un papel de sorprendente importancia en la reestructuración del mercado de valores. Mucho antes de que el tráfico de información privilegiada se convirtiera en una práctica tan popularizada, unos cuantos corredores de bolsa con fama de poco escrupulosos —o de espabilados, según otros— habían recurrido a Timothy como intermediario, en la certeza de que podían mantener conversaciones a través de él sin que tuviera la más mínima noción de lo que se tramaba.

Fue esta envidiable reputación de discreción involuntaria lo que, más que ninguna otra virtud, lo aupó peldaño a peldaño por la escala de las inversiones bancarias. Cuando a Timothy Bright lo apremiaban a aumentar las inversiones, las aumentaba, y cuando le decían que las redujera, hacía eso mismo también. Y, como es natural, la familia Bright se benefició de su popularidad, en particular el tío Fergus, que tomaba cada dos por tres el tren nocturno desde Aberdeen simplemente para llevar a su sobrino a almorzar y preguntarle acerca de cómo le habían ido las cosas aquella semana. A la vuelta de aquellos inadvertidos interrogatorios, Drumstruthie recibía a un Fergus Bright más rico y mejor informado. Ni que decir tiene que se requerían todas las dotes de un intérprete, o incluso de un descifrador de claves secretas, para cribar

la información genuina de entre el montón de inútiles *bites* empleados para programar a Timothy; pero el esfuerzo valla ciertamente la pena, y el tío Fergus pudo adquirir a bajo precio acciones que en seguida alcanzarían cotas astronómicas, así como vender las que estaban a punto de depreciarse.

De hecho fueron las intervenciones del tío Fergus en el mercado las que determinaron, en buena parte, que a Timothy lo ascendieran del departamento de inversiones de Bimburg a la oficina de promoción de «nombres» de Lloyds. No era éste el título que tenía asignado oficialmente, y hasta su propia existencia era negada con denuedo, pero el trabajo realizado allí consistía casi enteramente en hacer correr la voz, entre los millones de propietarios recién «enriquecidos» a la sombra del thatcherismo, de que el ser un suscriptor de seguros de Lloyds tenía la ventaja de gozar de la máxima aceptación social y ser, al propio tiempo, inevitablemente rentable. Y así, mientras los precios de la vivienda se disparaban y la primera ministra cantaba los nuevos éxitos económicos de la Gran Bretaña, Timothy Bright hacía lo que le mandaban y reclutaba nuevos «nombres» que ayudarían a pagar las pérdidas previstas en indemnizaciones por asbestosis, contaminación y otras calamidades sin cuento. La vida era alegre. Se movía en un mundo de autocomplacencia y codicia socialmente bien vista. En sus clubes y en los guateques de fin de semana, en las reuniones políticas y en las cenas íntimas, se podía contar con que Timothy Bright proclamaría que la prosperidad había llegado por fin a la Gran Bretaña de la posguerra y que la primera ministra había salvado a la nación de sí misma. A cambio de esta idolatría, se veía favorecido con soplos sobre los planes de privatización y sobre las compañías que podían esperar contratos del gobierno. El caudal de aquella información supuestamente confidencial creció tan de continuo, que Fergus decidió instalarse permanentemente en un hotel de Londres, en vez de perder tantísimo tiempo en idas y venidas de Escocia. Le encantó en especial tener noticias por anticipado de la huelga de los mineros, e hizo previsiones para el porvenir invirtiendo en la empresa de Camiones Nottingham, S. L. y en sus subsidiarias dedicadas a la fabricación de repuestos.

—Un gran tipo y un buen escocés este MacGregor —comentó cuando Timothy le dijo que iban a nombrarlo para el Consejo del Carbón con el fin de sacar de sus casillas a Scargill.

Hasta Bletchley, que habitualmente se mostraba de lo más cauto en todo lo concerniente a los consejos financieros de su hijo, se sintió tentado a invertir, aunque no en nada relacionado con el carbón ni siguiendo las tortuosas previsiones tan cuidadosamente estudiadas por Fergus: tomó al pie de la letra el consejo de su hijo y perdió casi todo lo que tenía invirtiéndolo en las minas de oro canadienses.

—¡Es la última vez que le hago caso a ese tonto de capirote hijo tuyo! —le dijo a Ernestine—. El muy imbécil afirmó que el oro iba a subir de nuevo espectacularmente. Que se lo había dicho un sursuncorda del Banco de Inglaterra. ¡Y mira ahora dónde está! ¡No es extraño que el país ande manga por hombro!

—Vamos, vamos, querido —le replicaba la señora Bright—. Timothy

está haciendo una carrera brillante en opinión de todos.

¡No vayas a estropearle las cosas! Al fin y al cabo, sólo se es joven una vez.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Bletchley, y se marchó para platicar con el viejo Og, quien también pensaba que el mundo estaba hecho un tremendo lío.

—No parece tener ni una miaja de sentido —le dijo Og—. El otro día un gachó de la inspección del ministerio va y dice que tenemos que gasear a tos los tejones. Yo le explico que no hay tejones por aquí, pero ni por ésas. «Que hay que gasearlos porque están tos con la TB», insiste. Y yo me lo miro de fijo: «Oiga usté, que yo no sé ná de eso, pero que aquí no tenemos tejones. Si busca tejones, ha venido a parar usté a un sitio equivocao..., a menos que quiera gasear la brocha de afeitar del señorito, que es el único cachito de tejón que hay en varios kilómetros a la redonda».

Bletchley encontraba consuelo en las palabras del anciano. Lo devolvían a un mundo que nunca había existido, en el que los veranos eran perpetuamente soleados y nevaba cada año por Navidades.

En muchos aspectos, el mundo de Timothy Bright era tan irreal como el de los recuerdos de su padre. Pasó por la década de los ochenta dando crédito a cuanto le decían los relaciones públicas y, mientras que los políticos y hombres de negocios vivían en la esperanza de que sus declaraciones optimistas fueran a producir la prosperidad que proclamaban ya llegada, Timothy estaba realmente convencido de vivir en ella. Con la sublime ignorancia que no tiene excusa en la ley, le encantaron las alabanzas a criminales y contemporizadores como Maxwell y Ronson, y defendió el criterio de que una condena de cárcel no era obstáculo para progresar socialmente. En el mundo de Timothy nadie dimitía o era castigado por negligencia o cosas peores. La Gran Gallina cacareaba plácemes sobre la City y Maxwell tapaba la boca de sus mesuradísimos críticos con la desmesurada acusación de difamatorios y hacía cómplices de sus terribles crímenes a los jueces de Su Majestad. Timothy, entre tanto, en la gloria. Era un feliz idiota, y todos le querían. Hasta que, también de repente, se vio convertido en un maldito gorrón que no tenía un pelo de tonto.

2

Como con cualquier otra cosa de su vida, le costó algún tiempo darse cuenta de que algo iba mal. Acudía a lo que llamaba su trabajo de la misma forma que antes y frecuentaba los clubes y los bares de costumbre para exponer idénticos temas y seguir explicando a los clientes qué acciones debían comprar o vender; pero lentamente empezó a vislumbrar que las cosas habían cambiado. La gente parecía abandonar su compañía sin ninguna advertencia y cierto número de amigos a los que les había aconsejado convertirse en «nombres» de

Lloyds empezaban a reprocharle aquel consejo.

—Pero yo entonces no tenía la más mínima idea de que las cosas iban a torcerse —explicaba, para verse tachado de maldito embustero.

—Sabías, por lo menos desde 1982, que los tribunales americanos iban a conceder enormes indemnizaciones a las víctimas de la asbestosis.

—Sí, de acuerdo, lo sabía —admitía Timothy—. Pero en aquella época ignoraba qué era la asbestosis. Quiero decir, que para mí podía tratarse del sarampión o de algo benigno y por el estilo.

—Aun así, tenías conocimiento de que iban a pagarse indemnizaciones muy elevadas. ¿Y qué nos dices de la contaminación? Asististe a la reunión en que se debatió por primera vez el cochino plan de reclutar nuevos «nombres» para que ayudaran a pagar. ¡Y no nos salgas con que no estuviste! Sabemos que sí. Acudiste allí con Coletrimmer.

—Es verdad, estuve —confesaba Timothy imprudentemente—. Recuerdo la reunión, pero ni me pasó por la imaginación que las sumas fueran a ser tan elevadas. En cualquier caso, yo no te enredé para que entraras a formar parte del grupo.

—¿Que no? Entonces..., ¿cómo te las arreglaste para quedar tú al margen tan ricamente?

—Sólo hice lo que me aconsejó Coletrimmer —alegaba Timothy.

—Sí..., ¡claro! ¡Cuentos chinos! Coletrimmer está empeñado hasta los huesos, y tú tan fresco. ¿Por qué no sigues su ejemplo y te largas a algún lugar de Suramérica?

En este mundo nuevo y hostil, Timothy se encontraba cada vez más aislado. Los clubes que frecuentaba se habían convertido en focos de impopularidad que no podía afrontar y, aunque seguía saliendo con algunas amigas de los días de vino y rosas, su posición financiera estaba tan drásticamente deteriorada que no fue capaz de ofrecerles el mismo tren de vida de antes y comenzaron a distanciarse.

—¡Menudo garrapo ese Timothy Bright! —le oyó decir a una chica por la que había sentido algún afecto, mientras viajaba de pie en un tren atestado—. Antes era bastante vulgar. Pero ahora... ¡Puaj!

Para empeorar la situación, el tío Fergus renunció a sus viajes a Londres e hizo saber que no quería ver «al idiota de Timothy asomando las narices por Drumstruthie». Aquello le sentó especialmente mal al citado, porque en cierta ocasión había dado a su tío un excelente consejo advirtiéndole que probablemente iba a haber guerra en Kuwait. La culpa de todo fue aquella costumbre de Fergus de rebuscar, en el cúmulo de insensateces que Timothy solía soltar, el meollo de verdad que pudiera existir; lo que lo decidió a pensar que probablemente no estallaría la guerra... y a invertir grandes sumas en Petróleos de Irak. Las pérdidas de Fergus habían sido cuantiosas y el viejo jamás se lo perdonó a su sobrino. Así que Timothy no encontró a nadie comprensivo a quien recurrir cuando comenzaron sus propios problemas financieros. Que crecieron con alarmante rapidez. La casa que había comprado en Holland Park en pleno *boom* inmobiliario había exigido una enorme hipoteca. Al imponerse la recesión y disminuir los ingresos de su trabajo se encontró con la imposibilidad de pagar las mensualidades. Y, por si

fuera poco, se vio envuelto en el escándalo del Lloyds y debiendo centenares de miles de libras. En pocos meses, el mundo de Timothy Bright se derrumbó con él.

Fue entonces precisamente cuando recordó su vieja ambición de hacer fortuna y el método que había empleado para conseguirla su tío abuelo Harold: Timothy se interesó por las carreras de caballos y el juego. Tras perder casi todo su dinero en las carreras, se empeñó hasta las cejas y, siguiendo un sistema infalible sobre el que había leído, lo apostó todo en la ruleta del Markinkus Club. Pero la ruleta ignoró el sistema y, cuando al cabo Timothy retiró su silla para levantarse, poco pudo hacer ya excepto acompañar a dos gorilas al despacho de la dirección para, según éstos la denominaron, «echar una parrafadita con el jefe». Fue, sin embargo, algo más que una amistosa parrafadita: al abandonar el casino veinte minutos después, a Timothy Bright no le quedaba la menor duda del futuro que le aguardaba si no pagaba sus deudas en el plazo de un mes.

—Y es un trato muy generoso, muchacho —dijo el señor Markinkus, que estaba claramente efusivo—. Cuide de no rebasar el plazo de ejecución forzosa. Sí, de ejecución. ¿Lo capta?

Timothy lo había captado, y a la luz del amanecer que comenzaba a filtrarse despacio sobre Londres trató de pensar adonde podría volverse en busca de ayuda. Fue en este momento de oscuridad cuando tuvo la inspiración que iba a cambiar su vida tan radicalmente. Se acordó de su tía abuela Ermyne, que había acabado sus días completamente ida y repitiendo una y otra vez aquella admonición inolvidable: «Debes mirar siempre las cosas por su lado Bright, por su lado brillante». Timothy sólo tenía once años entonces, pero aquellas palabras repetidas como una jaculatoria por la tía Ermyne mientras la transportaban por última vez en su silla de ruedas por los pasillos de Loosemore le causaron una profunda impresión. Viendo al tío Vernon, el marido de Ermyne, excepcionalmente dicharachero, le había preguntado qué había querido decir la difunta; y el hombre, después de murmurar no sé qué acerca de unos pocos años de libertad y dicha, agarró a Timothy por la mano y lo llevó a la Gran Galería para mostrarle los retratos de la familia.

—Éstos son el lado Bright de la familia —le explicó con acentos que denotaban un culto a los antepasados—. Pues bien, cuando las cosas se ponen más negras (como, según me han dicho, ocurre justo antes de despuntar el día), hemos de mirar siempre ese lado brillante nuestro. Ahí tienes, por ejemplo, a Croker Bright, poco antes de que lo capturaran los franceses. Su fuerte fue la piratería en alta mar, y después el habitual contrabando de sedas y brandy. Los españoles le tenían pánico. Murió en 1678. Le debemos mucho, a él y a su hijo Stanhope; ése de ahí. Como ves, Stanhope Bright fue un tipo bien plantado. Era traficante de esclavos y fundó la rama de los Bright de Bristol. Dinero a espuertas. El de al lado es su primo, Blakeney Bright, más conocido como Destripaterrones Bright, aunque no por razones agrícolas, como se nos ha querido hacer creer, sino por cierto aparato que inventó de efectos devastadores; he olvidado para qué se supone que servía, pero me consta que sólo fue empleado en las minas de carbón, donde las altas tasas de siniestralidad eran perfectamente

aceptables.

Y el viejo tío Vernon había recorrido la galería cantando las virtudes de los antepasados Bright, haciendo ver a Timothy que los Bright, uno tras otro, habían amasado una fortuna a despecho de sus sorprendentes excentricidades de carácter y de las circunstancias. Incluso después de la abolición de la esclavitud, por ejemplo, el reverendo Otto Bright, del centro misionero de Zanzíbar, había realizado una notable actividad de sostenimiento económico de su Iglesia proporcionando jóvenes centroafricanos bien dotados a los exigentes jeques de la península arábiga; en tanto que su hermana Úrsula desarrollaba sus particulares tendencias femeninas persuadiendo a algunas jóvenes de Houndsditch a irse a vivir juntas en lo que llamaba «conventos seculares» creados en los puertos menos acogedores de Suramérica. Y hasta en fechas tan próximas como los años veinte, varios Bright estadounidenses, descendientes directos de Croker Bright, habían colaborado con el contrabandista y gángster Joseph Kennedy en el tráfico ilegal de licor durante la Ley Seca. El tío Vernon recordaba a algunos de ellos.

—Buenos chicos, continuadores de la tradición familiar —dijo, y citó otra antigua máxima de la familia—: «Donde hay demanda, cubrirla; y donde no la hay, crearla». Es un viejo dicho que se remonta a Enoch Bright, un contemporáneo de Adam Smith y *tory* por los cuatro costados. Ese principio constituye el meollo de la economía moderna, y la Coca-Cola es un buen ejemplo.

Ahora, en aquel gris amanecer que empezaba a iluminar Edgeware Road, Timothy recordó las palabras de su tío y trató de mirar las cosas por su lado Bright. No era fácil, pero lo hizo. Tenía aún su trabajo, por llamarlo de alguna manera, en la banca Bimburg; tenía un piso, a nombre de un amigo, en Notting Hill Gate y una moto nueva, una Suzuki 1100, en lugar de su viejo Porsche (que conservaba bien escondido en un garaje); pero, por encima de todo, tenía los contactos de la familia Bright. Éstas eran sus bazas más importantes, y se proponía jugarlas. Con su ayuda presente, y con el ejemplo de los pasados Bright para inspirarle, lograría librarse de sus momentáneas dificultades y de las amenazas del señor Markinkus, y haría fortuna. Se apresuró, pues, a regresar a su apartamento con renovado optimismo y pasó gran parte del día durmiendo.

Aquel fin de semana se devanó los sesos pensando en la línea a seguir. Tal vez si fuera a casa y le pidiera a su padre algún dinero prestado... Pero no... Lo había hecho demasiado a menudo y en la última ocasión su padre lo había amenazado con instar que lo declararan loco financiero si volvía a oírle mencionar la palabra «préstamo». Y su madre no tenía dinero que pudiera prestar. Tal vez si escribiera al tío Fergus y le dijera... Pero tampoco: el tío Fergus tenía «algo» contra el juego, y en cierta ocasión había pronunciado un tremendo sermón en su extraña iglesia presbiteriana sobre «Los infiernos del juego», que parecía ser su forma literal de entenderlo. No había absolutamente ningún miembro de la familia a quien pudiera recurrir en su apuro.

«Uno diría que debería haber alguien dispuesto a dejarme el dinero, viendo lo mucho que lo necesito», pensó amargamente.

Y entonces, el martes, cuando ya casi había dejado de pensarlo y estaba en su momento más bajo, recibió una llamada telefónica en la oficina. Era un tal Brian Smith, proponiéndole que, al marchar para casa aquella tarde, se dejara caer por el bar El Baco de Pologne Street para tomar juntos una copa.

—Pongamos a las seis y media —dijo el señor Smith, y colgó.

Timothy Bright consideró la invitación y decidió que no tenía nada que perder aceptándola..., aparte de que había algo en el tono de voz del señor Smith que le hacía considerar poco prudente un eventual rechazo. A las seis y veinticinco, pues, entró en el bar de copas, y apenas había pedido un Red Biddy cuando el barman le dijo que el señor Smith estaba aguardándole en la trastienda del establecimiento. Sin asombrarse de que el barman lo hubiera reconocido, Timothy tomó su copa y pasó al interior con ella en la mano.

—¡Ah, señor Bright! Me llamo Smith, pero puede llamarme Brian, si lo desea —le saludó un individuo cuya apariencia y voz no eran ni remotamente parecidas a las de ningún Smith, o incluso Brian, conocido de Timothy—. Ha sido usted muy amable viniendo.

—¿Cómo está usted? —dijo Timothy, tratando de guardar las formalidades.

—De puta madre —respondió el señor Smith al tiempo que le indicaba una silla al otro lado de la mesa—. Tengo entendido que a usted no le van las cosas tan bien, ¿eh?

—A nadie le van demasiado bien con esta recesión... —empezó Timothy antes de comprender que el señor Smith no hablaba en términos generales. Por lo visto estaba ocupado, además, en limpiarse las uñas con una navaja barbera. El señor Smith sonrió..., o algo así porque, en opinión de Timothy, aquello no era realmente lo que se dice una sonrisa franca.

—Bueno, bueno... Veo que nos entendemos —comentó el señor Smith al tiempo que, con un rápido ademán, partía aparentemente en dos una mosca despistada en el aire—. Usted necesita dinero y yo tengo algún dinero a su disposición. ¿Cómo le suena esto?

—Bien... —balbuceó Timothy, abrumando aún por la trágica suerte de la mosca—. Yo.., esto..., yo... Supongo que es un gesto muy amable por su parte.

—De amabilidad, nada: negocios —le corrigió el señor Smith, que ahora se miraba en un espejito y, con su ayuda, utilizaba la navaja para depilarse los pelillos de las aletas de la nariz—, ¿Le interesa el asunto?

—Bien... —respondió Timothy titubeante y deseando que el otro no blandiera la navaja con tanta despreocupación.

—Pues, entonces..., hablemos —prosiguió el señor Smith—. Usted tiene una moto, una Suzuki 1100, ¿no?

—Sí —dijo Timothy.

—¿Y tiene un tío?

—¡Hombre! Como tener, tengo unos cuantos tíos...

—Ya. Un montón de tíos. Pero tiene uno que es juez, ¿no es verdad? —le cortó el señor Smith—. El juez sir Benderby «Sanguinario» Bright... ¿Correcto?

—¡Oh, sí, el tío Benderby! —asintió Timothy, y a renglón seguido tragó saliva. El tío Benderby le inspiraba pavor.

—Su tío Benderby les hizo un regalito a unos amigos míos. Les echó quince años —prosiguió el señor Smith—. ¿Lo sabía usted? Joder!

Timothy no lo sabía, pero pudo ver que el señor Smith se acababa de hacer un corte en la nariz. La situación era de lo más desagradable.

—Lo lamento —murmuró—. Tampoco es demasiado popular en la familia.

El señor Smith se taponó la punta de la nariz con un pañuelo azul de seda y lanzó diestramente la navaja sobre la mesa, partiendo de paso un cigarro. Luego se levantó y fue al lavabo en busca de papel.

—¿Tiene su tío un yate llamado *Lex Britannicus?* —le preguntó, manteniendo un trozo de papel aplicado contra la nariz.

—Sí —confirmó Timothy, hipnotizado por aquella demostración.

—Y cada año su tío Benderby zarpa en él hacia un lugar próximo a Barcelona para pasar allí el invierno, y lo trae nuevamente a Fowey para el verano. Hasta el siguiente septiembre. ¿No es así?

—En efecto. Así mismo —confirmó Timothy—. Es un tiempo terrible para navegar..., las galernas equinocciales, ya sabe... Pero el tío Benderby dice que es la única época del año en que se puede demostrar si uno es un buen marino.

—Él sabrá..., ¿no? —dijo el señor Smith sonriendo desagradablemente. Con el papel manchado de rojo en la nariz no mejoraba nada su apariencia—. Mire... Usted y el tío Benderby deberían verse. Pronto. Nos gustaría que se subiera a su reluciente moto y fuera allí a llevarle un regalo.

—¿Un regalo para el tío Ben...?

—Exactamente. Un regalo. Lo que queremos es que... —Durante los diez minutos siguientes, Timothy Bright escuchó sus instrucciones. Eran muy claras y, para las entendederas de Timothy, no encerraban el menor atractivo.

—O sea..., ¿que quiere que tome el ferry de Plymouth a Santander con mi moto, que viaje con ella a Llafranc y me encuentre allí con alguien que me dará un objeto para meterlo en el pañol de las velas del yate del tío Benderby sin que él se entere? ¿Es eso? —preguntó al final.

—Más o menos. Salvo que quizá deba traernos alguna cosa de allí para ganarse algún dinerillo a la vuelta. Y para que sepamos que ha hecho bien el encargo.

—Pero todo esto me da mala espina, francamente —empezó a protestar Timothy..., para verse cortado en seco por su interlocutor. El señor Smith había metido la mano en un cajón de su mesa y la hacía reaparecer con un sobre.

—Échele un vistazo a este cochinillo —dijo, y sacó de dentro del sobre una fotografía en color que deslizó por la mesa. Timothy Bright miró y vio, en efecto, la imagen de algo que quizá pudiera haber sido alguna vez un cerdo. El señor Smith le dejó contemplarla a sus anchas—. O sea, que si usted quiere acabar como acaban allí los cochinillos, no tiene más que dejar de hacer lo que le digo. ¿Entendido?

—Supongo que sí —asintió Timothy, que ciertamente no tenía ningún

deseo de parecerse a aquel indescriptible lechón—. Quiero decir que sí, por supuesto. Entendido.

El señor Smith volvió a meter la fotografía en el sobre y agarró nuevamente la navaja.

—Embarcará en el ferry de Plymouth el día veinte. Eso le dará tiempo para arreglar sus vacaciones con el banco. Las tiene pendientes..., tres semanas. Y las tomará ahora.

—Me imagino. Sí, de acuerdo —convino Timothy forzando una media sonrisa. Aquel espantoso individuo parecía saberlo todo acerca de él. Era algo terriblemente inquietante y daba miedo.

—Haga como todos los buenos *yuppies* que trabajan en la bolsa: vender en mayo e irse. Aquí tiene el pasaje y dinero para los gastos. ¿Alguna cosa más?

—Creo que no.

El señor Smith empuñó otra vez la navaja, sonriendo.

—¡Oh, sí, claro que hay más! —dijo, echándose hacia adelante con la navaja—. Y conviene que no lo olvide. Es esto. —Su mano izquierda había sacado un paquete cuidadosamente envuelto en papel de estraza y atado con cordel. Lo dejó encima de la mesa, permitiendo que Timothy lo estudiara—. No le dé vueltas ni pretenda pasarse de listo. Acabará como los cochinillos, no lo dude. Debe entregar este paquete al tal Pedro de que le he hablado. Piérdalo y... Será mejor que se lleve la foto como recordatorio. —Hizo ademán de buscar de nuevo en el cajón la foto del cochinillo, pero Timothy sacudió la cabeza.

—No necesito recordatorio —dijo—. Lo he entendido todo perfectamente.

—Veámoslo. ¿Dónde tiene que encontrarse con Pedro?

—En lo alto de la colina que hay pasado el Camping Kim —respondió Timothy.

—¿Cuándo?

—Iré allí pasadas las once y media de la noche durante tres noches seguidas, del veinticuatro al veintiséis, y él acudirá una de las noches. Pero... ¿cómo sabré que es él?

—No tiene que saberlo. Él lo reconocerá a usted. Tiene una buena fotografía suya, ¿sabe? Como las que ha visto. Saldrá a su encuentro. —El señor Smith se arrancó de la nariz el papel manchado de sangre—. Y le dará el objeto en cuestión para que lo meta en el pañol de las velas. Arrégleselas como quiera para subir a bordo, pero le aconsejo que tenga preparada una buena excusa por si lo descubren. —El tono del señor Smith había cambiado. Ya no parecía extranjero—. A menos, claro está, que decida hacerle una visita al tío Benderby, una amable visita social. No hay inconveniente. Haga lo que prefiera.

—Pero... ese objeto que he de esconder en el pañol del yate..., ¿no lo descubrirán? —Era una duda que lentamente había ido tomando forma en su pensamiento.

El señor Smith sacudió la cabeza.

—Lo descubrirán y después dejarán de prestarle atención. Es algo que ya tenían antes: ni más ni menos que uno de sus salvavidas, ¿me sigue? Igualito que todos los demás. Y gastado también. Idéntico a uno que se

les extravió hace pocos días. Y a su debido tiempo, pongamos en junio, su tiíto lo traerá navegando a Fowey. Para cuando llegue aquí, usted ya llevará mucho tiempo en casa y tumbado tranquilamente en su cama.

—Comprendo —dijo Timothy, con la sensación de que era improbable que alguna vez en el futuro volviera a tumbarse tranquilamente en la cama. Hasta su padre había reconocido en su presencia que temía a Benderby Bright y que las sentencias del juez le parecían tremendamente severas. El juez Bright, en efecto, había expresado varias veces su criterio de que los traficantes de drogas y los «camellos» debían ser condenados a cadena perpetua, sin posibilidad de beneficiarse de la libertad condicional. Y era sabida su participación como invitado de honor en los dos últimos banquetes anuales de la Asociación de Funcionarios de Impuestos y Aduanas. La perspectiva de introducir de matute un salvavidas conteniendo Dios sabe cuántos kilos de alguna sustancia ilegal en el pañol de las velas del *Lex Britannicus* le inspiraba a Timothy casi tanto terror como el terrible proceso de convertirse en un cochinillo asado. Algo menos, porque el juez Benderby Bright no era un experto en desollar cerdos a navaja. De momento. Era difícil predecir cuáles podrían ser sus sentimientos si alguna vez averiguaba que su sobrino había tomado parte en la hazaña de cargarlo con un salvavidas repleto de droga. Por otra parte, la idea de que los aduaneros de Fowey registraran su yate era casi inconcebible.

—Por ahí no tiene nada que temer —dijo el señor Smith leyendo el pensamiento de Timothy—. Es tan improbable como que el Papa se ponga a repartir condones en la plaza de San Pedro. —Hizo una pausa y volvió a juguetear con la navaja. Luego añadió—: Una cosa más. Hay una cosa más que no debe olvidar. Si se le ocurre acercarse a la policía, aunque sólo sea pasar por delante de comisaría o hacerles una llamada desde su teléfono móvil, no confíe en correr la suerte de esos gorrinos. Para empezar, ya puede despedirse de volver a joder una vez más. Y de las pelotas, y de su condenada polla. Eso... de entrada. Lo de los gorrinos vendrá luego. Despacio. Muy despacio. Métase bien esta idea en su jodida mollera, desde ahora.

De nuevo la navaja fue a clavarse en el tablero de la mesa y se quedó allí vibrando.

Timothy Bright salió del bar de copas a las ocho y cuarto, aferrando el paquete de papel de estraza y con un sobre en el bolsillo que contenía cinco mil libras. Si hacía lo que se le había dicho, recibiría a la vuelta otros veinticinco de los grandes: era exactamente la suma que le hacía falta para pagar su deuda en el casino. Aquella noche se emborrachó antes de meterse en la cama. Por la mañana llegó tarde a su trabajo en la banca Bimburg. Había una carta aguardándole encima de la mesa. La dirección le comunicaba en ella que, a partir del 18 de mayo, no tendría necesidad de solicitar sus tres semanas de vacaciones. Timothy Bright se había quedado sin empleo.

3

En su casita de campo de Pud End, en Cornualles, Victor Gould atravesó indolentemente el abandonado césped del terreno de croquet hacia su pabellón de verano-estudio orientado al mar. Desde la ventana podía contemplar el estuario y seguir el paso de los yates y las barcas de pesca que ponían rumbo al Canal. De ordinario encontraba una gran satisfacción en estarse sentado tras el escritorio sin hacer nada, pero hoy no podía esperar algo así. Acababa de recibir una puñalada trapera y necesitaba tiempo para reflexionar. La señora Leacock, que venía a limpiar la casa y ocuparse de él, como decía Brenda, su mujer, le había dejado una nota en la mesita del recibidor anunciándole que le había telefoneado el señor Timothy para preguntarle si le iría bien que viniera a pasar unos días. No, no le iba bien en absoluto; de hecho, ni haciéndolo aposta hubiera podido ocurrírsele a Timothy Bright algo que le resultara más ingrato. Era la peor noticia que el señor Gould había recibido en mucho tiempo, y había ido a aterrizar en la mesita del recibidor justo cuando se las prometía más felices: cuando estaba a punto de suceder algo que llevaba un año esperando. Había comenzado a disfrutar de unos maravillosos días en su finca, mientras su mujer estaba de vacaciones en América, unas largas vacaciones para visitar a sus parientes de allí, y su felicidad era completa..., salvo por las comparecencias matinales de la señora Leacock, a la que, sin embargo, evitaba con cierta facilidad. Victor Gould había apoyado aquel viaje de su mujer a América a condición de no verse obligado a acompañarla. Porque una de las pruebas más duras de su vida matrimonial, al casarse con Brenda Bright, era la de haberlo hecho también con su condenada familia. Aparte de que ellos jamás lo recibieron con los brazos abiertos. Desde el primer momento los Bright habían dejado en claro que él no era de su clase ni tenía su nivel cultural. Y el coronel Barnaby Bright, Orden de Servicios Distinguidos, Cruz Militar con distintivo, había llevado su oposición hasta el extremo de entrar en el dormitorio de su hija para intentar disuadirla de aquel enlace justo la víspera de la boda.

—Mira, hijita —había empezado, pisando deliberadamente los pantalones de Victor y alzando bien la voz—, tienes que darte cuenta de que ese individuo es un patán y un sinvergüenza. —Sus palabras no le sentaron del todo mal a Victor, que había ido a esconderse en cueros vivos al vestidor contiguo; más bien le agradaba ser un patán y un sinvergüenza. Pero el coronel se corrigió a sí mismo—: Un patán rastrero y mugriento, la clase de cochino rufián y gigoló que frecuenta los vestíbulos de los hoteles de Brighton en busca de viejas ricas a las que sacarles los cuartos.

En el vestidor, Victor Gould había enrojecido de ira y por poco estornuda. Pero la réplica de Brenda lo había dejado más helado aún:

—Todo eso ya lo sé, papá. Sé que es horrible, que no es de nuestra clase y que sobre su familia pesa la deshonra de que su tío Joe fuera expulsado de la Marina por haber intentado dar por el culo a un fogonero cierta tarde de asueto...

El golpe fue tan violento que Victor quedó un instante demasiado aturdido para seguir oyendo. La deshonra del tío Joe le venía completamente de nuevas y la familiaridad de su prometida con la expresión «dar por el culo» lo desconcertó casi tanto como evidentemente había hecho alucinar al coronel.

—Y claro que es todo lo que dices de él —siguió diciendo su futura—, pero por eso mismo lo necesito. Lo comprendes, ¿verdad, papuchi? —Un sonido gutural procedente del padre sugirió que no veía nada claro—. Necesito a alguien desagradable como Victor para dar sentido a mi vida.

Desnudo y helado, Victor trató de adaptarse a aquel original concepto del matrimonio. Al coronel Bright le estaba costando también.

—¿Sentido? ¡Sentido! —exclamó al borde de la apoplejía—. ¿Para qué diablos quieres un sentido? Eres una Bright, ¿no? ¿Qué más sentido necesitas? No tienes que casarte con un palurdo de mala muerte para encontrar sentido. Ese hombre es una mierda. Convertirá tu vida en un auténtico infierno y se dedicará a tener líos con las esposas de los otros y a perder dinero en algo tan abominable como las carreras de galgos. ¡Maldita sea, pero si ni siquiera sabe cazar!

Esto último era, a todas luces, lo peor que el coronel pudiera pensar. Pero Brenda no estaba dispuesta a dejarse convencer.

—Por supuesto que no sabe, papaíto... Es demasiado cobardica y, además, el pobre tiene que llevar un braguero.

—¡Santo Dios! —exclamaron el coronel y Víctor al unísono—. ¡Pero si sólo tiene veinticinco años! ¿Cómo es que necesita un braguero a su edad?

Era una pregunta que él también hubiera querido ver contestada. La salida de Brenda lo había dejado estupefacto.

—Creo que tiene algo que ver con su escroto, papá —aventuró ella tímidamente—. Por supuesto que no lo sé aún. Tal vez estaré en condiciones de explicártelo después de nuestra luna de miel.

Pero el coronel Bright no quiso saber nada más acerca de su futuro yerno. Emitiendo un gruñido de repulsión, se había vuelto sobre sus talones, pisando ahora la camisa de Victor, y había salido del dormitorio tambaleándose. Desde aquel momento evitó a su yerno todo lo que pudo y sólo habló con él cuando no tuvo otro remedio. Y la actitud de la familia no había cambiado nunca. Ni tampoco la de Brenda; ahora se daba cuenta. En aquella ocasión sucumbió casi inmediatamente a sus encantos y al delicioso mohín que le dedicó al preguntarle qué le había parecido su inteligente representación de putilla descarada para librarse en seguida de papá. Sólo más tarde, una vez casados y cuando Brenda hubo decidido que ya estaba bien de sexo por ella y prefirió dedicarse a aconsejar a otros en sus problemas sexuales, se dio cuenta Victor de cuánta verdad había en aquella afirmación suya de que necesitaba a alguien desagradable para llenar de sentido su vida. Por sentido entendía convicción de su superioridad moral. Y no es que a Víctor le importara mucho que así fuera. Había encontrado ciertas compensaciones en su papel de miembro moralmente inferior de la pareja. Por ejemplo, libertad para mantener una vida amorosa notoria, en tanto que Brenda tenía el gratificante placer de perdonarle. Semejante indulgencia irritaba

a Victor, pero difícilmente hubiera podido reprochársela. Sus desavenencias seguían centrándose en la familia Bright. Y ahora surgía frente a él la amenaza de ver invadida su casa por el Bright que peor le caía: Timothy. Para colmo estaba esperando la visita de un sobrino carnal suyo, Henry, que acababa de regresar de un viaje a Suramérica y Australia.

—¡Qué mala pata! —murmuró, mirando desesperadamente por la ventana.

Intentó telefonear a Timothy Bright a su casa de Londres, pero nadie descolgó el aparato. Su experiencia en el trato con los Bright le decía que no había nada que pudiera hacer para evitar la llegada de aquel individuo. En el pasado había puesto a punto una serie de tácticas tendientes a mantenerlos a raya, como apagar la calefacción central cuando estaban a punto de presentarse y provocar cierto número de apagones eléctricos mientras se hallaban en el aseo o en el baño. El sistema, en conjunto, había resultado moderadamente eficaz, aunque su propia reputación había salido bastante malparada. Con Timothy Bright tendría que idear algo más serio en punto a incomodidad. Victor Gould no estaba dispuesto a que la intrusión fastidiara la prevista visita de Henry.

Mientras tanto, en Londres, Timothy Bright completaba los preparativos para su viaje a España. Había ido a visitar a su médico para que le recetara un tranquilizante y estaba bebiendo más de lo habitual. Fue en gran parte la circunstancia de no estar nunca completamente sobrio —el alcohol y los tranquilizantes tendían a calmar su ansiedad en el tema de los cochinillos— lo que hizo coincidir aquellos preparativos con la creciente sensación de haber sido injustamente tratado por la vida en muchos más aspectos de lo que imaginara. Se sentía particularmente dolido con su propia familia. Según él, deberían haberle ayudado dándole dinero; sobre todo, después de cuanto había hecho por ellos en la City. Pero, en vez de eso, no pareció importarles lo que le ocurriera. Habían permitido que se entrampara con el señor Markinkus y que lo despidieran del banco. Porque los Bright habían sido clientes de la banca Bimburg desde el año de la pera, y ellos más que nadie hubieran podido hacer uso de su influencia para que lo mantuvieran en su puesto. Ni se le ocurrió remotamente que esa influencia le había valido entrar a trabajar allí y conservar el trabajo tanto tiempo.

Desde esta actitud autocompasiva, sus reflexiones empezaron a fraguar débiles apuntes de venganza. Si la familia se negaba a ayudarle, ¿por qué tenía él que hacer nada por ellos? De ahí pasó a acariciar el propósito de resarcirse por su propia cuenta de lo que le debían. No sería difícil. Aquella vieja carcamal, la tía Boskie, que andaba ya por los noventa, le había firmado unos poderes para vender unas acciones suyas cuando estuvo ingresada en el hospital hacía un año, y jamás los había revocado. En cualquier caso, estaba tan mal de salud que no se enteraría de nada. No iba a importarle perder unas cuantas acciones más. La mitad de ellas apenas producían dividendos... *¿Y* por qué no debería él aprovecharse? Sobre todo si, haciéndolo, evitaba la suerte de los cochinillos. La tía Boskie se las habría dado, de haber sabido aquel

asunto de los cochinillos..., *¿o* no? No había mucho lugar para la duda en la mente de Timothy: sabía que ella hubiera actuado de esa forma. Así que, venciendo sus escasos escrúpulos, Timothy Bright vendió las acciones de la anciana, más algunas otras del tío Baxter, y en el momento de salir de Londres se llevó consigo más de 120.000 libras en dinero contante y sonante. Ni que decir tiene que pensaba devolver aquel dinero, con sus intereses, una vez superada la emergencia. Pero, entre tanto, tenía que disponer de un buen respaldo por si las cosas se ponían realmente feas. Con esta idea en la cabeza, y con el extraño envoltorio de papel de estraza que le había entregado el señor Smith bien guardado en uno de los cofres de la motocicleta, tomó la carretera de Cornualles.

Al llegar encontró a Victor Gould y a su sobrino Henry sentados fuera de la casa, en el césped, tomando unas copas a la luz del crepúsculo. Timothy se sintió ofendido: no contaba con la presencia de Henry. Había oído decir que la tía Brenda estaba de viaje en América y pensó hallar al tío Victor solo. Para los Bright, el tío Víctor tenía fama de ser un viejo cascarrabias; que Timothy supiera, nadie lo apreciaba gran cosa, por lo que jamás se le había ocurrido que pudiera llevar alguna vida social independiente. Siempre que se había dejado caer por Pud End para ver a la tía Brenda, el tío Victor se hallaba en su estudio o trabajando en el jardín, dando la impresión de ser una especie de prolongación de su tía: alguien que le hacía los recados, iba a la compra en su lugar y, ocasionalmente, salía a navegar en su Wayfarer neumático, a pescar, o a cualquier cosa por el estilo. Después de todo, éste era uno de los principales motivos de que hubiera elegido Pud End para pasar allí unos días: con tía Brenda fuera, podía confiar en que a ningún miembro de la familia Bright se le ocurriría ir allí; y, puesto que el tío Victor no se trataba con los demás Bright, ninguno sabría por él dónde estaba ni qué hacía. Pero hete aquí que Henry se había entremetido. Timothy se apeó de la moto y se quitó el casco.

—No, no os levantéis —dijo—. Voy dentro a buscar un vaso y me reúno en seguida con vosotros. Creo que sé dónde está todo.

Y se metió de rondón en la casa.

—¿Ves lo que te decía? —comentó Victor—. Es inaguantable.

—Pues... ¿por qué dejas que se quede? —le preguntó Henry—. Dile que vaya a alojarse a otra parte.

Victor Gould sonrió amargamente.

—¡Ay, muchacho...! Ya veo que desconoces las complicaciones y compromisos a que le obliga a uno el matrimonio... Tu tía tiene lealtades familiares que son más fuertes que..., bueno..., que cualquier otra cosa menos eso que llaman instinto maternal. Yo no podría poner de patitas en la calle a este pájaro y vivir luego feliz con tu tía, como no puede un hipopótamo batir sus orejas en una ciénaga y volar. Estoy condenado a soportarlo. Esperemos que se marche mañana.

Pero Timothy, que reapareció con un vaso lleno del mejor whisky de malta de Victor, se encargó de disipar inmediatamente aquella esperanza.

—Me enteré de que estabas aquí solo, Victor —dijo tomando asiento—,

y pensé que debía venir a animarte. Ya se sabe que eres un viejo solitario.

—Tienes razón —asintió Víctor—. Muy solitario.

—No sabía que tuvieras una moto —dijo Henry después de un instante de embarazoso silencio que Timothy no supo interpretar.

—Oh, sí... Es muy divertido. Y la única forma posible de moverte por Londres en estos tiempos, ya sabes.

Fue una velada espantosa. Timothy se emborrachó, no movió un dedo a la hora de fregar los platos y se pasó toda la cena hablando de la City, de valores y acciones, temas que no tenían el más mínimo interés para los otros. Y lo peor fue que, con su cháchara, no le dio ocasión a Henry para hablar de sus andanzas en el año que había estado fuera.

—¡Dios santo! Ya has visto qué muermo —comentó Victor en la escalera cuando finalmente fueron a acostarse—. De verdad que no puedo soportar la idea de tenerlo aquí un día más. Tendré que hacer algo desesperado.

—No es un tipo muy agradable, no —asintió Henry, y marchó pensativo a su habitación. El pobre tío Victor se estaba haciendo viejo y era descorazonador que tuviera que aguantar a aquel condenado *yuppie* en su casa sólo por no enfadar a tía Brenda. En la sala, Timothy había puesto el televisor a todo volumen—. ¡Esto ya es demasiado! —rezongó Henry, y volvió sobre sus pasos para bajarlo un poco. Encontró a Timothy llenando su pipa con la mezcla de tabaco de Perth preparada especialmente para el tío Victor.

—¿No sabes que el tabaco de esa lata es una mezcla exclusiva para Victor? —preguntó Henry.

—Sí, pero no se dará cuenta. Chochea ya, ¿no has visto? Quiero decir que lo siento por él —replicó Timothy—. Solía ser una persona muy divertida, al decir de algunos, pero lo encuentro amargado y viejo. ¿Quieres un poco?

—Me parece que no —dijo Henry pero, aun así, aceptó la lata que le tendía el otro. Y durante la siguiente hora estuvo viendo la televisión y escuchando las lamentaciones de Timothy. Para cuando volvió a subir a su habitación, Henry Gould se había formado sobre él algunas opiniones muy claras, aunque hubiera dudado en expresar con palabras hasta la más benévola de ellas.

Por la mañana, al bajar, encontró levantado a su tío, que se estaba preparando café y unas tostadas.

—Pensé que debía levantarme antes de que se digne favorecernos con su presencia —le explicó Victor—. Por cierto que ha dejado la sala hecha un desastre y da la impresión de haber acabado casi con el whisky. Esperemos que eso lo mantenga apartado del mundo durante algún tiempo. Se me ocurre que podríamos irnos tú y yo a dar un paseo por el camino de la costa y almorzar en el Riverside.

Henry observó por la ventana el paisaje de aquella fresca mañana veraniega. Así que, a pesar de todo, el tío Victor y él pasarían un día agradable. Se pusieron en camino después del desayuno y, en el momento de salir, Henry subió a su habitación un instante, tomó la lata de la mezcla especial Old Perth y la colocó junto al televisor. El plan que

se le había ocurrido tal vez no funcionara pero, si lo hacía, a nadie más que a Timothy Bright habría que echarle las culpas.

4

Estaba ya bastante avanzada la tarde cuando regresaron a Pud End para tomar el té. Encontraron a Timothy Bright tumbado frente al televisor. Sobre la mesa de la cocina aparecían aún desparramados los restos de su almuerzo y era evidente que había dado cuenta de una lata de caviar Beluga auténtico que encontró en la despensa. Su actitud, sin embargo, no era agradecida ni exculpatoria.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó en un tono casi truculento—. Llevo todo el día aquí solo.

Henry intervino antes de que su tío estallara.

—En realidad, nos hemos escapado a dar un largo paseo —dijo—. Por los acantilados.

Timothy no captó la indirecta.

—Podríais haberme despertado —se quejó—. No me hubiera sentado mal un paseo.

—Lo habría hecho, pero cuando he entrado a verte esta mañana estabas totalmente fuera del mundo —replicó Henry—. Además, no te hubiera gustado mucho: soplaba demasiado viento, a ráfagas.

Victor estaba poniendo orden en la cocina.

—Te agradezco tu tacto —dijo al ver entrar a Henry—. Me ha salvado casi con seguridad de una acusación de asesinato. Sé que estoy en la edad en que uno comienza a quejarse de lo mucho que han empeorado las cosas y todo eso, pero este muchacho tiene la virtud de convencerme de que ya nada es como antes. ¡Qué bien le sentarían unos cuantos meses o, mejor aún, unos años de pasarlas canutas! O, más exactamente, ¡qué bueno sería eso para todo el mundo!

—No me sorprendería en absoluto que se encontrara con algo así, tío Victor —dijo Henry tranquilamente poniéndose a lavar los platos—. Porque para mí que está metido en algo turbio.

—¿De veras? —preguntó Victor con una nota de mayor optimismo en la voz—. ¿Puedo preguntarte cómo lo sabes?

—Anoche estuve un buen rato con ese idiota, escuchando sus cacareos de borracho. No me dijo de qué va la cosa, pero estuvo de lo más explícito acerca de que tenía, comillas, algo gordo, cerrar comillas, entre manos... Y sé por experiencia que eso significa casi siempre un chanchullo ilegal.

—¡Qué interesante! ¿Sabes...? Disfrutaría de lo lindo si la policía lo arrestara aquí. Tendría algo para disuadir al resto de la familia Bright de volver a visitarnos de nuevo.

—Y, por otra parte, le daría a tía Brenda una nueva ocasión de perdonarte —observó Henry. Victor torció el gesto.

—No es broma, muchacho; no tiene nada de divertido. Espero que tu

mujer sea implacable por naturaleza; y lo espero por tu propio bien, entiéndeme. ¡No te imaginas lo tremendo que puede llegar a ser el perdón! Jamás olvidaré la vez que Brenda perdonó a Hilda Armstrong por..., bueno, por lo que fuera. Naturalmente lo hizo en público, en una junta de la Asociación de Mujeres..., o tal vez en una reunión del consejo parroquial. Fue de lo más embarazoso para todos. Debió de ser en el consejo parroquial, porque yo no asisto a las juntas de la Asociación de Mujeres... En cualquier caso significó el ostracismo para los Armstrong. Y cuando se vio que el viejo Bowen Armstrong no iba a divorciarse de ella, el hombre empezó a recibir cartas envenenadas y basura de ésa... Al final tuvieron que regresar a Rickmansworth, pretextando que la vida en el campo no le sentaba bien a Hilda. Pero lo cierto es que estaba como un tren..., sí... Bueno, lo saco a relucir para demostrarte que el perdón puede ser hasta mortal.

—A propósito, tío —dijo Henry cuando acabaron en la cocina—. Te aconsejo encarecidamente que no toques ese tabaco tuyo Perth especial... Sé que es tu favorito, pero Timothy ha estado fumándolo y... —dudó un instante.

—¿*Y* qué? —preguntó Victor.

—Que pudiera estar algo adulterado... Vamos, que... Pienso yo...

Pero Victor Gould no le dejó seguir.

—No me digas más. Creo y espero haberte entendido. Y no creas que te lo reprocho. Aunque, oye... ¿De dónde has sacado el cianuro?

Henry soltó una carcajada.

—No es tan malo como todo eso, te lo prometo. Se trata de algo que me dieron en Australia. No sé exactamente qué hace, porque yo no fumo esas cosas, pero tengo entendido que es una poderosa forma de... ¿Estás seguro de querer saberlo?

—Tal vez no —dijo Victor—. Y creo que me voy a ir al estudio a pensar un rato.

Cruzó el césped hasta el pabellón de verano y, una vez dentro, se sentó en su sillón favorito y pensó en lo estupendo que era contar con un sobrino amable e inteligente como Henry para ayudarle a sortear las crisis. Porque tener que vérselas con Timothy Bright era, ciertamente, una crisis. ¡Qué misteriosa la psicología humana! De una misma familia podían salir Brenda, quien, a pesar de todos sus defectos —entre los que debía contarse, en opinión de Victor, su santidad—, era inteligente y civilizada, y al propio tiempo engendros como Timothy... Aunque quizá estuviera enfocando mal el asunto y lo realmente digno de asombro fuera la singularidad de Brenda en el seno de una familia integrada en su totalidad por indolentes esnobs y mastuerzos pagados de sí mismos. El caso es que Victor se adormiló pensando que le tenía sin cuidado lo que hubiera puesto Henry en su tabaco. No podría ser malo si conseguía librarlo del pelma de Timothy.

Arrellanado frente al televisor, Timothy Bright se preguntaba qué tendrían de cena. Aún era temprano, sí, pero le apetecía una copa. Si Henry no hubiera estado con él en la habitación, habría ido hasta el aparador del rincón para servirse una; pero su presencia allí lo intimidaba un tanto. Así que, en vez de eso, alargó el brazo para

alcanzar la lata de tabaco y se puso a llenar su pipa como para demostrar que podía hacer lo que quisiera si realmente era su deseo. Henry, sentado enfrente, trató de no mirarle. No tenía ni idea de la cantidad de «sapo» que podía poner y sólo una vaga noción de sus efectos: jamás había probado alucinógenos y, si había traído consigo aquellos polvos de *Bufo sonora,* fue sólo con la intención de dárselos a un amigo que investigaba sobre sustancias psicótropas. Lo único que le habían dicho en Brisbane era que el «sapo» resultaba la droga de tipo LSD más fuerte que se podía encontrar y que producía en quien la tomaba un viaje tremendo. Un viaje...: justo lo que se merecía Timothy Bright. Pero, por otra parte, Henry no tenía muchas ganas de quedarse allí sentado a observar qué ocurría. Definitivamente, no. Se levantó, pues, y estaba a punto de salir cuando Timothy encendió la pipa.

—¡Vaya! —masculló—. Para mí que este tabaco especial está un poco rancio, ¿no? ¡Huele que apesta!

—Es la mezcla especial del tío Victor —dijo Henry—. Puede que sepa algo diferente.

—¡Y que lo digas! Tiene un gusto raro también —asintió Timothy inhalando.

Fue un error mayúsculo. El tabaco era demasiado fuerte para aspirar el humo como si se tratara de un cigarrillo. Timothy se quedó con los ojos clavados al frente y una expresión extraña en la mirada; luego se quitó la pipa de la boca y se puso a contemplarla también. Era evidente que estaba sucediéndole algo que no comprendía del todo. Mejor dicho: lo de «del todo» sobra; no entendía nada de nada. Aspiró otra bocanada y se quedó reflexionando. Su primera impresión de estar inhalando humo de la chimenea de algún crematorio había desaparecido por completo. Y siguió fumando. Entraba en un extraño y nuevo mundo en el que nada era lo que parecía y los objetos familiares adoptaban formas y colores fantásticos y en continua mutación. Nada en él parecía imposible; las cosas se le venían encima y entonces, de repente, cambiaban de dirección alejándose o, por alguna asombrosa involución, se metían dentro de sí como un guante y volvían a su forma originaria. ¡Y los sonidos...! Jamás había oído nada igual. Las voces que salían del televisor resonaban en ignoradas cavernas de su mente y había instantes en que se veía a sí mismo, como una figurilla menuda, de pie bajo la bóveda de su propio cráneo. En el interior de aquella enorme bóveda de hueso había otras voces, que reverberaban como sordos truenos y que le ordenaban volar, moverse, escapar corriendo mientras pudiera hacerlo, antes de que se presentara el gran cerdo de la navaja barbera dispuesto a ejecutar en él su venganza. Y, obedeciendo las voces de sus propios impulsos, Timothy Bright salió de estampida: con los ojos abiertos como platos pasó por delante de Henry y atravesó corriendo el jardín hasta donde se hallaba su Suzuki. Al momento siguiente aquel objeto mágico había abandonado Pud End levantando un surtidor de gravilla y se precipitaba por el sendero hacia un destino indeterminado pero, en todo caso, lejos del tipo de la navaja. Atrás quedaron, de pie en la hierba del campo de croquet, Henry y su tío, observándolo con un temor reverencial.

—¡Santo Dios! —exclamó Victor cuando el rugido de la moto se apagó en lontananza—. ¿Fue mi imaginación o realmente llevaba alrededor como un aura?

—Yo no se la he visto —replicó Henry—, pero sé lo que quieres decir. E iba conduciendo sin luces, además.

—A increíble velocidad —asintió Victor, tratando de sofocar la lucecita de esperanza que empezaba a brotar en su espíritu. Luego se quedaron los dos mirando la luna llena y tras unos instantes de silencio Victor prosiguió—: Me imagino que esa porquería que le pusiste en el tabaco es responsable, en parte, de su forma de actuar. ¿De qué diablos está hecha?

—La sacan de una especie de sapo —explicó Henry—, pero no conozco a nadie que lo sepa con seguridad. Supongo que los científicos que trabajan con gases de guerra están perfectamente familiarizados con él; pero, por lo que yo sé, no es igual en todos los sapos. Tendré que preguntarle a mi amigo bioquímico.

—Bueno, supongo que nos hemos ganado una copa... —dijo Víctor—, para celebrarlo o para brindar a la salud del finado... Por lo uno y por lo otro, posiblemente. ¡Qué alivio no tenerlo rondando por aquí!

Entraron en la casa y apagaron el televisor.

—Me siento un poco culpable... —empezó a decir Henry, pero su tío no le dejó continuar.

—Mira, muchacho... Ese condenado loco ha tomado algo que no le pertenecía, y ya está. Sin duda, reaparecerá en un par de horas y volverá a ser la misma peste de antes.

Pero Timothy no reapareció. Estaba ya muy lejos, hacia el norte, viajando a todo meter por la autopista e ignorando como si no existieran las normas de la circulación. Y es que no existían en lo que le quedaba de mente: habían sido remplazadas por un sentido de lo posible y lo imposible que no tenía nada que ver con el común. Por no saber, ni siquiera sabía que estaba en una autopista. La escasa capacidad mental y de análisis que pudiera tener antes le había abandonado por completo. Iba como con el piloto automático: con la habilidad de conducir a velocidad vertiginosa una moto sin la menor conciencia de lo que estaba haciendo. En otras palabras: con el «sapo» galopando por sus venas y obrando maravillas en las sinapsis de sus neuronas, Timothy Bright había retornado a la capacidad mental de algún remoto ancestro prehumano, conservando empero las habilidades mecánicas de un moderno bebedor de cerveza. Hubiera sido inexacto decir que había perdido la razón, como pensaron dos agentes de tráfico cuando la Suzuki marcó en su radar los 280 km/h y decidieron no ir tras él, en la suposición de que sólo conseguirían verse envueltos en una horrible operación de rescate que requeriría incontables bolsas para restos humanos.

Pero Timothy Bright no pensaba ni por un instante en aquel probable final. Se veía en el mismísimo centro de una enorme discoteca, con llamas y sombras danzando a su alrededor y sus miedos enrollándose y desenrollándose en una intrincada pauta luminosa compuesta por sonidos y notas musicales que se transformaban en colores e

inacabables rosarios de luces, antes de emerger de los reflectantes convertidos en los rostros del señor Markinkus y del señor B. Smith. Si, en esos instantes, la Suzuki hubiera podido correr más, Timothy se habría asegurado de sacarle la velocidad punta. Era presa de un pánico insensato, que alcanzaba un clímax casi insoportable para pasar a otro peor al instante siguiente. Por debajo pasaban inadvertidos kilómetros y kilómetros de asfalto. Los pilotos traseros de coches y camiones se precipitaban hacia él y eran evitados como imágenes de un juego de marcianitos, con una facilidad que aterraba a los otros conductores.

A las diez de la noche Timothy había dejado ya la autopista y circulaba por carreteras secundarias atravesando un paisaje ondulado en el que surgían de cuando en cuando pueblos y aldeas, valles frondosos y ríos cantarines. Aquí, gobernado siempre por su piloto automático, reducía para tomar las curvas, frenaba donde era imprescindible y surcaba como una exhalación colinas y páramos, en los que las ovejas cruzaban milagrosamente la carretera inmediatamente antes de pasar él o nada más hacerlo y donde apenas había signos de poblamiento humano. En algún lugar delante de él había una tierra paradisíaca de infinita felicidad. Las imágenes eran siempre cambiantes, pero en su carrera lo alentaba el mismo mensaje incitándolo a huir, bajo formas diversas.

Y así viajaba por un mundo que nunca había conocido en el pasado y que jamás sería capaz de volver a encontrar. Pero Timothy Bright se mantenía todo el tiempo ajeno a sus acciones y a cuanto lo rodeaba. Su mano aferrada al acelerador giraba en un sentido o en otro, disminuyendo el gas en las curvas y dándolo al máximo en las rectas. Pero no lo sabía. Lo dominaban sus experiencias íntimas. En algún momento de la noche sus sensaciones físicas se sumaron a las imágenes mentales para convencerlo de que estaba ardiendo y tenía que arrancarse la piel para evitar quemarse. Detuvo la moto en una zona arbolada, junto a un arroyo, y despojándose de todas sus ropas las arrojó por el terraplén antes de montar nuevamente en la Suzuki y proseguir su viaje interior completamente desnudo.

Quince kilómetros más allá llegó al cruce de Six Ways End, donde está el empalme con la carretera de Parson hacia el norte. Timothy Bright pasó el cruce como una exhalación y se metió por un camino privado propiedad de la Compañía de Aguas de Twixt y Tween. Fue magnífica su forma de lanzar la Suzuki monte arriba, indiferente a las desigualdades del firme. Las cercas metálicas para el ganado chirriaron brevemente a su paso y subió hacia Scabside Fell entre muretes de piedra seca y prados abiertos. Frente a él una gran presa de piedra retenía las aguas del embalse.

Fue allí donde acabó la carrera nocturna. Al acelerar en pos de lo que le pareció el cielo azul, muy azul, una oveja de respetable edad, que había estado durmiendo al calorcillo de la carretera, despertó vagamente consciente de un peligro lejano y se levantó sobre sus patas. Para Timothy Bright era una simple nubécula. Al momento siguiente, moto y oveja saltaron por los aires y fueron a parar a la parte más honda del embalse. Y en otra dirección salió disparado Timothy Bright, todavía sublimemente ajeno a todo, para aterrizar en la orilla opuesta en un soto

de jóvenes abetos. Ningún temor lo atenazó cuando pasó desmayadamente entre ellos y fue a caer en la pinaza de debajo. Durante un rato permaneció tumbado en la oscuridad con el convencimiento de que los cochinillos había empezado a empujarlo para que se pusiera de pie y a sacarlo de entre los abetos. Ahora era un pájaro..., o lo hubiera sido si la tierra no se empeñara en reclamarlo. Tres veces se dio de narices en el asfalto, para añadir nuevos daños a los ya sufridos. Y a la cuarta se pilló un pie entre los barrotes de hierro de una reja que tomó por una almeja gigante. Pero ya para entonces había empezado a disiparse la total disociación producida por el «sapo». Tras librarse de la terrible presa de la almeja, notó una extraña sensación de frío.

Tenía que ir a casa, aunque la casa a la que tenía que ir carecía de identidad bien definida. Su casa estaba, simplemente, donde hubiera una casa, y frente a él podía ver la silueta de un edificio destacando sobre el horizonte. En aquel mundo mitad agitación mental y mitad percepción, empezó a caminar hacia allí hasta encontrarse frente a un muro de sólida piedra y unas puertas enrejadas. Era exactamente lo que buscaba. Probó a abrir, pero las encontró cerradas con llave. Al otro lado había algo oscuro, que tal vez estuviera observándolo. Pero no importaba. Nada era importante, salvo encontrar una cama caliente. Timothy Bright se aferró al hierro forjado y comenzó a trepar. Volaría desde lo alto. Dentro aguardaba ansioso un enorme rottweiler. Entrenado desde cachorro para matar, estaba esperando que se le presentara una oportunidad.

Encaramado en la parte superior de la reja, Timothy Bright dudó un instante. Volvía a ser un pájaro, y esta vez estaba firmemente dispuesto a volar. Ignorando las puntas metálicas a su alrededor, se mantuvo de pie un segundo con los brazos extendidos. Por un momento, brevísimo, estuvo entre el cielo y la tierra. Y, mientras Timothy se precipitaba en picado, el rottweiler, como la oveja de la presa, tuvo una vaga sensación de peligro, previa a desplomarse sobre él, desde una altura de 3 metros, 86 kilos de *yuppie.* Cuando las patas del perrazo cedieron bajo el peso y su aliento expectante salió bufando por sus diversos orificios, juntamente con porciones de su rancho, el pobre animal se dio cuenta de que había cometido un error: sus mandíbulas se cerraron de golpe, los colmillos se le encajaron unos con otros y estaba desesperadamente falto de resuello. Con un supremo esfuerzo para evitar la asfixia, trató de reunir sus patas; pero las tenía extendidas a ambos lados del cuerpo y no obedecían. Hasta que Timothy Bright rodó lateralmente y el rottweiler se las apañó para escurrirse y quedar libre. Pero era un animal apaleado. Con un quejido lastimero, cojeando, se escabulló por la esquina de la casa hacia la perrera. El otro permaneció un ratito más yaciendo en el patio empedrado de la casa. También se le había escapado el resuello, aunque no tanto como al rottweiler; pero la urgencia de meterse en una cama le apremiaba más que nunca. Se puso en pie tambaleándose y encontró la puerta delantera del edificio, iluminada por un farolillo vacilante. Movió el picaporte y la puerta se abrió. La luz del vestíbulo estaba encendida. Timothy avanzó hacia la

escalera en sombras y subió los peldaños presa de un infinito cansancio. Frente a él había otra puerta; la empujó, se coló en el cuarto y encontró la cama. En el momento de tumbarse en ella, alguien que estaba en el otro lado del lecho se agitó diciendo:

—¡Cielos! ¡Apestas a perro! —Y volvió a dormirse.

Timothy Bright se durmió también.

5

En el salón de convenciones del Hotel The Underview de Tween, el comisario jefe sir Arnold Gonders presidía una cena en honor de la Brigada de Represión de Delitos Mayores de Twixt y Tween. Ostensiblemente, la cena se celebraba con ocasión de jubilarse el detective inspector Holdell, que había pertenecido a la brigada desde que se fundó. Pero, de hecho, la auténtica fiesta tenía que ver con la decisión adoptada por el director de la Fiscalía Pública de Londres de no llevar adelante el proceso contra veintiún miembros de la brigada por falsificar pruebas, fabricar confesiones, aceptar sobornos, uso injustificado de violencia y perjurio al por mayor, delitos que habían enviado a la cárcel, con condenas de hasta dieciocho años de prisión, a varias docenas de individuos totalmente inocentes, permitiendo en cambio que otros tantos delincuentes culpables durmieran cómodamente en sus casas y soñaran con cometer nuevos y terribles crímenes. Aquella salida era particularmente grata para el comisario jefe. Había pasado el día en Londres y mantenido una reunión privada con el ministro de Interior y el director de la Fiscalía para ser informado de ella. Como explicó más tarde a su segundo, Harry Hodge:

—Se lo puse bien claro. La moral de la fuerza es prioritaria. «Prioridad máxima», les dije. «Y si lo que quieren es minar esa moral, no tienen más que seguir adelante y arrastrar a mis muchachos a los tribunales. Si lo hacen, no cuenten conmigo como comisario jefe, así que... ustedes mismos». Bueno..., lo cierto es que captaron el mensaje y se evitó una metedura de pata.

No era exactamente lo que había ocurrido.

La decisión estaba tomada desde hacía un par de semanas y requirió ya entonces los argumentos más sólidos por parte del director de la Fiscalía para convencer al ministro de Interior de que un juicio iría en detrimento del interés público. Le explicó los problemas durante un almuerzo en el club Carlton.

—Comprendo... Empiece a abrir ese bote concreto de jodidos gusanos y dejará chiquito el asunto de la caja de Pandora —había asentido el ministro de Interior tras rumiarlo sobre un filete de hígado de cordero—. La verdad es que no se me había ocurrido considerarlo así —dijo finalmente, pasándose la mano por su pelo grasiento—. Imagino que tienen que hacerlo.

—¿A qué se refiere? —preguntó el director.

—A lo de joder. Que es su deber, supongo. Es lógico.

—Pero... ¿a quién? —insistió el director de la Fiscalía, que empezaba a temer que se estaba aludiendo a su propia debilidad por las prostitutas. Aunque, por más que se esforzaba, no podía recordar a ninguna llamada Pandora.

—A otros gusanos —dijo el ministro de Interior—. Sean del mismo sexo o de ambos, gusanos al fin y al cabo. Supongo que es a eso a lo que se refieren cuando hablan de duplicidad.

El director de la Fiscalía trató de ordenar sus ideas. No lograba entender todo aquello de unos gusanos duplicándose.

—Bien, sí... Pero, volviendo a la Brigada de Represión de Delitos Mayores de Twixt y Tween —dijo—, el caso es que tenemos allí a sir Arnold Gonders y que, aunque no puedo decir que sea santo de mi devoción, tiene cierto peso en la oficina central. Lo nombró la Thatcher y es algo así como su favorito.

—¿De veras? —preguntó el ministro de Interior, pensando para sí que, en tal caso, sir Arnold Gonders debía de ser un individuo de lo más corrupto—. ¿Hizo bien su papel en la huelga de los mineros contra aquella mierda de Scargill, supongo?

—A conciencia. No se arrugó ni por un momento. Era partidario de emplear fuerzas blindadas de caballería contra los piquetes, y cosas así. Y cañones de agua mezclada con una especie de tinte corrosivo... Por lo visto, como aquel otro lunático, recibe sus instrucciones directamente de Dios. Aunque, si quiere saberlo, no hay cosa más jodida que esas interpretaciones suyas de Dios.

El ministro de Interior se lo miró dubitativamente. Con los tiempos que corren, nunca se sabe qué pensar de un director de Fiscalía.

—Tiene usted cierta manía a eso de joder, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Ha pensado alguna vez en otras posibilidades?

El director de la Fiscalía Pública sonrió tristemente. Tampoco él las tenía todas consigo a propósito del ministro de Interior. De hecho habían corrido ciertos rumores de travestismo que... En fin, que no fue aquél precisamente un almuerzo agradable, pero que al final consiguió que el ministro se mostrara de acuerdo en dejar en paz a la Brigada de Represión de Delitos Mayores de Twixt y Tween, atendiendo a poderosas razones políticas relacionadas con los intereses del partido. Estas razones tenían que ver con cierta compañía de promoción inmobiliaria radicada en Tweentagel, sobre la que sir Arnold se había mostrado demasiado bien informado en las conversaciones telefónicas que los dos habían mantenido privadamente. Jamás se le habría ocurrido pensar al director de la Fiscalía Pública que la familia de la ex primera ministra estuviera tan involucrada en aquellos tejemanejes de negocios. La encubierta amenaza de sir Arnold le hizo dar gracias por no haberse metido en semejante berenjenal. Dicho en pocas palabras, sir Arnold Gonders sabía demasiado para que no se tuvieran ciertas consideraciones con él.

Y ahora, contemplando desde la mesa de la presidencia a sus muchachos, el comisario jefe daba su propia versión de los hechos, quitándole hierro. Una versión más coherente con la imagen de sí que le

agradaba fomentar en su propia mente: la de un padre bondadoso para con sus hombres, dispuesto a sacrificar su carrera para que ellos conservaran la fe en sí mismos como guardianes de la ley. Ni que decir tiene que Dios intervenía en este cuadro: jamás en la vida hubiera ido a alguna parte en la vida sin tener a Dios de su lado. Bueno, casi a ninguna parte.

Como le había dicho en cierta ocasión a su segundo: «Deberías interesarte por la religión, Harry. De verdad que deberías hacerlo. Pásate por el club de Rotarios cualquier día de la semana. Quiero decir que eso da sentido a la vida..., y sé de qué te hablo. Con Dios a tu lado, sabes que vas bien. Mi tarjeta de golf mejoró cuatro golpes desde que me di a la religión: llevaba estancado en los veintidós sobre par casi otros tantos años, y de pronto estoy en dieciocho. Para mí ya es suficiente prueba».

En cualquier caso, estaba resultando una excelente fiesta, sin duda. Había media docena de cajas de brandy donadas por el principal distribuidor de la zona, y champán en abundancia, birlado de la bodega de un conocido experto en vinos de calidad, de una marca famosa. Y se había presentado también una chica-telegrama, desnuda salvo por las rayas de uniforme de presidiario pintadas en el cuerpo, enviada por el hijo de la ex primera ministra con el mensaje: «Para el querido y viejo amigo Bill. ¡Adelante, muchachos, y descabezad a esos bastardos!» Fue un detalle muy apreciado, por más que sir Arnold, que, tras haber empezado la velada con ginebra y agua tónica, se había pasado al whisky y dejado persuadir por algunos de sus detectives para trasegar en su compañía algo así como un litro de cerveza negra de Newcastle, antes de proceder a través del champán a la cata de un tinto provenzal especialmente virulento y, por último, al brandy..., aunque sir Arnold, digo, no estaba muy seguro de la conveniencia de tener en la fiesta mujeres desnudas a rayas contoneándose por el salón y dándose aire con sus abanicos.

—Cuando yo era joven no se hacían estas cosas... —le dijo a Hodge—. Pero, bueno... Es una simple diversión y ayuda a mantener alta la moral.

—Yo diría que levanta también otras cosas —replicó su segundo, pero el comisario jefe prefirió no oírlo. Se preguntaba si tendría su propia cosa a punto para metérsela a Glenda, o no. Probablemente no. Mientras tanto, el inspector jefe Rascombe estaba pronunciando un discurso. Sir Arnold encendió otro Montecristo n.° 1 y se retrepó satisfecho en su silla dispuesto a escuchar.

«No cabe esperar que un buen detective como Rascombe vaya a ser también un gran orador», le había dicho a Hodge antes de la cena. Y Rascombe estaba dándole la razón. Sólo cuando llegaba ya al término de los diez minutos estipulados para su intervención dejó entrever a los reunidos la chicha de su parlamento. Hasta entonces el inspector se había referido al excelente trabajo realizado por la brigada y, en particular, por el inspector detective Holdell, ahora a punto de jubilarse, y a los crímenes que habían «resuelto». Pero ahora cambió de registro y empezó a hablar con sorprendente elocuencia de la desenfrenada campaña de vilipendio que dirigían los medios de comunicación contra el mejor cuerpo de hombres y mujeres que jamás hubiera tenido el

privilegio de ocuparse de la defensa de la ley y el orden.

—Lo que la gente tiene que entender —decía a manera de conclusión— y lo que esos puñeteros mojigatos van a acabar aprendiendo a la fuerza, es que nosotros somos la Ley [vivas]; que el Orden significa eso precisamente y que, si no les gusta, ¡que se meen en su propio tiesto o no se metan donde no los llaman!

Los aplausos que acogieron aquella descripción del papel de la policía en la sociedad complacieron tanto al comisario jefe que se sirvió otro brandy y se puso en pie con el corazón ensanchado de felicidad. En su propio discurso alabó a Holdell por su dedicación a hacer de Tween una ciudad más segura, lo cual, teniendo en cuenta que ocupaba el segundo puesto en la liga de delitos violentos protagonizada por todas las ciudades de provincias, difícilmente hubiera tranquilizado a un auditorio más sobrio y menos parcial. A uno de los camareros jóvenes le dio, de hecho, un ataque de tos. Pero el comisario jefe siguió y siguió impertérrito, hasta concluir recordando —...a todos vosotros, oficiales de policía aquí presentes, que esta isla que es nuestra nación se enfrenta al riesgo inminente de una nueva y terrible invasión, organizada esta vez por el crimen internacional. Ya los criminales, y todos sabemos quiénes son, están tratando de subvertir nuestras grandes tradiciones de justicia y juego limpio, minando los mismísimos cimientos de la moralidad que radican como es notorio en la familia. La llamada familia uniparental..., incongruencia mayúscula donde las haya, porque no puede haber madre sin padre, y viceversa..., esta sedicente familia unisexual, es el cáncer de todo cuanto defendemos los británicos de pura cepa. Y yo, al menos, puedo deciros que no voy a permitir que mujeres con el pelo a lo chico, hombres con vete tú a saber qué y cuatro pelagatos forasteros —en este punto fingió mirar precavidamente por todo el comedor— metan las narices en la forma como siempre hemos hecho las cosas en este país.

Concluyó con su habitual plegaria a «Dios Todopoderoso, Padre de todas las Cosas», pidiéndole su ayuda —... en nuestra lucha contra los Poderes del Mal y contra los impuros de corazón que no cesan de poner trabas a las Brigadas de Represión de Delitos Mayores en su dedicación a que se haga tu Voluntad en todas partes.

Volvió a sentarse entre la salva de aplausos que esperaba y con un punto de vista más favorable sobre las chicas-telegrama.

Mucho más favorable, en verdad. ¡Oh, sí!... Era excelente para la moral contar con la asistencia de jóvenes adecuadamente sexuadas en fiestas como aquélla.

Habían retirado las mesas para despejar un espacio en el centro y estaba claro que iba a haber baile. Bien..., eso estaba bien para la gente joven, pero el comisario jefe tenía mejores cosas que hacer. En concreto, pensaba ir a pasar el resto de la noche con Glenda, a ver si ella le enseñaba algunos truquillos nuevos. Era una de las ventajas de vivir en la vieja Casa Flotante de la Presa que tanto le gustaba a su mujer: le brindaba la posibilidad de verse con Glenda en la ciudad. Había adquirido aquella casa a un precio sumamente atractivo cuando la Compañía de Aguas de Twixt y Tween fue privatizada, aunque se tuvo que gastar un

dineral en restaurarla y modernizarla. La veía entonces como su pequeño y delicioso refugio, pero desde que a lady Vy, su mujer, le había dado por apropiársela, él procuraba ir por allí lo menos posible. Y aquel fin de semana tenía especiales motivos para permanecer alejado. Vy había ido a Harrogate a recoger a su tita Bea, como la llamaba, y ahora estarían las dos en la Casa de la Presa, ocupadas en Dios sabe qué.

A estas alturas ya no le importaba gran cosa... Glenda era una buena chica y sabía cómo complacer a un hombre. Sí, se acercaría hasta su piso y... Estaba deleitándose con aquella feliz perspectiva cuando se le acercó el sargento Filder y se agachó para decirle algo al oído.

—Temo que ahí fuera está ese tipo del *Echo,* ese tal Bob Lazlett, señor. Quiere una declaración —le dijo.

—¿A estas horas de la noche? ¿Qué clase de declaración?

—Dice que se ha enterado de que la Fiscalía no llevará adelante el caso, y...

El comisario jefe apagó, furioso, la colilla de su cigarro en los restos del Camembert.

—¿Cómo diablos se ha enterado ese cabrón? Yo no he hecho ninguna declaración y en Londres me dijeron que no soltarían prenda hasta el lunes, para evitar que la noticia aparezca en los periódicos del domingo.

—No sabría decirle, señor, pero fuera hay una manada de ellos, incluyendo los del Canal 4 y la BBC. Les he dicho que se trataba sólo de una cena de despedida al inspector Holdell, pero no han querido tragárselo.

Sir Arnold Gonders echó hacia atrás la silla y se puso en pie lívido.

—Harry —le espetó a su segundo—. Haz que esas malditas chicas se vistan a toda prisa, y procura que los chicos no se pasen armando jolgorio. No..., mejor aún: que se ocupe de eso Rascombe. Tú y yo nos largamos inmediatamente de aquí. No estoy para fotos este fin de semana. ¡Ahí se pudran! Nos iremos por la puerta de atrás.

Y salió a la antesala mientras el subcomisario jefe hablaba con el inspector Rascombe. Un vistazo desde la galería al vestíbulo de abajo le reveló a sir Arnold que las cosas eran mucho más graves de lo que había imaginado. Los periodistas lo habían tomado por asalto, y sólo la presencia de algunos policías uniformados impedía que se precipitaran en tropel escaleras arriba. Sir Arnold volvió a entrar en el salón de convenciones.

—¿Dónde está la salida trasera? —le preguntó al sargento Filder.

—Hay también algunos de ellos apostados allí —respondió éste.

Sir Arnold se sirvió otro buen trago de brandy y tendió luego la botella a Hodge. Estaba muerto de cansancio..., y bien jodido si tenía que enfrentarse a una horda de reporteros y busca escándalos en semejante estado. Aquellos hijos de puta publicarían en primera plana que estaba como una cuba.

—Está bien, Filder. Vaya a ver al director y consíganos habitaciones a Hodge y a mí para pasar la noche en el hotel. Que se pasen estos tíos de mierda ocho horas o más en la calle. Para todo el mundo, ni Hodge ni yo hemos estado aquí esta noche.

—No estoy seguro de que sea una buena idea, señor —intervino Hodge

—. Me dicen que han untado a uno de los camareros y que éste les ha hablado de las chicas-telegrama.

La mirada de sir Arnold se abismó, desolada, en un infierno de publicidad casi igual al sufrido por algunas de las víctimas de la Brigada de Represión del Delito. Sabía de sobras lo que podía hacer la prensa con la reputación de un hombre. A menudo se había servido de ello. Apuró su brandy de un trago.

—Tendremos que negarlo todo —dijo, e indicó a Rascombe que se acercara—. Nosotros no hemos venido aquí esta noche, ¿de acuerdo? Hodge y yo no estábamos. Usted organizó esto en honor de Holdell y, que usted sepa, yo sigo en Londres. Sí, sí..., ya sé que saben que estamos aquí. Pero no podrán probarlo si todos nosotros mantenemos la boca cerrada. ¿De acuerdo?

—Perfectamente —respondió el inspector Rascombe, que conocía bien el paño.

—Nada de entrevistas. Ni declaraciones. Mutis. Silencio total. Hodge y yo no hemos dado señales de vida y, si el puñetero director de este hotel quiere conservar su licencia para expender bebidas alcohólicas, hará bien en corroborar la historia. Asegúrese de que sepa de qué lado del pan está untada la mantequilla. Y ahora, Filder, haga venir un coche sin distintivos y que aguarde a punto en Blight Street.

—Puedo llevarle en el mío —dijo el sargento—. Lo tengo ahí detrás, en el aparcamiento.

El subcomisario jefe Hodge parecía preocupado.

—Pero... ¿cómo vamos a salir del hotel? —preguntó.

—Bueno... —replicó el inspector—, existen eso que llaman maniobras de diversión. Un par de cámaras rotas, el tipo ese, Lazlett, que pierde un par de dientes... No estaría mal.

—Sería un desastre —cortó sir Arnold—. Nada me gustaría tanto como partirle el cuello a ese mamarracho, pero no vamos a hacerle el favor. Hoy no, por lo menos. Que se meta en algún callejón oscuro y sin nadie alrededor, y las cosas podrían ser muy distintas.

Veinte minutos más tarde, con la obsequiosa complicidad del director del hotel, un amplio furgón se aproximó a la entrada de servicio. Bajaron la parte trasera de la caja y las cintas transportadoras empezaron a descargar los suministros matinales del establecimiento. Al acabar de hacerlo, sir Arnold y Harry Hodge, enfundados en unas batas blancas de trabajo, se encaramaron a la caja y desaparecieron en el interior del furgón.

—¡Menudo jaleo! —exclamó el comisario jefe con voz aguardentosa. La botella de brandy estaba ya vacía—. ¡Maldito si voy a ir ahora a mi casa! Estos cabrones la tendrán rodeada.

—Siempre puede venir a la mía —dijo Hodge. Pero sir Arnold no estaba de humor para comparecer ante la cáustica mirada de la señora Hodge, ni soñarlo. Y lo de Glenda, por supuesto, había que descartarlo dadas las circunstancias. Que se olieran siquiera la existencia de aquel pisito, y la mierda haría volar hasta las tapas de las alcantarillas.

—Haré que Filder me lleve a la Casa de la Presa. Y si esos bastardos asoman la nariz por allí, azuzo al perro contra ellos.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando el comisario jefe saltó finalmente del furgón, se dejó caer, agotado, en un Rover de la policía y partió en dirección al embalse de Scabside.

6

Comenzaba a llover y la luna se había ocultado para cuando sir Arnold Gonders descendió tambaleándose del coche patrulla frente a la Casa de la Presa. Se sentía muerto de cansancio, borracho y de un humor de perros.

—¿Estará bien, señor? —preguntó el sargento mientras el comisario jefe se paraba ante la puerta de hierro y encontraba por fin sus llaves.

—Lo estaría si esos jodidos periodistas no me hubieran echado a perder la noche —gruñó al abrir.

—Sí, señor, la prensa es una cochina amenaza —asintió el sargento, y se alejó en el coche cruzando la presa para tomar la carretera principal en Six Lanes End.

Atrás quedó el comisario jefe que, una vez cerrada de nuevo la puerta, se extrañaba de la evidente cojera de Genscher, el rottweiler, y de sus jadeos asmáticos.

—No debemos despertar a su señoría, ¿verdad, viejo amigo? —le dijo con voz ronca, y se acercó a la puerta de la casa. Después de hurgar un rato con la llave en la cerradura, se enfureció al descubrir que no le hacía ninguna falta. ¡Otra vez Vy! Siempre olvidaba cerrar la puerta con llave. ¡Y mira que la había prevenido insistentemente contra los ladrones!

«Me encanta oírte decir eso, querido», solía replicarle ella.

«Oírselo al mismísimo Gran Protector, siempre preocupado por hacer más seguro el mundo para el ciudadano corriente. Pero, con Genscher en el patio, sólo a un loco se le ocurriría entrar. Anda, no seas niño».

Respuesta típica de su forma habitual de tratarle.

En cualquier caso, no iba a arriesgarse a despertarla ahora. Cierto que no sería nada fácil con las copas y las píldoras que habría tomado, como de costumbre. Buscó a tientas el interruptor de la luz del vestíbulo y su mano tocó yeso húmedo donde pensaba hallarlo. Evidentemente, Vy había hecho que lo cambiaran de sitio. Siempre estaba llamando a albañiles y fontaneros para reformar esto o aquello. Claro que... no necesitaba para nada la luz. Mejor a oscuras para no despertar a Vy. Y, como precaución adicional, se quitó los zapatos y subió la escalera tan sigilosamente como pudo. Fue entonces cuando oyó los ronquidos. Ya en otras ocasiones le había reprochado que roncaba, pero esta vez era algo completamente diferente: sonaban como pedos en un baño de barro. Ni loco se iba a poner a dormir en la misma cama con semejante zarabanda. Iría a la habitación de invitados. Fue al baño para hacer un pis y no pudo encontrar el interruptor de la luz. Los malditos lampistas no lo habían puesto donde debiera estar. Así que sir Arnold se desnudó a

oscuras y salió luego al pasillo.

A punto estaba de entrar en la habitación de invitados cuando recordó que tía Bea estaría probablemente allí. No iba a correr el albur de acostarse junto a aquel viejo loro. Ni pensarlo. Retrocedió, pues, a tientas por el pasillo, sin dejar de maldecir todo el rato a su mujer. Era muy propio de ella haber pedido que cambiaran de sitio los interruptores. ¡Siempre queriendo que las cosas fueran de otra manera! Al llegar junto a la puerta de su dormitorio, dudó de nuevo. ¡Dios bendito...! ¡Qué sonido tan espantoso! Entonces se le ocurrió que tal vez estuviera pasando algo malo. Quizá Vy se había tomado una sobredosis de las malditas píldoras que le había recetado el médico para su depresión. O pudiera estar hiperventilada. Porque ciertamente aquello no era normal. Aparte de que..., ¿no decían que era peligroso roncar? Algo había leído hacia poco al respecto.

Por un instante la idea inspiró al comisario jefe una oscura esperanza. Tal vez le convendría dejar que siguiera roncando. Entre tanto, lo mejor que podía hacer era tomarse un comprimido de vitamina C y su media Disprina. Regresó, pues, al cuarto de baño, tanteando las paredes, y encontró el tubo de Redoxón..., o creyó encontrarlo porque, al poco rato, advirtió su error. Aquellos malditos comprimidos redondos eran las pastillas que empleaba tía Bea para limpiar su dentadura postiza. En la oscuridad, sir Arnold Gonders escupió desesperadamente en el lavabo, mientras pasaban por su mente locas ideas acerca de su mujer y sus jodidos parientes. ¡Y pensar que tenía la jeta de hacerlo responsable de sus nervios! Alegaba que eran el resultado de estar casada con un hombre que mantenía tan íntimas relaciones con Dios y con los temibles criminales que frecuentaba. No había sido muy explícita en señalar a qué criminales se refería, pero sir Arnold sabía muy bien que ella y su familia pensaban que había hecho una mala boda, puesto que no debía haber aspirado a nada menos que matrimoniar con algún miembro de la realeza. Y es que los Gillmott-Gwyres eran unos esnobs mayúsculos. En cuanto a lo otro, Vy veía con muy malos ojos la religiosidad de su marido... Pero, si Dios todopoderoso no estaba socialmente bien visto, ¡que le explicaran a sir Arnold quién podía estarlo! Por desgracia los nervios de lady Vy se habían puesto mucho peor por culpa de algún payaso del equipo de averías de la sección de comunicaciones, que había tenido, por dos veces, la ocurrencia de introducir en la memoria del teléfono móvil de su coche unos números que podían ponerla, pulsando una sola tecla, en comunicación con locales de muy dudosa reputación ubicados junto a la zona portuaria. Y así, la siguiente vez que Vy utilizó el teléfono, le había respondido el tipo que dirigía El Santo Templo de la Divinidad o, de vez en cuando, como tendría ocasión de comprobar por sí misma, Las Puertas Nacaradas del Paraíso. Lady Vy, que trataba de comunicar con su hermana, supuestamente viva aún, se quedó horrorizada al encontrar una evidente prueba de que su marido telefoneaba realmente a Dios, y que éste era a todas luces un oriental empeñado en ofrecerle «todo tipo de deseo sexual, hierba o chisme vibrador, que le proporcionará una satisfacción celestial. Devolución garantizada del dinero en caso contrario. También hay a su disposición

un servicio de masaje y asistencia manual». Su reacción a aquella primera llamada fue destrozar su Jaguar, y otros dos coches más, metiéndose contra dirección por la salida de la M85. La segunda vez, tres semanas más tarde, le dijo a Dios, o a quienquiera que fuese el encargado de Las Puertas Nacaradas del Paraíso... (quien, por ella, bien hubiera podido ser el arcángel Gabriel en persona)..., que se fuera a la mierda, so degenerado. Como resultado de ello, sufrió una terrible crisis de conciencia antes incluso de llegar a casa, al reflexionar y decirse que tal vez había estado realmente hablando con Dios.

—Tú siempre estás de palique con él —le gritó en pleno ataque de histerismo a sir Arnold—, ya sé... Pero ¿por qué yo? ¿Por qué me elige de entre tantos miserables pecadores?

Todo lo cual había sido de lo más desgarrador para sir Arnold. Y menos mal que sabía exactamente de qué le estaba hablando —Glenda utilizaba algunos de los adminículos que vendía aquel sinvergüenza—, por lo cual pudo conminar al muy cerdo con cerrarle el negocio y ponerlo fuera de la circulación durante mucho tiempo si jugaba a ser Dios otra vez. Aquello, sin embargo, no había servido de mucha ayuda para lady Vy. Jamás había vuelto a ser la misma mujer desde entonces, y le había amenazado con pedir el divorcio si alguna vez volvía a oírle decir en su presencia que Dios era amor. Sir Arnold responsabilizaba de todo al maldito indio, y su esposa se reprochaba a sí misma el haber tenido la ocurrencia de casarse con un policía. Al final su médico acabó persuadiéndola de que fuera a consultar a un psiquiatra, quien le explicó que sufría sólo un mal muy corriente en las mujeres de su edad insatisfechas sexualmente. El comisario jefe, que había encargado a sus hombres que pusieran micrófonos ocultos en el despacho del psiquiatra con la esperanza de que ella le confesara haber cometido adulterio, dio por bueno, de momento, aquel diagnóstico. Era evidente que su mujer estaba deprimida e insatisfecha en lo tocante al sexo, aunque él se preguntaba algunas veces qué resultado daría si por casualidad la sometieran a esa especie de test de feminidad que han de pasar en las Olimpiadas las lanzadoras de peso. La siguiente sugerencia del psiquiatra, en el sentido de que debía exigir el débito conyugal por lo menos dos veces por semana, junto con la sarcástica carcajada de Vy y su aseveración de que él no era ya capaz de conseguir una erección al año, no digamos ya dos por semana, no fueron tan del agrado de sir Arnold. La desconcertante atracción que Vy ejercía sobre él había surgido siempre más de sus relaciones sociales que de la esperanza de satisfacer algún antojo sexual. De hecho, incluso antes de que el Señor le hubiera mostrado cuan errado iba, se había sentido mucho más atraído por las siluetas juncales y aniñadas, como la de Glenda, que por el busto musculoso y desproporcionado de Vy. A pesar de lo cual, espoleado por la diabólica risotada de ella y por dosis masivas de vitamina E, había echado el resto para satisfacer las necesidades conyugales de su mujer. Tuvo la suerte de que los antidepresivos que le recetó el psiquiatra, combinados con su habitual lingotazo nocturno de ginebra, la dejaban demasiado *groggy* para reclamar su ración de sexo..., e incluso para ser consciente de no haberla tenido. Sir Arnold,

sin embargo, no quería perderla por completo: tenía mucha influencia a través de su padre, sir Edward Gillmott-Gwyre, y le abría una serie de puertas en la alta sociedad que, de no ser por ella, se le cerrarían.

El caso es que ahora, a juzgar por aquellos espantosos ronquidos, Vy debía de estar en un serio apuro. Tomó impulso en la pared para salir del cuarto de baño y recorrió de nuevo el pasillo tambaleándose; y ya había abierto la puerta del dormitorio cuando lo asaltó un nuevo pensamiento alarmante. Jamás la había oído roncar de esa manera... Y ella, naturalmente, habría supuesto que se quedaría en Tween como solía hacer después de algún compromiso nocturno. Así que era posible que se hubiera metido en la cama con aquel marimacho de tía Bea. Si era ésta la que roncaba, la muy guarra iba a llevarse una desagradable sorpresa. Porque, por mucho que a él le desagradara su esposa, ¡maldito si iba a consentir que una lesbiana ocupara su lugar en su dormitorio! El comisario jefe avanzó cautelosamente hacia la cama, con el brazo extendido como si tanteara los ronquidos con la mano para orientarse... Sus dedos tocaron unos cabellos. En la oscuridad, sir Arnold Gonders se quedó helado, incapaz de seguir arrastrando los pies. Aquél no era el pelo de Vy..., habría reconocido sus rizos en cualquier parte..., y tampoco el de Bea, corto y lacio. Lo que tocaba eran unas greñas largas, grasientas.

Era el pelo de un hombre y, puestos ya a decirlo todo, también eran ronquidos de hombre. No había error posible. Como no lo había respecto a otra cosa: el olor. Supo entonces la razón de que Genscher estuviera jadeante y cojo. Y se dio cuenta de que tenía que vérselas con un intruso excepcionalmente peligroso. Toda la vida había dicho que algo así sucedería si Vy dejaba abierta la maldita puerta...

Bien, lo menos que puede decirse es que, borracho y exhausto como estaba, no razonaba demasiado bien. Por su mente alterada cruza como un relámpago la posibilidad de que la casa haya sido tomada por el IRA. Tiene que hacerse con la pistola que guarda en el cajón de la mesita de noche..., la pistola y el botón de alarma. Tantea con la máxima cautela el borde de la mesilla de noche y trata de abrir el cajón. El muy maldito está atascado. Tira más fuerte y logra que ceda unos centímetros aunque a costa de un sonoro crujido. Al momento siguiente hay un movimiento en la cama. Sir Arnold no lo duda ya. Si por lo menos pudiera sacar su arma... Introduce la mano en el cajón, pero allí no hay revólver ni botón de alarma. Asiendo, pues, por la parte de arriba la lámpara de madera de la mesita de noche, el comisario jefe descarga un leñazo con su base en el lugar de procedencia de los ronquidos. Un catacrac terrible, la bombilla que estalla, el enchufe que salta de la caja de la pared... y los ronquidos cesan. En la oscuridad, sir Arnold va hacia la puerta en busca del interruptor principal, pisa un trozo de vidrio de la bombilla rota, se hace un corte en el pie, suelta una maldición...

Cuando por fin pudo encender la luz, fue meridianamente claro que la situación era mucho más terrible de lo que había imaginado. Para empezar, lady Vy estaba despierta —había sido llevada a un estado de vigilia aparente merced a un patadón convulsivo y reflejo de las piernas de Timothy Bright—, pero sin sus lentes de contacto le resultaba

bastante difícil determinar quién era quién. A su lado en la cama yacía alguien, que para ella era sir Arnold, sangrando horriblemente por una herida en el cuero cabelludo, en tanto que un hombre en cueros vivos, armado con una especie de estaca, vociferaba palabrotas desde la puerta. Para lady Vy, cargada de ginebra y de píldoras antidepresivas, era evidente que estaba a punto de ser violada y asesinada. Actuando con notable velocidad para una mujer en su estado, echó mano del revólver del comisario jefe, que había guardado a mano en el cajón de su mesita de noche. Era su último recurso defensivo, y estaba decidida a usarlo. Su primer disparo dio en la luna del armario Victoriano, a la derecha del asesino. Lady Vy trató de apuntar con más cuidado para el segundo y, mientras lo hacía, tuvo la confusa conciencia de que su atacante estaba gritándole en una voz que le sonaba vagamente familiar.

—¡Por todos los santos, deja ese maldito revólver...!

El segundo marró el blanco por el lado contrario y, tras dar en un costado del calentador de agua y salir por el otro, rebotó en las paredes del baño anexo al dormitorio.

No hubo necesidad de un tercer disparo. Sir Arnold había escapado a toda prisa por la puerta, cerrándola de golpe tras él. Lady Vy apretó entonces el timbre de alarma que habían instalado en la casa para alertar a todos los puestos de policía en un radio de ochenta kilómetros de que la segunda residencia de su comisario jefe había sido asaltada por unos intrusos.

Para sir Arnold Gonders, la media hora que siguió fue un anticipo del infierno. En cuanto la sirena del tejado se puso a ulular y los focos halógenos del jardín iluminaron como un ascua la casa, mientras una docena de puestos de policía recibían el aviso de emergencia de prioridad máxima, supo que su carrera estaba al borde de un abismo. Se precipitó escaleras abajo y estaba ya a medio camino del teléfono de su estudio cuando encendieron las luces del vestíbulo y se vio frente a su vieja ama de llaves escocesa en camisón.

—¡Ay, sir Arnold! ¿Sabe usted qué ocurre? —preguntó la pobre mujer.

El comisario jefe la apartó a un lado con la ensangrentada lámpara de la mesita de noche. ¡Vaca estúpida! ¿Cómo iba a saber él lo que estaba pasando? Una vez en su estudio, dejó caer la lámpara sobre una valiosísima alfombra persa y agarró el teléfono. El número..., la clave para cancelar la alarma... ¿Cuál era aquel maldito número? Finalmente, desesperado, marcó el 999 y al punto le respondió una voz preguntándole cuáles eran los servicios de urgencia que solicitaba. Era una cuestión más relevante de lo que a él le pareció en aquellas circunstancias, porque la casa no estaba en llamas..., de momento.

—¡Con la policía! —chilló, y lo conectaron con una grabación en la que se le rogaba que tuviera paciencia, porque los servicios de la policía estaban momentáneamente colapsados. Sir Arnold conocía el mensaje. Él mismo se lo había dictado a su secretaria.

«Mientras espera ser atendido —prosiguió la tranquilizadora voz femenina—, los miembros de los servicios de policía de Twixt y Tween nos complacemos en informarle acerca de algunas modalidades complementarias de asistencia que ofrecemos al público. Siempre hay

agentes dispuestos a dar clases de seguridad vial en escuelas de todos los niveles, primaria, secundaria, superior y no reglada. Impartimos también clases regulares de defensa personal para ciudadanos maduros y personas del sexo femenino. Éstas están a su disposición en..».

—¡Cierra el pico, coño! —gritó el comisario jefe y colgó de golpe. Acababa de ocurrírsele una nueva y más espantosa posibilidad. Vy y un jovenzuelo en la cama... ¡Un gigoló! Tenía que encontrar alguna forma de evitar que convergieran en la casa montones de policías y descubrieran que, casi con toda seguridad, había asesinado al amante de su mujer. Pero ante todo tenía que acallar la maldita sirena.

Lívido de terror se precipitó por el recibidor hacia la cocina en busca de la caja de los fusibles pero, por más que miró en la despensa, que era donde hubiera debido estar, no dio con ella. Habían cambiado de sitio la maldita caja. ¡Otra vez Vy y sus lampistas! ¿De qué servía disponer de unos servicios de urgencia, si no podías ponerte en contacto con ellos? Con los demás moradores de la casa no cabía contar. Cuando iba a regresar al estudio con la intención de agarrar su escopeta de caza y acabar con la estridente sirena del tejado volándola de un escopetazo, se dio de bruces con tía Bea.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó al tiempo que estudiaba su anatomía con una pizca de interés y ostensible repugnancia—. Creí haber oído disparos..., y luego se han encendido esas luces tremendas, y la sirena que no para... ¿No puedes apagarlas?

—No —respondió el comisario jefe—. Y no ha ocurrido nada de particular.

—Pues voy a ver si las apago yo —replicó tía Bea.

A su espalda se había puesto a sonar el teléfono del estudio. Durante un momento los dos se impidieron mutuamente el paso en la puerta de la cocina, pero sir Arnold logró zafarse y corrió al estudio.

En la cocina, tía Bea encontró los interruptores generales y la sirena calló. Volvió entonces sobre sus pasos con el ama de llaves y ambas se quedaron de plantón en la puerta del estudio. El comisario jefe estaba hablando por teléfono.

—Al habla Harry Hodge, el subcomisario jefe —dijo una voz singularmente tranquila.

—Ya lo sé. Sé perfectamente quién es —aulló sir Arnold.

—Bueno, bueno... —respondió la voz, prosiguiendo su demostración de desconcertante calma—. ¿Está usted bien? Repito..., ¿está usted bien? Tómese el tiempo que necesite para responder.

Pero sir Arnold no se lo tomó. Ya era bastante con hallarse en pelota picada en su despacho, observado por una mujer de mediana edad y chillón kimono que no apartaba los ojos de él y de la mancha de sangre que había en la alfombra...

—¡Por supuesto que estoy bien, maldita sea! Se disparó accidentalmente la alarma. Eso es todo.

—Bueno, bueno... —repitió el subcomisario jefe manteniendo su tono imperturbable—. Lo comprendo perfectamente. Pero ahora, ¿está usted bien? Repito, ¿está usted...?

—Oiga, Hodge... ¿Qué diablos ha querido decir con eso de que lo

comprende? Estoy aquí en cueros y usted... —Al decir esto se volvió a tía Bea—. ¡Por los clavos de Cristo, lárgate!

—Trate de mantener la calma —insistía el pelma de Hodge con aquella exasperante flema—. Tenemos todo bajo control. Pero, diga... ¿Está usted bien? Repito...

—Pregúnteme otra vez si estoy bien, Hodge, y le aseguro que le parto su jodido cuello. Ya le he dicho no sé cuántas veces que estoy perfectamente. ¿Cuántas más tendré que repetírselo?

Al otro lado de la línea, el subcomisario jefe empezó a plantear más o menos la misma pregunta. Sir Arnold hizo acopio de paciencia.

—Hodge —dijo, con un autodominio que quería ser una versión propia del de su segundo—. Hodge..., estoy perfectamente. Repito, estoy perfectamente. Repito..., perfectamente.

—Bueno..., entonces todo va bien —concluyó Hodge casi con pesar—. ¿Ha sido una falsa alarma? ¿Debo hacer que vuelvan los chicos de la BAR?

—¿Queeé? —Los sucesos de los pasados minutos habían hecho al comisario más lento de comprensión que lo habitual en él.

—La Brigada de Acción Rápida —aclaró Hodge, con una nueva nota de duda en su voz.

—¿Esos bobos? —aulló el comisario jefe—. ¡Por supuesto que debe hacerlos regresar en seguida! ¿Para qué cree que le he llamado?

—¿Que usted me ha llamado, señor? ¿Que me ha llamado? No quisiera llevarle la contraria en un momento así, pero el hecho es que soy yo quien le ha telefoneado. ¿Está usted seguro de que se encuentra bien del todo?

Sir Arnold hizo un supremo esfuerzo.

—Hodge, ¡por favor! Créame cuando le digo que estoy perfectamente bien, muy bien, muy bien... ¿Está claro? Me encuentro bien, y sólo quiero volver a la cama.

—Como usted mande, señor... Aun así, es una lástima no aprovechar la oportunidad como ejercicio de entrenamiento...

—No. Le repito, no. Y vuelvo a repetir: no, bajo ningún concepto. Corto y fuera, ¡coño!

Y, colgando el teléfono, el comisario jefe se volvió para afrontar otros problemas aún más inmediatos.

7

El primero era volver al dormitorio y aclarar las cosas con Vy. Ella era la culpable de todo. Cualquier marido razonable que, al llegar a casa, encontrara a su mujer en la cama con un jovenzuelo, un asqueroso gigoló, habría reaccionado con la misma violencia. Su actitud debía tomarse, en cierto modo, como una demostración de afecto, puesto que demostraba un nivel adecuado de celos. No tenía que haber hecho uso del revólver de una manera tan irracional. Pudo haberlo matado y, en tal

caso..., ¿qué hubiera sido de ella? Ahora bien, ni por asomo iba a entrar en el dormitorio hasta que le prometiera no volver a hacer nada que entrañara peligro. Así que, al llegar junto a la puerta, se detuvo.

—Cariño, cariñito... —llamó con suavidad—. Soy yo. Ya sabes... Yo. Papá Oso y Ricitos de Oro, y...

Dentro del dormitorio, lady Vy había encontrado sus lentillas y el *quid* de su error.

—¡Oh, por amor de Dios! Ahora no, Arnold. No con...

Sir Arnold se precipitó dentro. Tenía que impedir que siguiera hablando, con revólver o sin revólver.

—¡Calla! —gritó en lo que quiso ser un susurro. Y después, más para que le oyeran las dos mujeres que seguían en el piso de abajo que por la propia lady Vy—: Vamos, querida, no debes culparte. Todos cometemos errores...

—¿Culparme? ¿Culparme yo? Me despierto y te encuentro apaleando a alguien con la lámpara de la mesita, y...

—No, cariño, no... No ha sido exactamente como dices —dijo en un susurro que resultó prácticamente un bramido. Y luego, *sotto voce—,* ¡Que las paredes oyen, por Dios!

Lady Vy le miró con los ojos extraviados.

—¿Que las paredes oyen? ¿Te presentas aquí en porreta para decirme con una especie de horrendo mugido que las paredes oyen? ¿Has perdido el juicio?

Sir Arnold hizo frenéticas señas apuntando a la puerta.

—No necesitamos testigos —dijo en un tono más normal.

—Tú puede que no —replicó lady Vy—. Más bien estoy segura de que no te conviene tenerlos, pero en cuanto a mí...

Sir Arnold se acercó a la cama y retiró la sábana que cubría el cuerpo desnudo de Timothy Bright.

—¡Calla la boca y escucha! —susurró—. Llego a casa y te encuentro amartelada con éste... Con un cochino gigoló con el que has estado follando en mi propia cama, y el tipo tiene la jeta de quedarse dormido aquí y roncar como...

Se interrumpió mirando las desolladuras de las rodillas, las manos y los brazos de Timothy, por no mencionar un fuerte hematoma en el pecho y el rostro arañado, y revisó el concepto que tenía de Vy. Si la pasión amorosa era aquello que habían estado haciendo el pobre diablo y Vy, podía considerarse muy afortunado de no haber conseguido excitar nunca su sexualidad a tan extraordinarias cotas. Durante una fracción de segundo se le ocurrió que su mujer había estado viendo últimamente demasiadas películas de Drácula. O de caníbales, tal vez. Prefirió no fijarse en la cabeza de aquel bestia. La herida sangraba aún, manchando la almohada. En cualquier caso, quien le interesaba ahora era Vy.

—¿Qué has querido sugerir con eso de «gigoló» y de «follar», vil criatura? —le escupió ésta con una altivez casi auténtica—. ¿Piensas que se me pasaría por la imaginación acostarme con un..., un jovenzuelo..., con un simple crío?

Sir Arnold volvió a mirar al tipo de la cama. Jamás se le hubiera ocurrido que su mujer pudiera considerar un crío a alguien que ya debía

de estar cerca de los treinta. O un jovenzuelo. No lo encontraba muy natural. Trató, empero, de volver a lo que importaba.

—¿Qué esperas que piense? Si llegaras a casa inesperadamente, a altas horas de la madrugada, y me encontraras en la cama con una chica desnuda, ¿qué creerías?

—Pensaría, a buen seguro, que no habías tenido con ella una relación sexual normal —le espetó—. Supongo que la felación puede servirte de algo, pero conmigo no cuentes. Ya no tengo edad para ese tipo de cosas.

Sir Arnold hizo caso omiso de aquella obvia tentativa de salirse por la tangente.

—Muy bien —preguntó—. ¿Quién es? Dime sólo quién es.

—¿Quién es?

—Creo que tengo derecho a saber eso al menos.

—¿Y me lo preguntas a mí...? No lo sé.

—¡No lo sabes! Tienes que saberlo. Quiero decir... —La miró con los ojos casi saliéndosele de las órbitas—. Quiero decir que uno no se mete en la cama con un tenorio de vía estrecha sin haber averiguado antes quién es. Eso es algo..., algo...

—Bien..., si te he de dar explicaciones, pensé que eras tú —respondió lady Vy con renovada altanería.

Al comisario jefe el asombro lo dejó boquiabierto.

—¿Yo? Me decías hace un instante que no se me pone dura si no es con un buen trabajo bucal, y ahora resulta que soy el tipo que te folló hasta dejarte patitiesa.

Por un instante pareció que lady Vy se disponía a esgrimir el revólver de nuevo. .

—Te lo repito una vez más —gritó—. Nadie me hizo nada. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—Tuviste que enterarte. La gente no se mete en tu cama sin que te des cuenta.

—De acuerdo... Supongo que fui vagamente consciente de que alguien se metía en la cama, pero, como es lógico, pensé que eras tú. Quiero decir, que apestaba a alcohol y a perro. ¿Cómo demonios iba yo a pensar que no se trataba de ti?

Sir Arnold se engalló.

—Yo no huelo a perro ni a alcohol cuando me acuesto.

—Pudo confundirme —dijo lady Vy—. Y ahora que lo pienso, me confundió. —Buscó a tientas al lado de la cama la botella de ginebra. Sir Arnold se le adelantó y bebió un trago—. Y ahora —prosiguió una vez que su marido se la hubo devuelto—... ahora vienes tú y lo asesinas.

—Asesinato no, ¡por Dios! —protestó él—. Homicidio involuntario. Es completamente distinto. En los casos de homicidio involuntario, los jueces suelen...

Lady Vy sonrió con sarcasmo.

—Mira, Arnie... —observó con un grado de malicia que llevaba años fermentando—. No parece caberte en eso que llamas tu cerebro que ya estás acabado, *finito, kaput,* para los restos. Es el final de tu carrera. Esos cargos directivos con sueldos de fábula por favores prestados, todos los chollos que iban a proporcionarte tus amigos de toda la vida

como Fred Bloads por haberles montado el servicio de protección que llamas tu comisaría, se han ido al traste. Estás hundido en la mierda por encima de la línea de flotación, como solía decir papá. Y no importa lo que decida algún juez chocho, untado por la Fiscalía para evitarte la cárcel... Te has ido a pique, nene.

Sir Arnold Gonders prestó sólo una atención subliminal a sus palabras; en cualquier caso, no le respondió. Había delitos que ni siquiera un comisario jefe podía cometer y quedar más o menos impune, y uno de ellos era el de apalear a un joven en la propia cama con un instrumento romo hasta dejarlo muerto. Para colmo de males, no podía contar con la ayuda de la ex primera ministra, que ya no estaba en el poder.

Tomó la muñeca de Timothy Bright y le buscó el pulso. Consideradas las circunstancias, latía con sorprendente fuerza. Al momento siguiente revolvió el armario buscando una linterna.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó lady Vy al ver que dirigía la luz a uno de los globos oculares de Timothy y le examinaba la pupila.

—Colocado —dijo al fin—. Está atiborrado de drogas hasta el cogote.

—Tal vez —admitió lady Vy, que empezaba a hacer pucheros—. Pero mira lo que le has hecho en el cogote.

Sir Arnold prefirió no mirarlo.

—Si le tomaran una muestra de orina, agujerearía el frasco —insistió.

—¿Estás seguro? Me parece tan inverosímil...

El comisario jefe dejó la linterna y se volvió a su mujer.

—¿Inverosímil? ¿Dices que es inverosímil? ¿Hay algo que lo sea más que llegar a casa y encontrar...? No importa. Mírale las rodillas, las manos... ¿Qué te muestran?

—Me parece... bastante bien plantado, ahora que lo dices.

—¡Deja en paz su maldita estampa! —gruñó el comisario jefe—. Tiene desolladuras en la piel. Han debido arrastrarlo por tierra. Y... ¿dónde están sus ropas?

Echó un vistazo por el cuarto y luego, tras ponerse un batín, fue al piso de abajo. Tampoco encontró ropas allí. Cuando regresó al dormitorio al cabo de un rato, el comisario jefe tenía una idea bastante clara de lo sucedido y estaba tratando de afrontar lo que se le venía encima.

—Es un montaje... Esto es lo que es. Me han tendido una trampa. En unos minutos se presentarán aquí esos bastardos de la prensa y...

—¡Oh! ¡Y a las doce tenemos invitados! —le interrumpió lady Vy, para quien sus obligaciones sociales eran prioritarias—. Tú estás muy a bien con el diputado local... ¿Crees que...?

El comisario jefe sintió abrirse a sus pies otro abismo.

—Tenemos que actuar con rapidez —dijo—. Este hijoputa no debe estar aquí cuando lleguen. Hay que bajarlo al cuarto de la caldera.

Esta vez le tocó a lady Vy contemplar una perspectiva infernal.

—Pero es de gasóleo... No podrás quemarlo en la caldera. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

—¡Por Dios, Vy, que no es eso! No pienso quemarlo. Más bien voy a ponerlo al fresco hasta que la cosa deje de estar al rojo vivo..., eso es todo.

Y dejando a su mujer en un mar de perplejidades, sir Arnold bajó de nuevo apresuradamente por las escaleras. Cuando volvió traía un rollo de cinta adhesiva ancha y dos bolsas de basura de plástico.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó lady Vy. Sir Arnold salió otra vez del dormitorio, y entró en el cuarto de baño a buscar algo. Regresó con un trozo de esparadrapo—. Pero..., pero..., ¿qué pretendes...? —insistió, mirándolo con los ojos desorbitados.

—¡Calla de una vez y haz algo útil! —le soltó su marido—. Vamos a atar a conciencia a este piojoso y a asegurarnos de que no sepa dónde demonios ha estado.

—Pero, Arnold, cariño... ¿De verdad crees que voy a ayudarte en este horrible plan?

El comisario jefe interrumpió sus tentativas de meter las piernas de Timothy en una de las bolsas de basura y se puso tieso.

—Escúchame bien, Vy —dijo, recalcando con terrible intensidad sus palabras—. No quiero oír ni una vez más esos falsos «Arnold, cariño..». tuyos dándote aires de superioridad. Y será mejor que lo entiendas bien: si por esto me enfango socialmente, no pienses que tú quedarás limpia, porque no lo estás. Esta vez vas a tener que ensuciarte las manos.

Lady Vy trató de aparentar altivez.

—¡Pues vaya! Cualquiera pensaría que yo he tenido algo que ver con que este tipo estuviera aquí.

—Parece una suposición muy razonable. Y permíteme que te la amplíe. Tú y tu tía Bea estáis un poco salidas. Lo recogéis en cualquier sitio (parece como si acabara de salir de la cárcel), y tú le pones una inyección intravenosa de crack, o la buena de tita Bea le pincha en la columna una dosis de «nieve» colombiana con su jeringuilla hipodérmica; hecho lo cual os lo traéis aquí para correros una juerga con él. ¿Captas el cuadro?

Lady Vy estaba empezando a captarlo.

—Jamás te atreverías. No serías capaz de hacer nada... Quiero decir que papá...

—Ponme a prueba. Búscame las cosquillas. Y te aseguro que a tu papaíto le encantará ver su fotografía en la jodida portada del *Sun,* bajo el titular: «HIJA DE UN LORD EN UNA ORGÍA LÉSBICA», con todo lujo de detalles acerca de ti y de esa marimacho lesbiana heroinómana, y...

—Pero tía Bea es aromatoterapeuta y consultora psíquica. Es...

—Un filón para el *Sun* y el *News of The World,* eso es lo que es. Y el aroma que va a despedir, a menos que empieces a echarme una mano, va a hacer que esta peste a perro parezca Chanel n.° 5. ¡Manten abierta esta maldita bolsa para que pueda meterle las piernas dentro!

Pero era evidente que las piernas de Timothy Bright no cabían en la bolsa por largas y faltas de flexibilidad. Así que, al final, echaron mano de las sábanas de la cama y lo envolvieron en ellas. Sir Arnold tomó el rollo de cinta adhesiva y se puso a trabajar tan concienzudamente que el objeto que minutos después arrastraron entre los dos con enorme dificultad hacia la bodega parecía una momia con agujeros a la altura de la nariz para respirar. Descargaron a Timothy en el rincón más oscuro de la bodega, detrás de los antiguos anaqueles de piedra para las botellas.

—Así se estará quieto un buen rato —dijo sir Arnold..., para ver inmediatamente frustradas sus esperanzas, pues Timothy Bright se movió en el suelo gimiendo. El comisario jefe titubeó un segundo, pero en seguida tendió la linterna a lady Vy y fue hacia la escalera—. ¡Vigila que no se mueva! —le encomendó a su mujer regresando apresuradamente a la cocina.

Volvió a los pocos momentos con una jeringa de cocina de plástico, un vaso medidor y una botella de whisky.

—¡Dios santo! ¿Qué vas a hacer ahora?

—¡Cierra el pico! Y sostén la linterna sin moverla. No quiero equivocarme con las medidas.

—¿Para qué quieres la jeringa?

—¿A ti qué te parece? No es para rociar de jugo un asado... Me servirá para administrarle a este sinvergüenza algo que lo mantenga quieto: dos dedos de whisky cada dos horas, con un par de tus pastillas de valium y unas cuantas de esas píldoras de color rosa que tomas al acostarte, y no sabrá dónde está, ni dónde ha estado, ni qué hora del día o de la noche es.

Lady Vy contempló el fardo depositado en el suelo de la bodega, preguntándose si de veras era necesario el whisky. Porque, ciertamente, los otros sedantes no lo eran.

—Dale esas píldoras y jamás volverá a saber nada —objetó—. Y tampoco creo que debas empapuzarlo con la jeringa. Lo más probable es que lo mates de asfixia.

—No pienso inyectárselo a presión. Voy a hacerle una especie de gota a gota, ¿estamos?

Lady Vy lo miró con ojos de asombro.

—Tú deliras. Estás rematadamente loco. ¿Te propones meterle gota a gota todo ese whisky mezclado con valium...? ¡Dios mío!

—No estoy loco —replicó con firmeza el comisario jefe—. Y de ahora en adelante no quiero oírtelo decir. Anda, agarra la jeringa... —le ordenó tendiéndosela.

—No pienso agarrar nada —dijo lady Vy con la misma firmeza—. Puedes hacer lo que te venga en gana, pero no voy a ser cómplice de un crimen.

—¡Oh, sí, lo eres ya! —le espetó el comisario jefe con una expresión terrible en el rostro.

Así que lady Vy le aguantó el instrumento de cocina. Cinco minutos más tarde, Timothy Bright había recibido con éxito su primera dosis de valium y whisky. Al final no pareció necesario añadir las píldoras antidepresivas de lady Vy a aquel brebaje letal.

—Con esto deberíamos estar seguros de que no se despertará en un buen rato —comentó sir Arnold mientras subían la escalera del sótano—. Que lo tendrá inconsciente hasta que se me ocurra algo.

Cerró con llave la puerta de la bodega. Durante el resto de la noche trató de dormir en el sofá de su estudio, mientras lady Vy ponía sábanas limpias en la cama y se tomaba otra de sus píldoras. Entre breves paréntesis de sueño y terribles ratos de insomnio, sir Arnold rebuscó en su memoria en busca de algún delincuente especialmente vengativo que

pudiera haber ideado aquella trampa. Pero había demasiados criminales que se la tenían jurada. ¿Y cómo era que no se habían presentado los sinvergüenzas de la prensa? Probablemente porque había hecho regresar a la Brigada de Acción Rápida. La presencia de la brigada hubiera brindado la excusa para una invasión masiva de los periodistas. Aparte de que necesitaban a los muchachos de la BAR para guiarlos hasta la Casa de la Presa. Sir Arnold dio gracias de que estuviera tan aislada. Aun así, todo aquello era francamente extraño. Telefonearía por la mañana para ver si alguien había dado el soplo de que se preparaba un suceso espectacular. Pero no, no lo haría. El silencio, un silencio absoluto, pleno, sepulcral, era siempre la mejor respuesta. Con el silencio y con la ayuda de Dios hallaría la forma de salir de la pesadilla. A condición de que a aquel malnacido no se le ocurriera morirse...

Arriba, en el dormitorio, lady Vy maldecía su insensatez. El agua del calentador agujereado salía por debajo de la puerta del baño y se extendía por el suelo empapando la alfombra. Tendría que haber escuchado a papá desde el principio. Él siempre dijo que había que ser un sádico y un cretino para triunfar en la policía, y daba en el clavo.

8

Henry Gould se despertó en Pud End con la horrible sensación de haber hecho algo espantoso. Tardó un instante o dos en recordar qué era y, cuando lo hizo, se sintió realmente inquieto.

—¡Señor! —musitó levantándose apresuradamente—. ¡Qué broma tan estúpida!

Luego, al bajar, se encontró a su tío desayunando en la cocina de la vieja granja, con la radio al lado. Estaba muy animado para tratarse de un hombre que casi con toda seguridad acababa de perder a un sobrino. Porque Henry no tenía ninguna duda de ello. La sobria luz de la mañana le hacía ver que su primo debía de haberse matado. Nadie atiborrado de *Bufo sonora* hasta el tuétano podía conducir una potentísima moto la distancia que fuera y seguir vivo. El «sapo» era una droga más potente aún.

—No tienes que poner esa cara de pena —le dijo Víctor—. Llevo oyendo la emisora local desde las seis y no han mencionado ningún accidente de moto. Lo hacen siempre para animar a otros. Timothy estará probablemente durmiéndola junto a algún seto. Los tipos como él siempre tienen al diablo de su parte.

—Eso espero. Sólo Dios sabe los efectos del «sapo». Por la forma como actuó, me sorprendió que pudiera subirse a la moto y mucho más aún conducirla.

Más tarde, aquella misma mañana, cuando Victor Gould subió a ventilar la habitación de invitados, se dio cuenta de que Timothy Bright se había dejado un paquete envuelto en papel de estraza y una cartera grande. Llevó ambas cosas al armario de debajo de la escalera y las

depositó allí pensando que Timothy volvería sin duda por ellas. Era una perspectiva temible pero, al menos, estaba temporalmente ausente.

Timothy Bright habría compartido su consternación de estar en condiciones de compartir nada. Lo cierto es que dormía en la feliz inconsciencia de su situación y con los restos de «sapo» obrando nuevos prodigios en sus neuronas ahora que habían sido reavivados con el valium y el whisky. Por fortuna, ignoraba que se hallaba envuelto y enfajado en dos sábanas manchadas de sangre y una funda de almohada, y que, con todo eso, lo habían depositado en el rincón más escondido de la bodega de la vieja Casa de la Presa, como si fuera uno de los sacos de carbón que en otro tiempo amontonaban allí.

Por encima de su cabeza y en el jardín, los invitados a tomar el aperitivo de los Gonders iban de un lado para otro con los vasos llenos de un vino blanco un punto ácido que Ernest Lamming le había vendido a sir Arnold como «un Vouvray de primera», lo cual era una descripción bastante aproximada a la realidad, por más que el comisario jefe deseara ahora no haber comprado tantas botellas. En particular porque no estaba de humor para beber nada personalmente. Había dormido tres horas, a intervalos, y se había despertado con la sensación no sólo de haberse ido a la cama mucho más borracho de la cuenta, sino también de haber sufrido alucinaciones durante la noche. Porque lo que parecía haber sucedido, esto es, que probablemente se había cargado a un bastardo que encontró durmiendo con Vy, no podía ser realidad. De hecho, todos los acontecimientos de la pasada noche tenían tal carácter de pesadilla, que por su gusto se hubiera estado todo el día a solas tratando de averiguar qué demonios ocurría. Pero, en vez de ello, se veía forzado a adoptar una actitud campechana que no sentía en absoluto. Lo cierto es que no pensaba hacer los honores a aquel Vouvray picado: se abonaría al vodka con tónica con la esperanza de que despejara las brumas de su cabeza.

El hecho de que los invitados al aperitivo compusieran un grupo tan perfectamente homogéneo era un claro indicio de los notables cambios sociales producidos en la década de los ochenta. En otros tiempos se habría visto con suspicacia que un comisario jefe tuviera tantas amistades en los mundillos financiero y de la promoción inmobiliaria, y tan pocas entre quienes antaño se denominaban la gente bien. Esto era particularmente cierto en Twixt y Tween. El condado había tenido fama por las grandes industrias y astilleros de Tween y por los cotos de urogallos y las inmensas fincas de los terratenientes de Twixt. Pero al cóctel de los Gonders no asistía ninguno de los antiguos capitanes de la industria pesada, y las únicas empresas representadas eran las de servicios. Tampoco los terratenientes se habrían sentido cómodos entre los invitados a la Casa de la Presa. Y, por supuesto, no había ningún sindicalista. Sir Arnold Gonders había aprendido muy bien el catecismo político del thatcherismo: sólo importaba el dinero y, preferiblemente, el dinero reciente, que únicamente sabía hablar de dinero y no se preocupaba por nada más. Había, sí, mucha gente de la televisión y del negocio del espectáculo. «La comunicación es el verdadero arte de un comisario jefe —había pontificado sir Arnold cierta vez—. Tenemos que

mantener a la gente de nuestra parte».

Era un comentario revelador, que venía a sugerir que la sociedad estaba irremediablemente dividida. Y si los habitantes de la zona correspondiente al comisariado de Twixt y Tween no hubieran sabido de sobras de qué parte estaba sir Arnold Gonders, un vistazo a la lista de sus invitados les habría dado una pista. Len Bload, de Bload y Babshott, Relaciones Públicas y Asesores Financieros del Consejo Municipal, había venido acompañado de su esposa Mercia, ex modelo y ex masajista promovida a un puesto directivo en la B & B. Len Bload siempre se dirigía al comisario jefe llamándole «muchacho», y era evidente que consideraba a sir Arnold un miembro activo de su equipo.

—Tenemos que mirar unos por otros; así lo veo yo, muchacho. ¿Quién lo hará, si no? Dime —había dicho ya más veces Len Bload de las que lady Vy podía recordar sin hastío. La disgustaban también las mujeres que hablaban del sexo manual tan abiertamente como lo hacía Mercia Bload. Y luego estaban los Service. Si los Bload le caían mal, a los Service los detestaba positivamente. Harry Service se dedicaba a la venta.

—No me preguntes de qué. De todo. Dilo, y lo tengo. En algún lugar, seguro. ¿Conoces mi lema? «Te lo serviré». Lo tengo. Lo tendré... Servido. Un gran eslogan que le saqué a Lennie, y gratis. ¿Sabes por qué? —Lady Vy no quería saberlo, pero *noblesse oblige,* o se supone—. Porque le expliqué que cuando estoy follando a Cielito tengo que pensar en Mercia para conseguir que se me levante. ¿No es así, Cielito? —La señora Service sonrió agriamente asintiendo—. Jodo mucho mejor con esa foto de Mercia en bikini sobre la almohada, ¿verdad?

Una sombra de algo parecido al dolor se extendió por el rostro de Olga Service. Lady Vy la habría compadecido —la desgracia de verse llamada «Cielito» por un hombre tan grosero como Harry Service hubiera destrozado a una mujer más débil—, si no fuera porque en cierta ocasión había oído a la señora Service describirla como «esa vieja vaca Gonders. Tan esnob y sin un penique. Que se caiga muerta es lo que le deseo». En su momento lady Vy se había quejado a sir Arnold de aquella observación tan cruel; pero todo lo que él le dijo fue: «Hay que tener cuidado con los locales, ya sabes». Lo cual tenía chispa, considerando que el viejo Service decía haber huido de Polonia para luchar con el Ejército Polaco Libre. Y una vez alguien había descrito acertadamente a Olga diciendo que tenía el aspecto de guardia de campo de concentración merecedor de ser colgado por crímenes contra la humanidad.

Por otra parte, en el condado había también muchos que habían asistido sólo una vez a las fiestas del comisario jefe..., y habían encontrado motivos para no volver a ninguna otra. Sir Percival Knottland, el lord gobernador, era uno de esos ausentes. Aún no había podido sobreponerse al recuerdo de haber conocido en una de las fiestas de los Gonders a cierto individuo que le recomendó invertir en cierta cadena de pizzerías, «porque en este asunto hay mucho más que queso y anchoas; usted ya me entiende».

El lord gobernador creyó haberlo entendido, y se quejó al comisario

jefe; pero sir Arnold le aseguró confidencialmente que el tipo aquel tenía razón.

—Si le he de ser sincero, es uno de nuestros mejores confidentes. No podría hacer nada sin él. Hay que tenerlo a buenas.

—Pero me aconsejó invertir en Pizzerías Pietissima —dijo el lord gobernador—, y añadió algo sobre «escarchar» la masa. ¿Lo he entendido bien? Porque me pareció muy sospechoso. ¿No debería usted investigar a fondo esa empresa?

El comisario jefe lo había tomado del brazo para decirle confidencialmente:

—Entre nosotros..., ya lo he hecho. Y, hasta donde puedo decirle, es una inversión sólida. Yo mismo he puesto diez mil libras. Podría doblar su dinero en seis meses.

—¿Y no cree usted que estas Pizzerías Pietissima pueden estar empleándose como tapadera para distribuir drogas? —inquirió el lord gobernador.

—¡Dios bendito, espero que no! Claro que no puedo garantizárselo... Hoy todo el mundo está metido en ese juego. Les preguntaré a mis chicos de narcóticos, pero no creo que deba inquietarse. Después de todo, el dinero es dinero.

El lord gobernador se había quedado tan traspuesto, que había escrito a la primera ministra, sin otro resultado que recibir de ella una respuesta sumamente brusca: le decía que se limitara a ejercer su papel de lord gobernador, un papel que —se desprendía de la carta— era superfluo y meramente ceremonial, y que dejara las funciones de protección de la comunidad a los profesionales como sir Arnold Gonders, que estaba realizando un excelente trabajo, etcétera. El lord gobernador había seguido el consejo y procurado desde entonces evitar al comisario jefe.

Otro tanto había hecho el juez Julius Foment, cuya fe en la policía británica se había visto sacudida al descubrir que venía apoyándose en las pruebas que le facilitaban los detectives de Twixt y Tween para sentenciar a individuos absolutamente inocentes a largas condenas de prisión por delitos que la policía sabía muy bien que no podían haber cometido. El juez, que en su infancia había vivido como refugiado de la persecución nazi, estaba horrorizado por el cambio de la policía británica. Incluso pensó en vender su casa, edificada en el otro extremo del embalse, cuando los Gonders se instalaron en la Casa de la Presa. No lo hizo, pero ni siquiera acusaba recibo de sus invitaciones.

Había otras personas que se mantenían a distancia. Como, por ejemplo, los auténticos «locales»: granjeros y gente corriente de los pueblos de los alrededores, que no importaban gran cosa a los Gonders o a sus invitados, pero que entroncaban con una tradición más antigua e indígena. De éstos, los más hostiles al muestrario humano que llenaba el jardín de los Gonders aquella mañana de domingo eran, sin duda, los Midden: Marjorie Midden, de The Middenhall, y su hermano Christopher, que llevaba una granja a cincuenta kilómetros de allí, en Strutton. Desde el primer momento sir Arnold había tenido roces con la señorita Midden. Vivía ésta en una antigua granja detrás de la extravagante mansión victoriana conocida como The Middenhall, que tenía alquilada. Se había

opuesto a él en la cuestión del vallado de las tierras comunales de Folly Moss, aduciendo que desde hacía un millar de años brindaban pastos libres para los habitantes de Great Pockrington. El argumento de sir Arnold, exponiendo que en la actualidad sólo vivía una familia en Pockrington y que su hombre trabajaba en las tejerías de Torthal y no tenía el menor interés en apacentar nada en Folly Moss, fue rebatido por la señorita Midden con la observación de que en otro tiempo habitaban en Pockrington doscientas familias y que, siendo cual era la situación del mundo actual, nadie podía afirmar que en el futuro no fueran a vivir allí otras tantas.

—Jimmy Hall puede significar muy poco para el comisario jefe —había dicho en una reunión pública—, pero representa los derechos del hombre común a la tierra comunal. Derechos por los que hay que luchar y que no van a ser ignorados mientras yo viva.

Sir Arnold había alegado que sólo pretendía levantar una cerca de alambre de púas para evitar que entraran a pastar las ovejas de otros, y que Jimmy Hall podría usar aquellas tierras si lo deseaba. Pero no coló. La señorita Midden replicó que el alambre de púas definía con demasiada frecuencia los límites de la libertad e imponía restricciones injustificadas al libre movimiento de las personas. Así que las tierras comunales permanecieron sin vallar.

Hubo otros motivos de queja. Uno de sus coches patrulla había perseguido a un vehículo conducido obviamente por un borracho, metiéndose, en la persecución, por la carretera de acceso a The Middenhall. Y al encontrar allí a un individuo de avanzada edad que cruzaba el prado tambaleándose, lo obligaron a tumbarse en el suelo y lo esposaron. En cualquier otra parte de la zona de Twixt y Tween, aquel tipo de acción policial no habría suscitado ningún comentario. Cierto que en algunas urbanizaciones de los alrededores de Tween podría haber dado una excusa a los jóvenes del lugar para liarse a golpes con los policías..., pero eso era algo previsible. Lo que sacó de sus casillas al comisario jefe fue que un supuesto infractor de la ley, perteneciente a la clase media, se valiera de la ley para burlarse de dos de sus agentes ante el tribunal, cuando todo podía haberse evitado con sólo una simple conversación con él.

Pero la señorita Midden no había querido tenerla. En lugar de ello, tramó una *vendetta* de lo más irrazonable. Porque, después de todo, los agentes se habían limitado a trasladar al supuesto conductor a la comisaría de Stagstead, una vez que se hubiera negado a soplar por el alcoholímetro y les hubiera agredido a los dos mientras actuaban en cumplimiento de su deber; y en Stagstead el médico de la policía le había tomado una muestra de sangre, que demostró claramente que el nivel de alcohol en la sangre del detenido rebasaba ampliamente el límite. De resultas de todo lo cual, el detenido, un tal señor Armitage Midden, un viejo cazador retirado llegado recientemente de Kenya, donde era conocido como «Búfalo» Midden, pariente lejano de los Midden, había sido acusado de conducción peligrosa, circular en un coche con una luz trasera averiada, agresión a dos agentes de policía y conducir bajo los efectos del alcohol. La libertad provisional bajo fianza

se le concedió al día siguiente, después de que el citado señor Midden pasara una noche aleccionantemente incómoda, cuando se presentó la señorita Midden en persona para llevarlo de vuelta a The Middenhall. Marjorie Midden estuvo muy desagradable con los agentes de la comisaría de Stagstead, pero sólo cuando el caso fue visto ante el tribunal, la policía se enteró por ella de que el acusado: a) carecía de permiso de conducir, b) tenía tal aversión a los vehículos a motor que en cierta ocasión había viajado a pie desde Ciudad del Cabo a El Cairo; y, finalmente, c) que se había ganado su formidable reputación de cazador certero gracias a haber sido toda su vida un abstemio total. En suma, que fue un episodio tremendamente embarazoso para el comisario jefe, para los dos agentes que protagonizaron el arresto y para el médico de la policía, que no contribuyó en absoluto a mejorar la reputación de la comisaría de Twixt y Tween. Marjorie había recurrido a su primo, Lennox, encargándole que contratara a un experto abogado londinense, extremadamente mordaz. Y fue obvio que le había dado instrucciones de exponer la conducta de la policía a la luz más desfavorable posible.

El contrainterrogatorio de los testigos de la policía por parte de aquel abogado había sido especialmente penoso para el comisario jefe, quien cometió la imprudencia de acceder a testificar a favor de sus hombres y de la comisaría de Twixt y Tween. Rememorando lo ocurrido, sir Arnold consideraba que lo habían engatusado deliberadamente para hacerlo aparecer y presentarse como un idiota o algo peor aún. Había prestado ya testimonio acerca de la absoluta probidad del médico de la policía cuando el juez ordenó el sobreseimiento de la causa. Y, para colmo, salió a relucir la brillante hoja de servicios de «Búfalo» Midden en la guerra, condecorado con la Orden de Servicios Distinguidos y la Cruz Militar por el valor demostrado en Birmania.

En la galería del público, la señorita Midden había gozado con su triunfo. El comisario jefe tuvo la precaución de no mirarla, pero podía imaginar sus sentimientos..., que tenían que ser diametralmente opuestos a los suyos.

Pero ahora, en mitad del aperitivo, no le preocupaba la arrogancia de la señorita Midden: sus pensamientos iban y volvían al tipo aquel de la bodega. Y se irritó y alarmó especialmente cuando Ernest Lamming empezó a alabar la espléndida selección de vinos que le había servido, insistiendo en que quería ver si los guardaba en las debidas condiciones.

—Lo que quiero decir es que no vendo vino peleón. Sólo calidad, y que aquí tienes algunos caldos magníficos, como ese Bergerac del 56 y el Fitou del 47. Valdrán lo suyo ahora si los has conservado adecuadamente. Me gustaría ver si tienes puestas las botellas de lado y todo eso. Porque, si las guardas derechas, los corchos se resecarán y será como si hubieras tirado tu inversión por un desagüe.

—El caso es que me los he llevado a mi casa de Sweep's Place —respondió sir Arnold—. No me gustaba dejar aquí unos vinos tan valiosos, con la casa vacía toda la semana.

—¡Pero si allí ni siquiera tienes bodega! —replicó Lamming—. El lugar más idóneo era éste. La bodega fue construida especialmente para guardar el champán y los vinos que bebían los ricachones de la

Compañía de Aguas cuando venían aquí de juerga a finales del siglo pasado.

A sir Arnold lo salvó precisamente la intervención de uno de los nuevos ricachones de la Compañía de Aguas, Ralph Pullborough, cuyo sueldo había aumentado un noventa y ocho por ciento mientras los recibos del agua lo hacían en un cincuenta.

—Mira, Ernest..., tengamos la fiesta en paz. No quiero oír más observaciones rastreras acerca de las tarifas del agua y todo eso —dijo— Y no me gusta que me llamen un ricachón del agua. Yo ya era millonario mucho antes de meterme en el negocio del agua, y lo sabes. Si quieres eficacia, has de pagarla. Es la ley del mercado. Lo mismo que con el aguachirle que vendes.

—Yo no vendo aguachirle —protestó airadamente Lamming—. No encontrarás de aquí a Berlín una botella mejor de Blue Nun que las mías. En cuanto a la calidad de tu agua, no es nada del otro mundo. Precisamente al venir hacia aquí por la presa he visto flotando una oveja muerta. La que sale por el grifo es tan mala que hemos tenido que instalar un diafragma de osmosis inversa en el baño de Ruby.

—¡Vaya, un diafragma de osmosis inversa! —exclamó burlonamente Pullborough—. Lo encuentro muy adecuado para ella. ¿Le dolió mucho al principio? Tengo que preguntárselo.

Sir Arnold se apresuró a alejarse y fue en busca de Sammy Bathon, el presentador y productor de televisión, quien recientemente había creado una cadena de oficinas de apuestas con ayuda del Plan Gubernamental de Apoyo a la Industria. Sammy Bathon era un individuo que vivía con la oreja pegada al suelo: si había corrido algún rumor a propósito de un golpe periodístico fallido la pasada noche, él tenía que saberlo por fuerza. Lo encontró debatiendo con el reverendo Herbert Bentwhistle las ventajas de la hibernación:

—No, no, padre... Yo no me estoy cargando la Biblia, pero indíqueme un solo pasaje en el que diga que hay que dejar las cosas al azar... Ya sé que, si me porto como un buen chico, puedo conseguir la vida eterna sin necesidad de que me congelen en nitrógeno líquido... Pero prefiero mi sistema. Porque mis probabilidades son tal vez mayores así.

Le hizo un guiño a sir Arnold, pero su mirada no sugirió que poseyera alguna información secreta acerca del intruso. Lo que más interesó al comisario jefe fue una observación captada al pasar junto al corrillo formado alrededor de Egeworth, el diputado por la circunscripción de West Twixt:

—Es un maldito engorro esa señorita Midden —estaba diciendo Egeworth—. Se pasa la vida oponiéndose a iniciativas que serían muy útiles para la comunidad. ¡Ojalá haya alguien que le tape la boca!

—¿Se refiere a que ha estado metiendo las narices en su proyecto de urbanización de Ablethorpe? —preguntó alguien—. Por salvar unos cuantos árboles, te quedas sin la posibilidad de obtener un permiso de edificación. ¿Qué sentido tiene?

—Es el problema que existe con todas esas familias que se dicen de rancio abolengo. Parece que sólo saben pensar en el pasado; nunca en el futuro.

Sir Arnold entró en su estudio y cerró la puerta. Estaba cansado y tenía que pensar en su propio futuro. El vodka le había prestado una ayuda meramente temporal. ¿Por qué no se marchaban todos de una vez para que pudiera echar una cabezada después de haberle administrado al tipo aquel su siguiente dosis de whisky y demás? Se sentó y se puso a pensar en Marjorie Midden... En ella y en el mayor MacPhee. ¡Si pudiera averiguar si aquél era uno de tantos fines de semana que dedicaban a salir de excursión para observar las aves o visitar parques...! Porque la bodega de los Midden sería el lugar ideal para depositar el fardo. Los moradores de The Middenhall eran unos bichos raros y, aunque sir Arnold no estaba dispuesto a correr el riesgo de conducir su coche hasta la propia mansión, la granja en que vivía aquella vieja vaca con el mayor MacPhee quedaba oportunamente aislada. Sería estupendo cargarle el muerto en ese asunto del gigoló. Era una idea de lo más tentadora. De momento, descolgó el teléfono y marcó el número de Marjorie Midden. Nadie respondió. Volvería a llamar más tarde para asegurarse de que estuviera realmente fuera. Al pasar luego junto a la puerta de la cocina oyó que tía Bea le decía a la señora Thouless, el ama de llaves:

—La verdad es que no comprendo por qué ha dicho Arnold que ha trasladado el vino a Sweep's Place, cuando a la vista está que no es cierto. ¡Un Fitou del 47! ¿Se imagina qué forma de echarlo a perder?

Afortunadamente el ama de llaves era sorda. Estaba rezongando acerca de los vidrios y las manchas de sangre que había encontrado en la alfombra del dormitorio, y del espejo roto, y de aquel escape de agua... Sir Arnold corrió al cuarto para comprobar que no hubiera manchas de sangre en la pared junto a la cama. No halló ninguna, y las de la alfombra eran del corte que él se hiciera en el pie.

Le alegró ver que Vy había subido a echarse y estaba dormida. Llevaba toda la mañana bebiendo ginebra y Appletiser como si fuera champán. Pero de nada le había servido. La ginebra había acabado venciéndola.

9

Para cuando sir Arnold pudo comprobar que todos sus invitados se habían ido, estaba prácticamente exhausto. Sólo el terror lo mantenía en pie. El terror y el café. Pero a primera hora de la tarde entró en escena un nuevo estimulante. Le vino con el pensamiento de que quienquiera que hubiese convencido a aquel individuo para que se colara en su casa y en su cama debía haber tenido un cómplice dentro. Todos los indicios, en la medida en que podía ordenarlos, apuntaban a esa conclusión incontrovertible. Y, en su penoso estado actual, sir Arnold no estaba ciertamente en condiciones de ponerla en duda. Se aferraba, más bien, a unos pocos hechos, el primero de los cuales era que alguno... no importaba quién fuera pero, eso sí, alguien rastrero a más no poder... había abierto la verja de hierro para franquear la entrada al que ahora

estaba en la bodega y a otros miserables más, y que, cuando éstos se marcharon, la cerró nuevamente. No existía otra forma de que hubieran entrado. Las paredes y las ventanas con postigos de hierro por el lado del embalse hacían imposible cualquier otro acceso a la casa. En lo referente a medidas de seguridad, el comisario jefe no reparaba en gastos.

Ése era, pues, el primer dato, confirmado por otro más: el estado del pobre rottweiler. Porque, si sir Arnold se sentía terriblemente mal, que se sentía, el perro estaba peor aún. Cierto que sus patas habían recuperado el movimiento y podía andar —o cojear, al menos—, pero por lo demás tenía todo el aspecto de un animal que hubiera cometido el error de medirse con un canónigo especialmente malhumorado. Lo peor eran sus quijadas: cuando, en un par de ocasiones, intentó ladrar o emitir alguna especie de sonora protesta, no logró más que remedar un bostezo. De su recia garganta no salía ningún sonido aunque sus vacilantes andares iban acompañados de jadeos. En otras circunstancias más favorables, sir Arnold habría hecho que su mujer llamara al veterinario, pero ahora no cabía pensar en ello. Las circunstancias eran las peores que hubiera vivido nunca, y no tenía la menor intención de permitir que un maldito veterinario asomara por allí las narices. Menos aún de dejar que lady Vy o aquel mal bicho de Bea fueran a ninguna parte. Genscher tendría que sufrir en silencio. Por otra parte el perro le ofrecía nuevos indicios de que Bea había sido quien ayudó al otro cochino intruso a meter en su cama a aquel tipo. El perro la conocía y, por lo visto, había llegado a simpatizar con ella cuando, en su opinión, debería haberla despedazado la primera vez que se presentó allí. En lugar de hacerlo, le tomó confianza. Sir Arnold no se condolería ahora por él: era el único responsable de su actual estado. Probablemente aquella mala pécora le administró un estacazo con una barra de hierro.

Siguiendo esta misma línea de razonamiento, el comisario jefe se preguntaba qué le habría administrado a lady Vy la muy condenada. Quizá una dosis casi letal de antidepresivos, como el doble de su dosis normal. Y eso encima de su ración habitual de ginebra. En fin..., que a aquel juego podían jugar dos y que no iba a permitir que nadie interfiriera en sus planes para deshacerse del fulano envuelto en las sábanas.

Había ido a parar de esta forma al problema práctico de cómo sacar de la bodega aquel fardo y depositarlo en alguna otra parte. Una vez conseguido, habría logrado desbaratar cualquier intento de hacerle chantaje. Y la condenada tía Bea no podría decir ni pío: se le habría escapado su oportunidad. Era una idea alentadora, por lo que sir Arnold puso su mente a trabajar en la solución del problema. En principio, el lugar adonde llevarlo tendría que estar suficientemente cerca para poder ir y volver en cosa de una hora. El momento ideal sería entre las dos y las tres de la madrugada. Y esta vez habría de ser tía Bea la única que recibiera alguna ayudita para dormir..., como 80 miligramos de valium, por ejemplo, disueltos en su tónica. Con eso bastaría, sin duda. ¿O mejor en la ginebra? No, no..., sería preferible en la tónica; bebería más. Fue a la sala, tomó una botella de tónica y preparó la mezcla. No vendría

mal que Vy tomara también unos sorbos. Prefería que no se entrometiera en su plan, y mejor que lo ignorara. Conocía de sobras a su mujer. Tenía una capacidad infinita de olvidar los hechos desagradables de su experiencia y concentrarse sólo en los placenteros. Con la ayuda de un poco de ginebra, podía olvidar cualquier tipo de crimen. No, no iba a preocuparse por Vy.

Así las cosas, sus pensamientos regresaban una y otra vez a The Middenhall. Si pudiera estar absolutamente seguro de que la señorita Midden se hallaba fuera y que no había nadie en la vieja granja, ésta sería el mejor sitio para desprenderse de aquel maldito bastardo. Estaba lo suficientemente cerca para poder ir y venir en poco tiempo, pero a la vez lo bastante lejos como para alejar cualquier sospecha de la Casa de la Presa. Lo mejor de todo era la proximidad de toda aquella patulea de excéntricos miembros de la familia Midden que se alojaba en la mansión. En cierto modo sería más fácil descargarlo en el jardín, pero siempre había el peligro de que pudiera morirse abandonado al relente de la noche. No: tenía que dejarlo a cubierto, y preferiblemente dentro de una casa donde con toda seguridad lo encontraran en seguida. Y la granja sí estaba lo bastante cerca de The Middenhall como para atraer las sospechas sobre sus singulares habitantes. Que llegara Marjorie Midden y que hallara en su cama el regalito... Sería interesante ver su reacción. A pesar del cansancio, esta idea casi hizo sonreír al comisario jefe.

Volvió a llamar a la granja sin que nadie descolgara el teléfono. Marcó luego el número de The Middenhall y preguntó por el mayor.

—Me temo que ha ido a pasar fuera el fin de semana —le respondió una mujer.

Sir Arnold se armó de valor:

—Entonces tal vez pueda hablar con la señorita Midden —dijo.

—Tampoco está. No regresarán hasta el lunes o el martes.

—Oh, bien... No es nada urgente —contestó el comisario jefe, y antes de que la mujer le preguntara quién llamaba, ya había colgado el aparato.

Lo que quedaba por hacer ahora era llevar el Land Rover hasta el antiguo establo, de manera que no pudieran oírlo desde la casa cuando lo pusiera en marcha.

Hecho esto, sir Arnold se retrepó en un sillón para descansar un rato. En realidad no tuvo que aguardar hasta las dos de la madrugada para iniciar su siguiente movimiento. A eso de las diez, tía Bea había dicho que estaba cansadísima y se había ido a dormir; lady Vy había marchado tras ella, con el rostro curiosamente enrojecido. Sir Arnold esperaba no haberse pasado con la dosis de valium en la tónica pero, en cualquier caso, no era momento de lamentaciones. Bajó, pues, a la bodega y dio a su indeseado visitante un lingotazo final de whisky antes de intentar subir el cuerpo al piso. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía que vérselas con un peso muerto en el sentido metafórico de la expresión. Había sido bastante fácil bajarlo al sótano: Vy le había ayudado, y era cuesta abajo. Pero remontar la escalera con él era harina de otro costal. Sir Arnold logró arrastrar a Timothy hasta mitad de la escalera, pero por dos veces tuvo que dejar caer su carga para evitar

sufrir un ataque de corazón. Después de lo cual cambió de idea acerca de la ruta a seguir. Porque, si lo dejaba caer otra vez, podía matarlo, y si intentaba volver a subirlo por allí, se mataba a sí mismo casi con toda seguridad. Así que cuando su pulso galopante recuperó un ritmo casi normal, sir Arnold se puso en pie y fue hasta la trampilla del sótano. Por allí, en otro tiempo, habían hecho rodar los barriles de cerveza para bajarlos a la bodega, y se usó también como carbonera. Tendría que utilizarla ahora para sacar por ella a aquel tipo. Sir Arnold tiró de las cuerdas y descorrió los cerrojos que la atrancaban por dentro; luego subió al piso, salió al patio, rodeó la casa y abrió la trampilla desde arriba. Junto a él Genscher jadeaba extrañamente y no dejaba de husmear el aire. El pobre bicho estaba muy fastidiado aún, pero sir Arnold no tenía tiempo para preocuparse por los problemas del rottweiler: debía enfrentarse a los propios, mucho más importantes. Fue a buscar una soga al garaje y dejó caer uno de sus extremos por la trampilla al interior del sótano. Luego regresó a éste y, tras arrastrar el cuerpo hasta dejarlo junto a la rampa para los barriles bajo la trampilla, ató la soga a la cintura de su víctima. Hasta aquí todo bien. Estaba a punto de volver a subir cuando, para su espanto, oyó ruido de pasos sobre su cabeza. Apagó en seguida la luz y se escondió en la oscuridad, sudando. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Era imposible que la maldita tía Bea estuviera rondando por la casa a esas horas. No podía ser. La había visto trasegar tres ginebras con tónica, y con toda aquella cantidad de valium en la botella de tónica... La mujer debía de tener la proverbial constitución de un buey para poder seguir en pie con semejante cóctel dentro. O quizá la muy zorra se había dado cuenta de que la bebida tenía algo dentro y había tomado cualquier cosa para contrarrestar sus efectos. Obviamente era mucho más lista de lo que él suponía. Y la puerta de la bodega estaba abierta. Lo descubriría por fuerza.

Arriba, tía Bea daba vueltas a ciegas por la cocina buscando el bote de bicarbonato..., o de lo que fuera, con tal de conseguir que la cabeza dejara de darle vueltas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan borracha; y lo más singular del caso era que sólo había bebido tres gintónic, alargados con una generosa cantidad de tónica. A este paso tendría que dejar de beber por completo. Algo malo le ocurría a su hígado, sin duda. Caminó tanteando la mesa de la cocina, se agarró al respaldo de una silla y finalmente se dejó caer en ella: era una mujer extremadamente desconcertada. Y más desconcertada aún porque advertía dentro de sí unas ganas irreprimibles de ponerse a cantar. Siglos hacía que no la había asaltado un impulso así, que cuando mucho le venía en la intimidad de su piso y su cuarto de baño. Porque estaba satisfecha de ser una mujer enérgica y masculina en muchos aspectos, pero no tanto de tener una voz de soprano y, por añadidura, espantosamente mala. Ahora, sin embargo, por alguna razón desconocida, le apetecía cantar «Si tú fueras la única chica del mundo y yo el único chico..».. Cuando aquellos sonidos llegaron a oídos del comisario jefe en la bodega, éste los interpretó como una invitación. Se le ocurrió, en efecto, la espantosa idea de que aquella mujer estaba

haciéndole una repugnante proposición, que sir Arnold rechazó en seguida. Era evidente que sabía que él se encontraba en la bodega... Pero si pensaba que iba a convencerlo para que hiciera el rol de chica, asumiendo ella el masculino, apañada estaba. Y no podía ser que dirigiera su serenata musical a ninguna otra persona de la casa. La señora Thouless era sorda como una tapia y Vy, sin duda, había perdido todo contacto con el mundo de los vivos. Como para confirmarlo en aquella loca idea de estar siendo cortejado por una desvergonzada lesbiana (y que conste que, de tratarse de alguien diferente, el normalmente pasivo sir Arnold quizá hubiera visto con buenos ojos la experiencia), la tía Bea se puso en pie, se acercó a la puerta de la bodega y asomó la cabeza por la escalera.

—Si hay alguien abajo —susurró—, que suba a donde está tita Bea y suelte la lengüita.

Al comisario jefe se le heló la sangre en su escondrijo. Tenía muchas fantasías en la vida, pero ciertamente ésa no era una de ellas.

—¡Todos a bordo del *Tita Bea!* ¡No va más! ¡A callar tocan! —Y, tras pronunciar estas amenazadoras palabras, cerró la puerta de la bodega y le echó la llave.

En la oscuridad, sir Arnold Gonders oyó alejarse sus pisadas y maldijo el día en que su esposa había hecho que aquel monstruo entrara en su vida. O le había estado tomando el pelo, o había perdido la chaveta. Pero, en cualquiera de los dos casos, lo primero que él tenía que hacer era salir de la condenada bodega, y lo segundo sacar de allí a aquel tipo enfajado en las sábanas. El único camino ahora era subiendo por los tablones de la rampa para barriles. Con la luz de la luna brillando a intervalos entre la sucesión de nubes, trató de trepar por las maderas aferrándose al borde con las manos y moviendo los pies a la vez. A mitad de camino resbaló y se quedó agarrado a la plancha como un sapo apareándose. Se dejó ir hacia abajo poniendo extremo cuidado para evitar las astillas y volvió a estudiar el problema. Lo que necesitaba, en realidad, eran unas suelas antideslizantes o, puesto que no las tenía, algo que pudiera adherir a los tablones y que no resbalara. Durante un minuto pensó en utilizar a Timothy Bright como escalera provisional, y había llegado hasta el punto de adosarlo a la plancha, cuando decidió que no era una idea muy inteligente.

A menos que atara al fulano y... Sir Arnold desechó el proyecto y volvió a buscar con su linterna algo a lo que subirse. Lo encontró en el fondo de uno de los anaqueles de piedra de la bodega, en forma de una tronada maleta que contenía viejos ejemplares de *La Vie Parisienne,* que en su día pertenecieron a algún empleado de la Compañía de Aguas, quien por lo visto entretenía sus ocios contemplando fotografías de mujeres francesas desnudas de los años treinta. Sir Arnold las había guardado para su propio entretenimiento, pero ahora la maleta iba a servir para otro fin más útil. Cinco minutos después salía al fresco aire nocturno y agarraba el extremo de la soga atada al cuerpo que aún aguardaba ser izado en el sótano. El comisario jefe se paró a considerar la tarea pendiente. Era sorprendente cómo los trabajos más simples se tornaban problemáticos en el momento de ejecutarlos. Lo que

ciertamente no iba a hacer era dejar que su extremo de la soga se le escapara por la trampilla si por casualidad lo soltaba. Así que, cruzando el patio empedrado, fue a atarlo a la pata del banco de carpintero del taller. Luego, incorporándose, empezó a darse cuenta de que tirar hacia arriba del cuerpo no iba a ser nada fácil. Ojalá no hubiera dejado en la bodega la botella de whisky... Un traguito le daría fuerzas para el gran tirón. Rodeó la casa, fue hacia las vidrieras y dio gracias de que a tía Bea no se le hubiera ocurrido cerrarlas también. Ya en el interior de su estudio, se sirvió un generoso Chivas Regal y lo apuró de un trago. Sí, aquello hacía que uno se sintiera mucho mejor.

De nuevo en el patio, asió la soga y empezó a tirar. Lentamente el cuerpo inició su subida por los tablones, y sir Arnold estaba ya pensando que había conseguido su propósito cuando le resbalaron los pies en los adoquines y, con un tremendo costalazo, Timothy Bright volvió a caer al suelo del sótano. Mientras el comisario jefe se esforzaba en recobrar el aliento, Genscher soltó un gañido a su lado. Sir Arnold midió con la vista al gigantesco perrazo y tuvo una inspiración: había encontrado el método perfecto para aupar a aquel sinvergüenza. Fue al taller y encontró varios rollos de cinta aislante.

—Genscher, muchacho... Ven aquí a ayudarme —llamó quedamente—. Vas a ser mi colaborador silencioso.

Y a los cinco minutos el rottweiler lo era. Con veinte metros de cinta aislante enrollada fuertemente a sus quijadas y la parte posterior de la cabeza, estaba totalmente imposibilitado para emitir ningún ladrido, aunque su respiración se había transformado en un jadeo más potente aún.

—¡Buen chico! Sólo una cosa más —dijo sir Arnold, y ató el extremo de la soga al collar del perro. Luego retrocedió un paso e inspiró profundamente antes de descargar toda su ira contra el cúmulo de circunstancias que se habían confabulado para atormentarlo desde que fuera acosado por la prensa en la fiesta de la Brigada de Represión de Delitos Mayores. Y al atizar un tremendo puntapié en el hasta entonces ileso escroto de Genscher, el animal salió disparado de un brinco, tratando desesperadamente de comprender el motivo de tan espantoso castigo y del cambio de actitud en un amo que hasta entonces le había dispensado un trato casi amable. En el sótano, felizmente ajeno al destino que le aguardaba, Timothy ascendió vertiginosamente por la rampa, irrumpió por la trampilla en el patio empedrado y recorrió éste arrastrado por el infeliz can. Y mientras Genscher huía de sus propias pelotas, Timothy lo siguió y fue arrastrado hasta el taller, donde colisionó con la pata del banco, rebotó y quedó finalmente encajado bajo la rueda delantera izquierda del Mercedes de lady Vy.

Fuera, sir Arnold trataba de desatar la soga. El Chivas Regal lo ponía torpón ahora y, por otra parte, estaba claro que la mascota de la familia ya no se fiaba de él.

—Ya ha pasado todo, Genscher, viejo amigo —le susurró roncamente, pero sin resultado.

El rottweiler no era un animal muy listo y tampoco muy ágil, pero sabía lo suficiente y tenía la habilidad necesaria para escabullirse de

amos que inmovilizaban el hocico de un perro con un bozal de un kilómetro de cinta aislante y luego le atizaban en las pelotas. Así que, cuando el comisario jefe avanzó por el patio en su persecución, Genscher se dirigió al único refugio que pudo encontrar y se metió por la trampilla. La soga se tensó detrás de él, y por un momento dio la impresión de ir a arrastrar consigo el cuerpo envuelto en las sábanas. Pero Timothy Bright estaba sólidamente encajado debajo del Mercedes y la soga se había enrollado a uno de los pilares del garaje. Mientras el rottweiler, colgado de la cuerda a media caída, comenzaba a asfixiarse, sir Arnold actuó con rapidez; pasara lo que pasara, no iba a perder a aquel tipo. Buscó a tientas entre las herramientas del banco, encontró un formón y, de rodillas en el suelo, asestó una serie de cuchilladas a la soga. Marró la mayoría de ellas, pero al final la soga se partió y el golpetazo sordo que vino del sótano indicó que el perro había recorrido el metro y medio que le faltaba para llegar al suelo. Sir Arnold, entonces, se incorporó y se puso a sacar el cuerpo de debajo del Mercedes. Después de lo cual agarró una carretilla, tiró encima a Timothy y lo trasladó despacio hasta el Land Rover estacionado junto al establo. Por dos veces se le cayó y tuvo que volver a cargarlo, pero al final consiguió introducirlo en la trasera del vehículo. Consultó su reloj: era casi la una de la madrugada. *¿O* las dos ya? No importaba. Lo de menos era ya la hora, con tal de que aquella bruja, la señorita Midden, estuviera realmente bien lejos de la granja.

El comisario jefe estaba trompa perdido y mentalmente hecho unos zorros: sólo lo mantenía en pie su sentido de autoconservación. No perdería el tiempo allí sacando al fulano aquel de su embalaje: lo haría cuando lo descargara donde los Midden. Ocupó, pues, el asiento del conductor y quitó el freno de mano. El Land Rover rodó despacio colina abajo, alejándose de la Casa de la Presa y del embalse. Una vez lejos de la casa, levantó el pie del embrague y arrancó.

Veinticinco minutos después, que se le hicieron eternos, y circulando siempre sin luces, giró en dirección a la granja de los Midden; tuvo que bajar del vehículo para abrir la verja del camino particular que llevaba a la granja. Dudó un momento entonces. Aún estaba a tiempo de depositarlo en cualquier otro sitio. Una vez cruzada esa verja, ya no podría volverse atrás. Siguiendo el camino, a su derecha, se alzaba The Middenhall: la entrada estaba a menos de quinientos metros. Desde aquel lugar, sir Arnold podía ver las hayas que indicaban el límite de la finca. No, incluso a aquella hora tan intempestiva corría el riesgo de tropezarse con alguno de aquellos locos paseándose por los prados. Tenía que ser en la granja o no ser. Abrió, pues, de par en par la verja y condujo el Land Rover hasta el patio trasero y luego, bajo un gran arco, hasta la fachada del edificio. Allí se quedó parado unos instantes, con el motor en marcha, pero en el interior no se encendió ninguna luz. Frente a él había otra verja y, más allá, la pista que antaño fue la cañada para conducir los rebaños a los pastos del sur. Era de tierra y discurría por el páramo, pero sería una buena ruta para alejarse de la granja en cuanto hubiera concluido su tarea. El comisario jefe apagó el motor, saltó del vehículo y escuchó. Aparte de un zumbido en su oído derecho, que

atribuyó al exceso de whisky, la noche estaba en completo silencio.

Rodeó el Land Rover, sacó de detrás un par de guantes de goma y se los puso. Luego, moviéndose con lo que le pareció ser sumo sigilo, se acercó a la puerta de la casa e iluminó la cerradura con su linterna. No era, por fortuna, una cerradura de seguridad y ni siquiera una de tipo Yale complicada: sería bastante fácil forzarla. De hecho no iba a ser necesario, porque la puerta no estaba cerrada con llave. «Típico de una mujer», pensó el comisario jefe antes de darse cuenta de que, aun estando abierta, tenía echada por dentro una cadena que le impedía entrar. Entonces le asaltó el pensamiento de que tal vez la señorita Midden estuviera en la casa; que era posible que hubiera cambiado de idea respecto a pasar fuera el fin de semana. Debería haberlo pensado antes... Se apartó, pues, de la puerta y cruzó por debajo de la arcada para ir al patio trasero. Era allí donde la señorita Midden guardaba su coche. Miró el viejo granero y, al encontrarlo vacío, se le escapó un suspiro de alivio. Después de eso probó con la puerta trasera, pero ésta sí estaba bien cerrada y provista de una cerradura de seguridad. No había la más mínima posibilidad de entrar por allí. Fue de ventana en ventana, comprobándolas todas; eran antiguas, de guillotina, y una de ellas tenía roto el pestillo. Sir Arnold deslizó hacia arriba la hoja, se encaramó al hueco y se introdujo de rondón en la casa. A la luz de la linterna pudo ver que se hallaba en el comedor: una gran mesa de caoba rodeada de sillas, con un centro de flores secas, y un viejo aparador coronado por un espejo; a la izquierda, una puerta. La atravesó y se encontró en un cuarto amueblado con una cama, una mesa escritorio, un sillón y una librería; un par de zapatos de caballero, unas zapatillas y un batín: era, a todas luces, la habitación del mayor MacPhee. El lugar ideal. Con renovada confianza, abrió la ventana del dormitorio, salió por ella y regresó al Land Rover. Diez minutos más tarde, Timothy Bright estaba ya libre de su sudario y el comisario jefe había conseguido, no sin dificultad, pasarlo por la ventana y depositarlo en el dormitorio del mayor. Fue en ese momento cuando vio la luz de unos faros que remontaba la pendiente de la carretera. No esperaría a averiguar quién llegaba de Stagstead a aquellas horas de la noche. Con una rapidez sorprendente en un hombre ebrio y agotado, hizo rodar el cuerpo para meterlo debajo de la cama, saltó por la ventana y la cerró. Luego corrió al Land Rover, abrió la verja que daba a la cañada, la cruzó y volvió a cerrarla antes de darse cuenta de que había dejado sin bajar la ventana del pestillo roto. Dudó un instante en regresar, pero los faros estaban ya mucho más cerca. Cuando los vio girar hacia la granja, sir Arnold arrancó y condujo despacio y sin luces a través del páramo, guiado por los viejos majuelos doblados por el viento que se alineaban en uno de los bordes de la pista. Sólo al desembocar en la carretera de Parson, fuera ya de la vista de los Midden, encendió sus faros y condujo normalmente de vuelta a la Casa de la Presa. Atrás quedó una ventana abierta, cuya cortina ondulaba el viento nocturno.

10

De regreso a la granja al volante del viejo Humber de antes de la guerra heredado de su padre, Marjorie Midden estaba de un humor de perros. Había contado con un fin de semana en la desembocadura del Solway, visitando parques y dando largos paseos. Pero sus planes se habían venido abajo por culpa del mayor MacPhee. Como de costumbre. Debería haber tenido más sentido común y no haberle dejado ir a Glasgow solo. La ciudad siempre hacía estragos en aquel tontuelo, mentales y físicos. Y esta vez la ciudad y él se hablan superado con creces.

—Estás hecho una verdadera piltrafa —le había dicho al encontrarlo en el servicio de traumatología del hospital—. No sé cómo te aguanto.

—Lo siento muchísimo, querida, pero ya me conoces —había respondido el mayor.

—Por desgracia. Pero no será por mucho tiempo más, si sigues así —había replicado ella—. Ésta es tu última oportunidad. No logro entender qué se te mete dentro.

En realidad, sí que lo entendía. Una buena cantidad de whisky escocés. Como siempre que iba a Glasgow, el mayor se había ido emborrachando en una serie de pubs a cual menos recomendable, que luego era incapaz de recordar, y envalentonándose hasta el punto de elegir luego un bar particularmente explosivo, lleno de jóvenes irlandeses, en el que anunciar a voz en cuello que la solución del problema del Ulster era enviar allí de nuevo a los B Specials o, mejor aún, a los Black & Tans. La reacción de los irlandeses a aquella asombrosa sugerencia había sido de lo más predecible. En la batalla que siguió, el mayor MacPhee había sido lanzado a la calle a través de una ventana de cristal esmerilado que hasta entonces luciera la inscripción VINOS Y LICORES, pero sólo para verse arrojado nuevamente al interior del pub por un corpulento ciudadano de Glasgow a quien no le pareció bien que su novia fuera abordada físicamente por un hombrecillo de mostachos pelirrojos. Después de lo cual, el mayor había descubierto el sentido real de la expresión «bajos fondos», mientras treinta y cinco irlandeses borrachos peleaban encima y alrededor de él por razones no demasiado claras. Al final fue rescatado por la policía, que lo tomó por un testigo inocente y lo llevó al hospital a toda prisa. Para cuando Marjorie lo localizó allí, lucía varios puntos de sutura sobre su amoratado ojo izquierdo, por lo que ella vio desvanecida toda esperanza de prolongar el fin de semana en el hotel de Balcarry Bay: ningún establecimiento habría aceptado al mayor. Llevaba los pantalones rotos y había perdido el cuello de la camisa y un zapato. La doctora que lo atendió en Traumatología se había mostrado sumamente antipática. Llevaba todo el fin de semana trabajando sin parar, y no le caían bien los tipos como el mayor MacPhee.

—Tiene usted suerte de seguir vivo —le dijo—. La próxima vez que lo traigan aquí en este estado, haré que lo examine un psiquiatra. Hay demasiados locos alcohólicos sueltos como usted en las calles de esta ciudad.

Marjorie se mostró de acuerdo con ella.

—Es realmente despreciable —asintió, pero en seguida se dio cuenta de que la doctora daba por supuesto que el mayor era su marido.

—Si eso es lo que piensa, ¿por qué no se divorcia de él? —le preguntó, y antes de que la señorita Midden pudiera encontrar palabras con que manifestar sus sentimientos ultrajados, la doctora salió para atender a un joven al que le habían atizado un botellazo en pleno cráneo.

Salían ya de la ciudad por la carretera cuando Marjorie Midden dio rienda suelta a su enfado.

—Realmente eres un hombre horrible —le dijo—. Y estás loco. Me has fastidiado el fin de semana comportándote como..., como..., bien, como la clase de persona que eres.

—Lo siento mucho..., de verdad que lo siento —gimoteó el mayor—. Es sólo que en cuanto me veo en un bar, o en un pub, me entra este impulso irreprimible.

—Todos tenemos impulsos irreprimibles —rebatió Marjorie—. Yo siento uno en este momento, y tal vez me dejaría llevar por él si no creyera que, haciéndolo, te proporcionaba un placer perverso. Porque es evidente que tienes un morboso deseo de morir.

—No es eso —balbució el mayor a través de sus labios hinchados—. Lo que pasa es que el impulso me viene de repente. Estoy de pie en la barra, con un triple de algo en la mano y con alguien simpático al lado, cuando de pronto siento el deseo irrefrenable de acercarme al tipo más bestia que vea para decirle que calle la boca. O cualquier cosa susceptible de obligarlo a reflexionar. Es maravilloso ver cómo un ceporro fuerte de veras, un bruto, se transfigura con el pensamiento: ver su cara de suma estupefacción, el centelleo cada vez más vivo de sus ojos, la forma como aprieta los puños y mueve los hombros para lanzar el golpe. Debo de haber visto a más forzudos asestando puñetazos que la mitad de los boxeadores profesionales del mundo.

—¡Y mira qué es lo que sacas! Es un milagro que aún no te hayan dañado el cerebro, si es que tienes algún cerebro que se pueda dañar...

Siguieron un buen rato en silencio; Marjorie pensando en lo extraño que era que le hubieran dejado The Middenhall con su singular colección de habitantes y el mayor alimentando, por su parte, un sentimiento de queja.

—Tendrías que haberme dejado en el hospital. Me gustaba aquel sitio.

—*¿Y* que volvieras a casa con alguna enfermedad asquerosa? Ni hablar. Ese hospital parecía un lugar muy insalubre.

—Sólo es así en Traumatología. Los sábados por la noche Traumatología anda manga por hombro. ¡Están tan ocupados!

En cuanto dejaron las tierras de Escocia, el mayor MacPhee se quedó dormido y Marjorie siguió conduciendo y reflexionando sobre las curiosas circunstancias de su vida. En primer lugar, continuaba entendiéndose con aquel miserable mayor a pesar de sus ocasionales salidas de tono. Le resultaba útil en la casa y compartía las tareas domésticas. Era también buen cocinero, aunque no tanto como presumía; pero Marjorie no le quitaba la ilusión: el pobre necesitaba cuanta presunción pudiera manejar. Y sus arrebatos de ebrio masoquismo en Glasgow eran, a no

dudar, parte del disfraz con que necesitaba encubrir su cobardía.

Sí, realmente era un hombre despreciable. Pero..., y a los ojos de Marjorie Midden aquél era un «pero» sumamente importante..., se esmeraba en pulir su lenguaje día a día y cuidaba mucho su aspecto, hasta el punto de llevar siempre chaleco y lucir un reloj de bolsillo. El que fuera un reloj de plata, mientras que la cadena que le cruzaba el pecho era de oro, la emocionaba por su patetismo. Sí, se preocupaba mucho por su aspecto, siempre atusándose el bigote y tiñéndose a escondidas el pelo. Sus trajes eran tan buenos como podía permitirse comprarlos y, para que parecieran cortados a medida, había aprendido a entallarlos él mismo. Desde el punto de vista de Marjorie, aquélla era una afectación útil: el mayor tenía que adaptarse a la forma entallada de sus chaquetas, lo que significaba que era muy parco en el comer. Aun así se le había formado una pequeña barriga, por lo que últimamente había comenzado a ponerse un *blazer* cruzado azul marino al que había cosido los botones de latón dorado de un regimiento de las Highlands que encontró en el puesto de un chamarilero de Stagstead. El regimiento en cuestión había sido disuelto mucho antes de que el mayor tuviera edad de entrar en el ejército. Marjorie lo sabía, y tentada estuvo de preguntarle por qué no se había comprado también un *kilt* escocés, pero no tuvo corazón para hacerlo. Nada se sacaba con herirlo en su orgullo..., ¡tenía tan poco! Y, además, con aquellas piernas suyas tan flacas... No, más valía no mencionar el *kilt.*

Y, sin embargo, iban ya tres veces con ésta en que había deseado librarse de él. Tenía ilusiones propias que proteger, y las sucias fantasías del mayor, su montoncito de revistas que guardaba bajo llave en un maletín, parecían filtrarse a la atmósfera de la casa y la hacían sentir una mezcla de repugnancia y de tristeza. Pero, por otra parte, y a pesar de todos sus defectos, el mayor MacPhee no era un Midden; y, con tantos miembros de su familia, o que decían serlo, viviendo en The Middenhall, el hecho de que él no pudiera exigirle nada era un buen tanto a su favor. Como ella misma se lo comentó en cierta ocasión a Phoebe Turnbird en Carryclogs House:

—Por supuesto que es un hombrecillo muy tonto y que, si alguna vez estuvo en el ejército, no debió de pasar de cabo furriel; pero, por lo menos, puedo echarlo cuando me apetezca..., lo cual es mucho más de lo que puedo decir de toda esa gente que vive en la mansión. Me tienen frita. A veces sueño con que la casa se ha incendiado y puedo escapar. Entonces me despierto y allí sigue, con toda su espantosa realidad.

—Pero es una casa preciosa..., en su género —había protestado Phoebe.

La señorita Midden, sin embargo, no era persona que se dejara engañar o agradeciera la condescendencia. Carryclogs House era hermosa, pero The Middenhall no.

—Si a ti te lo parece... En fin, no importa —dijo, y se había alejado por el páramo dando grandes zancadas y golpeando sus botas con la fusta de montar que siempre llevaba.

Ahora, mientras conducía en la noche siguiendo los estrechos caminos que tan bien conocía y que en este momento la desagradaban tanto,

maldecía al mayor y maldecía su papel de dueña de The Middenhall. Pero sobre todo maldecía a la propia mansión.

Construida a principios de siglo por su bisabuelo, «El Negro» Midden, para demostrar al mundo que había hecho fortuna gracias a la mano de obra nativa, sumamente barata, y al empleo en sus negocios de unas prácticas que, incluso con los tolerantes criterios de entonces en Johannesburgo, fueron consideradas más tortuosas y poco limpias de lo que era socialmente admisible, la casa (o la «mole», como se describiría mejor) era una prueba evidente de que aquél no tenía ni pizca de gusto. O, para ser más exactos, que sí lo tenía, pero de un género al que sólo cabría calificar de horroroso. Describir la mansión era completamente imposible. Combinaba las peores excentricidades de todos los estilos arquitectónicos que pudiera imaginar «El Negro» Midden con una solidez estructural formidable y aparentemente indestructible. En esto era un reflejo fiel y muy preciso del carácter del viejo.

—Quiero que sea un monumento al éxito que he obtenido en la vida —le había dicho al primer arquitecto que contrató—. Y no he llegado adonde estoy siendo amable y mojigato. He subido por el camino duro y quiero dejar una casa que sea tan dura como yo mismo.

El arquitecto, hombre de algún discernimiento, tenía sus propias ideas acerca de cómo había «subido» su cliente y suponía correctamente que las vidas de sus empleados debían de haber sido mucho más duras aún. En consecuencia presentó un proyecto que tenía todo el encanto de un blocao de hormigón («El Negro» Midden había construido muchísimos para los británicos durante la guerra de los Bóers). Pero el viejo rechazó el proyecto.

—Dije una casa, no una maldita prisión —recordó—. Y quiero torres y torretas y ventanas con vidrios emplomados y un gran mirador donde pueda sentarme a fumar mi pipa. Además..., ¿dónde están los cuartos de baño?

—Bueno..., aquí hay uno, y otro ahí, y...

—Quiero uno para cada dormitorio. No deseo tener a la gente paseando en bata por la casa y buscando cada cosa. Y no me importa cómo lo tengan los demás. Quiero algo mejor. Y distinto.

El arquitecto, que ya se había dado cuenta de ello, se marchó con los planos y añadió torres y torretas, vidrieras emplomadas y un amplio mirador; luego puso cuartos de baño en todos los dormitorios. Pero ni aun así se dio por satisfecho «El Negro» Midden.

—¿Dónde están esas columnas en la fachada como las que tienen en Grecia? —preguntó—. ¿Y las gárgolas?

—¿Columnas y gárgolas? —repitió abatido el arquitecto. Sabía que tenía que vérselas con un cliente difícil, pero aquello era demasiado—. ¿Quiere que ponga columnas y gárgolas?

—Eso es lo que he dicho y lo que deseo.

—Pero no son cosas que puedan casar. Quiero decir que... —protestó el arquitecto, devoto seguidor de Charles Mackintosh.

—Lo sé. No soy un maldito necio —replicó resueltamente «El Negro» Midden—. Las columnas sirven para soportar el frontón de la casa, y las gárgolas para evacuar el agua de lluvia de los canalones.

—Si usted se empeña... —se plegó el arquitecto, que necesitaba el dinero pero que también estaba empezando a considerar el daño que infligiría a su reputación aquel espantoso edificio—. Sin embargo, hay un pequeño problema con el mirador. Quiero decir, que lo habrá si desea poner columnas y, *también,* un mirador en la fachada.

—Pues sí —insistió «El Negro» Midden—. Es asunto suyo resolver los problemas. Y no se le ocurra colocar las columnas delante del mirador: quiero poder sentarme allí y disfrutar de la vista; no voy a consentir que un montón de condenadas columnas me la tapen. Póngalas detrás.

El arquitecto se había ido y había pasado dos semanas al borde de un colapso nervioso, tratando desesperadamente de encontrar la formar de satisfacer las peticiones de aquel terrible cliente. Al final elaboró un diseño que contó con la aprobación del viejo. The Middenhall, pues, tenía gárgolas y vidrieras emplomadas. Cada dormitorio disponía de su propio cuarto de baño, las columnas quedaban detrás del amplio mirador, y había todas las torres y torretas, balcones y galerías imaginables. Nada hacía juego con nada, y todos los elementos eran descomunales y, por lo mismo, desproporcionados. «El Negro» Midden estaba encantado, cosa que no podía decirse de sus parientes. La familia jamás había tenido pretensiones de notoriedad social: sus miembros se habían contentado con ser modestos granjeros, tenderos o, en casos muy excepcionales, con acceder a la medicina o la abogacía. Les gustaba verse como una gente sólida y respetable, que trabajaba de firme e iba a la iglesia los domingos. «El Negro» Midden destruyó tan confortable reputación. Sus excesos no se limitaron a edificar una casa horrenda. A The Middenhall comenzaron a llegar, una tras otra, mujeres demasiado exuberantes, algunas de las cuales ni haciendo un gran esfuerzo de imaginación podían ser consideradas blancas; viajaban siempre en coches descubiertos, de forma que su presencia no podía pasar inadvertida, y lucían sus sobrados encantos por los prados o, como en la ocasión más memorable de todas, bañándose desnudas en el lago durante una fiesta campestre a la que fue invitado el obispo de Twixt, quien en el colmo del despiste, decidió aceptar.

—Bueno... —había comentado entonces «El Negro» Midden—. Así es seguro que ese viejo estúpido no me olvidará.

Y, para asegurarse de que pudiera decirse otro tanto de cualquiera que visitara The Middenhall, encargó colocar a lo largo de la avenida de acceso una serie de esculturas de la mejor piedra artificial que representaban personajes y escenas de la mitología con un realismo repulsivamente auténtico, salvo por su descomunal tamaño. Al final de la serie se alzada una Leda de seis metros de altura, en actitud demasiado ostensible de gozar de las atenciones de un enorme cisne, mientras más allá las mujeres sabinas recibían las suyas de unos soldados romanos singularmente bien dotados.

Todo esto había complacido sobremanera al propietario de la finca. Pero no todos lo vieron con tan buenos ojos. Y así, su proyecto de dar una fiesta para celebrar la conclusión de las estatuas se vio frustrado por una huelga del servicio doméstico externo y por la deserción, sin previo aviso, de las doncellas y la cocinera. Durante un año «El Negro» Midden

combatió la oposición local a las escandalosas estatuas gastándose un dineral en importar personal doméstico de fuera del condado. Finalmente, condenado al ostracismo por todos y cada uno de sus parientes y por sus convecinos, decidió retirarse a Lausanne, donde murió en 1931 por intoxicación con extractos glandulares de mono, que le estaban siendo administrados en un intento de restaurar su virilidad. Para entonces, las estatuas ya habían sido desmanteladas por la acción de una cuadrilla de barreneros de las canteras de Long Stretchon, en el curso de la cual saltaron también por los aires muchas de las ventanas de The Middenhall debido, en gran parte, según se decía, al intento de su sobrino, Herbert Midden, de sobornar a los demoledores para que volaran todo el edificio. La venganza del «Negro» Midden salió a la luz sólo con la lectura de su testamento. Redactado éste por los abogados más expertos de Londres, disponía que la casa, la propiedad, la finca y las tierras anejas, junto con la totalidad de su fortuna, pasaran en usufructo a manos del miembro más joven y mayor de veintiún años de la familia Midden en cada sucesiva generación, con la condición de que la casa debía conservarse sin reformas y que en ella se diera habitación a cualquier Midden que deseara residir allí.

Al principio estas cláusulas no parecieron demasiado onerosas: ningún Midden en su sano juicio iba a querer vivir en aquel espantoso edificio y, por otra parte, las rentas del fideicomiso eran sustanciosas. Pero, por la época en que Marjorie Midden lo heredó, las cosas habían cambiado.

11

Al principio el cambio había sido casi imperceptible, hasta el punto de que algunos Midden —como Lawrence Midden, director de una sucursal bancaria en Tween— sostenían que con la muerte de su reprobable tío las cosas habían vuelto a discurrir por sus cauces normales.

—Queda, naturalmente, ese indestructible *palazzo* —admitía dando rienda suelta a la vez a sus sentimientos sobre los extranjeros, el arte y la extravagancia—. Pero el fideicomiso se ocupa de su mantenimiento y tengo entendido que cuenta con un gran capital.

—En Liechtenstein —replicó Herbert amargamente—. Y ¿quiénes lo administran? ¿Sabemos algo acerca de ellos? Nada. Lo único que tenemos es su dirección..., y no me sorprendería que se tratara de un apartado postal. O lista de correos, tan sólo.

Así era. Los activos del «Negro» Midden habían sido colocados tan discretamente en cuentas numeradas y opacas dispersas por todo el mundo que, aunque los Midden hubieran tratado de calcular su monto total y logrado derribar el muro de silencio erigido en Liechtenstein, jamás habrían llegado a conocerlo. Pero los pagos trimestrales llegaban puntualmente y durante algunos años había sido posible mantener en su estado original los jardines y el lago artificial con su isleta. La mansión propiamente dicha no necesitaba mantenimiento: era de una solidez

demasiado falta de elegancia para eso. Todo lo que parecía necesitar era un barrido, un fregado y que le quitaran el polvo de cuando en cuando, y de esto ya se encargaban los sirvientes. Pero el cambio, aunque inaparente, se produjo; y llegó por sus pasos, tal como lo describía con morbosa delectación el patólogo de la familia, Frederick Midden.

—El proceso de extinción vital viene marcado por cierto número de condiciones corporales fascinantes. Partimos de la persona sana, cuyo estado fisiológico llamamos normal. Y luego tenemos el comienzo de la enfermedad, que puede adoptar múltiples formas. De ahí pasamos al proceso de la muerte, susceptible de prolongarse largo tiempo. En él hay partes del cuerpo que permanecen intactas, mientras degeneran los órganos vitales hasta el punto de que, en ocasiones, se inicia una putrefacción premortal, como en el caso de la gangrena gaseosa. Con relación a este interesantísimo proceso se dice que el paciente está muriéndose. Pero en realidad, paradójicamente, llega a haber más vida en él que cuanta tuvo en su anterior existencia. Moscas, gusanos...

—¡Por amor de Dios, calla de una vez! —gritó Herbert—. ¿No ves cómo se ha impresionado tía Mildred?

Frederick Midden volvió sus inexpresivos ojos a la tía Mildred y tuvo que reconocer que la pobre no parecía estar muy bien.

—¿Por qué no toma su caldito? —preguntó—. Está muy rico y, en su estado, aunque no vaya a dar mi opinión profesional para no herir sus sentimientos...

—No lo hagas —le cortó Herbert—. Cierra el pico.

—Sólo trataba de explicaros que los cambios se producen de muchas e imprevisibles formas.

El tiempo le dio la razón. Ninguno de los Midden había previsto el estallido de la guerra en 1939 y los cambios que trajo. The Middenhall fue requisado temporalmente por el Ministerio de Defensa. Herbert Midden murió en una incursión aérea alemana sobre Tween y su heredero en el usufructo de la finca fue el padre de Marjorie, Bernard. Pero puesto que éste había sido capturado en Singapur por los japoneses cuando contaba sólo dieciocho años y se pasó el resto de la contienda como prisionero de guerra, en el entretanto la propiedad fue confiada a Lawrence, ahora un octogenario, quien hizo lo que pudo para que la casa recibiera el mayor daño posible por parte de las distintas unidades militares que la ocuparon. En las mentes de todos alentaba la tácita esperanza de que los alemanes aportarían su granito de arena a la herencia arquitectónica de Inglaterra lanzando sobre el edificio sus mayores bombas. Pero el destino no lo quiso, y The Middenhall permaneció inviolado. Cierto que en los terrenos proliferaron los barracones, que se construyó un campo de tiro entre las tapias del jardín, que la finca entera quedó rodeada por una alambrada y que el pabellón de la entrada, que dominaba la avenida de acceso, fue transformado en un cuerpo de guardia.

Con todo eso, nadie supo jamás lo que estaba ocurriendo allí dentro. Se habló de que era un centro de entrenamiento para espías y saboteadores antes de ser lanzados en paracaídas en la Europa ocupada; de que gran parte de los planes para la invasión del Día D se

cocieron en su salón de billar; de que en algún lugar de la finca habían excavado un profundo refugio con vistas a cobijar a los combatientes de la Resistencia en el caso de que los alemanes consiguieran ocupar Gran Bretaña... Pero los dos únicos hechos ciertos eran que los canadienses habían empleado la casa como hospital y que, hacia el final de la guerra, algunos generales y oficiales de alta graduación alemanes fueron confinados allí para interrogarlos, en la esperanza de que la confusión mental que provocaría en ellos la demencial arquitectura de The Middenhall los persuadiera a colaborar.

La guerra tuvo otras consecuencias. Las cuentas secretas del «Negro» Midden, según los fideicomisarios de Licchtenstein, sufrieron un gran golpe con la caída de Hong Kong en poder de los japoneses, y todavía corrieron peor suerte sus inversiones en ciertas industrias alemanas, borradas literalmente del mapa por millares de bombardeos aéreos de nuestros Lancasters. Para rematar esta serie de catástrofes financieras, cierto número de lingotes de oro que el viejo había puesto a buen recaudo en un banco de Madrid se habían evaporado juntamente con los directivos del banco. Aquellas nuevas, junto con la sospecha de que los fideicomisarios mentían, confirmaron a Lawrence Midden en su aborrecimiento por todo lo extranjero y, particularmente, por los banqueros foráneos.

—¡Esto jamás habría ocurrido en Inglaterra! —musitó en su lecho de muerte dos semanas más tarde.

Pero el cambio seguía. A la par que el Reino Unido fue retirándose de su Imperio, declinó la fortuna del «Negro» Midden y, con ella, los cheques trimestrales. Y, simultáneamente, empezaron a aparecer individuos llegados de todos los países de Asia y África que, alegando ser de la familia, reclamaban también su derecho a ser alojados y mantenidos a pan y cuchillo en The Middenhall. Traían consigo sus prejuicios coloniales y una exigente arrogancia pareja a su pobreza.

La casa se convirtió en una olla de descontento y acaloradas discusiones. En las noches de verano, del mirador salían voces como: «¡Eh, muchacho, sírveme otra ginebra!», o «¡Cuánto mejor era el servicio de nuestros cafres en Kampala! ¡En este maldito país no hay quien pegue sello!» Lo cual, habida cuenta de que el «muchacho» en cuestión era una joven de Twixt que ayudaba a su madre en las tareas de la cocina, no contribuía a mejorar la calidad de los almuerzos y cenas, y muy bien pudo ser la explicación de que, cierta noche particularmente movida, apareciera una babosa flotando en la salsa del *coq au vin.*

Al padre de la señorita Midden, un hombre apacible que desde la guerra había pasado la mayor parte de su vida trabajando en una oficina de Stagstead y cuidando diversas dolencias digestivas, recuerdo de los años de ocupación forzosa en los ferrocarriles birmanos, aquella situación le resultaba intolerable. Continuamente tenía que estar apaciguando a la cocinera y a los demás componentes del servicio..., o buscándoles sustitutos. Y por la noche permanecía insomne en el lecho, preguntándose si no sería mejor partir peras con su familia y esfumarse a algún remanso de paz como pudiera ser Belfast. Sólo se lo impedía su sentido del deber. Eso y el pensamiento de que aquellos malditos

coloniales, como los llamaba, estaban abocados a diñarla en un plazo más bien breve, ya fuera en circunstancias naturales o, como parecía de lo más probable, a resultas de un envenenamiento masivo obra de alguna cocinera sobrada de razones para perder el juicio. Aun así, se había trasladado a la vieja granja, donde trataba de olvidar The Middenhall escapándose algunas horas de la tarde y las noches a sentarse al amor de la vieja cocina económica y leer a su querido Samuel Pepys. Pero la casa había podido con él y, al final, completamente desarbolado, su mala salud lo obligó a retirarse a un apartamento alquilado, con vistas al mar, en Scarborough. Atrás quedó Marjorie para gobernar «aquella maldita covacha».

Y se había desenvuelto bastante bien. Era de una pasta mucho menos blandengue que la de su padre y la mortificaba la forma como habían tratado a éste los mismos por quienes él había hecho supuestamente la guerra. «Aquellos malditos coloniales», aquellos Midden que habían salido a escape del Lejano Oriente y de la India, de Kenya y de Rhodesia en cuanto vieron en peligro su comodidad y que se habían librado de la guerra, iban a aprender buenos modales. O largarse de The Middenhall y dejar sitio para otros que se lo merecieran más.

El caso es que a los pocos meses de haberse convertido en «la castellana de The Middenhall», como empezaron llamándola por guasa y despectivamente, había conseguido meterlos en cintura. O doblegar su carácter. No es que tuvieran gran cosa que doblegar aquellas criaturas empapadas de ginebra que se habían erigido en señores de unas poblaciones nativas a las que calificaban de salvajes sin haber hecho nada por educarlas o civilizarlas. A la señorita Midden le bastó, pues, actuar con premeditación y malicia, calculadamente, y elegir como blanco a Edgar Cunningham Midden. El tal EC, como le gustaba que se dirigieran a él, tras haber ido por la vida tiranizando y pisoteando a todo el mundo para medrar en una remota provincia del África Oriental portuguesa donde consiguió crear un vasto imperio comercial, se había atrevido en cierta ocasión a amenazar con molerlo a palos a un estudiante negro de la Universidad de Hull que cometió el error de aceptar un trabajo de verano en The Middenhall y que, al servir la mesa, le derramó un bol de sopa en los pantalones. La señorita Midden no había malgastado palabras con aquel bestia: aprovechando una ola de frío, inutilizó, simple y deliberadamente, el mando del radiador de calefacción de su cuarto, le negó la posibilidad de instalar una estufa eléctrica y, para más incomodidad, se valió de su conocimiento del intrincado sistema de fontanería de la casa para conseguir que el agua caliente no llegara a su cuarto de baño. Las quejas de EC habían recibido por respuesta la de que ya no estaba en África. Y cuando exigió una nueva habitación de inmediato —«y no pierda el tiempo. Haga que los criados trasladen mis cosas..».— antes de bajar a deshora a reclamar su desayuno, Marjorie Midden se apresuró a complacerlo. Y así, al regreso de su paseo matinal, Edgar Cunningham Midden se encontró aposentado en otra diminuta inmediatamente encima de la cocina, donde dormía en otros tiempos el sirviente que se encargaba de la caldera de la calefacción central y la alimentaba de combustible durante la noche.

Carecía de cuarto de baño, y el paisaje que se veía desde la ventana era el poco grato del patio trasero y los cubos de basura. EC había montado en cólera ante la perspectiva, no ya sólo la de la ventana, sino la de tener que recorrer un largo pasillo para hallar un cuarto de baño, y pidió que le fuera devuelta su antigua habitación. A lo que replicó la señorita Midden que ya se la había asignado a la señora Devizes y que ésta estaba en pleno traslado.

—No le gustaba su cuarto, así que le he dado el suyo —le explicó—. Si desea usted recuperarlo, tendrá que pedírselo.

Era lo último que se le ocurriría hacer a EC. Porque detestaba a la señora Devizes, Midden por matrimonio, y en alguna ocasión se había referido abiertamente a ella como «esa ralea inferior». Por eso, en vez de pedirle nada, propuso trasladarse a la habitación que la señora Devizes dejaba vacía, pero se le informó que no podía ser porque iban a pintarla. Al cabo de una semana, durante la cual le resultó imposible dormir por el ruido procedente de la cocina —Marjorie había pedido al mayor Mac-Phee que pasara las noches allí y que a cada cuarto de hora dejara caer al suelo varios cacharros de respetable capacidad—, el viejo gruñón abandonó The Middenhall en un tronado taxi. La señorita Midden, de pie y con los brazos sobre el pecho, observó su partida desde el mirador. Luego se había vuelto a los restantes huéspedes preguntando si alguien más quería marcharse, porque, de ser así, era el mejor momento para hacerlo.

—No estoy dispuesta a consentir que el servicio sea tratado con descortesía —anunció, sacudiendo sus pantalones de montar con la fusta.

El mensaje fue entendido fielmente. Y desde entonces los huéspedes Midden habían demostrado suma corrección con la cocinera y con las doncellas, guardando sus peleas para ellos mismos. Aún habría necesidad de arrancar alguna mala hierba pero, en conjunto, Marjorie Midden estaba satisfecha.

Ahora, sin embargo, volvía a la casa de un humor de perros. Sus planes para el fin de semana se habían venido abajo por culpa de su propio y patético sentimentalismo. Así le parecía a ella, por lo menos. Había sentido lástima de aquel infeliz desde el instante en que se conocieron en la estación de autobuses de Tween, cuando el mayor se presentó en respuesta a un anuncio publicado por ella en *The Lady* solicitando un hombre mañoso. Viéndolo allí de pie, con sus zapatos relucientes, con la corbata de su regimiento y una vieja gabardina doblada en el brazo, le pareció tan evidente que el recién llegado no era ni mañoso ni demasiado hombre, que a punto estuvo de decirle que se volviera por donde había venido. Pero, en vez de hacerlo, agarró una de sus viejas maletas y la metió en la parte trasera del Humber, invitándole a subir al coche. Fue un impulso que jamás había sido capaz de explicarse. Al mayor lo habían rechazado tantas veces, que su temor a un nuevo desaire era casi palpable. En otras circunstancias, Marjorie se habría dejado guiar por su buen juicio; pero la estación de autobuses de Tween era un lugar demasiado inhóspito para obedecer al sentido común. Además, le agradaba sorprender a la gente y era obvio que el

mayor necesitaba desesperadamente unas cuantas sorpresas gratas en su vida. Iba a ser fácil dominarlo, y la señorita Midden intuyó también en él la necesidad de sentirse dominado.

«Tendrás que servir», pensó aquel primer día mientras iban camino de The Middenhall. Por más que no era previsible para qué podría servir alguien como el mayor. Probablemente para estropear cuanto tocara. Y echarle a perder un fin de semana cinco años después.

—Cualquier día de éstos..., cualquier día de éstos... —repitió en voz alta para despertarlo cuando llegaron al patio trasero de la vieja granja.

Era la manifestación de una esperanza, cada vez más cargada de resolución. Cualquier día de éstos aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para escapar de aquel círculo infernal de parientes, de tareas domésticas, de gobernar las vidas de otros, para encontrar... Bueno..., no la felicidad. No estaba tan loca como para perseguir esa quimera, ni se le había ocurrido pensar nunca que el matrimonio y unos hijos fueran la respuesta. Había vivido demasiado tiempo en familia para imaginarlo..., y para ignorar que en la mayoría de los asesinatos el criminal es un familiar de la víctima. Por otra parte, Marjorie Midden tampoco se hacía ilusiones acerca de sí misma. No era guapa, e incluso demasiado alta y musculosa para ser considerada atractiva. Salvo para cierto tipo de hombres. Precisamente uno de los pensamientos más repulsivos que la asaltaban ocasionalmente cuando la atmósfera se cargaba con los miasmas de las fantasías sexuales del mayor MacPhee era el de tener tal vez alguna parte inexpresable en ellas... Pero no... Lo que esperaba, lo que realmente quería era recuperar alguna vez la sensación de lanzarse a la aventura que había experimentado de niña cuando jugaba entre los matorrales y la herrumbrosa maquinaria de la mina abandonada de Folly Down Fell. Allí había vivido momentos de éxtasis llenos de promesas, y el lugar conservaba su magia para ella. Pero ahora, al salir del viejo Humber, sus sentimientos eran cualquier cosa menos extáticos.

—Si te queda un resto de sentido común, harás bien en alejarte de mi vista mañana —le espetó al mayor antes de dejarlo subir, cojeando y descalzo, los escalones de la puerta de la cocina.

Y a los cinco minutos estaba ya durmiendo en su habitación del piso de arriba.

12

El mayor MacPhee se sentó al borde de su cama, sumido *en* profundos sentimientos de autocompasión. Tenía dolor de cabeza, le dolían los puntos que le habían dado encima del ojo, notaba tumefactos sus labios y flojo uno de los dientes, llevaba las manos vendadas... Y, lo peor de todo, había perdido un par de caros zapatos. No es que hubiera perdido los dos, pero un par de zapatos debía ser eso, un par, y a él le había volado uno. Sus zapatos le hacían sentir un orgullo como jamás

experimentaría de sí mismo estando sobrio. Eran, probablemente, su posesión más importante para enmascarar la miseria en que vivía. Aquellos zapatones especialmente. Los había comprado en Jermyn Street, en Trickers, y los había cepillado asiduamente cada noche, sentado como ahora en el borde de la cama, antes de acostarse. Y ahora los había perdido y, además, la señorita Midden estaba furiosa con él. Ya lo había estado otras veces, pero en esta ocasión su enfado era distinto: menos grosero e insultante y mucho más frío de lo que hubiera sido nunca.

El mayor era experto conocedor de los sentimientos de ira. A lo largo de su vida, mucha gente se había enfadado con él despreciativa, airadamente, pero jamás con odio. No había nada que odiar en él. Era tan sólo necio y débil, y nunca había tenido el valor de hacer nada. Siempre fue igual; él no hacía las cosas: le pasaban. «¡Maldito mocoso! —era la forma habitual de interpelarle su padre—. ¿Es que no sabes valerte por ti mismo?» Y con su madre no le había ido mucho mejor. Cariñosa, sí, pero regañándole siempre, obligándole a lavarse la cara y las manos o, más a menudo, lavándoselas ella. Lo cierto es que había crecido en la costumbre de que otros le hicieran las cosas a él y para él. Una y otra vez había tratado de escapar de su propia dependencia, pero en cada ocasión lo derrotaron sus temores y su pasividad. Y tras cada derrota fue aborreciéndose un poquito más. Al final, tomó la determinación de hacerse marino. Bueno..., ni siquiera eso. Se dejó llevar al mar como pinche de cocina de un petrolero que realizaba cortos viajes desde Rotterdam a los pequeños puertos de la costa.

Aquel trabajo no le duró mucho, pero le enseñó a buscar trabajo en los barcos y le valió para ser contratado como camarero en un transatlántico. Fue allí donde observó la forma como se comportaban los pasajeros maduros y adinerados. Y fue en su tercer viaje cuando un oficial jubilado del ejército, cuyo camarote atendía, le cobró afición. Tenía también la graduación de mayor, y había ahorrado para aquel crucero con la debilísima esperanza de conocer a alguna viuda rica, no demasiado repulsiva, con la que casarse. En lugar de viuda, conoció al joven Willy MacPhee y lo pilló por su cuenta. No era la primera vez. Ya le había ocurrido antes en los barcos y en los puertos. Estaba acostumbrado, acostumbrado a que le sacudieran y le obligaran a ponerse de rodillas. Pero con el mayor fue diferente. Éste, aunque no tuviera un penique, era auténtico y sabía vestirse. MacPhee podía decirlo por las etiquetas cosidas en el interior de sus prendas y por la calidad de los tejidos. Pero, en particular, por sus zapatos. Procedían también de Trickers y la piel resplandecía con el betún. Tenía cinco pares, tres de ellos marrones, todos deportivos, y lustrárselos era lo único que no estaba dispuesto a permitir que hiciera por él el mozo MacPhee.

—Es lo primero que hago siempre antes de acostarme. Tuve que acostumbrarme cuando entré en el ejército y desde entonces se ha convertido en un hábito. Así que no vea yo que me los toca. ¿Entendido, mozo?

—Sí, señor —respondió MacPhee tratando de asumir también él un porte militar—. Entendido, señor.

Pero, de hecho, los tocó y, cuando el mayor murió de un ataque al corazón en Barbados, provocado por el inesperado vigor y la indeseada pericia sexual de cierta acaudalada dama de Sunningdale, los heredó. O los robó. Como robó también varios trajes que escondió en su taquilla. Y en aquel momento MacPhee decidió cuál sería su carrera futura: se alistaría en el ejército y tendría sus propios trajes a medida y zapatos comprados en Trickers. En cuanto el barco atracó en Southampton, saltó a tierra por última vez y buscó una oficina de reclutamiento. La única que pudo encontrar era de la Real Infantería de Marina. Pero el sargento lo rechazó.

—Puedes pasar el reconocimiento médico si quieres, muchacho. Pero yo no me molestaría en hacerlo. No das la talla. No para la Infantería de Marina, por lo menos. Prueba en el ejército —le había dicho con amable condescendencia.

Fue el primero de muchos rechazos. Al final consiguió emplearse como sirviente en el hogar de un militar en Aldershot y pasó allí tres años estudiando la forma como hablaban y se comportaban los oficiales. Captó perfectamente su jerga y oyó relatar anécdotas que después sería capaz de repetir como si fueran propias. La necesidad de convertirse en un oficial, aunque no fuera más que mentalmente, se transformó en verdadera obsesión para él. Y aunque su actitud externa era más bien servil, por dentro no hacía sino ensayar la seguridad en si mismo y la arrogancia típicas del militar. En sus tardes libres iba a los pubs y aprendía las tradiciones de los chusqueros y de la tropa, de cuya falta de respeto hacia la mayoría de los oficiales aprendió mucho más aún. Y se acostumbró en particular a evitar a los de las graduaciones inferiores, más perspicaces para descubrir su simulación y plantearle embarazosas preguntas. Con los mandos no pasaba eso. Te tomaban por lo que aparentabas, y si un capitán o un segundo teniente les decía tímidamente que servía, por ejemplo, en el cuerpo de Intendencia, no había más que hablar. El cuerpo de Servicios era otra tapadera útil. El peligro estaba en los mejores regimientos, cuyos oficiales eran objeto de especial deferencia. MacPhee tenía suficiente astucia para saber que jamás debía asumir una graduación demasiado alta, la de mayor ya estaba bien, y que su vida social había de discurrir entre personas maduras de buena posición, que tuvieran el buen sentido de no mostrarse demasiado curiosas. Observó todo esto en el hogar del coronel, donde ocasionalmente algún viejo sirviente del ejército de la India llamaba *memsahib* a la señora Longstead y a los oficiales más jóvenes no se les daba pie para que expresaran sus opiniones con desenvoltura. Y durante todo este tiempo el real Willy MacPhee se moría de envidia y sólo muy de cuando en cuando se dejaba caer, tanto en los sentidos metafóricos como en el literal, por Londres o Portsmouth. Pero había llovido mucho desde entonces. Años en que vagó por el país, yendo de una población militar a otra y fue adquiriendo poco a poco la pátina del hombre que le hubiera gustado ser. Hasta que al final encontró a la señorita Midden y fue aceptado por ella. Aquel puesto le iba como anillo al dedo. The Middenhall estaba lejos de cualquier ciudad grande y los Midden llegados de ultramar eran demasiado viejos o

egocéntricos y, como él mismo, demasiado dependientes de la señorita Midden para permitirse manifestar una curiosidad más que superficial por el pasado del «mayon». Y hasta el presente fin de semana la propia señorita Midden lo había aceptado sin darle a entender de una manera en exceso hiriente que estaba al cabo de la calle de su impostura.

Ahora, sin embargo, la situación había dado un brusco giro, y lo intranquilizaba. Se desnudó dificultosamente, se puso el pijama, y se metió en su estrecha cama preguntándose qué podría hacer para complacerla. También se preguntaba, aunque sin prestarle importancia, dónde se le habría pegado aquel tufo a mierda de perro. Y en ello estaba cuando se durmió. Veinte centímetros por debajo de él, la causa del olor dormía también. El valium y el whisky seguían actuando, juntamente con el «sapo» residual, para mantener inconsciente a Timothy Bright. Pero, con las primeras luces del alba, se movió y soltó unos breves ronquidos. El mayor MacPhee, despertado por la cantaleta, vio en ello un indicio de haber sufrido daños de mayor cuantía: el incidente no sólo le había producido alarmantes lesiones corporales, sino que, evidentemente, había afectado también a su oído. Se tranquilizó diciéndose que tal vez fuera cosa de su imaginación o que le habían despertado sus propios ronquidos. Así que se volvió con cuidado en la cama y siguió durmiendo.

Eran ya las siete cuando se despertó de nuevo, pero esta vez porque notaba llena la vejiga. Saltó de la cama y se dirigió cojeando a su cuartito de baño. Al regresar y tumbarse pesadamente en el lecho, pensó por un instante que algo raro le pasaba al colchón: no era muy grueso, pero jamás había mostrado un bulto así. En el segundo que siguió estuvo absolutamente seguro de que, como sugiriera la señorita Midden, su cerebro había sufrido alguna lesión. Oyó un quejido y el bulto —correspondía al hombro de Timothy Bright— empezó a desplazarse por el lecho. El mayor MacPhee se quedó paralizado, salvo sus galopantes palpitaciones, y escuchó con terror por si se oía algún sonido más. Pero en la habitación reinaba el silencio. A menos que..., a menos que aquello fuera la respiración de algún otro. Y lo era. Había alguien debajo de la cama, alguien que roncaba y se quejaba. Atenazado por el pánico, intentó pensar. Pero sólo consiguió hacerlo de una forma primitiva, rudimentaria. Era presa de un miedo infantil.

Durante diez minutos permaneció quieto, atento a aquella respiración terrorífica, tratando de hacer acopio de valor para incorporarse, encender la luz y mirar debajo de la cama. Era una tarea casi imposible, pero al final se las arregló para acometerla. Lenta, muy lentamente, descorrió un poco las cortinas —no iba a encender la luz— y después, inclinándose, atisbo en las sombras de debajo del lecho. Al momento siguiente se erguía de un salto y alcanzaba cojeando la puerta. El rostro que acababa de ver colmaba sus peores temores: ceniciento, ensangrentado... Debajo de su cama había un hombre asesinado... Tal vez no asesinado del todo, pero moribundo. Y tal como su madre lo trajo al mundo. El mayor se precipitó al comedor de la casa, y estaba a punto de atravesar el vestíbulo y llamar a la señorita Midden cuando se detuvo en seco pensando en cuál podría ser su reacción. Le había dicho que se

mantuviera lejos de ella por la mañana, y no era persona que se desdijera. ¡Pero él tenía un fiambre en su dormitorio, un sujeto desnudo, asesinado! El mayor MacPhee se vino abajo. Su fachada se desmoronó dejando al descubierto un desvalimiento infantil más acentuado que nunca. Todo cuanto sabía ver era que aquel suceso significaba un puntillazo, el colmo de sus desgracias. Palideció también y su rostro tumefacto y suturado se contrajo. No tenía recursos de los que echar mano. Y, apoyando la espalda en la pared, empezó a temblar sin poder controlarse. Estuvo así, temblando, por espacio de veinte minutos antes de recobrar el suficiente dominio de su cuerpo para poder sentarse. Ni aun entonces era capaz de pensar con claridad. Los sentimientos de culpabilidad brotaban de algún lugar oculto en lo más hondo de su mente y la arrasaban una y otra vez. Jamás había logrado superarlos y ahora se desbordaban por todo su ser colmando el terror. Al final consiguió ponerse en pie y acercarse al aparador, donde había una garrafa de whisky. Tenía que tomar un trago. Tenía que hacerlo. El mayor MacPhee se sentó, pues, a la mesa del comedor y empezó a beber. Aún seguía allí cuando bajó Marjorie a las nueve. La garrafa estaba ya vacía y el mayor, mareado, yacía en el suelo sobre su vomitona, con el estupor del borracho fijado en su rostro.

—¡Maldito cochino, repugnante cuentista...! —le gritó, sin que el mayor pudiera oírla—. Esto es la gota que colma el vaso. Quiero verte fuera de esta casa antes de la noche. ¡Vaya que sí!

A continuación dio media vuelta y pasó a la cocina, echando chispas, para preparar un té bien cargado. El mayor seguía sin oírla. Estaba perdido en un mundo demasiado horroroso para ser consciente de él. Pero, desde debajo de la cama, Timothy Bright sí escuchó aquellos gritos y se estremeció. Tenía frío, un sabor asqueroso en la boca, le dolía terriblemente la cabeza y cruzaban su mente fugaces visiones de un cerdo en el trance de ser despellejado. Frente a él se perfilaban amenazadoramente un par de zapatillas, y le costó algún tiempo darse cuenta de que no contenían ningún pie ni había piernas por encima de ellas. Aun así, había algo tremendamente ominoso en la visión. No le pertenecían. Él no usaba zapatillas baratas de fieltro; las suyas eran de piel, forradas de lana. Y al apartar lentamente los ojos de aquellos dos objetos, distinguió las patas de una silla de madera, la rendija inferior de una puerta, un zócalo, la parte baja de un armario ropero con luna, el empapelado de la pared con flores estampadas rosas y un brillante rayo de la luz del sol que lo cruzaba y comenzaba a extenderse por el piso. Ninguna de aquellas cosas tenía sentido para él. Jamás las había visto antes y su presente ángulo de visión las hacía más irreconocibles y carentes de significado. No le decían nada. No aportaban ningún elemento de comprensión, sino que eran un dato más del espanto enfermizo que empezaba a invadirlo por dentro. Pero las palabras gritadas por la señorita Midden en el comedor al derrumbado MacPhee no le resultaron tan enigmáticas.

—¡Maldito cochino, repugnante cuentista...! —la oyó decir, y luego—: Esto es la gota que colma el vaso. Quiero verte fuera de esta casa antes de la noche. ¡Vaya que sí!

Eso sí que lo comprendió Timothy Bright. Pero siguió debajo de la cama, tratando de hacerse cargo de su situación. Le costó algún tiempo, una hora más, durante la cual escuchó ruido de pasos en el corredor y un portazo que retumbó en su cabeza. Hasta que finalmente, después de algunas amenazas más musitadas en la habitación contigua —la enfurecida señorita Midden había echado un último vistazo al mayor, tentada de despertarlo a puntapiés—, oyó cerrarse la puerta de la casa y unas pisadas que se alejaban y hacían crujir la gravilla.

Marjorie Midden, en efecto, enferma de asco y repugnancia por haber tenido alguna vez la malhadada ocurrencia de cobijar bajo su techo a aquel miserable MacPhee, había salido de la casa y, tras cruzar la estrecha verja del muro de jardín, se encaminaba a grandes zancadas a campo través en dirección a Carryclogs House. Las ovejas se sobresaltaban y dispersaban a su paso, pero ella apenas las veía: iba demasiado absorta en un mundo privado en el que sólo había pensamientos de frustración y de ira. Lamentaba casi que el mayor estuviera aún con vida..., porque había visto que respiraba. No podía explicarse la actitud de aquel tipejo. Cierto que su comportamiento dejaba mucho que desear a menudo en aquellas juergas suyas en Glasgow... Pero en la casa..., en *su* casa, siempre se había mantenido sobrio y correcto hasta la exageración. ¡Y ahora le salía con ésas! La única explicación posible era que debía de haberse vuelto loco..., loco de atar. Aunque eso no iba a servirle de excusa. Demasiados problemas tenía ya con la patulea de The Middenhall para pechar ahora con un dipsomaniaco. En cuanto estuviera en condiciones de moverse, lo pondría de patitas en la calle, aunque tuviera que hacerlo a punta de escopeta. Esa noche no la pasaba allí..., ¡ni hablar!

Al llegar a la vista de Carryclogs House, Marjorie se desvió. No tenía intención de descubrirle a Phoebe Turnbird lo ocurrido ni sus sentimientos al respecto. Estaba muy afectada y no iba a darle a Phoebe la satisfacción de compadecerla. Y de refocilarse en ella. Era ya mediodía cuando se sentó en un saliente rocoso que dominaba el embalse y se comió unos bocadillos que había traído consigo. Luego fue a tumbarse en la hierba, contemplando el cielo sin nubes. Por lo menos allá arriba todo era limpio, azul. Con este pensamiento se adormiló, agotada por la prolongada vigilia de la noche anterior y su agitación íntima.

13

Tampoco sir Arnold Gonders había pasado un buen día. Ni una buena noche. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando dejó el Land Rover junto al establo y se encaminó hacia la casa. Había luz en la ventana de tía Bea, y aquello lo alarmó.

—¡Maldita arpía! —murmuró amargamente, preguntándose qué más haría falta, además de una dosis masiva de valium en la ginebra, para mantenerla dormida toda la noche. Evitó la puerta principal y rodeó

furtivamente la casa para alcanzar las ventanas del estudio y colarse por una de ellas. Luego subió al piso procurando no hacer ruido y a los pocos momentos dormía ya profundamente. Había hecho todo cuanto estaba en su mano. El resto lo pondría el destino.

Quien lo puso, en realidad, por lo menos en buena medida, fue el pobre Genscher. El rottweiler había pasado una noche espantosa en el sótano, tratando desesperadamente de librarse del bozal de cinta aislante. En su brutal intento de arrebatar al can su ejercicio del derecho a ladrar o el aún más legítimo y peligroso de morder a quien le pateaba el escroto, sir Arnold, que jamás fuera un hombre valiente, casi le había privado también de la posibilidad de respirar, por lo que Genscher tuvo que luchar denodadamente durante horas para arrancarse con las uñas la cruel mordaza antes de convencerse de que, de seguir haciéndolo, lo más probable era que se arrancara también el hocico. Incapaz de gañir ni de hacer nada constructivo, puesto que en sus ulteriores esfuerzos por librarse de aquel bozal sólo consiguió golpearse su ya magullado lomo contra la pared, se había precipitado escalera arriba para pedir ayuda por el expeditivo sistema de lanzarse de cabeza contra la puerta del sótano. Y así, hacia las seis de aquella mañana, la casa entera retumbaba bajo el estrépito de los sesenta y siete kilos de enloquecido rottweiler estampándose contra la puerta cada pocos segundos.

Hasta la señora Thouless, mujer de sueño profundo y cuya sordera la libraba de las tabarras domésticas, despertó con la sensación de que algo semejante a un bombardeo aéreo estaba ocurriendo en los aledaños. Criada en Little Kineburn durante la guerra, a la sombra de la gran presa, cuando vivían todos en el temor de que los alemanes la destruyeran y las aguas del embalse arrasaran la aldea, la señora Thouless tenía especial susceptibilidad por las incursiones aéreas. Así, a las seis y veinte saltó de la cama y bajó a la cocina en bata con idea de buscar refugio en la bodega.

Para entonces Genscher había cejado un poco en sus esfuerzos por atraer la atención, pero la puerta seguía estremeciéndose cada vez que el perro la embestía. La señora Thouless observó la puerta. No las tenía todas consigo. Luego, con suma precaución giró la llave y levantó el pestillo. Al momento siguiente supo con absoluta certeza que no corría peligro de ahogarse ni de ser bombardeada en la cama: algo mucho más horroroso la derribó al suelo, en forma de enorme y enloquecido rottweiler con veinte metros de cinta aislante enrollados a la cabeza formando un nudo grotesco. Para la señora Thouless, habitualmente poco amante de los chuchos y recelosa en particular de los perrazos alemanes, aquella súbita experiencia fue tan excesiva que la hizo perder su compostura y discreción famulares..., y chilló. Si se necesitaba algo más para que Genscher fuera presa del pánico, los chillidos pusieron el resto. Puesto que no estaba a salvo en ningún lugar de la casa, tenía que escapar a toda costa. Sin dudarlo, pues, se lanzó contra la puerta trasera y, de rebote, derribó los palos de golf de sir Arnold, que se desparramaron ruidosamente por el suelo. Un nuevo estrépito, mezclado con los alaridos escoceses de la señora Thouless, se produjo cuando el animal, con la cabeza gacha por el peso de tanta cinta aislante, tomó la

puerta del aparador galés por una salida más fácil y embistió contra ella.

Pero allí acabó la carrera de Genscher. Entre una catarata de fuentes y platos, el rottweiler, notablemente falto de resuello y jadeando estentóreamente por su ensangrentado hocico, saltó sobre el cuerpo yacente de la señora Thouless y volvió a precipitarse en la oscuridad del sótano.

Arriba, en el piso, el estruendo procedente de la cocina había sacado al comisario jefe de su profundo y deseado sueño. Lo primero que vio al incorporarse fue a lady Vy, que se había puesto el salto de cama y se encaminaba a la puerta empuñando su Scott & Webley calibre 38, con el antifaz negro alzado sobre la frente en gesto amenazador.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó con voz ronca sir Arnold.

—Otra estupidez tuya, sin duda —respondió su mujer a la vez que empujaba la puerta del dormitorio con el pie.

Abajo arreciaban los alaridos de la señora Thouless, y el estrépito de la loza golpeando el entarimado del suelo sugería que algo estaba reduciendo la cocina a escombros. Fue esto, mucho más que los chillidos del ama de llaves, lo que enfureció a lady Vy.

—¡Mi vajilla! —exclamó, y se precipitó escaleras abajo.

Nada más pasar ella asomó por la puerta de su habitación tía Bea. Su facha era horrenda, pues en la errónea creencia de que el repugnante sir Arnold le estaba zurrando a su querida Vy, se había apresurado a ponerse una falda de cuero negro encima de su camisón transparente para acudir al rescate.

—¡Suéltala! —gritó entrando en el dormitorio del matrimonio y abotonándose aún a las caderas el faldamento protector—. ¡Déjala, sinvergüenza! ¿No le has hecho ya suficiente daño con tus sucias maniobras?

Sir Arnold, que se hallaba en pleno proceso de búsqueda de sus zapatillas para ponérselas y a tal fin tenía el cuerpo agachado al borde de la cama, fue incapaz de proferir ninguna respuesta adecuada antes de sentirse envuelto en cuero negro al arrojársele ella encima. Por espacio de medio minuto estuvieron los dos forcejeando en la cama antes de que tía Bea lo tumbara de espaldas y, al advertir su error, empezara a preguntarse qué hacer. Lo que podía ver de sir Arnold, que asomaba aviesamente un ojo por el borde de la falda mientras que con el otro estaría solazándose con los encantos que vislumbraba por debajo, no la incitaba a abandonar la presa con que lo tenía inmovilizado. Y, como reforzando su ya abrumadora ventaja, se le ocurrió que jamás volvería a encontrarse en situación de escarmentarlo con su propia medicina. Complacida de su perversa malicia, lo miró provocativamente y al instante, con un manotazo, le obligó a meter la cabeza entera debajo de la falda. Fue un gesto imprudente. Porque, aunque sir Arnold estaba realmente debilitado por la incomprensible sucesión de horrores de aquel fin de semana, aún le quedaban fuerzas para resistirse a la espantosa perspectiva de practicar el sexo oral con la amante lesbiana de su mujer, que era lo que ésta parecía buscar. Entre los pliegues de aquel cuero negro era difícil pensar con lógica, y la alternativa de que tratara de asfixiarlo con su maniobra era todavía peor.

El comisario jefe no tenía opción. Y, por ello, haciendo acopio de cuantas fuerzas puede dar la desesperación a un hombre aprisionado en la entrepierna de una mujer maciza, sir Arnold Gonders respiró hondamente y se lanzó hacia arriba. Fue una experiencia abominable, pero por un instante logró atisbar la luz del día: su calva cabeza asomó por la cinturilla de la falda..., aunque sólo para volver a sumirse de inmediato en la oscuridad cuando tía Bea, que por primera vez en su vida experimentaba la clase de placer que puede dar un hombre, no importa cuan aterrado y frenético, le obligó a meterla de nuevo.

La pugna prosiguió por espacio de algunos minutos, en un juego que a cada erupción del espantado sir Arnold le proporcionaba a ella el placer de una demostración de dominio y a él la experiencia de horrores indecibles. Cuando al final cedió él dentro, agotado, en manifiesta confesión de derrota, ella, insensata, se levantó la falda y sonrió observando el rostro enrojecido y sudoroso de su antagonista. El comisario jefe, mirando más allá de sus partes pudendas, sorprendió aquella sonrisa y, en una afirmación suprema de su maltrecho ego —y de todo cuanto ya en él estaba para el arrastre—, echó hacia un lado la cabeza y le hundió los dientes en la ingle. El que no fuera en verdad su dentadura y que el mordisco tampoco alcanzara con exactitud el lugar pretendido no fueron circunstancias de consideración para el comisario jefe. Pero tita Bea se irguió como un resorte profiriendo un alarido terrible; dio la impresión de ir a desplomarse de dolor sobre la almohada, pero volvió a aplastar con todo el peso de su cuerpo a sir Arnold. Esta vez no cabía duda de su propósito: iba a asesinar a aquel cerdo.

Justo en ese momento regresó lady Vy al dormitorio con el revólver humeante en la mano. Lo que menos esperaba era encontrarse a su marido haciéndole el amor, de forma tan peculiar, a su tita Bea. Y muchísimo menos aún que ella, a juzgar por la expresión de su cara, hallara en tales maniobras semejante éxtasis de pasión ardiente que tuviera la lengua fuera y diera rienda suelta a gemidos y gritos de placer. Aquella visión, a renglón seguido de descubrir a la señora Thouless tendida cuan larga era en la cocina junto a la puerta de la bodega, con las ropas revueltas y gimoteando incoherencias acerca de una fiera bestial, fue demasiado para lady Vy. Había vuelto para decirle a sir Arnold que aquel maldito sujeto encerrado en la bodega se las había arreglado para escapar de allí después de haber enrollado metros de cinta aislante a la cabeza de la mascota familiar. Con un valor nacido de la convicción, alentada durante muchos años, de ser moralmente superior a cualquier sirviente, y consciente de que debía demostrarlo ante una crisis, en particular si tenía un arma cargada, lady Vy había pasado por encima de la señora Thouless y, sin dudarlo, había disparado al interior del sótano.

Esta vez Genscher comprendió el motivo de que le hubieran puesto aquel bozal horrendo. Aunque, en realidad, no había leído nada acerca de la suerte corrida por el zar y su familia, se daba cuenta de que la bodega era el lugar ideal para un crimen: su amo, y ahora su ama, tras fracasar en su intento de colgarlo cuando tuvieron la oportunidad, se

habían decidido por darle muerte a tiros. Cuando la bala rebotó por las paredes, Genscher dejó escapar un sordo gemido y fue a buscar refugio en una de las estanterías de botellas de vino. Lady Vy dio la luz y bajó luego la escalera despacio, sosteniendo el revólver con ambas manos delante de ella.

—Sal con las manos en alto —gritó—. Sé que estás aquí. Sal o disparo.

Pero el rottweiler era demasiado juicioso para asomar. Se acurrucó en el fondo del estante de piedra y aguardó allí la muerte. Pero, sorprendentemente, pasó por su lado y al momento siguiente lady Vy subía la escalera corriendo. Ahora, al entrar en el dormitorio, el espectáculo que veía la dejó demasiado atónita para expresar lo que había venido a decir.

—¡Oh, Bea, querida...! ¿Cómo has podido...? —preguntó patéticamente, abanicándose la cara con el cañón del arma.

Tía Bea volvió el rostro desencajado para mirar a su amiga.

—Aún no he terminado —gruñó, malinterpretando el reproche—. Pero en cuanto esté...

—¡No lo hagas! —chilló lady Vy—. No permitiré que te rebajes de este modo. ¡Con él menos que con nadie!

—¿Con él? ¿Por qué no? No se me ocurre ningún otro al que quiera...

—No puedo soportarlo, Bea... ¡Calla, calla! No quiero escuchar.

Aprovechando este diálogo, sir Arnold consiguió tragar una bocanada de aire y gimió con un hililllo de voz:

—¡Socorro, socorro!

Pero tía Bea cargó todo su peso sobre él.

—¡Muere, monstruo, muere! —gritó, y apretó fuertemente la falda contra su cara ya congestionada.

Lady Vy se dejó caer al suelo junto al lecho.

—¡Oh no, querida...! A él no..., Bea... ¡A mí! —sollozó.

Tía Bea trató de comprender aquella petición tan singular. Sabía que Vy era una mujer sumisa, pero jamás le habían pedido que diera muerte a una amiga del alma. Semejante ocurrencia la sorprendió: era, francamente, una perversión de escasísimo gusto.

No le hubiera parecido así al comisario jefe. Debatiéndose contra la muerte por asfixia entre los pliegues de cuero negro, de buena gana habría cedido aquel puesto a su mujer o a cualquier otro que se sintiera inclinado a morir de manera tan espantosa. Y en cuanto a lo de ser una experiencia carente de gusto, tampoco la habría calificado así. Si acaso, lo contrario..., aunque no era cosa que le llamara la atención en aquellos momentos. Abismado en aquel negro infierno que era el concepto de tía Bea acerca de la lencería íntima, lo asaltó la terrible idea de lo que se diría en su inminente necrológica. Sonaría como una de aquellas descripciones propias de las revistas pornográficas depositadas en el almacén de objetos confiscados por la brigada antivicio..., que una voz divina lo instaba siempre a no hojear luego a escondidas. Pero, por muchas vueltas que le diera, no imaginaba cómo podrían encontrar los redactores del *Sun* y del *News of The World* palabras suficientemente ambiguas para satisfacer, por un lado, al comité de deontología periodística y, por otro, los lujuriosos apetitos de la mayoría de sus

lectores. Cierto que aquel interés en su reputación *post mortem* era superficial. Estaba a punto de sufrir una terrible muerte a piernas, ya que no a manos, de una mujer a la que tenía sobradas razones para aborrecer.

Estaba ya perdiendo la conciencia cuando desde muy lejos le llegó vagamente la voz de lady Vy.

—¡Me habías jurado que odiabas a los hombres, Bea! —exclamaba en un histérico arrebato de celos—. Me prometiste que jamás, jamás, tocarías a un hombre. Y ahora..., ¡mira qué estás haciendo!

—Ya miro —replicó tía Bea, gritando también y forcejeando con la falda —. Pero aún no está muerto del todo.

—¿Que aún no está muerto? —repitió lady Vy, pero con una voz tan inexpresiva que el comisario jefe ni siquiera tuvo la certeza de haberla oído en realidad. Pero... ¿qué se había creído aquella maldita mujer? ¿Que estaba disfrutando como un cosaco? Finalmente se abrió paso en el cerebro de lady Vy la idea de que tal vez la situación era distinta de lo que había supuesto.

—¡Oh, Dios mío, no! ¡No lo hagas, querida! —farfulló atropelladamente —. ¿No comprendes lo que puede pasarnos?

—¡Me tiene sin cuidado lo que nos pase! —respondió a voces tía Bea—. Acabar con él es lo único que me importa. ¡Tendrías que ver lo que me ha hecho este monstruo!

Aquella invitación implícita fue irresistible para la enloquecida lady Vy.

—¡Déjame, déjame ver, querida! —pidió, y se echó encima del que el comisario jefe había empezado a considerar su lecho de muerte, con el resultado de que, mientras ayudaba a tía Bea a quitarse su curiosa falda, la cabeza de éste emergió de debajo casi tan negra como la propia prenda. Sir Arnold pudo llenar sus pulmones con aire relativamente fresco y contempló con los ojos desorbitados e inyectados en sangre el rostro alelado de su mujer.

Por primera vez en veintidós años le encantó verlo, y más aún lo que estaba haciendo, porque lady Vy estaba sacándole a Bea la falda por las piernas. Por un instante dio la impresión de ir a sacarlo también a él de allí, pero tía Bea se había desentendido de él y ahora estaba menos interesada en matar a su asaltante que en que Vy le dijera si corría el riesgo de morir desangrada por efecto del mordisco. Se dejó caer de espaldas sobre la cama. Mientras el comisario jefe y lady Vy comprobaban los daños *in situ,* se escuchó un ruido en la puerta del dormitorio.

—He subido a decirle que me despido, señora —anunció el ama de llaves en voz alta—. No puedo seguir en una casa donde suceden cosas tan extrañas. Le pido disculpas por interrumpirla, señora, pero ese monstruo del sótano ha salido otra vez y no es algo que una mujer decente pueda soportar ver nada más despertar por la mañana.

Con una despreocupación nacida de muchos años de enfrentarse a situaciones embarazosas y a sirvientes torpes, lady Vy saltó de la cama y se acercó a la pobre señora Thouless.

—¿Cómo se atreve a entrar sin llamar? —le espetó.

Para el comisario jefe, que la observaba por encima de las rodillas de

tía Bea con el desbordante entusiasmo de quien se ha salvado momentáneamente de una muerte cierta y le importa ya un bledo su reputación pública, la intervención de la señora Thouless había sido la de un ángel enviado por Dios. Pero, por otra parte, la actitud altanera y prepotente de lady Vy podía hacer que la condenada ama de llaves se despidiera de inmediato, lo cual era una perspectiva poco asumible.

—Señora Thouless —la llamó—. No nos deje usted, se lo ruego.

Desde el umbral de la puerta del dormitorio, el ama de llaves se dio cuenta entonces de la dudosísima naturaleza del tinglado marital que se traían sus señores. Sus ojos miopes fueron de la cabeza de sir Arnold a tía Bea, y finalmente los alzó para mirar con incredulidad a lady Vy.

—¡Ay, señora! —exclamó, perdida toda huella de su acento escocés—. ¡Ahora sí que no sé cómo...!

Lady Vy no la dejó seguir.

—Tranquilícese, señora Thouless —le dijo—. Sé que ha sido una mañana muy dura y que ha pasado usted un fin de semana agotador. Pero no hay que dramatizar. Baje usted a la cocina y prepare un buen té para todos..., ande.

—Sí, señora... Como usted diga, señora —respondió la pobre ama de llaves, y se dirigió al descansillo boquiabierta y con una expresión de pasmo total.

Lady Vy volvió ahora su atención a asuntos más urgentes, empuñando de nuevo el revólver.

—Francamente... —dijo cambiando de tono, como quien hace una confidencia de carácter social—. Esto de que el servicio entre en las habitaciones sin llamar es inconcebible... No sé adonde vamos a parar.

Desde la cama, tía Bea se sumó a aquella apelación a las buenas costumbres.

—¡Ay, querida! He tenido exactamente el mismo problema en Washam. Es casi imposible conseguir que el servicio se quede. ¡Y te exigen salarios exorbitantes y librar dos noches por semana!

Un zurriagazo obsceno con su falda fue, finalmente, su forma de indicarle al comisario jefe que quedaba libre. Sir Arnold salió gateando de la cama y fue corriendo al cuarto de baño. Una vez allí, procedió a lavarse la boca con el cepillo de dientes y agua fría, porque no disponía de agua caliente: aún no les había dado tiempo de hacer que repararan el calentador del agua. Estaba contemplándose en el espejo del cuarto de baño, preguntándose qué mensaje había querido enviarle Dios a través de una prueba tan espantosa, cuando cayó en la cuenta de que la señora Thouless había dicho algo importante. ¿Qué era?... «... ese monstruo del sótano ha salido otra vez..». ¿Qué monstruo? Y... ¿por qué aquella observación de que era algo que una mujer decente no podía ver? Por primera vez en la mañana, el comisario jefe vio de pronto las cosas con una perspectiva temporal más amplia que los últimos cinco minutos: alguien había bajado a la bodega y descubierto que el sinvergüenza aquel ya no estaba allí. ¡Naturalmente! Eso lo explicaba todo..., y en particular el criminal atentado que acababa de sufrir a manos de la maldita tía Bea: habría advertido la desaparición de su cómplice y subido a asesinarlo en venganza. O algo así. La prolongada

vela del comisario jefe y los horrores de aquel fin de semana habían mermado su capacidad de razonar. Todo lo que sabía de cierto era que se encontraba en una casa aislada con tres mujeres: una que lo odiaba, otra que se limitaba a despreciarlo y una tercera que a la sazón se ocupaba de preparar el té en la cocina. De las tres, tan sólo la señora Thouless tenía algunas cualidades que él pudiera apreciar mínimamente, y eran de orden práctico. Estaba a punto de escapar a toda prisa del cuarto de baño para ganar el relativo refugio de la cocina, cuando recordó el tiro. Y a Vy, que había bajado antes con el condenado revólver... ¿A qué demonios habría disparado? Incapaz de pensar con claridad, sir Arnold regresó tambaleándose al dormitorio..., para encontrarse a su mujer refrotando con agua de colonia la entrepierna de tía Bea y considerando la conveniencia de administrarle una inyección antitetánica.

—O la antirrábica —añadió, dirigiendo una mirada asesina a su marido.

Sir Arnold renunció a preguntarle nada. Y, en vez de ello, bajó a la cocina para averiguar por sí mismo lo sucedido allí. Halló plenamente recuperada a la señora Thouless, que había asumido nuevamente su condición de ama de llaves para liberar al desmoralizado rottweiler de su bozal de cinta aislante. Mientras sir Arnold bebía a sorbos su taza de té, maldijo al perro, a su mujer, a la criminal amante de su mujer y, por encima de todos, al cerdo aquel que había tenido la ocurrencia de depositar a un fulano drogado en su cama.

14

Al cabo de un rato concentró sus pensamientos en la búsqueda de algún medio para desquitarse. Podía subir a enfrentarse a las claras con aquella zorra lesbiana y exigir que le confesara qué demonios esperaba lograr atrayendo a aquel tipo a la Casa de la Presa. Pero no..., no tenía sentido. Lo cierto era que había intentado matarle y que a punto estuvo de lograrlo. Que se habría salido con la suya de no ser porque Vy, por una vez, se presentó en el momento justo. Es decir, que aquella jodida mujer tenía que estar loca. Desquiciada, ida, fuera de sus cabales, como un cencerro y, a mayor abundamiento, aquejada de una demencia homocida. (Así mismo. El comisario jefe no equivocaba el término: «homocida» era la palabra exacta.) Y, para colmo, tenía un cómplice. Tampoco cabía duda de eso. Porque no resultaba verosímil que ella sola hubiera ido con el coche a alguna parte para localizar a aquel infeliz, lo drogara, lo trajera consigo de vuelta y lo subiera finalmente por las escaleras hasta el dormitorio. ¡Ni pensarlo! Ella y Vy habían pasado juntas la velada anterior, tomando unas copas. Eso le había contado su mujer, y sin duda era cierto. Podría poner la mano en el fuego a que Vy se había sorprendido tanto como él al encontrarse en la cama con aquel bastardo. Por lo que el cómplice tenía que ser alguien de fuera... Al llegar a este punto, la mente del comisario jefe, jamás muy lejos de la

paranoia, estalló de ira. Y de temor también. Habían incubado una conspiración para hundirlo. ¿Incubado?... No, la palabra no era lo suficientemente fuerte y, además, evocaba huevos, gallinas y cosas de lo más naturales. Mientras que ¿había algo más contra natura que atiborrar de drogas a un prójimo, dejarlo en cueros y depositarlo en el lecho conyugal de un respetable comisario jefe? Aquél había sido un acto de diabólica naturaleza, de pura maldad y premeditada malicia. No podían haberlo incubado. Semejante vileza era forzosamente un plan urdido, maquinado y tramado para destruir su reputación. Si hubieran encontrado allí a aquel tipejo, él estaba acabado. Y aún corría ese riesgo si salía a la luz. Porque, bien mirado, su posición era mucho peor ahora. ¿Acaso no le había golpeado en la cabeza, y retenido atado en la bodega durante veinticuatro horas? Hasta podía ser que lo hubiera matado... Era más que probable que el muchacho la hubiera diñado y que a esas horas estuviera iniciándose el *rigor mortis* bajo aquella estrecha cama de los Midden.

Un sudor frío brotó en la frente del comisario jefe y lo obligó a encaminarse a su estudio para tratar de ordenar sus ideas. Allí, acodado en su mesa y sintiendo una angustia de muerte, empezó a exprimirse la mollera buscando un motivo. El chantaje era el primero que se le ocurrió, y el más obvio de todos. Pero... ¿por qué iba a querer chantajearlo aquella mala pécora? Falta no le hacía ninguna. Y tenía una buena posición económica..., por lo menos así se lo había dado a entender siempre Vy. En lo cual era digna de todo crédito: puede que tuviera el cerebro de una pavipolla retrasada mental, pero su olfato para las rentas era extraordinario: una de sus virtudes de alta sociedad. No..., el motivo de tía Bea tenía que ser otro. ¿Simple odio hacia él? Que lo sentía era evidente. A carretadas. Pero eso le importaba muy poco al comisario jefe. Mucha gente le odiaba. Ya estaba acostumbrado a ello. En realidad, hasta le resultaba agradable: le inspiraba una sensación de poder..., de autoridad. En su fuero interno, el odio iba siempre acompañado de respeto y temor. Y verse temido y respetado le hacía sentirse importante: le aseguraba que era alguien.

Aunque, por otra parte..., ¡maldito si le veía algún sentido a todo aquello! Tenía que haber algún otro motivo más siniestro. Nadie se tomaría tanto trabajo por el simple placer de hundirlo. No... Tía Bea tenía que ser meramente un peón servicial, un cómplice capaz de abrir las puertas desde dentro y hacer que *Genscher* se estuviera quieto. Con toda probabilidad la habrían chantajeado, o persuadido al menos, para actuar como quinta columna. Tampoco habrían tenido que apretarle mucho las tuercas para convencerla... Sí, eso era mucho más verosímil. Tenía que haber sido alguien de fuera, alguien que... Y aquí el horizonte del comisario jefe se ensanchaba para incluir a todo mal bicho de Twixt y Tween que pudiera haber tramado deliberadamente aquel plan para acabar con él. O, lo que parecía una explicación mucho más racional, tenerlo a su merced con la amenaza de descubrirlo todo. Mucho más probable, en efecto. Bueno..., pues tendría que tomar sus medidas. A menos que..., a menos que el muchacho en cuestión hubiera muerto, en cuyo caso el asunto pintaba realmente mal.

De nuevo el sudor perló su pálida frente. El comisario jefe renunció a seguir haciendo cábalas. Estaba demasiado exhausto. Tras comprobar que Vy y Bea desayunaban ya en la cocina, subió a su habitación y se tendió en la cama. Necesitaba dormir. Pero no le dejaron. A la media hora irrumpió en el dormitorio su mujer y lo sacó del sueño. Estaba de un humor de perros.

—Me das asco —le dijo—. ¿No puedes dejar a nadie en paz?

—¿Dejar en paz? Ni siquiera me acerqué a ese mal bicho. Fue ella quien me atacó.

—¿Esperas que me lo crea? Bea tiene aversión a los hombres. Los encuentra repulsivos.

—El sentimiento es mutuo —replicó sir Arnold—. Me importa poco lo que le repugne, pero no tiene ninguna justificación para ir por ahí tratando de matar a la gente.

—Debes de haberla provocado de algún modo. Es una persona encantadora, sumamente apacible.

Sir Arnold la miró con ojos incrédulos, inyectados en sangre.

—¿Apacible? —gruñó—. ¿Apacible dices? ¿Esa mujer? Tienes un concepto muy singular de la paz... Yo estaba buscando mis zapatillas. Eso es lo que hacía. Tratar de encontrar mis zapatillas debajo de la cama. Y se lanzó sobre mí sin mediar palabra.

—No me lo creo. De todas formas, no he venido a discutir contigo. Bea y yo nos vamos. Nos marchamos a Tween. Ya vendrás cuando estés en condiciones.

«Igual nunca», pensó sir Arnold, pero no lo dijo.

—Y, a propósito —prosiguió lady Vy—, supongo que ya sabrás que ese joven se ha escapado del sótano. Ató un rollo de cinta aislante al morro de Genscher y se largó.

—¡No me digas! —exclamó sir Arnold pensando a toda prisa en cómo sacar provecho de aquella nueva interpretación de los hechos—. ¿Que el fulano ese escapó después de amordazar con cinta aislante al pobre Genscher? ¡Qué ocurrencia!

—Salió por la trampilla. Seguramente no lo ataste bien y, por suerte, el whisky y el valium no lo mataron.

—Es muy extraño... ¿No crees que tal vez los que lo trajeron se habrán dado cuenta de su error y se lo habrán llevado al lugar donde querían dejarlo inicialmente?

—¿Cómo demonios voy a saber yo lo que pretenden? —preguntó lady Vy mirando suspicazmente a su marido—. Por cierto... Tienes cara de no haber dormido. Deberías mirarte en el espejo. Tu aspecto es horroroso.

—No me encuentro bien —asintió el comisario jefe—. Tampoco lo estarías tú si hubieras estado a punto de morir ahogada por esa salvaje. Y, ¡por amor de Dios!, no se te ocurra decirle a Bea ni una palabra acerca del tipo ese del sótano.

—¿Piensas que no lo sabe ya? Tú estás loco, sinceramente. ¿Con todo el jaleo que armaste? No ha dicho nada porque tiene muchísimo tacto. Creyó, simplemente, que habías estado pegándome. Y la señora Thouless también vio la sangre...

El comisario jefe se sentó en el lecho, mortalmente cansado. Aquella

clase de noticias era lo último que deseaba oír.

—¿Te lo ha dicho ella misma? —tartamudeó.

—No con tantas palabras, pero me ha preguntado qué debía hacer con la alfombra de tu estudio, que estaba manchada de sangre. Y, por supuesto, tú te habías dejado encima del escritorio la lámpara de la mesita de noche ensangrentada.

—¡Santo Dios! —exclamó el comisario jefe—. Es un milagro que no haya vendido ya toda la historia al *Sun...*

—Como no había visto nada más, no podía saber con seguridad lo ocurrido.

—No es la única —dijo sir Arnold, y se escondió cobardemente entre las sábanas. Se sentía hundido en la miseria, como muerto.

Lo mismo que Timothy Bright. Tras permanecer un buen rato debajo de la cama tratando de escuchar ruidos de movimiento en la casa, al no oír ya nada, salió de allí arrastrándose torpe y lentamente, y trató de ponerse en pie. Por poco lo consigue. Estaba ya a media altura cuando se desplomó otra vez y se golpeó la cabeza contra el borde de la silla en que el mayor había dejado dobladas sus ropas. La silla se volcó y el cuero cabelludo de Timothy volvió a sangrar abundantemente, esta vez sobre la chaqueta de tweed del mayor y su elegante chalequillo. Permaneció otro rato tumbado, tratando de recordar dónde estaba o cómo había llegado a encontrarse en cueros, aterido y hambriento, con un sabor de boca que parecía... No, no conseguía identificar aquel sabor de boca. Trató nuevamente de incorporarse asiéndose a la cama y por fin pudo dejarse caer y tumbarse en ella. Estaba recuperando la facultad de pensar. Para entrar en calor se echó el edredón por encima; aquello hizo que se sintiera un poquito mejor. Un poquito sólo.

La terrible sed que sentía lo obligó a hacer un nuevo intento de sostenerse sobre sus pies. Lo logró esta vez y permaneció unos instantes inmóvil, tambaleándose, escuchando. La casa estaba en silencio. Nada se movía. El sol entraba por la ventana y fuera podía ver un pequeño huerto con algunas plantas ya crecidas de judías y una fila de cañas para guisantes. Más allá, un cobertizo de madera, un bosquecillo de altos árboles y un murete de piedra seca con más árboles detrás. No había señales de vida, aparte de un zorzal que picoteaba la concha de un caracol en el sendero enrasado con cemento. Apareció un gato por entre las plantitas de guisantes, y se detuvo con los ojos fijos en el zorzal. Luego se volvió para rodear las anchas matas de las judías y avanzó en el más absoluto sigilo.

Durante un momento Timothy Bright se sintió casi sobrecogido por el inminente drama, pero el zorzal salió volando y el gato se relajó. Sólo entonces se dio cuenta de la sangre que manchaba la almohada y el edredón. Era reciente. ¡Estaba desangrándose! ¡Tenía que hacer algo! La puerta del baño estaba abierta... Fue hasta allí, agarró una toalla y se frotó el pelo con ella. Al bajarla la vio profusamente manchada de sangre y cuando se miró en el espejo del lavabo apenas pudo reconocerse: tenía el rostro cubierto por grandes cuajarones de sangre, los cabellos apelmazados con ella y el pecho lleno de arañazos y

moretones horribles. Por un instante volvió a cruzar su mente la visión fugaz de un cerdo desollado y se estremeció dando un paso atrás. El cuarto de baño del mayor no era amplio; de hecho se trataba de una simple ducha con una repisa bajo el espejo en la que guardaba su frasco de Colonia Imperial Rusa (por lo menos, el envase era auténtico —se lo había birlado a un amigo rico—, pero el contenido lo había agotado hacía mucho tiempo, y lo rellenaba con colonia barata). Timothy, al retroceder, se enredó con la cortina de la ducha —una tela de plástico vulgar a la que el mayor había cosido limpiamente un retal de estampado de flores de Laura Ashley, primoroso— y, al dar un traspié, se agarró al estante. El frasco de Colonia Imperial Rusa cayó al lavabo y se rompió. Lo siguieron en la caída la brocha y la navaja de afeitar del mayor, que éste manejaba diestramente para recortarse los cabellos antes de teñirlos, así como el cepillo de dientes y las tijeras que empleaba en el arreglo del bigote. Pero fue la navaja lo que produjo una impresión vivísima en Timothy Bright. Le trajo a la memoria una escena de pesadilla, de aquella pesadilla que se había convertido en el eje de su existencia: la de un hombre de pelo negro reluciente, en la habitación trasera de un bar, que se rebanaba la punta de la nariz y hablaba de cochinillos asados y de lo que le ocurriría a Timothy Bright si no accedía a hacer algo terrible. Y le hizo evocar aquella aterradora fotografía del cerdo. En algún rincón de su mente, todavía más recóndito, tal vez evocó incluso el olvidado horror de la imagen de Posy, el hurón del viejo Og, con el hocico manchado de sangre después de matar al conejo doméstico. Pero lo cierto es que en su reacción de pánico cayó de espaldas dentro de la ducha arrastrando consigo la cortina, y se quedó sentado allí mientras la sangre corría por la cortina y la pared. Allí permaneció llorando lágrimas mezcladas con sangre que surcaban su rostro. Un llanto sin ruido. En la casa volvía a reinar el silencio.

Estuvo así durante el mediodía y hasta primera hora de la larde. Sólo entonces se levantó el mayor MacPhee de entre los restos de su vomitona, caminando a gatas hasta el vestíbulo. Agradecía también aquel silencio: parecía indicar que la señorita Midden se había ido a la casa grande, lo que le daba la oportunidad de subir a asearse al cuarto de baño de arriba sin tener que pasar por su habitación, donde estaba aquel cuerpo debajo de la cama. Aunque no era un hombre muy limpio, salvo en la medida que se lo imponían las ordenanzas militares, sentía ahora la necesidad imperiosa de lavarse por lo menos la cara y el cuello antes de vestirse. Estaba ya en el cuarto de baño y había abierto el grifo cuando se dio cuenta de que tenía todas sus prendas en su dormitorio y que por fuerza tendría que entrar allí a buscarlas. Se apoyó con las manos en el borde del lavabo y, evitando juiciosamente mirarse al espejo, inclinó la cabeza sobre el agua templada y, con suavidad, sumergió varias veces la cara en ella. Los puntos de sutura que tenía encima del párpado le daban punzadas. Se lavó con jabón las manos y parte del cuello, vació el lavabo, volvió a llenarlo de agua limpia para aclararse el rostro enjabonado y empleó un pañito para acabar de limpiarlo cuidadosamente. Todas estas maniobras requerían su tiempo y debían hacerse despacio, con deliberación. Como lo exigía también su

propio estado físico. Porque se sentía fatal..., peor que en cualquier otro momento de su vida que recordara, incluida una experiencia singularmente espantosa vivida años atrás en Rotterdam con un sádico marinero lituano que, tras amenazarlo de muerte, empezó a acuchillarlo muy despacio haciéndole un tajo de lado a lado del pecho. Pero esta vez lo peor de todo era su estado mental. Tenía que librarse de aquel cuerpo antes de que la señorita Midden lo descubriera y avisara a la policía. Tenía que limpiar el estropicio que había hecho en el comedor. Y ella podía regresar en cualquier momento...

Sacó una toalla del armario para secarse y, con ella al cuello, bajó por la escalera asiéndose con tiento a la barandilla. Pero en cuanto llegó a la puerta de su dormitorio volvió a ser presa del terror; sólo la imagen de Marjorie llamando a la policía lo movió a abrir la puerta y mirar dentro. Lo que vio tuvo la virtud de paralizarlo. Sus ropas estaban en el suelo junto a la silla volcada y había sangre en ellas. También había manchas de sangre en el edredón y, sobre todo, en la almohada, brillantes aún. El mayor no pudo reprimir un gemido y escudriñó frenéticamente todo el dormitorio. Al final se decidió a entrar y fue hacia la cómoda en busca de una camisa, sin quitar ojo ni un instante a la puerta de su cuartito de baño. Porque, evidentemente, el hombre estaba allí. Había extraído ya la camisa y abierto el armario para sacar unos pantalones y una chaqueta limpios cuando oyó un ruido procedente del cuarto de baño; un sonido horrible, compuesto por sollozos y quejumbrosos gruñidos. El mayor echó mano de las prendas que necesitaba, agarró también un par de zapatos y salió a toda prisa al comedor para terminar de vestirse. La situación casi era peor ahora que cuando suponía que el joven aquel estaba muerto: antes hubiera podido librarse del cadáver, sacarlo de allí y ocultarlo en cualquier parte mientras trazaba un plan de acción. Pero, si estaba vivo, esa salida era imposible. Para librarse por unos instantes de aquella obsesión, fue a la cocina en calcetines, vertió agua en una palangana en el fregadero y, con una bayeta, limpió la vomitona del suelo y volvió a poner la garrafa vacía en el aparador, diciéndose que ya la rellenaría luego con whisky. Marjorie rara vez bebía y era poco probable que advirtiera en seguida la pérdida. Acababa de completar todas estas operaciones y se hallaba de nuevo en la cocina cuando oyó ruido de pasos en el patio. La señorita Midden había vuelto.

15

Marjorie Midden había despertado de su siestecilla bajo el cielo azul y se había puesto resueltamente en pie con la energía de su decisión renovada. No iba a seguir llevando aquella vida. Ya no más fines de semana echados a perder por un maldito gorrón como MacPhee. Porque eso es lo que era: un gorrón que abusaba de su hospitalidad y su buen carácter. Estaba harta de él. Pero sus sentimientos eran más profundos aún: estaba harta de ocuparse de The Middenhall y de los gorrones que

vivían bajo su techo. Porque eso es lo que eran también todos tilos: arrogantes, egoístas..., unos zánganos consentidos que siempre habían tenido criados para ahorrarles el más mínimo esfuerzo y que, de no ser porque ella tenía carácter, la habrían reducido asimismo al papel de sirvienta.

MacPhee... —no estaba dispuesta a seguir dándole su falsa graduación; era MacPhee, sin más, suponiendo que el nombre no fuera también falso, que ya era mucho suponer—, MacPhee le había sido útil para lidiar con aquella patulea. La persona siempre a mano para ser el cuarto jugador en una partida de bridge, el oyente benévolo de sus repetidas historias sobre África y la buena vida que habían disfrutado allí, gustoso de suscribir sus críticas sobre lo mucho que habían empeorado las cosas en todas partes... Un papel, en suma, que ella no hubiera podido hacer nunca. ¡Los buenos tiempos...! Los buenos tiempos de toda aquella gente habían sido tiempos nefastos para otros, con larguísimas jornadas de trabajo por un salario de miseria y el brutal sobrentendido de que las clases inferiores, blancas o negras, tenían que ser ignoradas y dejadas de lado.

Y todavía refunfuñaban... ¡Dios, qué manera de quejarse la suya! De todo y por todo, y en especial del Servicio Nacional de Salud, al que no habían contribuido ni con un penique durante sus mimadas y distantes vidas. El viejo Lionel Midden se había subido a la parra porque lo habían puesto en una lista de espera para una intervención quirúrgica de cadera, y luego había vuelto del Hospital General de Tween echando pestes de la comida y de que las enfermeras se hubieran permitido la descortesía de dirigirse a él sin llamarle invariablemente «señor». ¡A él, que había llegado a ocupar el puesto de encargado de selección de personal en una empresa minera de Zambia, país que seguía terne en denominar una y otra vez Rhodesia del Norte...! La señora Consuelo McKoy, que había vivido treinta y cinco años en California hasta que, al morir su marido, descubrió que no le había dejado ni un centavo en su testamento y que, de hecho, en sus últimos años de vida había dilapidado toda su fortuna en el juego, según ella para fastidiarla, siempre estaba perorando sobre lo mucho mejor que iban las cosas en Estados Unidos: «¡Somos tan hospitalarios y amables allí...! En este país, en cambio, la amabilidad brilla por su ausencia».

A Marjorie la irritaba especialmente aquel «somos»: daba a entender que la señora McKoy era norteamericana, cuando lo cierto era que había nacido en Londres, concretamente en Hendon, donde su difunto padre tenía una tienda de comestibles. Se casó durante la guerra con el cabo McKoy, de las fuerzas aéreas estadounidenses, y ya había dado muestras de una actitud altanera con la familia con ocasión de un breve viaje a Europa: Marjorie recordaba aún cuando se presentó allí en el enorme Lincoln Continental que le había prestado a Bob McKoy un socio suyo londinense (al terminar la guerra se había dedicado al negocio de maquinaria eléctrica). Ahora, cada vez que quería ir de compras a Stagstead, exigía que la llevara en el viejo Humber de la casa, insistiendo en sentarse detrás mientras la señorita Midden le hacía de chófer.

Todos estaban cortados por el mismo patrón. O casi todos. Porque también estaban Laura Midden Rayter, que cuando se casó, allá en 1956, había insistido en conservar su apellido de soltera, y Arthur Midden. Laura era distinta: pasaba el aspirador por su cuarto, ayudaba con el fregoteo, y hacía cuanto podía para mostrarse útil. Y Arthur, que había ejercido de dentista en Hastings y sufría de vez en cuando accesos de depresión en los que dibujaba al carboncillo, como terapia, curiosos dibujos de bocas abiertas, le abonaba una cantidad por el alojamiento y la comida.

—No me agrada imponerle mi presencia, querida —le dijo la primera vez que se presentó en The Middenhall—, pero aquí hay mucha paz y necesito compañía desde que murió Annie. Un dentista no hace muchas amistades, y Hastings ya no es lo que era, con tantos jóvenes inyectándose qué sé yo qué. A mí nunca me ha gustado poner inyecciones y la vista de una aguja hipodérmica todavía me desasosiega.

No, no todos eran gorrones o quejicas, pero la inmensa mayoría sí. Y, aparte de eso, a Marjorie jamás le había gustado The Middenhall, ni cuando era niña. Encontraba el edificio intimidante y feo, y compartía la aversión de su padre por él. En realidad, si había aceptado encargarse de la casa fue sólo para que su padre pudiera dejarlo y trasladarse a una residencia para jubilados, porque The Middenhall y sus moradores habían minado su salud. Con lo cual Marjorie pudo procurarle unos pocos años de tranquilidad en Scarborough, que pasó leyendo en su cuarto y cuidando sus achaques. Pero, aun así, no podía olvidar los malos ratos que le habían dado a su padre los miembros de su sedicente familia.

Ahora, mientras cruzaba los pastizales evitando cuidadosamente pisar los lugares húmedos en que crecían las juncias, sabía que había llegado el momento de librarse de todo aquello. Iría a ver a su primo Lennox, que había sucedido a su padre, el tío Leonard, como abogado de la familia, para decirle que ya no podía seguir responsabilizándose de la casa. Él tendría que buscar quien la relevara. Se quedaría con la granja, sí, para alquilarla más que nada a veraneantes y sacar algún dinerillo, pero no viviría allí. Marcharía a otra parte y buscaría algún trabajo, lo que fuera. Tenía algún dinero ahorrado, poca cosa: no podría vivir de él, pero sería suficiente para darle tiempo a encontrar un nuevo medio de vida.

Animada por esta resolución, y decidida a ponerla en práctica, entró en el patio de la granja y fue derecha en busca de MacPhee para reiterarle sus órdenes de marcha. Pero al entrar en la cocina y verlo allí, supo en seguida que lo aquejaba algo mucho peor que una simple resaca. Él se quedó mirándola con expresión de terror, temblando de arriba abajo como un azogado. Por un instante pensó que pudiera estar en las últimas: jamás había visto en nadie un terror tan palpable. Aquel hombre había dejado de existir como tal, e incluso como animal viviente, para trasformarse en una masa amorfa, delicuescente, convulsionada por el miedo. Aquella imagen la hizo guardar silencio unos segundos. Luego estalló:

—¿Se puede saber qué te pasa?

MacPhee buscó apoyo en la mesa de la cocina y abrió la boca. Pero le

temblaban los labios, la mandíbula se le movía como si fuera a desencajarse, farfullaba sonidos incomprensibles... Marjorie le acercó una silla y lo hundió en el asiento.

—Te he preguntado qué te ocurre —dijo con aspereza—. ¡Responde, por amor de Dios!

El mayor levantó la vista, con la angustia reflejada en sus ojos.

—Está en mi habitación —balbució entrecortadamente.

—¿Qué es lo que está en tu habitación? —Ahora estaba casi segura de que sufría un ataque de delirium tremens—. Dime..., ¿de qué me hablas?

—Un hombre... Lo han asesinado. Hay sangre por todas partes... En mi cama, en el edredón, en mi ropa...

—¡Tonterías! —replicó Marjorie—. Has tenido alucinaciones..., por toda esa cantidad de whisky que has bebido.

El mayor sacudió la cabeza..., o tal vez se le fue de un lado para otro incontrolablemente. Imposible saberlo.

—¡Es verdad, es verdad! Me lo encontré debajo de mi cama y tenía la cara llena de sangre. Estaba desnudo, además.

—Sandeces. Lo que ocurre es que estás alcoholizado hasta los tuétanos. ¿Un hombre desnudo y con la cara llena de sangre debajo de tu cama? ¡Qué majadería!

—Te juro que es verdad. Estaba allí.

—Pero ahora ya no está..., ¿eh? ¡Pues claro que no! Porque no estuvo nunca.

—Te juro que...

Pero Marjorie ya estaba hasta las narices de tanto terror.

—Anda, levántate —le ordenó—. Sube y muéstramelo.

—No, no puedo.

—¡Arriba! Levanta de esa silla. Ahora mismo vas a mostrarme dónde está ese hombre.

El mayor trató de ponerse en pie, pero volvió a desplomarse. Marjorie lo agarró por el cuello de la chaqueta y tiró hacia arriba de él. MacPhee seguía temblando y gimoteando.

—¡De verdad que me pones enferma! —Al soltarlo, cayó pesadamente en la silla—. Está bien... Iré yo misma a verlo.

Iba a salir ya de la cocina cuando el mayor logró recuperar el habla para prevenirla:

—¡Por Dios, ten cuidado! Te estoy diciendo la verdad. Está en el cuarto de baño. Puede ser peligroso.

Marjorie se volvió a mirarlo con una expresión de infinito desprecio y salió al pasillo. Cruzó el comedor hasta la puerta del dormitorio del mayor y la abrió. Se detuvo en seco. Sangre. Había sangre en la cama, cantidad de sangre. Y en las ropas del suelo, junto a la silla volcada.

La señorita Midden, horrorizada, sintió entonces su propio temor. Pero no por mucho tiempo. Retrocedió por el comedor y entró en el despachito donde guardaba su escopeta del doce. Fuera lo que fuese lo ocurrido en el dormitorio, y hubiera quien hubiese en el baño —que, según todos los indicios, tenía que tratarse de más de una persona—, iba a tener que verse encañonado por una escopeta cargada. Introdujo

dos cartuchos en la recámara y amartilló el arma. Luego regresó.

Al entrar en el comedor vio la ventana abierta y, alerta ya a la presencia de un intruso, notó huellas de barro en el piso, debajo mismo del alféizar. Se acercó a la puerta del dormitorio y, antes de entrar, lo registró bien con la mirada, manteniendo la escopeta apuntada al cuarto de baño. Dio unos pasos en su dirección y se detuvo.

—Está bien —dijo en voz alta y sorprendentemente firme—. Salgan de ahí. ¡Vamos! Les estoy apuntando con una escopeta del doce, así que abran esa puerta y salgan despacio.

No ocurrió nada. La señorita Midden dudó un instante y aguzó el oído. Silencio absoluto. Volvió a salir al comedor caminando de espaldas y, una vez allí, corrió hasta la cocina.

—Ven conmigo —le ordenó a MacPhee, y ahora sí logró que se levantara. Parecía haberle contagiado algo de su valor, aparte de la eficacia persuasiva que tenía la visión del arma. El caso es que la acompañó hasta la puerta del dormitorio, donde ella lo obligó a pasar por delante.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó él en un susurro, con la voz todavía quebrada. Marjorie le señaló la puerta del cuarto de baño.

—Ábrela. Y luego hazte a un lado en seguida.

—Pero..., pero... Supon que... —empezó a objetar el mayor.

—No supongas nada. Limítate a abrir esa maldita puerta y quítate de en medio después. Si son tan locos como para intentar algún truco, van a quedar como un colador. —Esta frase la pronunció en voz alta. Luego susurró—: Vamos, hazlo.

El mayor MacPhee se aproximó a la puerta, hizo girar la manecilla y empujó. La hoja se abrió de par en par y él corrió hasta el rincón más próximo del dormitorio donde se quedó inmóvil y tapándose las orejas con las manos. La señorita Midden, con la culata del arma apoyada en el hombro, avanzaba cautelosamente hacia el baño. Era un cuartito diminuto y ahora podía ver desde fuera unos pies sucios asomando por el borde de la ducha. Dio unos pasos más y, siempre sin bajar la escopeta, miró al interior.

En la taza de plástico de la ducha, con la cortina hecha un lío junto a él, había un joven acurrucado. Tenía el rostro cubierto de sangre reseca, lo mismo que el pecho, y el agua que goteaba de la ducha había limpiado en él un trozo de piel blanca y formado un reguero a partir del ombligo. Pero estaba vivo. Lo supo nada más ver sus ojos contemplándola extraviados desde detrás de la máscara sanguinolenta. Vivo y aterrado, casi tan aterrado como el mayor. Todos los hombres son espantadizos. Pero éste estaba herido y su temor era comprensible.

—¿Quién es usted? —inquirió la señorita Midden al tiempo que bajaba el arma. La pregunta pareció infundir cierta tranquilidad al joven. Incluso podría decirse tal vez que brilló en sus ojos un destello de esperanza—. ¿Quién es usted?, repito. ¿Cómo se llama?

—Timothy.

—¿Puede ponerse en pie? Si no, quédese como está y llamaré para pedir una ambulancia.

El temor había vuelto a los ojos de Timothy Bright, pero consiguió

incorporarse y se quedó de pie dentro de la ducha.

—Salga de ahí dentro ahora —dijo Marjorie—. Venga y siéntese en la cama.

Timothy Bright salió de la ducha e hizo lo que se le pedía. A la luz que entraba por la ventana del dormitorio, la señorita Midden pudo examinarlo mejor. Era un chico joven y bien plantado. Dejó la escopeta apoyada contra la estantería del mayor. No sentía ningún temor de aquel hombre que decía llamarse Timothy.

—¿Cómo lo han puesto en este estado? —le preguntó, separándole un poco el pelo para ver la herida de la cabeza.

—No lo sé.

—¿Le ha dado alguien una paliza? Tiene que ser eso. —La herida, en realidad, no parecía de cuidado, y ya sabía que los cortés en el cuero cabelludo sangran siempre copiosamente.

—No lo sé —repitió Timothy.

—Está bien. Túmbese y deje que le mire los ojos. —Le examinó una tras otra las pupilas, haciéndole girar la cabeza hacia la ventana—. ¿Y dice que ignora lo que le ha ocurrido?

—No recuerdo nada.

—Ha sufrido una conmoción cerebral. Pediré una ambulancia.

Debe ser internado en el hospital. Y llamaré a la policía también.

Lo tapó con el edredón, e iba ya a dirigirse al vestíbulo, donde estaba el teléfono, cuando Timothy la detuvo. Acababa de recordar de repente lo que le había dicho el individuo de la navaja y los cochinillos:

«Hay una cosa más que no debe olvidar. Si se le ocurre acercarse a la policía, incluso pasar por delante de una comisaría o hacerles una llamada desde su teléfono móvil, no confíe en correr la suerte de esos gorrinos. Para empezar, ya puede despedirse de volver a joder una vez más. Y de las pelotas, y de su condenada polla. Eso..., de entrada. Lo de los gorrinos vendrá luego. Despacio. Muy despacio. Métase bien esta idea en su jodida mollera, desde ahora».

Y Timothy Bright se la había metido en la mollera. Incluso ahora, sin la menor idea de lo que le había pasado, ni de dónde estaba, ni de quién era aquella mujer que le había obligado a salir del cuartito de baño a punta de escopeta de doble cañón y que le decía que quizá hubiera sufrido una conmoción cerebral y debían llevarlo a un hospital..., incluso ahora la terrible amenaza resonaba en sus oídos tan viva y real como si acabara de ser pronunciada. Y la navaja seguía temblando en el lugar donde el hombre del pelo negro engominado la había lanzado con tanta destreza.

—No, no, por favor —balbució—. No llame a la policía..., ni pida una ambulancia. Estoy bien. De veras que sí. Perfectamente.

Marjorie Midden volvió sobre sus pasos y se acercó a la cama. Lo miró fijamente.

—¿Que no llame a la policía? ¿Me está diciendo que no llame a la policía, que se encuentra bien? Eso no se lo cree ni usted. ¿Qué pasa? ¿Es un fugitivo o algo así?

Ahora no había la menor nota de simpatía en su voz. Timothy Bright sacudió la cabeza.

Desde su rincón, el mayor no le quitaba ojo de encima. Era todo un experto en bajos fondos, y conocía perfectamente los temores de los delincuentes de poca monta. Pero éste no pertenecía a aquel mundillo. Era un esnob. Cerveza de calidad, con cuerpo..., no ese aguachirle que uno bebe a diario. El muchacho aquel tenía clase. Incluso en cueros y sucio como estaba, mostraba una seguridad en sí mismo que el mayor jamás había logrado obtener. La envidia aguzaba su intuición, esa intuición social que había sido la mejor arma del mayor en la batalla por mantenerse a flote en el tempestuoso vórtice del desprecio sentido por sí mismo. Aquel chico no encajaba, aunque el mayor no supiera explicar el porqué. Tampoco era un marica; eso lo hubiera descubierto en seguida... Y, sin embargo, estaba claro que alguna cosa no cuadraba en él.

La señorita Midden se acercó a la cama no sin antes recoger, de paso, la escopeta que había dejado apoyada en la estantería. E inclinándose sobre el muchacho, le amenazó:

—¿De qué va todo esto? Más vale que me lo cuentes de pe a pa porque, si no, telefoneo ahora mismo a la policía. Desembucha, pipiólo. ¿En qué lío estás metido?

Timothy Bright trataba desesperadamente de encontrar una explicación plausible. No sabía en qué lío estaba metido. Tal vez sí hubiera sufrido una conmoción cerebral... No era capaz de dar coherencia a sus recuerdos. Al de algo acerca de un viaje a España. Al de algo relacionado con el tío Benderby... Se veía de repente montado en su moto.

—Iba en moto —dijo, tratando de centrar aquella imagen.

—Adelante. Ibas en una moto. ¿Qué ha sido de ella?

Timothy no tenía ni idea.

—Veamos... —prosiguió la señorita Midden—. ¿Cómo llegaste aquí?

Pero tampoco obtuvo respuesta.

—Puede que no lo sepas, pero yo lo averiguaré. Yo o la policía. Decide tú mismo.

Timothy Bright escondió la cabeza en la almohada gimoteando.

—¡Hombres! —murmuró la señorita Midden—. ¡Qué patéticos!

Dio media vuelta y salió del dormitorio. En el comedor observó el barro del piso y luego la ventana abierta. Fue a la puerta de delante, salió y caminó por la gravilla para examinar el arriate de flores de debajo de la ventana: había huellas de pisadas y algunas de las petunias blancas que el mayor había plantado aparecían aplastadas por los pies de alguien. Marjorie Midden regresó al interior de la casa y pasó a la salita situada al otro lado del vestíbulo. No había nada que indicara la presencia de algún extraño en ella. Como tampoco en el recibidor. Luego subió al piso y miró una por una en todas las habitaciones: en ninguna habían tocado el más mínimo objeto. No logró encontrar ninguna prenda de vestir que pudiera pertenecer al herido. Su despachito estaba como ella lo había dejado. La cocina, igual. Y ni rastro de ropas.

Salió al patio trasero y rodeó despacio el edificio; buscó incluso en el establo y en el cobertizo, sin descubrir unos pantalones, unos zapatos, una camisa siquiera... No habían movido nada en absoluto. Un tanto

desconcertada por aquella búsqueda infructuosa, regresó a la casa. Estaba a punto de entrar en el comedor cuando oyó voces. Se paró a escuchar. El mayor estaba haciendo algunas preguntas al muchacho. Marjorie Midden se acercó sigilosamente a la puerta del dormitorio para seguir la conversación.

16

El hombre que trataba de sonsacar al chico era muy distinto del que había dejado encogido y acobardado en un rincón del dormitorio. Y lo que estaba haciendo era de lo más útil. Trataba de mostrarse simpático con el muchacho. Los sentimientos del mayor, superficiales y tenues como eran, se serenaban pronto. Y ahora que parecía haber pasado el peligro inmediato, intentaba sacar algún provecho de aquella situación.

—Tiene que haberse dado un mal golpe de veras y por eso no puede recordar —le decía—. Pero recuperará la memoria. Yo mismo he tenido alguna experiencia parecida. Hace sólo un par de días iba tranquilamente en mi bicicleta, pensando en mis cosas, cuando de pronto me salió al paso un tractor. Tuvieron que darme seis puntos, y no podía recordar cómo había llegado allí. Probablemente se caería usted de su moto... Espero que llevara puesto el casco. Porque, si no, se habría matado sin duda. La herida se la causaría algo que lo atravesó. Aun así..., la verdad es que las motos son muy peligrosas. ¿De qué marca es la suya?

—Una Suzuki.

—¿Es muy rápida?

—Le he sacado hasta doscientos cuarenta por hora —respondió Timothy.

—¡Oh...! Pero..., ¿cómo ha podido...? Quiero decir que eso es el doble de la velocidad permitida... Tiene suerte de que los agentes de tráfico no le hayan detenido. ¿Es por eso por lo que no quiere que venga la policía?

Timothy Bright aprovechó al punto la excusa.

—Sí. No quiero que me retiren el permiso.

—¿Y qué me dice de su familia? Querrán saber que está usted bien. ¿Dónde viven?

—Tienen una casa en... No lo sé —dijo Timothy.

Marjorie se alejó de puntillas. Después de todo, el mayor estaba ganándose el sustento. Y tenía debilidad por los jóvenes desnudos y heridos. Pero ella sí que se sentía débil ahora y estaba necesitando una buena taza de té para reanimarse y tiempo para pensar en lo que debía hacer. Su primer impulso de llamar a los servicios de emergencia se había evaporado. El joven Timothy no tenía una herida tan grave como parecía a primera vista. Se expresaba ahora con claridad, así que a lo sumo habría sufrido una conmoción ligera y no tenía la fractura de cráneo que temió en un principio.

Pero es que, además, la señorita Midden tenía otros motivos para no

querer implicar a las autoridades. Jamás se había llevado bien con los tipos del consejo municipal, cuyo lucrativo oficio consistía en buscar razones para seguir instalados en él. Tiempo atrás había tenido sus más y sus menos con un hombre y una mujer del departamento de sanidad, que se habían colado de rondon en la cocina de The Middenhall en la creencia de que la mansión era una residencia de ancianos y que, en el altercado que siguió, la acusaron de carecer de licencia para dirigirla y no tener autorización para... Marjorie los había expulsado de la finca y conseguido que su primo Lennox, el abogado, denunciara formalmente al consejo municipal por allanamiento de morada.

Pero ni eso había espantado a los funcionarios del ayuntamiento. Poco tiempo después se presentó un tipo del departamento de bomberos, esta vez con un documento oficial que acreditaba su derecho a inspeccionar «la Casa de Huéspedes u Hotel The Middenhall», para comprobar si el edificio disponía de las salidas de incendios prescritas y de puertas interiores a prueba de fuego. La señorita Midden le había quitado de la cabeza la idea de que aquello fuera algo más que una residencia privada, y había estado a punto de partirle personalmente la ídem en el curso de la discusión al echarlo de allí con cajas destempladas; Lennox Midden tuvo que presentar otra denuncia.

En otra ocasión, el departamento de aguas de Twist y Tween, que reclamaba la jurisdicción sobre todas las aguas del condado y, en particular, por el arroyo que alimentaba el lago artificial construido por «El Negro» Midden, le había enviado inspectores para cerciorarse de que no pasaban sustancias nocivas desde el lago al embalse que se encontraba más abajo. Pero la única sustancia nociva que encontraron allí fue la propia señorita Midden. Una vez más Lennox se vio obligado a puntualizar que el lago había sido construido en 1905 y que cualquier contaminante químico que pudiera verterse en el embalse procedía, casi con toda seguridad, de los residuos lácteos de una granja situada a diez kilómetros de distancia en la carretera de Lampaeter.

En conjunto, pues, Marjorie Midden estaba hasta las narices de aquellos chupatintas entrometidos. Y, en cuanto a la policía, tenía la sensibilidad en carne viva. Habían perseguido por el césped al viejo «Búfalo» y lo habían tenido toda una noche en las celdas de Stagstead después de hacerlo objeto de malos tratos y acusarlo de conducir en estado de embriaguez. Y luego aquel maldito comisario jefe empeñado en vallar las tierras comunales conocidas como el Folly Moss para su uso privado... Se había enfrentado a él por el tema y le había ganado la partida, como se la ganó en los tribunales en el caso de «Búfalo» Midden. Había vencido y humillado a aquel bruto corrupto. Seguro que estaría encantado de enviar a sus hombres a la casa para interrogar a todo bicho viviente y meter las narices en sus asuntos privados... Querrían saber dónde y cómo habían herido al mayor, y...

No, lo último que ella deseaba era una visita de la policía.

Aparte de que el muchacho había manifestado con toda claridad que no quería tener tratos con ellos: la simple perspectiva de que fuera a llamarlos lo había aterrorizado. Probablemente sería un malhechor, o un drogadicto tal vez. La señorita Midden se sentó a la mesa de la cocina y

se sirvió otra taza de té. Aún estaba allí una hora más tarde, cuando el mayor se presentó para decirle que Timothy Bright se había aseado en el baño y, de paso, comentarle que él mismo estaba desfallecido y necesitaba comer y beber algo. Marjorie volvió hacia él un rostro severo y dijo simplemente:

—Agua.

Pero luego se levantó, abrió la despensa y sacó unos huevos para hacer una tortilla. También a ella le apetecía tomar algún bocado y saltaba a la vista que el mayor estaba muerto de hambre: su aspecto era horrible, aunque se lo merecía de sobras. Y ahora resulta que estaba muy afectado porque el muchacho había roto un frasco de colonia en su lavabo y le había rasgado la cortina de la ducha... ¡Patético! Pero se las había arreglado para sonsacarle alguna información al chico.

—Trabaja como financiero o algo así en la City. No recuerda dónde exactamente.

—¿Un financiero? ¿Un financiero ése? Ja! —replicó la señorita Midden, cuyas ideas al respecto estaban claramente pasadas de moda y que seguía imaginando a los que se dedicaban al mundo de las finanzas como unos hombres de mediana edad enfundados en trajes oscuros a rayas.

—Una especie de *yuppie* —prosiguió el mayor—. De esos que se pasan el día sentados delante de la pantalla de un ordenador y telefoneando a la gente. Debes de haberlos visto en la televisión.

Era una ocurrencia estúpida, porque Marjorie Midden no veía la televisión; no tenía ningún televisor en la casa y jamás había permitido que el mayor instalara uno en su cuarto. «Si quieres ver esa porquería, te vas a la casa grande y la ves allí con ellos. El ejercicio te sentará bien», le había respondido cada vez que le pidió permiso para poner un aparato en su habitación.

—¿Y por qué tiene tanto temor a la policía? —le preguntó ahora—. ¿Lo has averiguado también?

—Está terriblemente asustado porque alguien le amenaza de muerte, o con algo espantoso, si tiene algún trato con ellos.

—¿Con la policía?

El mayor asintió.

—Entonces es que está metido en algún asunto turbio. Estupendo... Ahora ya sois dos de la misma catadura bajo el mismo techo. Lo que quiero saber, para empezar, es cómo llegó aquí.

—Lo ignora. Tenía una moto. Una moto muy potente. Quizá se estrelló con ella y...

—Y se quitó toda la ropa, vino hasta aquí, trepó por la ventana...

Marjorie no concluyó la frase. Acababa de recordar que, al marcharse aquel fin de semana, había pasado por dentro la cadena de la puerta de delante y que, al salir por ella hacía un rato, la puerta se había abierto sólo parcialmente, porque aún tenía puesta la cadena. Lo que la llevaba a concluir que el joven aquel no había podido entrar en la casa por su propio pie... Y que no se había echado a dormir debajo de la cama del mayor por iniciativa suya. Alguien tenía que haberlo traído, y ese alguien había pisado el arriate de flores para abrir la ventana. Alguien que sabía

que ella había ido a pasar fuera el fin de semana. Sus pensamientos, mientras cascaba los huevos sobre el bol y empezaba a batirlos, se centraron en los moradores de The Middenhall. Nadie más que ellos sabía que había ido de excursión al estuario del Solway. Y, pensándolo bien, nadie en la casa grande estaba al tanto de que había vuelto. Marjorie Midden se puso a sacudir el batidor con renovado frenesí.

Los pensamientos de sir Arnold Gonders seguían un curso paralelo, aunque a lo que más se parecían, en realidad, era a los huevos frenéticamente batidos. El sueño había tenido efectos reparadores para él, pero sólo parciales. Su total agotamiento del día anterior, por lo menos, pudo amortiguar en cierta medida su percepción del peligro que estaba corriendo. Pero ahora le asaltaba con toda su fuerza. Podía haber cometido un asesinato..., aunque seguramente cabría alegar homicidio justificado. Pero no, no sería posible. No en su caso. Era el comisario jefe, el supremo guardián de la ley y el orden en Twixt y Tween, y los medios de comunicación lo pasarían en grande reduciéndolo a trizas. ¡Oh, sí!... Había tenido muchas atenciones con ellos en el pasado —con algunos, en todo caso— y con los tipos de las cadenas privadas de televisión, en particular, para que lo respaldaran contra los ataques de la BBC que se las hicieron pasar canutas a él y a sus muchachos a propósito de aquel violador asesino que había cumplido ya un buen trecho de su cadena perpetua cuando se descubrió que su esperma no coincidía con el encontrado en sus víctimas. Pero el comisario jefe tenía ya muchas horas de vuelo para saber que en los medios periodísticos no se conoce la palabra lealtad y que es una práctica muy habitual en ellos el apuñalamiento por la espalda. Pensó en todos los periódicos que se ensañarían con él también: el *Guardian* y el *Independent,* ¡Dios los confunda!, y luego el *Daily Telegraph,* con aquel maldito tarugo que tenía por director. Hasta el *Times* se sumaría a ellos. En cuanto a los sensacionalistas el *Mirror* y el *Sun...,* mejor no pensarlo.

Mientras se afeitaba, trataba de desayunar, arrastraba a Genscher —muerto de canguelo ahora— hasta el Land Rover y conducía a través de la presa hasta Six Lanes End y la autopista en dirección a Tween, los pensamientos se agolpaban en la mente del comisario jefe. Tendría que cambiar los neumáticos del Land Rover para asegurarse de que nadie pudiera encontrar en ellos ningún resto de barro del patio trasero de la señorita Midden. Además, a lo mejor había dejado huellas de su relieve en la antigua carretera de la cañada... ¡Santo Dios! ¿Por qué no habría pensado en todo ello anoche? En la trasera del vehículo, el rottweiler iba dando bandazos y botes, tratando de mantenerse apartado de las sábanas manchadas de sangre y del revoltijo de cinta adhesiva que su amo había metido en un rincón. Sir Arnold se libró de aquellos objetos acusadores arrojándolos, por separado, en dos cubos de desperdicios distantes entre sí varios kilómetros: la cinta adhesiva en el primero, y las comprometedoras sábanas en el segundo. Hecho lo cual se sintió algo mejor y empezó a pensar de manera más constructiva. Esperaría hasta el día siguiente para ir a su oficina. Tenía una excusa perfecta para no presentarse hoy: evitar a los periodistas que querrían entrevistarlo a

propósito de la decisión de la Fiscalía, y que le habrían dado más dolores de cabeza que una resaca. Harry Hodge, su segundo, le serviría de tapadera. Y, entre tanto, empezaría su propia investigación para descubrir quién había intentado jugársela por medio de aquel marimacho de Bea. Se le había ocurrido que tenía que ser alguien que estaba al tanto de sus movimientos y que sabía que no pensaba ir a la Casa de la Presa esa noche. Era un punto de partida importante. El comisario jefe lo consideró, pero no pudo llegar a ninguna conclusión clara, salvo la de que su inesperado regreso debió de fastidiarles el plan, de la misma manera que el de la señorita Midden había estado a punto de torcer el suyo. E iba ya por la ruta de Parson cuando de pronto se le ocurrió una idea. Prosiguió hasta encontrar un teléfono situado al borde de la carretera, se aseguró de que no hubiera nadie cerca y marcó el número de la comisaría de policía de Stagstead. Cuando el agente de servicio respondió, el comisario jefe veló su boca con la mano y, procurando desfigurar la voz lo más posible, soltó su mensaje: un mensaje corto, preciso, que repitió sólo una vez antes de colgar el teléfono y alejarse de allí a escape. La señorita Midden iba a llevarse otra desagradable sorpresa.

En realidad era él mismo quien se hubiera sorprendido muy desagradablemente de haber podido oír la conversación mantenida por tía Bea y lady Vy en su casa de Sweep's Place, en Tween, cuando llegaron allí aquella mañana poco antes de la hora del almuerzo.

—¡Si lo hubiera sabido, querida! —exclamó Bea—. De haber sabido el mal trago que te haría pasar, nunca lo hubiera permitido.

—No sabia qué hacer —explicó Vy entre sollozos—. ¡Me sentía tan sola! Me amenazó con que si se lo decía a alguien se encargaría de hacer llegar la historia a toda la maldita prensa amarilla. No podía afrontar la posibilidad de un escándalo. Y en realidad *había* un joven en mi cama. No podía negarlo.

Bea la miró de hito en hito.

—Oh, sí..., es un diablo muy astuto. De eso no cabe duda —asintió—. He de pagarle con la misma moneda. A ese juego pueden jugar dos y, después de todo, no ha sido demasiado sutil.

—No te sigo, querida. No veo adonde quieres ir a parar.

—Hazte una pregunta tan sólo. Había un joven en tu cama... De acuerdo. Pero... ¿dónde está ahora?

—No tengo ni idea —dijo lady Vy—. Cuando bajé a la bodega me encontré con que había desaparecido durante la noche.

—Exactamente. Arnold te obligó a que le ayudaras a atarlo y encerrarlo allí para implicarte más y hacerte asumir el papel de cómplice. ¿No es así?

—Supongo que sí —convino lady Vy—. No lo había pensado.

—¿Y dices que estaba bien atado? ¿Envuelto en unas sábanas?

—Con kilómetros de cinta adhesiva. No puedes hacerte idea de la cantidad de cinta de embalar con que lo enrolló.

—Y, sin embargo, el joven se esfuma... ¿No lo encuentras muy sospechoso?

Lady Vy trató de estrujarse su menudo cerebro. Era tranquilizador

tener allí a Bea para interpretarle las cosas, aunque a veces no pudiera entender lo que le decía.

—Todo me pareció muy singular —asintió—. Quiero decir que jamás me había encontrado un joven así en la cama. Si no te fijabas en la sangre, daba gloria verlo.

Tía Bea tuvo cierta dificultad para controlar su genio.

—No, querida... Lo que quiero decir es que... Bueno..., si no te extrañó que se hubiera escapado con tanta facilidad después de haber ayudado tú a atarlo como un fardo.

—Sí, supongo que sí —respondió lady Vy—. Y, además, Arnold le había drogado para que se estuviera quieto.

—¡Oh, sí, seguro...! Arnold te dijo que le había drogado. Arnold te contó qué sé yo cuántas cosas... Pero lo único que sabes con certeza es que le ayudaste a atarlo y que, cuando fuiste a verlo al día siguiente, se había escapado. ¡Qué milagro!, ¿verdad? Lo sería, en efecto, si tu marido no lo hubiera desatado después y le hubiera ayudado a escapar.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Vy, titubeante todavía en su intento de sondear el misterio.

—Pues porque, queridísima, todo era un plan urdido para asegurarse de que no le abandonarías y de que en el futuro nunca podrías ponerle las cosas difíciles al bueno de Arnold.

—Pero... ¿por qué habría yo de...? —empezó Vy antes de sacar su propia conclusión—. ¡Oh, Bea...! ¿De verdad crees que...?

La pregunta era perfectamente superflua. Tía Bea se devanaba los sesos a conciencia. Ya había elaborado una explicación racional para toda aquella serie de misteriosos sucesos. Todos apuntaban a idéntica conclusión: la de que debía alejar a Vy de la influencia maligna de su marido. Si hubiera albergado alguna duda al respecto antes de aquel fin de semana, que no la tenía, ahora sabía con certeza que estaba salvando a Vy de un hombre dispuesto a cometer cualquier tipo de crimen para lograr sus sucios propósitos. El hecho de haber sido mordida en la ingle por sir Arnold no la había inclinado precisamente a sentir por él una pizca más de simpatía, y ahora tenía la prueba que necesitaba para destrozarlo. Así protegería a la querida Vy, además. Se puso en pie y le tomó la mano.

—Mira, querida... Quiero que subas ahora mismo arriba y hagas el equipaje. No es el momento de discutir conmigo ahora. Me encargaré de todo. Haz simplemente lo que yo te diga.

—Pero Bea, cariño... Yo no puedo abandonar sin más...

—No abandonas a nadie, querida. Sólo te vienes hoy a Londres conmigo. No discutas. Iremos a ver a tu padre.

Y con esta perspectiva dudosamente tranquilizadora —porque, en circunstancias normales, ver a sir Edward Gillmott-Gwyre no era algo que la apeteciera demasiado—, lady Vy subió al dormitorio y se puso a hacer la maleta.

«Aun así, tengo que dejarle a Arnold una nota», pensó, y redactó unas líneas diciéndole que había tenido que ir a Londres a ver a papá, que andaba pachucho, y estaría de vuelta dentro de unos días.

—Vamos ya, Vy, cariño —la llamó tía Bea.

Lady Vy se apresuró a obedecer y, al salir, dejó la nota en la mesita del recibidor. Pero Bea la vio allí, abrió el sobre, la leyó y, sin decir palabra, se la guardó en el bolso. ¡Que sir Arnold estuviera en ascuas! Además, Vy no iba a volver, así que no hacía ninguna falta mentirle. Hecha esta última reflexión moral, se encaminó al Mercedes y ahora estaban ya las dos viajando en dirección sur. Para cuando el comisario jefe aparcó el Land Rover en el garaje, se hallaban a mitad de camino de Londres.

17

Aquella tarde trasladaron a Timothy Bright, envuelto sólo en una toalla, a la antigua habitación de los niños, cuya ventana estaba protegida por una buena reja. Lo de «habitación de los niños» era un eufemismo. Los barrotes eran de hierro, sólidos, y la puerta reforzada porque uno de los antepasados de la señorita Midden, un tal Elías Midden, a finales del siglo XVIII, movido por el mismo impulso extravagante que llevaría al «Negro» Midden a construir su residencia-mausoleo, había comprado a unos gitanos un osezno en la feria de Twixt. Elías, que acababa de triunfar en el concurso de lucha, proclamándose campeón de los Páramos, y que, para celebrarlo, había bebido una buena cantidad de cerveza, supuso que se trataba de un oso ya adulto y que sería divertido medir sus fuerzas con las de él cualquier noche. Por su parte, los gitanos estaban deseando librarse de él: se lo habían comprado a unos marineros en los muelles de Tween, quienes a su vez lo trajeron al regreso de un viaje al Canadá en el que uno de ellos había matado a la madre del animal. En resumen, que el oso era una cría y aún no había completado ni muchísimo menos su desarrollo.

Como había pagado una buena suma por el animal, Elías Midden estaba preocupado por darle el mejor acomodo y tenerlo a mano para futuros combates nocturnos. Su mujer no compartía aquel entusiasmo. Le disgustaba compartir la granja con un osezno en pleno crecimiento, aunque lo tuvieran siempre con bozal. Amenazó con llevarse a sus hijos y abandonar a Elías y a su oso, a menos que lo encerrara en un lugar seguro.

Reacio a desprenderse del animal y consciente de que si echaba de casa a su mujer por culpa del oso sería la rechifla de todos los granjeros desde Stagstead a..., bueno, de todas partes —habría que oír sus chistes subidos de tono a propósito de las relaciones entre el oso y él—, Elías Midden había construido aquella sólida dependencia para meterlo dentro. Menos mal que lo hizo. Porque, al correr de las semanas y de los meses, el oso creció. Creció hasta el punto de que incluso Elías, hombretón ufano de su espléndido físico, tuvo que admitir su derrota. Aquel oso no era adecuado para la lucha libre: era demasiado fuerte y resabiado. Y se hizo tan enorme, tan gigantesco y tan feroz, que el alimentarlo se convirtió en un riesgo. Como construyó aquella habitación para él convencido de que se trataba de un animal manso y ya adulto, no había

practicado en la puerta una trampilla para meterle la comida. Para colmo, la pesada puerta se abría hacia dentro de la habitación, en vez de hacia fuera: una precaución juiciosamente sugerida por la señora Midden, que temía que el oso pudiera derribarla en mitad de la noche y hacerles algo horrible a ella y a sus hijos. Con todo ello, Elías arriesgaba la vida cada vez que tenía que abrirla.

El remate —casi en sentido literal— vino cuando perdió tres dedos de su mano derecha entre la puerta y el marco mientras trataba de introducir en el cuarto un montón de paja.

—¡La culpa es tuya! —le gritó a su mujer—. Esto no habría ocurrido si no te hubieras quejado del mal olor.

La señora Midden le replicó que él sí que había sido un rematado loco al gastarse un dineral en un osezno, o lo que fuera aquel monstruo; que ahora comprendía de dónde le venía el apellido «Midden» a la familia;[1] que no estaba dispuesta a compartir su hogar con un oso que no podía ir fuera a hacer sus necesidades; que la peste era asfixiante e inadmisible para una mujer decente con fama de tener limpia su casa, y que, o hacía algo, o si no...

Elías Midden respondió que intentaría hacer algo con la maldita fiera. De hecho, no hizo nada. No iba a abrir otra vez aquella puerta ni por todo el oro del mundo. ¡Que se jodiera el bicho! Y el oso se jodió. Había venido gozando hasta allí de una dieta parca, pero a partir de entonces tuvo que ayunar. Su último tentempié fueron aquellos tres dedos. Día tras día, y noche tras noche, golpeó y arañó la puerta; probó también a derribar las paredes y dobló incluso los barrotes de la ventana. Pero al final murió y Elías explicó a todo el mundo que lo había matado cuerpo a cuerpo y perdido tres dedos en la lucha. Enterró en el huertecillo doméstico los enflaquecidos despojos, junto con varias carretadas de excrementos, donde hicieron más bien que el que habían hecho en la casa. Luego, puesto que su mujer aún seguía negándose a entrar en la que fue guarida del oso, lijó y volvió a pintar las paredes. No tocó, sin embargo, la puerta, sino que quiso conservarla con los arañazos, mordida y a medio reventar, para poder demostrar a las visitas la extrema ferocidad del oso que se había visto obligado a sacrificar.

La idea de designar la habitación como «el antiguo cuarto de los niños» fue cosa de otros Midden posteriores y más refinados. Con sus barrotes doblados y la desvencijada puerta, la denominación tenía cierto toquecillo macabro, y los jóvenes Midden que durmieron en ella sufrieron terroríficas pesadillas que, en tiempos más ilustrados, habrían requerido las atenciones de psicoterapeutas, especialistas en aliviar viejos traumas y asesores psíquicos expertos en tratar el estrés.

1. *Midden* significa, entre otras acepciones, «vertedero». *(N. del T.)*

En aquel cuarto soñó por primera vez «El Negro» Midden con una vida aventurera en África, donde no había osos. Y allí fue confinado ahora Timothy Bright.

—Se quedará usted aquí hasta que nos explique quién es y cómo se coló en mi casa —le dijo la señorita Midden después de cenar—. Si no accede de buen grado, no tiene más que decir una palabra y llamaré a la

policía.

Timothy Bright manifestó rotundamente que no deseaba en absoluto que llamara a la policía, y rogó que le fueran devueltas sus ropas.

—Cuando las encontremos —asintió la señorita Midden, y cerró la puerta con llave. Luego subió a su cuarto y se sentó a la luz del crepúsculo pensando en cuál de los arrogantes y estúpidos moradores de la casa grande podría ser responsable de aquella faena.

En otras circunstancias, Marjorie habría sospechado del mayor, pero estuvieron juntos todo el tiempo y su terror al encontrarse al joven había sido auténtico. Claro que, por otra parte; él mejor que nadie sabría decirle quién de los residentes en The Middenhall tenía inclinaciones sadomasoquistas... No es que tuviera muchas ganas de conversar con aquel hombrecillo estúpido; aún estaba furiosa con él y sentía un inmenso desprecio por su cobardía. Pero, a pesar de todo, tenía que preguntárselo.

Lo encontró contemplando su cama manchada. Había también un olor desagradable en el dormitorio.

«Mierda de perro», pensó Marjorie Midden. «Eso es. Pero en la casa grande nadie tiene perro..».

—Tiene que haber sido alguien que supiera que yo estaba ausente —le dijo al mayor—. Y los únicos que podían saberlo sor los de la casa.

—¿Quieres que vaya a ver qué puedo averiguar? —preguntó el mayor, pero Marjorie sacudió la cabeza.

—Que te eche una mirada el que hizo esto y podrá dormir tranquilamente. Con tu ojo morado y los puntos, eres el sospechoso perfecto.

—Pero puedo probar que me lo pusieron así en Glasgow, en aquel pub...

—¿Qué pub?

El mayor trató de hacer memoria. ¡Había estado en tantos, y tan borracho...!

—¿Ves? —dijo Marjorie—. Ni siquiera lo sabes. Además..., ¿qué nombre diste en el hospital? Apuesto a que no el de MacPhee, porque tienes tan poco de escocés como yo.

—Jones —admitió el mayor.

—Y la doctora que te atendió tenía muchísimo trabajo, aparte de que no le caíste nada bien. Así que no va a sernos de ninguna utilidad. Y eso no es todo. No sabemos cuándo entró en la casa el muchacho, ni cuándo le pasó lo que le pasara. Lo que podría hacer pensar que estabas tratando de fabricarte una especie de coartada. Sólo un loco haría que lo zurraran así en un pub. O una persona asustada y culpable. Asoma por allí arriba, y la policía recibirá una llamada anónima de alguien que sabe que el muchacho está en esta casa y lo cree probablemente muerto. Además, ¿qué me dices de tus antecedentes?

—¿Antecedentes? —dijo el mayor echándose a temblar.

—No me digas que no has estado en chirona. ¿Con tus sucias tendencias? ¡Oh, sí, a ti te han trincado antes de ahora! Probablemente por espiar por un agujero en algunos lavabos públicos... O por otra cosa peor. A mí no me la das... La policía estaría encantada de echarte el

guante. Pero no te preocupes. No lo conseguirán si puedo hacer algo para evitarlo.

—Pero... ¿qué vamos a hacer, entonces?

—Lo que no haremos es dejarnos ver. No estamos aquí.

Aguardaremos muy quietos a ver quién se presenta para comprobar si el muchacho sigue aquí y está aún vivo. Entraron por la ventana del comedor. La próxima vez que lo hagan estaré esperándolos. Y ahora voy a esconder el coche dentro del cobertizo. Será divertido.

Aquello no se adecuaba precisamente a la idea de diversión que tenía el mayor MacPhee.

En Londres, el tipo que decía llamarse Brian Smith estaba lívido. Era evidente que tampoco se divertía.

—El cagueta ese se ha dado el piro —le decía a alguien por teléfono—. Con la pasta, también. Sí, ya sé cuánto había. Pero... No, ni se me ocurrió. Jamás pensé que tuviera redaños. Tenía que haber estado en el barco, y no estaba. Sí, ya sé que no es cosa de risa. Soy el primero en saberlo, ¿no? Puede haber tenido un accidente, claro..., o haber ido por otro medio. Pero yo sólo contaba con un fulano en Santander para salirle al encuentro, y no ha llegado en ningún ferry. Si no hace el resto del trabajo a tiempo, ya veremos. Sí, sí..., ¡faltaría más!

Colgó el teléfono despacio y se puso a maldecir en voz alta a Timothy Bright, con una ferocidad que justificaba todos los temores del joven.

Sir Arnold Gonders estaba también al teléfono, en una cabina pública, hablando con el fulano que regentaba El Santo Templo de la Divinidad y Las Puertas Nacaradas del Paraíso. Veía ahora luz en la habitación de encima de las cristaleras pintadas del sex shop, y ya había pasado dos veces por allí enfundado en una gabardina y llevando una gorra echada sobre la cara. Se había puesto también guantes. En la segunda ocasión se había detenido un instante para meter por el buzón un sobre de papel de estraza. Ahora empleaba un distorsionador de voz. El comisario jefe estaba tomando todas las precauciones posibles y no quería correr ningún riesgo.

—Me interesan los jóvenes —dijo en un tono remilgado que confiaba pareciera auténtico—. Ya sabe lo que quiero decir.

El propietario dijo que creía saberlo.

—¿Hombre o mujer, señor? —preguntó.

—Las dos cosas —dijo sir Arnold.

—Y... ¿jóvenes?

Sir Arnold dudó.

—Sí, jóvenes —asintió por último—. Que les guste que los aten..., ¿comprende? —El propietario lo comprendía a la perfección—. Quisiera películas, revistas... Y necesito discreción. Si baja a su tienda encontrará allí un sobre con dinero. Envíeme el material dentro de una caja a la dirección que le he escrito. Habrá suficiente con doscientas libras, supongo.

—¡Por supuesto, señor!

—He incluido otras cien por la discreción. ¿Estamos?

—Comprendido, señor. Muy amable de su parte.

—Y habrá un pedido adicional si me agrada lo que vea. Me llamo MacPhee. —Dudó otra vez antes de proseguir en un tono de voz más siniestro—: Y ni se le ocurra quedarse con el dinero y no enviarme el pedido. Tengo amistades.

—¿Amistades, señor?

—Como Freddie Monee, como La Antorcha... No me gustaría tener que llamarlos...

Tampoco al otro le gustaría que los llamara: ver incendiado su sex shop no le sería de ningún provecho. El comisario jefe colgó el teléfono y se apresuró a alejarse. La primera parte de su plan estaba ya en marcha. Fue a casa y se cambió de ropa. Eran las diez de la noche cuando volvió a salir conduciendo su Jaguar y tomó por la carretera de la costa hacia Urnmouth. Al Balneario. Max, el dueño del Balneario, siempre estaba al tanto de lo que se cocía en cualquier parte. Necesitaba tener un cambio de impresiones con Maxie.

18

El Balneario de Urnmouth es un edificio impresionante. Construido en los años de mayor esplendor de la época victoriana y en impecable estilo clásico, se alza en la hermosa finca como un templo griego. Sus blancas columnas son de hierro colado, vaciadas en la fundición de cañones de Gundron, y sus muros de piedra ferruginosa marrón. Pero es en su interior donde el ambiente clásico se adecua mejor a su función actual. El propietario original insistió en que debía exhibir por dentro un gusto romano tan auténtico como los ecos atenienses de su trazado exterior. Y el arquitecto y el decorador habían seguido sus instrucciones tan al pie de la letra como se lo permitió su conocimiento de la historia y las costumbres de la antigua Roma. Un anciano clérigo, ya aturdido por la controversia darwiniana de la época, se llevó tal impresión al contemplar las escenas orgiásticas pintadas en los muros del atrio, que murió de un ataque de apoplejía en los brazos del mayordomo. Todavía ahora aquellos murales dejaban estupefactos a los visitantes. Se decía incluso que algunos caballeros habían experimentado una eyaculación precoz antes de darles tiempo a despojarse de sus abrigos. Y fue debido a esas pinturas el que, tras un prolongado periodo de descuido, el edificio se transformara en lo que Maxie Schryburg, un empresario de Miami, dio en llamar el Balneario.

Sir Arnold Gonders se interesó desde el primer momento en el proyecto de Maxie Schryburg. Estaba convencido de que el Balneario atraería al tipo de gente con que deseaba tener trato. Aparte de que el propio Maxie le resultaba un individuo interesante. Maxie decía siempre que era originario «de la Gran Manzana», pero el comisario jefe sabía de buena tinta que había tenido un pequeño negocio en Florida, de donde consideró prudente alejarse a causa de ciertos problemas con los

exiliados cubanos. Ciertamente Urnmouth era el último lugar de la tierra en que alguien buscaría al propietario de un restaurante algo especial. El viento frío que soplaba del mar hacía del pueblo un lugar inhóspito para los forasteros. El Balneario era su único lugar de recreo, aparte de unos cuantos pubs dispersos en la calle mayor, pero la admisión en él, teóricamente abierta a todo el mundo que pudiera pagar, estaba restringida a la gente de mucho dinero o capaz de pagar en especie. Sir Arnold, que siempre usaba allí el nombre de señor Will Cope, pertenecía a este último tipo de clientes, aunque hay que decir que, a cambio de su protección, le sacaba a Maxie gran cantidad de informaciones.

Así pues, tras entrar en el edificio por una puerta trasera privada que conducía al pabellón de Maxie a través de un pasillo cubierto, subió las escaleras para llegar a su reservado habitual, con el feliz convencimiento de que, con Vy y aquella loca de Bea ausentes y presumiblemente en Harrogate, podría tomarse un descanso y combinar el placer con la investigación.

Aceptó el menú que le ofrecía el obsequioso Maxie en su papel de *maitre.*

—¿Me permite sugerirle que, para entremeses, elija el número 3? —le preguntó—. Muy fresco y jugoso.

—¿De veras? Muy interesante, sí. Y... ¿de cantidad?

—Creo que lo encontrará de su gusto, señor. Está, como usted suele decir, muy bien dotado.

—Me parece muy bien —convino sir Arnold—. ¿Y como entrante? ¿Qué tenemos esta noche? ¿Algo especial?

—La parrillada mixta estará dispuesta hacia las diez. Antes vamos un poco justos, me temo. Las cosas ya no son lo que eran.

—En todas partes es igual, Maxie..., en todas partes —comentó el comisario jefe, siguiéndole el juego—. Creo que aguardaré a que esté lista esa parrillada. Será fresca, ¿no?

Maxie acompañó su gesto afirmativo con un encogimiento de hombros a modo de rechazo.

—¿Qué puedo decirle, señor Cope? Yo procuro que sea todo fresco, pero luego tengo que conformarme con lo que haya. Y eso que lo pago muy bien.

—La parrillada mixta, pues —dijo sir Arnold, y se repantigó en su asiento para ver el espectáculo que se desarrollaba abajo. Era, como mínimo, muy apropiado para aquel marco: dos chicas bailoteando sobre un colchón de agua, que luchaban luego entre sí por quitarse la una a la otra las respectivas bragas y que, finalmente, hacían las paces a base de besarse largamente de las maneras más peregrinas. El comisario jefe terminó su whisky y pidió otro.

—Que sea triple, Maxie —le dijo—. Y... ¿qué hay de esos entremeses? Tardan en venir.

—Aún no han llegado —se excusó Maxie.

—¿Qué puedo hacer mientras aguardo?

—Si le apetece un masaje entretanto...

—Me sorprende usted, Maxie. Ya me conoce y sabe que a mí no me van esas cosas.

De nuevo repitió el señor Schryburg su gesto de asentimiento y repudio.

—¡Ni a mí, ni a mí! —dijo—. No me creerá usted, pero siempre he tenido en gran estima los valores familiares. Ríase si quiere..., es la pura verdad. Como decía la Gran Dama: «Lo que necesitamos es restaurar los valores de la familia de la época victoriana». ¡Qué razón tenía! ¿Sabe, señor Cope...? Debería haber resistido. Una gran señora, sí. Brindo por ella. ¡Por la Dama de Hierro!

El comisario jefe alzó también su copa y bebió. Se sentía algo incómodo cuando el señor Schryburg peroraba así. Como quien se echa un pedo en una iglesia. Aquello era impropio y, por otra parte, tampoco estaba muy seguro de la dama en cuestión. Mientras aguardaba, se puso a darle al mando controlador de canales del cuadro múltiple de pantallas de televisión. Nada ocurría en el menú 1. En el menú 3, un individuo delgado y de aspecto nervioso se servía generosos tragos de vodka polaco puro. Sir Arnold sacudió la cabeza en gesto de desaprobación. De nada servía eso. Aun así, siguió adelante con el menú 3. El hombre se había quitado los pantalones, dejándolos cuidadosamente doblados junto a su camisa. El comisario jefe conectó entonces la video-grabadora: había reconocido a Fred Phylleps, el jefe de campaña del partido *tory* para la circunscripción de Twixt Sur, personaje influyente, además, por su condición de director de transportes de las Industrias Químicas Intergrowth. De hecho, sir Arnold sabía por una fuente digna de todo crédito que FF, como llamaban a Fred Phylleps sus amigos, había hecho de intermediario en un pago a cierto individuo que sabía demasiado de los asuntos financieros de un pariente muy próximo a determinada persona. Nada de nombres, nada de comprobantes... No estaría mal añadir unas secuencias de Fred Phylleps a su pequeña colección de personajes grabados en vídeo... Aunque, francamente, sir Arnold no estaba demasiado satisfecho de su elección: ver una mujer de treinta y cinco años en plan de quinceañera no le decía nada y, además, ya había conseguido librarse hacía poco de su afición a los adminículos de cuero. Aunque no le iría mal tener a mano una grabación de FF para protegerse... Al cabo, después de degustar otros varios menús, el comisario jefe volvió a pensar en sus necesidades. No había venido a cenar, sino en busca de información.

—No tiene usted muchos clientes para ser una noche de lunes —le dijo a Maxie cuando éste le trajo su whisky triple.

—Así son los lunes. Va como va. A veces tenemos un llenazo, como cuando las esposas están de veraneo o hay una convención. Y, por supuesto, los habituales acuden a primera hora de la tarde, aunque también tenemos algunos por la mañana. Vienen con sus cañas de pescar, sobre todo. Las mañanas son sorprendentemente buenas para el negocio.

—Me imagino —dijo el comisario jefe—. Y, a propósito, ¿qué tal anda de sumisos?

—Pruebe en La Mazmorra —respondió Maxie inclinándose para apretar un botón marcado con la letra M. Sir Arnold se encontró contemplando una habitación amueblada con lo que parecía ser una mesa de

operaciones dotada de correas de sujeción, un sillón de dentista y, lo más siniestro de todo, un pequeño patíbulo con una soga acabada en nudo corredizo. Las paredes exhibían un surtido de instrumental y látigos.

—Me gusta pensar que contamos con un buen equipo —prosiguió Maxie—. Sí, señor..., que podemos hacer bien la faena. Tenemos un cliente médico que dice que lo único que necesitaríamos para ser homologados como centro colaborador de la Sanidad Nacional es una sala de reanimación. Pero lo que él ignora es que disponemos de una sala de reanimación ahí mismo, detrás de esa puerta del ángulo. No se imagina usted la de cosas que le gusta a la gente que le hagan... Tuvimos en cierta ocasión un tipo que se trajo a su propio cura para que lo confesara..., y le estoy hablando de un cura auténtico. Como que es católico o algo así... Una de las chicas, la que hace de verdugo, se viste sólo con esa capucha, las bragas y un sujetador que deja los pezones al aire..., todo de cuero negro. Las otras dos atan al sujeto, en serio, y el cura, entonces, lo confiesa y le..., bueno, usted ya sabe. Entonces me di cuenta de que era un cura de verdad, porque al hombre no le hacía ninguna gracia verse metido en esto: sudaba a chorros y no paraba de santiguarse. Y luego va Ruby, que es la que hace de verdugo, le pone al tío esa capucha de seda en la cabeza, y le pasa el lazo con ese arnés de goma... Todo ello sin prisas, para que dure y no se quede con la sensación de haber pagado un dineral por nada. Porque la cosa es cara... Ya me dirá usted: el equipo, los gastos de personal, el patíbulo, etcétera. Y a continuación Ruby baja, empuja la palanca y el sujeto cae por la trampilla con el arnés. ¡Tendría que haberlo visto! Pero la cosa es que teníamos conectados los efectos sonoros del audio y no oíamos el ruido real. ¡Menos mal que aquella noche había aquí un médico eminente! Es la única vez que he tenido que pedirle a un cliente que interrumpiera lo que estaba haciendo y viniera a ayudarnos en el acto... Al sujeto le había dado un soponcio ya antes de la escena de la caída. Y luego el numerito del ahorcamiento..., y el morrón que se pega y la sensación de estar con el cuello pillado en el arnés para acabar de empeorar las cosas... Aparte del arnés que, como es elástico, lo sube de nuevo por la maldita trampilla, y lo baja, y lo sube... Pataleaba y se retorcía como si fuera a perder la piel, cosa que casi estuvo a punto de ser cierta en su caso. El cura estaba tan espantado, que va y se pone a darle los últimos auxilios de nuevo. Por si faltara algo, yo me he apresurado a pedir una ambulancia. Entran a toda prisa y..., ¿qué es lo primero que ven? Ruby con sus garambainas de cuero, el jodido doctor en pelotas, con un condón puesto, tratando de cortar el arnés de goma con unas tijeras sin filo para bajar al sujeto y hacerle la respiración artificial, y un cura de rodillas lloriqueando en latín o lo que sea. Nunca había visto yo antes sacramentar dos veces al mismo individuo en cosa de diez minutos... Ya imaginará lo que me costó la broma. ¡Mierda! Tuve que comprar el silencio de los muchachos de la ambulancia, darle al doctor tres semanas de servicios gratuitos... Y eso no fue todo.. Tuve que comprometerme a pasar por la iglesia católica y confesarme de verdad para calmar al maldito cura, porque estaba histérico. Claro que

quien todavía está pagando es el sujeto en cuestión..., después de que lo sacaron de cuidados intensivos, porque estaba para el arrastre, y lo tuvieron luego en el hospital siete semanas. Eso fue lo que me decidió a montar nuestra propia sala de reanimación. ¡Afortunadamente!... Porque al poco tiempo de tenerla ocurrió un accidente con la silla eléctrica. Bueno..., tampoco fue un accidente, en realidad. El cliente que lo provocó es un mal bicho. No un simple aficionado al sado, sino un bastardo de pies a cabeza. Le gusta torturar como ha leído que lo hacen en Suráfrica, en El Salvador..., donde sea. Electrodos y descargas eléctricas, ya sabe. Toda esa parafernalia. Así que se metió allí con Lucille. Lucille es la única que hace los dos papeles, de dominante y de sumisa. Una gran chica, y no del tipo que uno imaginaría inclinada a estas cosas. Más bien maternal..., si comprende lo que quiero decirle.

El comisario jefe lo comprendía muy bien. Tenía en su caja fuerte un vídeo de Lucille trabajándose al diputado al Parlamento por East Seirsley con el mango de una fusta, y dando muestras de hacerlo con auténtico placer. Obviamente disfrutaba con su trabajo, lo que no podía decirse en la misma medida del parlamentario. Aunque éste, al acabar, hubiera dicho que lo había pasado de coña. Era una cinta interesante, sí.

—El bastardo ese se trajo su propio transformador —prosiguió Maxie— Desde entonces examinamos mediante un escáner el equipo que se trae cada uno de casa, pero esto ocurrió antes. Va el muy bestia y sienta a Lucille en la silla, la sujeta con las correas, le pone el casquete con el electrodo, desconecta el limitador y enchufa su aparato. Ambas cosas. ¿Se lo imagina? Lucille dispuesta a fingir el instante en que le dé la corriente..., pero esta vez no hay ninguna necesidad de fingimiento. Debería ver usted las marcas de las quemaduras que le hizo. ¡Un cochino bastardo! ¡Y luego aún tuvo el morro de quejarse de la factura! Algunos tipos no tienen arreglo. Desde entonces registramos las bolsas de los clientes.

Sir Arnold incluyó La Mazmorra en su lista de futuros menús. Pero ahora tenía una pregunta importante que hacer a su interlocutor.

—Dígame, Maxie... Entre sus clientes de La Mazmorra..., ¿hay algunos que tengan obsesión por eso que llaman el *bondage?*

Maxie Schryburg sonrió con cierta indulgencia.

—Mire usted, señor Cope... Tenemos obsesos del *bondage* y... Bueno, de cualquier cosa que a usted se le ocurra y de algunas otras de que no habrá oído hablar nunca. El otro día vino un editor empeñado en engurruñir a Pauline... «¿Engurruñirla?», le digo. «¿Quiere usted decir envolverla? ¡Pues la va a ahogar!» ¿Y sabe qué me dijo? Que quería envolverla en plástico para retractilarla. Hay cosas en este negocio que aún no acierto a entender, y eso que son ya muchos años... Lo de retractilarla suena muy fuerte, ¿no? Así que me voy a ver a Pauline y le digo: «Tienes un tipo aquí que quiere envolverte en plástico para retractilarte». Jesús! ¡Qué respingo que dio! Es una chica bastante atrevida también... Deportes acuáticos, windsurf, marido y mujer, por delante, por detrás, en compañía..., vamos, que no es remilgada. Pero si dice que nada de retractilado, muchacho, eso queda totalmente fuera del menú. ¿Piensa usted que el fulano encajó bien la negativa? Se puso

desagradable de veras. Pero está en la puerta, es un cliente de la casa, y yo no quiero crearme problemas porque se trata de un editor influyente de Londres. Voy, pues, y le digo que no puede ser con Pauline, que tendrá que probar suerte fuera de la casa; y llamo a la señora Ferrow y me dice que de acuerdo, que lo hará, pero a condición de que el tipo no le vea la cara; no quiere que la identifiquen, aunque no conozco yo a nadie que no sepa quién es. A mí ya me está bien... Porque... ¿quién va a querer mirar la cara de la señora Ferrow? Pero tengo que decirle otra cosa: «El cliente la quiere a la australiana». No hay inconveniente por parte de la señora Ferrow, pero quiere saber como qué tipo de animal, si como un koala o un jodido canguro... ¿Tiene que meársele encima o algo así? Vuelvo al hombre y le pregunto que cómo quiere recibir la mierda. Me mira con cara de extrañeza y no entiende de qué estoy hablándole; dice que ya tiene kilómetros de cinta adhesiva por el suelo y que ya no quiere más mierda. Eso me dice... Y yo le creo. Casi vomita cuando se lo explico. Retractilar, en su mundillo, significa envolver en plástico, y no que la señora Ferrow se le ponga con el coño encima y...

—Deje, Maxie, no siga... —dijo el comisario jefe, que conocía de vista a la señora Ferrow y no le hacía ninguna gracia lo que iba a venir—. Todo lo que quiero son nombres de sus obsesos por el *bondage* y de individuos que disfruten drogando a los jóvenes. Y los quiero todos, ¿me comprende?, todos los nombres.

Maxie puso cara de sentirse ofendido.

—Vamos, señor Cope, usted ya sabe que yo nunca...

—Me consta que es discreto, Maxie —se apresuró a decir sir Arnold, conciliador—. Es una de las cosas que me agradan de usted. Y sabe también que yo jamás haré uso de una información que alguien pueda deducir como procedente de usted. Es un excelente seguro para los dos. O sea, que si tiene alguna información sobre individuos que anden buscando chicos para hacerles perder la chaveta con LSD, quiero que me la dé.

Maxie Schryburg se tranquilizó.

—Eso está hecho —dijo—. Es el tipo de cosa que puedo proporcionarle fácilmente. Y si lo desea de forma privada, a mí ya me está bien. Quiere usted hacer el papel del muchacho, ¿eh? Nada más fácil... —Interrumpió la frase. La cara del comisario jefe estaba adquiriendo un tono purpúreo —. ¡Comprendo, comprendo..., sólo quiere nombres! —añadió Maxie apresuradamente, tratando de enmendar su error—. Ahora mismo se los consigo.

Y antes de que el comisario jefe pudiera decirle lo que pensaba de él, puso tierra por medio. Sir Arnold pasó el resto de la velada contemplando la parrillada mixta en el colchón de agua. Pero de cuando en cuando le daba al botón marcado D y estudiaba con interés el equipo de La Mazmorra. Tenía que hacer que Maxie se lo mostrara personalmente. El único problema era que jamás se había aventurado a otras dependencias del Balneario distintas de la sala de vídeo en que se hallaba... Y no pensaba hacerlo. A él nadie iba a grabarlo con una cámara oculta.

A las once y media salió cautelosamente por el pasillo cubierto y

regresó en su coche a Tween. Llevaba en el bolsillo una lista de nombres que podrían conducirlo hasta el muchacho que encontró en su cama, y estaba muy satisfecho de sí mismo. Hasta el punto de que iba dándole vueltas a la idea de echar una canita al aire... Glenda no se acostaba nunca antes de medianoche... A menos que él estuviera de visita, naturalmente. Pero, pensándolo mejor, decidió no ir. Había tenido un fin de semana agotador y debía estar al pie del cañón a la mañana siguiente.

19

A muchos kilómetros de allí, tía Bea estaba esforzándose en persuadir a lady Vy de que debía exponer la situación a su padre.

—Mira, querida... Tienes que comprender que es la única forma de ponerte a salvo. Arnold quiere chantajearte con la amenaza de hacer público el asunto y entregarte a la prensa amarilla. Pero si consigues que intervenga tu padre...

—Pero, Bea... ¿No ves el sofoco que se llevaría papá? —objetó lady Vy, mirando distraídamente a su alrededor, como buscando ayuda entre los demás clientes del restaurante Le Clit, recién abierto en el local de un antiguo garaje en Fulham Road y decorado en una imitación de Art Déco, no parecía la atmósfera adecuada para hablar de papá. Porque sir Edward Gillmott-Gwyre tenía puntos de vista muy estrictos acerca de las mujeres que frecuentaban lugares así.

—Y, por otra parte —prosiguió lady Vy—, aunque se lo dijera..., ¿qué podría hacer el pobre papá? Tiene casi ochenta años, y últimamente anda pachucho...

—¡Bobadas! —replicó tía Bea en plan dominador—. Tu padre es un hombre que rebosa salud y no hay nada que le encante tanto como demostrar su poder y su influencia. Si le cuentas lo que ha estado haciéndote Arnold...

—¡Oh, no! No podría... —gimoteó Vy. La mano enguantada de tía Bea se cerró firmemente en su muñeca y los dedos apretaron hasta hacerle daño. Vy la miró a los ojos con los suyos empañados en lágrimas—. Me exiges demasiado.

—Creo que ya te anticipé que iba a pedir mucho más de ti —susurró tía Bea suavemente. Luego se humedeció los labios con la lengua: un gesto que tuvo la virtud de hacer que Vy se sintiera desesperadamente vulnerable—. Lo estoy haciendo. Irás a ver a tu padre mañana temprano y se lo contarás todo. Todo..., ¿me has oído?

Lady Vy asintió. Una sombra nubló el azul celeste de sus ojos.

—¿Todo? ¿También lo de nosotras? —preguntó en un murmullo infantil. Los dedos enguantados se hundieron más aún en su muñeca.

—No. Ni una palabra de lo nuestro —replicó Bea echando chispas—. ¡Ni se te ocurra! Me refiero a lo de Arnold y el muchacho ese de tu cama...

—¡Ay, no, Bea...! No sería capaz de hacerlo. ¿No ves que papá pensaría que le propuse acostarse conmigo? Jamás le convencería de lo contrario. Nunca ha creído mis explicaciones. Cree que yo soy una...

—Sí, sí, querida —se apresuró a interrumpirla tía Bea, considerando este nuevo aspecto de la cuestión. Era de sobras conocida la arraigada opinión de sir Edward Gillmott-Gwyre sobre el lugar donde debían estar las mujeres: en la cocina y calladitas. Se rumoreaba incluso que le había impedido abortar a su hija mayor con el argumento de que, puesto que se había comportado como una elefanta en celo, tenía que atenerse a las consecuencias. El hecho de que sólo los elefantes machos tengan un periodo de celo no influía para nada en la convicción de sir Edward de que las mujeres, sin excepción, actuaban movidas por oscuros y siniestros impulsos sexuales que debían ser domados o, mejor aún, ignorados. Lady Vy tenía, además, algunas razones particulares para temer su ira.

—Y ahora escucha, querida... —prosiguió Bea, empleando la mirada para someter la voluntad de Vy y aferrando aún su muñeca—. Debes decirle sin ambages que Arnold metió personalmente a ese muchacho en tu cama con el deliberado propósito de implicarte en sus crímenes.

—Pero no sé cómo...

—¿No te dice nada acerca de las tendencias de Arnold el hecho de que el chico estuviera desnudo, que lo envolviera en sábanas y que siguiera drogándolo con valium?

—Bueno, supongo que es un poco pervertido, tal vez... —admitió Vy—. Puede ponerse muy violento, y estoy segura de que tiene una querida en alguna parte de Tween.

—¿Y por qué ha de ser precisamente una querida? ¿Qué tal si se tratara de un lindo muchachito?

—¡Oh, Bea, no sé...! ¡Es tan confuso todo! —exclamó lady Vy. Y, sin transición, suspirando por cambiar de tema—: Me moría de ganas de ir de tiendas para ver ese abrigo en Tamara's. ¿Crees que me sentará bien?

Pero tía Bea no iba a dejarse distraer por los cantos de sirena de los caros modistos de Davies Street. Estaba a punto de jugar su baza decisiva.

—Me parece que no te das cuenta de que la prensa anda ya detrás de Arnold. Se han olido un escándalo de campeonato, mucho más gordo que el anterior. Tienes que actuar antes de que estalle y te veas implicada con Arnold y los otros.

—¿Qué nuevo escándalo? ¿A qué te refieres? ¡Has de decírmelo!

—Sólo si me prometes que irás a ver a tu padre mañana por la mañana. ¿Me das tu palabra?

Por un instante lady Vy dudó; pero la ginebra y la curiosidad eran sus puntos flacos.

—Te lo prometo —dijo. Pero aun así Bea no quiso soltar prenda.

—Debes contarle todo lo que sabes de Arnold. Has de hacerlo para salvarte. Tu padre sabrá qué medidas tomar.

Tía Bea hizo una señal para pedir la nota. Luego fueron a su piso en un taxi.

—Esta noche tendrás que dormir sola —dijo Bea—. Quiero que reflexiones cuidadosamente sobre lo que vas a decir mañana. Cuando nos levantemos, me lo cuentas.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó. Lady Vy suspiró al meterse en la cama. No le gustaba tener que pensar en cosas desagradables. Y la perspectiva de ir a ver a papá era, en verdad, sumamente desagradable.

Las cosas se estaban poniendo al rojo vivo. Aquella noche, a las doce y media, el teléfono empezó a sonar y sonar en Voleney House hasta que Ernestine Bright se levantó, se echó una bata encima y acudió a descolgarlo.

—¿Sabe usted qué hora es? —preguntó con su tono más altivo de voz..., y se quedó horrorizada cuando Fergus, que telefoneaba desde Drumstruthie, le dijo que ya lo sabía.

—Sí, sé perfectamente que ya son las tantas de la madrugada.

Y no te estaría llamando a estas horas si no fuera importante. ¿Dónde está ese chico vuestro, Timothy?

—En Londres, supongo. Es allí donde suele estar.

—Lo sé. Si te telefoneo es porque no he podido dar con él allí. Tengo suma urgencia en saber dónde está ahora.

—Te encuentro raro, Fergus... —observó Ernestine—. A tus años, no deberías beber. Es malo para tu presión. Y ahora, si tienes la bondad de llamar mañana por la mañana...

—Guárdate tus advertencias, ¿vale? —dijo el tío Fergus—. Quiero que sepas que no he estado bebiendo. Y quiero que sepas también que tengo a tía Boskie a mi lado y...

—¿Que está ahí tía Boskie? —preguntó Ernestine, genuinamente sorprendida ahora—. ¿Tía Boskie? ¡Pero si nos dijeron el mes pasado que se hallaba en las últimas! No puede ser que esté contigo.

—Te aseguro que sí, y ciertamente no se muere. ¿Verdad, Boskie?

Por los sonidos que llegaron desde el otro extremo de la línea era evidente que, a pesar de sus noventa y un años, tía Boskie estaba bien viva.

—Veamos, Ernestine... Boskie quiere hablar con ese hijo tuyo.

—¿Para qué? ¿Qué quiere de Timothy?

—Si de veras te interesa saberlo, mi impresión es que quiere matarlo —dijo Fergus—. Y, si yo estuviera en su lugar, que gracias a Dios no lo estoy, andaría pensando en una muerte atroz para ese sinvergüenza, como cocerlo en vivo. De todas formas, aquí tienes a Boskie. Ella te explicará.

Se oyeron ruidos diversos por el aparato. Ernestine trató de tomar la iniciativa.

—¡Hola, Boskie! —dijo mientras se arrebujaba en la bata y lamentaba no haberse calzado las zapatillas. Hacía realmente frío. Pero la temperatura del ambiente no era nada comparada con el tono glacial de la voz de Boskie cuando finalmente logró acomodar su aparato auditivo a los requisitos del teléfono.

—¿Eres tú, Ernestine? —preguntó—. ¡Oiga! ¿Eres tú? No había nadie. No hay nadie al otro lado, Fergus.

—¡Sí que estoy aquí! —gritó Ernestine, y su esfuerzo se vio recompensado por un chillido estridente de Boskie diciéndole a Fergus que no hacía falta que gritara, porque oía perfectamente a pesar de su edad.

Para Ernestine, que sostenía el reverberante auricular lejos del oído, la razón de aquella sorprendente llamada nocturna no estaba nada clara. Pero era obvio que Timothy había hecho algo para enfadar a la tía Boskie... Sus pensamientos fueron interrumpidos por las voces de la anciana clamando que, si su Guillamo viviera, sabría muy bien cómo tratar a aquel mocoso... Ernestine alejó aún más de sí el aparato, y luego trató de salir en defensa de su hijo.

—¡Boskie, querida...! ¡Soy Ernestine! —clamó. En la cocina, los perros habían empezado a ladrar—. ¡Boskie, querida! Te habla...

De nuevo volvió a vibrar alarmantemente el auricular mientras Boskie vociferaba en el otro extremo:

—¡Se ha metido en la línea una pelmaza que no hace más que llamarme «Boskie querida»! ¡Qué fisgona más impertinente! Dile que cuelgue, Fergus. Quiero hablar con esa tonta de Ernestine. Si hay algo que detesto en una mujer es la bobería. Y esa Ernestine...

Después de oírse algo así como un bufido en el recibidor de Drumstruthie, el teléfono fue arrancado de manos de la vieja dama y Fergus se puso al aparato.

—Era Boskie —explicó, aunque no hacía mucha falta en realidad.

—Ya lo sé —replicó Ernestine furiosa—. Y puedes decirle de mi parte a esa vieja que...

—Creo que no le diré nada —la interrumpió Fergus—. Y si estuviera dentro de tus zapatos, me desviviría por ser amable con la querida Boskie. ¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —preguntó imprudentemente Ernestine.

—Pues porque tu querido Timothy ha liquidado todas sus acciones, ciento cincuenta y ocho mil libras en total, y ha desaparecido...

—Pero... ¡si no puede hacerlo! —alegó Ernestine desesperadamente—. No está autorizado a vender las acciones de otro.

—No, Ernestine. Tienes razón en eso. Y me alegra mucho que lo veas también tú de esta forma. Pero resulta que el muchacho ha puesto pies en polvorosa, se ha evaporado, tomado las de Villadiego, desaparecido... Llámalo como quieras. Pero ya puedes imaginar cómo lo está llamando Boskie.

Ernestine comenzaba también a hacerse una idea. Un sordo gemido de fondo pareció indicar que a Boskie le estaba dando una especie de ataque. Ernestine trató de aprovechar la situación.

—Debe de ser un error por parte de Boskie. Timothy jamás haría una cosa así. Aparte de que..., ¿cómo iba a poder hacerlo, aunque quisiera? Las acciones debían de estar a nombre de Boskie.

—¡Oh, muy sencillo! Falsificó su firma en unos poderes —dijo Fergus.

—No me lo creo —replicó Ernestine—. Tim es incapaz de hacer eso. ¿Cómo dices? ¿Que tú sí lo crees? Bueno..., habrá que demostrarlo. Boskie no está en su sano juicio, evidentemente.

—Ésta es la primera cosa sensata que has dicho —asintió Fergus—. Por

desgracia, su demencia no es de tipo senil. La encuentro ahora mucho mejor que la última vez que la vi. No diré que sea la viva imagen de la salud, pero para una mujer que ya ha rebasado los noventa... Bueno, digamos que no sufre precisamente de hipotensión. Y ahora, si no te importa, querría hablar con Bletchley.

—No es posible. No está en casa.

—¡Ah, claro! El fin de semana... Supongo que estará con... ¿Vuelve a jugar al golf?

—No sé qué quieres decir —contestó Ernestine recuperando su tono altivo en un esfuerzo por imbuirse confianza a sí misma.

—Bueno, bueno... —concedió Fergus, sabedor de que había cosas que era mejor callar—. En fin, si puedes ponerte en contacto con él, haz que comprenda que estoy haciendo lo imposible para disuadir a Boskie de llamar personalmente al comisario de policía de Scotland Yard, pero que no podré contener la situación mucho tiempo. Dile a Bletchley que el dinero tiene que aparecer y ser devuelto. Repito: que tiene que salir. Hablo en serio, Ernestine... No bromeo. Los hijos de Boskie llegarán aquí en los primeros vuelos procedentes de Detroit y Málaga para...

Ernestine colgó el teléfono y se acurrucó en una silla. Ya no sentía el frío. A los pocos instantes tomó nuevamente el aparato y marcó el número de Timothy en Londres. Nadie respondió... Por último pasó al estudio de su marido, buscó un número al que jamás había llamado antes y esta vez lo hizo. Respondió una soñolienta voz femenina.

—Quiero hablar con el señor Bletchley Bright —dijo Ernestine con firmeza—. Y, por favor, no pierda el tiempo diciéndome que no está ahí. Es una emergencia.

Aguardó a que el mensaje fuera trasmitido y su marido se pusiera al teléfono.

—¡Ernestine, por Dios! ¿Se puede saber a qué viene esto? —le preguntó furioso.

—Será mejor que vengas a casa, querido —replicó fríamente.

—¿A casa? ¿Ahora? ¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Es que se ha muerto alguien?

—En cierto modo, sí. Cabe decirlo de esa forma. Si quieres más explicaciones, telefonea a Fergus a Drumstruthie. Aunque pienso que sería mejor que lo hicieras desde aquí. Te estaré esperando despierta.

Colgó y pasó a la cocina a prepararse una reconfortante..., una taza de té, sin más. No la reconfortó gran cosa.

A la mañana siguiente se había iniciado ya la búsqueda de Timothy Bright.

En el antiguo cuarto de los niños Midden, Timothy Bright estaba tumbado en la cama, con la mirada fija en las terribles huellas de arañazos marcadas en la gruesa puerta de madera, preguntándose dónde demonios estaría. Llevaba un buen rato tratando de recordar lo que le había sucedido. Podía verse yendo en moto a la casa de campo del tío Víctor, pero de esto parecía hacer mucho tiempo. El viaje en sí estaba aislado de los hechos qué le habían llevado hasta allí, y pasó

mucho tiempo sin poder explicarse por qué había tenido que ir a Fowey. Pero poco a poco, a medida que iban disipándose los efectos de las drogas y de su conmoción, empezó a vislumbrar fugaces retazos de aquel horroroso pasado. Un súbito destello de lucidez lo retrotraía a recuerdos mucho más amplios, como ocurrió con la imagen del casino y del señor Markinkus exigiendo el pago de la totalidad de la deuda en diez días. Otro salto, hacia delante esta vez, le hizo verse en un bar en compañía del hombre de la navaja barbera, y tomando prestadas las acciones de tía Boskie... Y vendiéndolas. Fue en este punto cuando lo asaltó el terror impidiéndole totalmente pensar y lo dejó despatarrado en el colchón, lívido de miedo. La conciencia de haber vendido las acciones de tía Boskie le causaba mayor pánico aún que las amenazas de los señores Markinkus y Brian Smith juntas. Ahora se daba cuenta de que era lo peor que podía haber hecho. Siempre hubiera podido escapar de aquellos matones de pacotilla atrincherándose en la familia: los Bright cuidaban siempre de los suyos cuando las cosas se ponían realmente feas. Lo hacían para proteger el buen nombre de la familia. Pero ahora era distinto: había vendido las acciones de tía Boskie y no podía restituir el dinero. Eso no se lo perdonarían jamás.

El pánico alcanzaba tales niveles, que por un instante casi se vio a sí mismo como era en realidad, antes de que las nubes de la autocompasión y el engaño volvieran a cerrarse y se sintiera de nuevo el pobre Timothy, duramente tratado por la vida. Pero..., ¿qué había sido de todo aquel dinero retirado del banco? En alguna parte tenía que estar. Timothy trató de juntar hasta la última brizna de recuerdo tratando de resolver el misterio. Había guardado el dinero, meticulosamente ordenado, en un maletín grande. De eso se acordaba. Y después había... No, no podía estar seguro de haberlo bajado a la moto. Tenía la impresión de que alguien le había llamado por teléfono justo entonces... O de que había sucedido algo. Luego probó a partir del lugar donde concluyera su viaje. ¿Llevaba entonces consigo el maletín con el dinero? En realidad, ¡estaba tan preocupado por aquel paquete, con aspecto de caja de zapatos, que posiblemente contenía dinero también...! Pero, si llevaba éste, también se habría llevado el maletín. ¡Y aún debía de estar en la casa del tío Victor! ¡Dios santo...! Tenía que ir allí en seguida y... La llegada de la señorita Midden cortó el curso de sus pensamientos.

—¿Qué? ¿Ya tiene usted nombre? —le preguntó.

—Sí..., Bright. Me llamo Timothy Bright. Oiga..., ¿podría darme mis ropas?

—No. Llegó aquí en cueros, y en cueros va a quedarse hasta que averigüe por qué y con quién vino a esta casa y qué es exactamente lo que se llevaban entre manos. Puede usar la toalla para ir un poco más decente.

—¡Pero es que no puedo permanecer aquí! Quiero decir..., que no sé quién es usted ni qué es esto, y es de capital importancia que...

No concluyó la frase. No debía explicarle nada más a aquella mujer. Ni siquiera hubiera debido decirle su nombre.

—¿Qué es lo que tiene tanta importancia? —le preguntó ella.

—Nada —respondió Timothy en plan retador.

—Pues eso mismo es lo que tendrá usted para desayunar —replicó la señorita Midden y se fue cerrando la puerta con llave.

Timothy saltó de la cama y miró a través de los barrotes hacia el campo abierto. No había nadie a la vista. Sólo unas ovejas que mordisqueaban las hierbas a la orilla de una vieja cañada orientada en suave pendiente hacia las distantes colinas azules. A lo lejos, la luz del sol arrancaba destellos reflejos del agua del embalse, pero el paisaje no le dijo nada. Sin embargo, hizo surgir una nueva imagen: algo que tenía que ver con el yate del tío Benderby... ¡Dios bendito! ¡El paquete de papel de estraza! Tenía que haberlo llevado a España. Y a medida que los restantes recuerdos, todos ellos terribles, afloraron borboteantes, Timothy Bright fue quedándose más y más inmovilizado. Porque en aquella habitación, por lo menos, estaba a salvo de momento. No quería pensar nada más. Se arropó con el edredón manchado de sangre y trató de dormir.

En su despacho de la sede central de la policía, el comisario jefe dejó a un lado el informe sobre las actividades del fin de semana. No hacía más que preguntarse cómo sacar a colación el tema de la llamada anónima sobre la granja Midden sin levantar la más mínima sospecha de que pudiera haberla hecho él mismo. Obviamente no había otro medio que... Mandó llamar al jefe de la Brigada de Represión de Delitos Mayores.

—¡Ah, Rascombe! —le saludó—. Espléndida fiesta la del sábado. Le felicito. Lo pasé muy bien. ¿Tuvo algún problema más con la prensa?

—Los hermanos Saphegie distrajeron su atención de nuestros asuntos, señor.

—¿Los hermanos Saphegie? ¿Han vuelto a las andadas? Creía que habían decidido redimirse —dijo el comisario jefe.

—¡Oh, sí! Y lo han hecho, señor. Llevan una vida totalmente en regla. Pero, sabiendo cómo funcionan los chicos de la prensa, se me ocurrió servirles un crimen, el caso Puddley, para que le hincaran el diente. Y nos dejaran a nosotros tener la fiesta en paz.

—Pero los Saphegie no han tenido nada que ver con el asunto Puddley —observó el comisario jefe, que andaba a tientas sin comprender la relación entre una cosa y otra.

—Ahí está el quid, señor —respondió Rascombe—. No les importa mucho que los de la prensa crean que lo hicieron. Mejora su reputación. En los círculos en que se mueven cuenta mucho estar relacionado con un crimen brutal como ése. Tuve unas palabritas con ellos primero. Y logré que aceptaran.

—Es muy de agradecer por su parte —dijo el comisario jefe.

Rascombe sonrió.

—Como dicen ellos, señor, no hay nada como una mala publicidad.

Sir Arnold Gonders no hizo ningún comentario. Nunca como ahora le había llamado tanto la atención la absurda paradoja de aquel dicho. Sin embargo, si los hermanos Saphegie, especialistas en cobrar las deudas de los extorsionados por su propio negocio de protección, querían aparecer públicamente relacionados con el brutal asesinato de toda una familia, allá ellos. Los afanes de sir Arnold iban en dirección opuesta:

tenía que conseguir, como fuera, cargarle a la señorita Midden el mochuelo de aquel intruso.

—¿No hay nada más que yo deba saber? —preguntó mirando inquisitivamente al inspector—. ¿Nada que se salga de lo corriente?

Eran el tipo de pregunta y mirada que el inspector Rascombe sabía interpretar a la perfección. Por lo común hubiera entendido por dónde iban los tiros, pero esta vez no tenía ni idea.

—¿En algún capítulo en particular, señor? —preguntó.

Sir Arnold consideró la situación unos instantes. Tenía a Rascombe por un buen policía, como lo había sido él mismo; y en todo caso sabía suficientes cosas del inspector como para estar seguro de su lealtad. Pero, aun así, el comisario jefe dudaba. Era mejor guardar algunas cosas en el propio almario. Por otra parte, la condenada Bea lo sabía y con toda probabilidad había sido cómplice de quienquiera que fuese el que descargó a aquel cabrón en su cama. El comisario jefe no se sentía aún en condiciones de abordar el problema con entera cordura... Y estaba, además, la señora Thouless. A esas horas habría ido ya a Solwell a buscar la leche y el pan, en cuyo caso, casi con certeza, medio vecindario estaría enterado de su versión de lo sucedido. Era inevitable. Iba siendo, pues, hora de devolver el golpe y, por lo menos, encenagar un poco las aguas.

—¿Alguna vez le ha propuesto alguien que se vistiera como un maricón, Rascombe? —le preguntó.

El inspector sonrió.

—Ya se sabe —dijo, y comprendió las reticencias del jefe. Pensándolo bien, ya había oído contar algo semejante de Edgar Hoover... Pero, aun así, era difícil imaginarse a sir Jodido Arnold Gonders vestido de fémina. Horroroso.

—A poco de entrar en el departamento, supongo... —aventuró el comisario jefe intentando tirarle de la lengua.

Pero Rascombe no se dejó enredar por aquel tono confidencial de su superior.

—No..., no se rinden fácilmente, señor —respondió—. Piensan que el hecho de estar en el Cuerpo, y todo eso, viendo a diario los numeritos que se montan tantos pervertidos, usted ya me entiende, debilita la hombría de uno. Y por eso te vienen una y otra vez con lo mismo. Supongo que con alguno tendrán éxito. Claro que en otras ocasiones se meten de narices en una buena ratonera. Eso es lo que les pasó conmigo. Aún estarán preguntándose cómo diablos fueron a parar a chirona. Catorce y diez les echaron. A veces pienso en ellos por las noches cuando estoy sentado frente a la tele.

Y el detective inspector Rascombe sonrió al recordarlo.

—¿Catorce y diez años? —exclamó el comisario jefe—. No me irá a decir que fueron Bugsy Malone y Sundance Kid quienes trataron de llevárselo al huerto... —El inspector asintió—. ¿Y usted los cargó con dos kilos de coca para pringarlos? ¡Santo cielo, Rascombe! Yo siempre pensé que se habían metido en la droga también. Pero tiene mérito, sí. Mucho. Fue una gran idea colgarles ese paquete. Una idea magnífica. Y recuerde esto siempre: se lo tenían bien merecido por haber intentado putear a

un policía. Para mí que no existe mayor cochinada que intentar joder a uno de los nuestros. Bueno... Pienso que algo podremos hacer para evitar que les den la condicional... Como digo siempre, un trabajo bien hecho merece el esfuerzo.

Y el comisario jefe anotó en su agenda que debía tener una conversación con Laurie Osbenn, de la junta de libertad condicional de la penitenciaría de la isla de Wight.

—Bien... ¿Por dónde íbamos?

El detective inspector Rascombe optó por una aproximación con sumo tacto.

—¿Indicios de que alguien se dispone a actuar? —sugirió.

El comisario jefe hizo un gesto de aprobación.

—Algo por el estilo —dijo, y decidió seguir por ahí—. Es sólo un rumor que me ha llegado. Ninguna certeza y, por supuesto, podría quedar en nada.

—Naturalmente. Es lo que ocurre la mayoría de las veces —asintió el inspector, pero añadió para animarle—: Aunque, como yo digo siempre, a menudo estos rumorcillos nos ponen sobre la pista de algo gordo. ¿Alguien que yo conozca?

Sir Arnold volvió a sumirse en una discreción más que notable.

—No..., ni yo tampoco. Ahí está el problema. —Hizo una pausa antes de preguntar—. ¿Le dice algo el término «niñera»?

—Lo natural sólo... —respondió Rascombe—. ¿No estará usted pensando en...

—Pudiera ser, Rascombe... Pudiera ser muy bien —asintió el comisario jefe—. Y, si es así, tenemos que cortar por lo sano antes de que nos encontremos entre las manos con otro maldito caso Orkney. Y, cuando digo cortar, quiero decir cortar de raíz. No pienso permitir que Twixt y Tween pase a la historia como otro lugar donde camparon a sus anchas todo tipo de pederastas. Es una cosa horrenda.

—Repugnante, señor... Abominable de todas todas —dijo Rascombe, obligado a abandonar ahora la idea de que alguien pudiera estar tratando de complicar al comisario jefe en un crimen así. Era evidente el genuino horror de sir Arnold por la pederastía—. ¿Tiene usted alguna idea de por dónde iniciar la investigación, señor?

El comisario jefe contempló la ciudad por la ventana.

—Para empezar, debemos olvidar por completo el Centro de Protección a la Infancia Maltratada de la Asistencia Social —dijo—. Deje caer allí una palabra, y al instante se sabrá en todo el condado.

—Muy cierto, señor. Esos tipos armados de buenas intenciones enredan las cosas hasta extremos terribles.

—¡Bien puede decirlo!

Aunque no lo decía abiertamente, sir Arnold era de la opinión de que casi cualquiera podía enredarle las cosas, fuera o no bienintencionado. Por otra parte, aquella idea de los pederastas era excelente: la mera mención de los corruptores de niños disparaba una carga emocional que cegaba a la gente impidiéndola ver los hechos más obvios. No cabían ambigüedades. Y tenía otras ventajas más. Era, en suma, un espléndido hallazgo. Cortado a medida para aquel apuro.

—Lo que quiero que haga —siguió el comisario jefe— es que busque cualquier indicio, cualquier información de que hay algo extraño. No importa lo insignificante que parezca..., investíguela. Y si mi corazonada es cierta... y recuerde que se trata de una simple corazonada..., si no me equivoco y si lo que escuché tiene algún sentido... —Hizo una pausa y miró un instante a Rascombe como dudando de si el inspector era la persona adecuada para llevar aquel delicado asunto—. Las palabras exactas fueron: «detrás mismo de Stagstead». Por lo visto se trata de un militar ya retirado, que ha encontrado el lugar ideal para hacer ciertas fotos de niños... Ésa es una fuente, y me llegó por pura casualidad, en un cruce de líneas telefónicas. En otras circunstancias no me habría fijado..., de no ser porque el fulano aquel tenía una de esas voces que te suenan, aunque no eres capaz de ponerle rostro. Podría jurar que me lo he encontrado antes metido en estas guarradas. Pude haber colgado el teléfono, pero no lo hice. Y entonces el otro tipo dijo algo que me sorprendió: «¿Crees que debería constar en las páginas de la Gide Bleu?» ¿Qué le parece, Rascombe?

—¿No diría en la Guide Bleu, más bien? Lo de Gide no me suena.

—Bueno... En circunstancias normales, yo también hubiera dicho que se trataba de una mala pronunciación francesa, naturalmente..., pero parecía una voz demasiado engolada para cometer ese tipo de errores. Aunque el quid de la cuestión está en que el otro, el fulano de voz babosa, repitió exactamente lo mismo: «Pienso que no les gustaría figurar en ninguna lista como la Gide Bleu. Hay que ir con mucho tiento». Después de eso, los perdí.

—Eso de la Gide Bleu me resulta muy extraño, señor —dijo el inspector.

—Más extraño de lo que usted se imagina, quizá —asintió sir Arnold, dando gracias interiormente a tía Bea por haber remediado este capítulo de su desinformación literaria. Bea había estado animando a Vy a que desempolvara su francés leyendo *La porte étroite* de André Gide, y el comisario jefe se había sentido herido en su amor propio al tener que confesar que no sabía quién era el tal Gide. Aquella noche, al ir a acostarse, Vy le había dicho: «¡Eres tan analfabeto!» Pues bien, aquella bruja le había servido en bandeja un detalle de erudición que venía de perlas ahora.

—Verá usted, inspector —prosiguió el comisario jefe—. Averigüé luego algunas cosas sobre ese tipo, Gide. ¿Y qué creerá usted que encontré? Que fue un mariconazo horrible, con una debilidad por los chiquillos árabes. Escribió libros sobre ellos. Uno se titula *La puerta estrecha,* y no cuesta mucho imaginar por qué. Inmunda basura. Por donde venimos a deducir nuevamente que la Gide Bleu es... otra cosa.

El inspector Rascombe estaba manifiestamente impresionado.

—Podríamos estar ante algo realmente gordo, señor —dijo—. Quiero decir que, con la mala publicidad que hemos venido teniendo últimamente por lo de la brigada y otros jaleos, podríamos conquistar un poco de apoyo popular poniendo entre rejas a un montón de pervertidos sexuales.

—Eso es exactamente lo que yo pienso.

—Y otra cosa que se me ocurre, señor —continuó el inspector, animado por la actitud de sir Arnold—, es que en la zona de que hablamos, encima de Stagstead, vive gente muy rica, con grandes mansiones, fincas y demás. —Vaciló y miró al comisario jefe con la sensación de estar caminando sobre hielo sumamente fino. Después de todo, el viejo cabrón tenía allí una casa también... Pero sir Arnold estaba muy relajado, aunque se le notaba bastante cansado.

—Ya sé lo que iba usted a decir, inspector, y aprecio su tacto y delicadeza de sentimientos. Pero no debe pensar en mí —dijo el comisario jefe—. Tiene usted un deber que cumplir y ha de ignorar mi posición en la comunidad. Comprenderá ahora por qué le he confiado este caso en particular. Es vital que yo adopte una actitud del todo imparcial y usted es el hombre en cuyas manos puedo dejar el asunto con absoluta garantía de que sabrá llevarlo adelante. Todo lo que tiene que hacer es pedirle al ordenador una lista de los delincuentes sexuales fichados y ver si en esa zona ocurre algo fuera de lo corriente.

Y con la completa seguridad de que el ordenador proporcionaría el nombre del mayor MacPhee y de que cualquier investigación minuciosa en Stagstead sacaría a la luz aquella llamada anónima sobre los Midden y muchachos sodomizados, el comisario jefe despidió al detective inspector Rascombe y se puso de nuevo a trabajar en el sermón que había prometido pronunciar en la iglesia del Santo Sepulcro el domingo siguiente. Pretendía insistir en cuan misteriosos eran los caminos del Señor para lograr sus fines. Y, como de costumbre, el comisario jefe no tenía ninguna duda acerca de a quién se refería el «sus» de los tales fines. Ni dudaba tampoco de que esos fines estuvieran envueltos en misterio.

Iba ya por la mitad del sermón, recalcando la necesidad del castigo para los transgresores como anticipo del que les aguardaba en la otra vida, cuando lo asaltó la sensación punzante de estar omitiendo algo crucial en el aspecto práctico de su propia vida. Había algo que debía hacer si no quería pasarse el resto de su vida a merced del chantaje. Tenía que averiguar quién había sido el verdadero responsable de aquel intento de pringarlo con el joven bastardo. Ya vería la forma de atrapar a tía Bea, pero primero había aspectos que precisaban una auténtica investigación. Y eso no era todo tampoco. Sir Arnold sacudió la cabeza y se levantó para prepararse una taza de café bien cargado. Realmente necesitaba aclarar sus ideas.

20

Para la hora del almuerzo la memoria de Timothy Bright había mejorado considerablemente. Y a la de cenar lo recordaba todo con una nitidez notable.

El proceso se había visto acelerado por el hambre y los olores que le llegaban, suponía, de la cocina. Fue, para empezar, el aroma de los huevos fritos con unas lonchas de panceta. Luego el del cordero asado con romero y, finalmente, a eso de las seis, podría haber jurado que estaban cocinando un jamón de cerdo. En realidad se trataba de una simple chuleta, pero bien tostadita para añadir un chisporroteo incitante y lograr el efecto buscado. Y el olor, el delicioso olor, no procedía de la cocina. Tras quitarse los zapatos, la señorita Midden había subido en calcetines hasta la puerta del antiguo cuarto de los niños cargada con unas fuentes, y las había colocado allí durante diez minutos para que la corriente de aire arrastrara los olores por debajo de la puerta. Luego había vuelto a bajar sigilosamente la escalera, se había puesto los zapatos y subido otra vez, pisando fuerte, a preguntarle si deseaba comer algo. ¡Y vaya si lo deseaba Timothy Bright! Estaba hambriento. Pero seguía negándose a decirle quién era exactamente o por qué había allanado su casa para ir a esconderse debajo de la cama del mayor. Intentó ponerse farruco.

—No la asiste ningún derecho a tenerme encerrado así —le había dicho después de la terapia con el cordero asado. Pero la señorita Midden había negado que lo estuviera reteniendo contra su voluntad.

—Es usted libre de dejar la casa en este mismo instante. Nadie se lo impide.

—Pero usted se niega a darme mi ropa. No puedo salir sin nada encima.

—No le doy su ropa porque no la tengo. La he buscado por toda la casa. Y en el jardín tampoco aparece. Si a usted le da por entrar en las casas de otros como su madre lo trajo al mundo, es asunto suyo. Faltaría más que yo tuviera que proporcionar a los ladrones pantalón y chaqueta.

—Sí, la comprendo —dijo Timothy—. Pero me está usted matando de hambre.

—¡Nada de eso! —protestó la señorita Midden—. Es sólo que no visto a los intrusos ni doy de comer a los que irrumpen en mi casa y se niegan a decirme quiénes son o qué han venido a hacer aquí.

Timothy alegó ignorar también lo que estaba haciendo en su casa.

—Pues será mejor que reflexione sobre ello con todo su empeño porque, hasta que no me diga la verdad y nada más que la verdad, va a seguir siendo un joven muy hambriento. —Se volvió hacia la puerta, pero se detuvo antes de abandonar la habitación—. Claro que si usted quiere que llame a la policía, me encantará complacerle.

El rostro de Timothy se había puesto ceniciento.

—No, por favor... No lo haga —dijo.

Si aquella mujer llamaba a la policía, se vería en un apuro mucho

mayor aún. El hombre de la navaja, los cochinillos, el dinero que le había robado a tía Boskie... No, no podía dejar que llamara a la policía.

Fueron los efluvios de asado de cerdo los que acabaron con su resistencia. En particular el crepitar de la piel al rustirse. Le trajo a la memoria la imagen del cochinillo desollado, junto con el pensamiento de que, en su caso, no habría nada semejante aunque lo asaran. Y el mayor había subido a verle en dos ocasiones para preguntar cómo le iba y asegurarle que la señorita Midden era una persona decente y en absoluto dura de corazón.

—Puede usted fiarse de ella —le dijo—. Tiene muy buen carácter en realidad, pero es una Midden, chapada a la antigua. Hará lo que sea por cualquiera si la tratan como es debido. Pero no soporta que le mientan ni la fastidien.

—Pues a mí no me parece muy amable —replicó Timothy Bright.

—Eso es porque usted se empeña en no decirle la verdad —dijo el mayor—. Odia los embustes y las excusas. Sea franco con ella, que le irá bien. Y otra cosa... Ella no simpatiza con la policía. No la llamará con tal de que usted se decida a contárselo todo.

Timothy quiso saber por qué no le caía bien la policía.

—Dice que son unos corruptos y que hacen objeto de malos tratos a los detenidos en sus celdas. Y le tiene ojeriza al comisario jefe, además. Es un individuo horrible. Seguro que ha leído usted algo acerca de la forma como han amañado aquí pruebas contra personas inocentes. Salió en *Panorama* y en los periódicos. La Brigada de Represión de Delitos Mayores es tan falsa como un billete de nueve libras. Y no digamos en cuanto a brutalidad policial.

Y, tras esta pincelada optimista, el mayor había vuelto a la cocina a exponer su informe.

—Una comida más —dijo— y lo desembuchará todo. Lo que ocurre es que no se fía de ti.

—Yo tampoco me fío de mí —declaró la señorita Midden enigmáticamente, y volvió a ocuparse del asado de cerdo.

A las seis de la tarde, Timothy Bright se vino abajo deshecho en lágrimas. Ofreció contárselo todo si prometían no decírselo a nadie más. La señorita Midden no estaba dispuesta a hacerle ninguna promesa.

—Si ha cometido usted alguna acción realmente horrible, un delito violento como una violación o un asesinato... —empezó. Pero Timothy se apresuró a jurarle que no estaba implicado en nada semejante. Lo suyo era sólo un asunto de dinero y de deudas, y...

—¿Podrían darme algo de comer?

—Dependerá de lo que usted me cuente —replicó Marjorie Midden—. Y si trata de colarme una sola mentira, lo descubriré. Pregúntele a él —añadió señalando al mayor que estaba de pie en el umbral a su espalda.

El mayor asintió. La señorita Midden tenía un olfato prodigioso para las falsedades, dijo.

—Y no crea que por el hecho de tener yo una enemistad personal con el comisario jefe rehusaré entregarlo —remachó ella—. Si me miente, claro.

Timothy le juró por su honor que le diría la pura verdad. La señorita

Midden tenía sus dudas, pero las guardó para sí.

—De acuerdo. Puede bajar a la cocina y contarnos la historia. Envuelto en esa toalla. No pienso darle ropas hasta que sepa con quién y con qué he tenido la desgracia de tropezar.

En la mesa de la cocina, con el olor del cerdo asado llenando la estancia, Timothy Bright contó su historia. Al finalizar, la señorita Midden se mostró satisfecha. Sacó del horno el asado, los chicharrones curruscantes..., patatas, judías, zanahorias..., la salsa de manzana..., y se quedó viéndole comer, pensativa, reflexionando sobre lo que debía hacer. Por lo menos tenía buenos modales en la mesa, y lo que había oído llevaba el marchamo de la verdad. Era justamente el tipo de joven alocado y presuntuoso que se metería en líos con tahúres y traficantes de drogas. La había impresionado en particular su confesión de haber robado las acciones de su tía Boskie.

—¿Dónde vive esa tía suya? —le preguntó.

—Tiene una casa en Knightsbridge, pero reside habitualmente en una clínica. Bueno..., lo que quiero decir es que ya tiene noventa y uno o noventa y dos años, y...

La señorita Midden le había preguntado a continuación la dirección exacta. Aquello alarmó a Timothy.

—¿Por qué quiere saberla? —preguntó. Estaba dando cuenta ahora de un pastel de manzana—. No pensará ponerse en contacto con ella, ¿verdad? Si supiera lo que he hecho, me mataría. Es una anciana de armas tomar.

—Sólo quiero asegurarme de que existe —respondió Marjorie, y le obligó a darle su dirección así como la del tío Fergus y la de sus padres. A Timothy le entró pánico cuando, incomprensiblemente, la vio dirigirse al teléfono del recibidor.

—¡Oh, por amor de Dios! ¡Use el poco cerebro que parece tener! —le espetó cuando Timothy salió disparado detrás de ella sujetándose la toalla a la cintura—. Sólo voy a llamar a información. Vuelva y acabe de cenar.

Pero él permaneció allí de pie mientras Marjorie Midden marcaba el número y recibía confirmación de la existencia de una señorita Bright en la dirección dada. Y de un señor Fergus Bright en Drumstruthie.

—Parece todo en regla —dijo después de colgar el aparato—. Ahora puede servirse café, si quiere.

Media hora más tarde, Timothy Bright regresaba a la antigua habitación de los niños con un libro que el mayor le había prestado. Era una obra de Alan Scholefied titulada, muy oportunamente, *Cazador de ladrones.*

En el piso de abajo, entre tanto, Marjorie Midden olvidaba la cena que tenía delante, absorta en sus reflexiones. No le caía demasiado bien el señorito Bright, pero por lo menos había tenido el buen juicio de contarle la verdad. Tendría que hacer algo al respecto.

En su apartamento orientado a Hyde Park, sir Edward Gillmott-Gwyre colgó el teléfono y dejó escapar un hondo y meditabundo suspiro. No tenía a menudo noticias de su hija y daba gracias por semejante

parquedad. Pero ahora la condenada le acababa de telefonear para decirle que iba a presentarse y que tenía algo terriblemente urgente que decirle.

—¿Por qué no me lo puedes contar por teléfono, querida? —preguntó en tono casi plañidero.

—¡Oh, no, papá! Es demasiado importante para eso —había gimoteado ella—. Y, en cualquier caso, no te gustará.

Sir Edward movió su corpachón en el silloncito. No, ya suponía él que no le iba a gustar. Jamás le había gustado nada de su hija. Por una parte, le recordaba demasiado a su mujer y, además, era la única muchacha a la que había visto pasar de los mofletes de la adolescencia a los michelines de la mediana edad sin una transición, siquiera breve, de esbeltez femenina entre una y otra. Y en cuanto a su cerebro, si podía llamársele así, había permanecido tan vacío como fueron capaces de dejarlo varios centros coeducativos carísimos y una escuela suiza para señoritas.

Para los ojos de su progenitor, poco cegados por el cariño paterno, Vy Carteret Purbrett Gillmott-Gwyre, a sus veintitrés años, había tenido el atractivo físico y mental de una morcilla contaminada de plomo. Por eso se sintió absolutamente feliz cuando Arnold Gonders, a la sazón un simple superintendente, la pidió en matrimonio. Y, como algunos comentaron entonces, su padre no la entregó, sino que se desembarazó de ella en la boda. Pero ahora, a juzgar por su vacuo parloteo al teléfono, pudiera hallarse realmente en un problema serio. Sir Edward no tenía el más mínimo deseo de sacarla de él. Y, para afrontar su visita, se tomó dos copazos de brandy y escondió la botella de ginebra. ¡Maldito si iba a permitir que le diera un tiento! La falta de alcohol, además, abreviaría la visita. Tenía invitado a comer al erudito profesor Elisha Beconn, por lo que procuraría echarla del piso mucho antes de que llegara éste.

A la hora de la verdad, le sorprendió encontrar a su hija completamente sobria y presa, además, de una turbación tan evidente como genuina.

—Veamos... ¿De qué se trata? —preguntó con la total carencia de simpatía que caracterizaba todos sus contactos emocionales con las mujeres de la familia. Lady Valence, su mujer, ya había observado en cierta ocasión que la vida con sir Edward sólo podía compararse a sufrir el proceso de curación del jamón ahumado. «No es que me importe que fume como una chimenea» decía. «Lo que me ha convertido en la mujer marchita que veis es la contumaz misoginia de ese bruto».

Pero era una comparación injusta. El indescriptible aburrimiento que le producía la conversación de su esposa y la estupidez de su hija habían hecho de sir Edward un acérrimo partidario del Movimiento Feminista, como medio para preservar su propia intimidad. «La gran ventaja de la mujer liberada y educada es que no quiere tener nada que ver conmigo», había dicho. Y pasó a convertirse en defensor del lesbianismo universal, hasta el punto de propugnar, por la misma razón, que las mujeres hicieran el servicio militar. Ahora, al encontrarse frente a su sobria y trastornada hija, sólo podía suspirar por que la media hora

siguiente pasara cuanto antes.

—No sé cómo explicártelo, papaíto —dijo Vy, adoptando el tono infantil que suponía de su agrado, aunque nada más lejos de la realidad.

—¿Es necesario que te molestes en hacerlo? —le preguntó su padre—. Si no te sientes...

—Se trata de Arnold, papaíto —prosiguió ella—. Se ha puesto imposible.

—¿Se ha puesto? —recalcó sir Edward, al que siempre le había parecido insoportable su yerno.

—Ha empezado a maquinar contra mí, papaíto... De verdad que lo ha hecho.

—¿Maquinación? ¿Qué demonios trama?

—Quiere hacerme callar.

—¿De veras? ¡Un hombre emprendedor tu marido! Yo intenté conseguirlo durante años con tu madre, pero no me sirvió absolutamente de nada.

El rostro de lady Vy se ensombreció todavía más.

—¿Por qué eres siempre tan desagradable conmigo, papaíto? —gimoteó.

—Porque vienes a verme, querida. Sólo por eso —replicó sir Edward—. Si te mantuvieras alejada de mí, no podría mostrarme desagradable, ¿o sí?

—¡Pero si ni siquiera oyes lo que tengo que decirte! —protestó Vy.

—Trato de no oírlo pero, a pesar de todo, algo queda. ¿A qué parte de tu explicación te refieres?

—A la de que Arnold está maquinando contra mí. ¿Sabes...? Quiere hacerme callar con los periódicos.

—Muy juicioso por su parte, diría yo. Estoy de acuerdo con él. No deberías tener líos con la prensa. ¿De qué te quejas, querida?

Lady Vy miró desesperadamente las paredes llenas de libros y corrió las gruesas cortinas de terciopelo de la habitación.

—El otro día metió un hombre desnudo en mi cama, y luego por poco lo mata a golpes —explicó casi a gritos, dando rienda suelta a su pánico —. Después me obligó a ayudarle a bajarlo al sótano, lo envolvió en unas sábanas, lo ató con metros y metros de cinta, trajo de la cocina una jeringa y...

—¡Aguarda, aguarda un momento! Me he perdido. ¿Dices que Arnold echó mano de una jeringa de cocina? ¿Con qué propósito?

—Para meterle con ella el valium con whisky. Fue espantoso, papaíto.

—Sí, me lo imagino. Una acción repugnante y bastante peligrosa, además. Deberías decírselo. Al fin y al cabo es tu marido, aunque sólo Dios sabe por qué diablos te casaste con esa basura. Pero, en fin... Es tu cama y tienes que dormir en ella.

—¡Pero no con un hombre desnudo, amigo o lo que sea de Arnold, papaíto! No puedes esperar que yo haga eso.

—¿Tú crees? No veo por qué no. Yo diría que cualquiera es mejor que Arnold. ¡Qué horror de individuo! Siempre me lo pareció.

—¡Pero, papaíto...! ¿No comprendes lo que te estoy diciendo?

—Trato de no entenderlo, querida —dijo sir Edward al tiempo que, para

dar mayor énfasis a sus palabras, se aclaraba la boca con brandy y escupía a la chimenea—. Encuentro todo esto sumamente asqueroso. Pero si te empeñas en que yo lo sepa...

Lady Vy hizo una tentativa final:

—Tienes que hacer algo, papaíto. No hay que consentir que Arnold se salga con la suya. Hemos de detenerlo.

Sir Edward encogió sus macizos hombros y guardó silencio. Había comprobado a menudo la eficacia de dejar transcurrir el tiempo en que su hija era capaz de centrar su atención en una cosa, para que ella misma olvidara lo que estaba diciendo. Pero esta vez no funcionaba.

—Me matará cuando averigüe que te lo he contado —estaba diciéndole ahora.

Sir Edward la miró interesado.

—Es una posibilidad, claro —dijo finalmente.

Por una vez su hija había hablado sin la ñoñería habitual.

—Y manchará también tu reputación. Dijo que se encargaría de que la familia entera apareciera en las páginas de la prensa amarilla, junto al padre de Fergie, al príncipe Carlos... Es muy capaz, ya sabes. Ha hecho cosas terribles y sabe que están a punto de arrestarlo; por eso trata de salvar la piel utilizándonos. No lo entiendes... Lo he dejado definitivamente. Y está sediento de sangre.

Empezaban a salirle todas las palabras que tía Bea le había metido en la cabeza y, por primera vez en la vida, sir Edward le prestó atención.

Le había horrorizado en particular la alusión al mayor Ferguson, el padre de Sarah, y por supuesto no le hacía gracia que se hablara de sangre. Se sentía verdaderamente alarmado. Jamás había tenido tiempo para dedicárselo a sir Arnold, pero debía reconocer que el hombre no podía ser tan cretino como parecía. A su modo de ver fue una desgracia que nombraran comisario jefe a un individuo de su calaña; había considerado su nombramiento como un ejemplo más de la decadencia administrativa y de la incapacidad de los hombres de Whitehall para actuar con claridad de ideas en los temas sociales. Ahora la decadencia se manifestaba por todo lo alto con la publicidad de unos pecadillos privados que siempre existieron, pero que nunca habían trascendido al conocimiento del común de los mortales por razones de Estado perfectamente justificables. Mucho habían cambiado las cosas, y ni siquiera la Familia Real era ya invulnerable a las denuncias calumniosas y a la destrucción de una mística que era esencial para la estabilidad política. Sir Edward Gillmott-Gwyre conocía el paño, pero tampoco se hacía ilusiones acerca de la lealtad de sus amigos si llegaran a ponerlo a él mismo en la picota. Le darían la espalda en masa y lo abandonarían sin dudarlo. El atribuía esta tendencia a la necesidad de librarse cuanto antes del contagio del desprecio; algo tan imprescindible como la rápida acción de las hienas para evitar que la carroña de los animales muertos se pudra al sol. Pero, por otra parte, no tenía la menor intención de ser pasto de hienas y, por una vez, la moralidad jugaba de su parte. Porque, si había que dar crédito a lo que le contaba Vy, estaba siendo amenazado por un individuo que era tan descaradamente corrupto como cualquier otro oficial de policía promovido y protegido por la señora

Thatcher. Era preciso invertir la situación apelando al pasado para limpiar el presente. Con frases rimbombantes como ésta, e igualmente hueras, sir Edward había engatusado en otro tiempo a los votantes. No veía ninguna razón para que no pudiera aplicar sus dotes de elocuencia a fines más personales.

—Ahora, querida —le pidió a su hija—, quiero que pongas por escrito..., es decir, que escribas todo cuanto me acabas de contar. —Dudó un instante. Pedirle a la pobre infeliz que redactara algo vagamente coherente, o que escribiera cualquier cosa, incluso, era exigirle un esfuerzo brutal—. ¿Tienes a alguien que pueda ayudarte a escribirlo? ¿Dónde vives ahora?

—Con tía Bea, papaíto —respondió Vy, mucho más feliz ahora que la tormenta parecía haber pasado.

Sir Edward sintió nuevas dudas.

—¿Con tía Bea? —preguntó, consciente de no haber podido reprimir un estremecimiento de horror. En cierta ocasión, a mediados de los setenta, durante una misión parlamentaria informativa enviada a Mongolia Exterior, se había visto obligado a compartir alojamiento con la llamada tía Bea, y la fascinación que ésta sentía por los látigos y las connotaciones sexuales del cuero le resultó al principio divertida y, después, aterradora. Nunca antes le había tocado hacer el papel femenino en un ligue con una mujer. De las experiencias escolares de Eton conservaba un recuerdo bastante malo; pero la de Ulan Bator fue francamente terrible. Que su hija fuera ahora juguete de una mujer como tía Bea le sorprendía por la esperpéntica ironía de la situación.

Sin embargo, no podía tener ninguna duda acerca de la capacidad intelectual de tía Bea cuando se decidía a usarla. Podía dejar tranquilamente en sus manos la redacción del siniestro *curriculum vitae* de sir Arnold Gonders. Y confiarle a Vy, por supuesto. Sir Edward se animó. Volvía a tener una meta en la vida y su hija había encontrado finalmente una mujer que podría sacar partido de ella.

Cuando al rato pudo librarse de lady Vy, hizo varias llamadas telefónicas y se vistió para comer con su invitado. Sondearía al viejo Elisha Beconn acerca de la corrupción policiaca y las formas de combatirla, y pondría en marcha una influencia más. Aquello bien valía descorchar una buena botella de clarete. Además, había descubierto la razón de que la señora Thatcher fuera ardiente partidaria de armar a los musulmanes bosnios: su hijo traficaba en armas y, con tan decidido apoyo a los musulmanes, seguro que le echaba una manita al pequeño Markie en sus negocios en Arabia Saudita. Descubrir las motivaciones reales de la política era para sir Edward el placer mayor de la vida.

21

—¡Por supuesto que no sé dónde está! —respondió desabridamente Victor Gould. Le molestaba que lo llamaran por teléfono a avanzadas

horas de la noche, y en especial que quien lo hiciera fuese Bletchley Bright para preguntarle por su maldito hijo Timothy. En consecuencia, y como además sentía cierto peso en la conciencia respecto del tal Timothy, no se mostró muy amable—. Es verdad que estuvo aquí hace unos días...

—¿Para qué demonios fue? —preguntó Bletchley con su habitual tacto.

—Quizá porque buscaba algún sitio donde quedarse —replicó Victor conteniendo a duras penas su malhumor—. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—¡Preguntárselo...! ¡Maldita sea! ¿Cómo diantre voy a hacerlo? Estoy tratando de averiguar adonde ha ido. El condenado chico ha desaparecido.

—Lo siento mucho. Pero puedo asegurarte que yo no lo tengo.

—Ni a mí se me ha ocurrido pensarlo —dijo Bletchley—. Lo que no entiendo es por qué tendría que ir a verte. En cualquier caso, si lo hace, ten la bondad de decírnoslo.

—¡Descuida! —cortó Victor, y colgó el teléfono con la renovada y furiosa resolución de no tener tratos con la maldita familia Bright en el futuro. Todos sus miembros eran groseros y arrogantes a más no poder, y hasta Bletchley, que habitualmente parecía contarse entre los mejor educados, empezaba a mostrar el pelo de la dehesa. Victor Gould apagó la luz y permaneció tumbado a oscuras preguntándose qué le habría podido ocurrir a aquel maldito Timothy. Quizá se había matado con aquella moto y aún no habían encontrado su cuerpo. No es que a Victor le hiciera gracia semejante posibilidad, pero había que considerarla. Sobre todo le desagradaba la idea de tener todo aquel dinero guardado debajo de la escalera de su casa. Pero lo más importante y decisivo era que debía pensar en el futuro de Henry. Victor Gould estaba resuelto a mantener a su sobrino al margen de todo, fuera lo que fuese lo sucedido aquella fatídica noche. A fin de cuentas, Timothy Bright se había presentado en Pud End sin que nadie lo invitara y metido la mano, robado en realidad, en la lata de tabaco mezclado con «sapo». Lo que hubiera podido pasarle era cosa suya, y no cabía reprochárselo a ningún otro. Habiendo llegado a esta conclusión, Victor Gould se volvió de lado en la cama y se puso a dormir.

En la casa de Drumstruthie no reinaba una paz semejante entre los componentes de la familia Bright. La evidencia de que su hijo era un ladrón se le hacía especialmente dura a Bletchley Bright pero, si bien deseaba arreglar las cosas, no estaba ciertamente dispuesto a pagarle de su bolsillo a tía Boskie aquellas ciento cincuenta y ocho mil libras.

—Más los intereses, naturalmente —puntualizó Fergus.

Bletchley lo miró como si el otro hubiera dicho una obscenidad.

—¡Y un cuerno! —replicó—. Ni aunque Boskie tuviera razón, porque no estoy nada convencido de que todos los hechos que se nos han expuesto...

—Joder! —le interrumpió Fergus—. ¡Deja ya de hablar como un primer ministro en el turno de preguntas...! No me vengas con tonterías. Tu hijo ha robado los ahorros de Boskie y no tiene escapatoria posible. Si quieres librarlo de los tribunales, tendrás que devolverle todo el dinero a

Boskie, con los intereses que le hubieran dado en el banco. Más aún: si esas acciones han subido desde que el condenado muchacho las vendió, tendrás que compensarle también esa pérdida. Bletchley miró desesperadamente a los demás miembros de la familia reunidos en Drumstruthie, pero no encontró ni una sola mirada benévola.

—Nos veremos obligados a vender Voleney casi con toda seguridad —dijo—. Y ya sabéis lo que eso significa. La vieja casa ha pertenecido a la familia desde 1720, y...

—Y seguirá siendo de la familia, Bletchley —tronó el juez Benderby Bright, furioso aún por haber tenido que interrumpir de golpe y porrazo las vacaciones que pasaba a bordo de su yate en Llafranc—. Si has de vender la casa para pagar las deudas de tu chico, ofrécela a la familia a un precio razonable. Porque, de no hacerlo así, se presentará inmediatamente una denuncia contra tu hijo ante el juzgado de delitos económicos. Espero haberme expresado con absoluta claridad.

No podía caber ninguna duda. La propia silla vacía de Boskie era expresión de una censura implacable.

—Si vosotros lo decís, supongo que tendrá que ser de esta forma —admitió Bletchley.

—No será necesario si encuentras a tu hijo y consigues que le devuelva a Boskie su dinero —observó Fergus.

—Pero... ¿cómo voy a poder hacer eso sin atraer un montón de publicidad sobre todos nosotros? —se lamentó Bletchley—. Estoy seguro de que no querréis eso.

Nadie dijo nada, pero los ojos de todos los que se hallaban alrededor de la mesa le observaron con atención. A Bletchley no se le escapó aquel cambio de disposición en su favor.

—Muy bien, pues. Pondré anuncios en los periódicos y haré que publiquen su foto. Seguramente dará algún resultado.

Fue un intento en vano. Ninguno rechistó, aunque los ojos de todos expresaban su veto. Un auténtico Bright jamás hubiera proferido tan terrible amenaza. Bletchley Bright quedó a la altura del betún ante su familia.

—Bueno, bueno..., ¡de acuerdo! —dijo—. Pero no va a ser nada fácil encontrar a Timothy si él no quiere que lo encuentren. Se ha evaporado de la faz de la tierra.

—Muy prudente por su parte —murmuró el juez—. Si yo estuviera en sus zapatos, no daría señales de vida. ¿Has hecho indagaciones en la Legión Extranjera francesa?

—¿Y en la policía? —preguntó Vernon—. Tal vez tengas suerte con ellos. Siempre pensé que dejarle llevar una moto era de lo más peligroso.

—Jamás le animé —replicó Bletchley—. Aparte de que ya tiene veintiocho años. No se le puede llamar un chiquillo.

—No me importa cómo lo llames. Lo que trato de decirte es que pudiera haber salido despedido de ese trasto y hasta quizá... ¿Por casualidad sabes si está asegurado?

—Tiene que estarlo —dijo Bletchley, viendo en ello una leve esperanza.

—No creo que su seguro alcance para pagar a Boskie —observó Fergus

—. Y, en cualquier caso, sería esperar demasiado.

Cuando Bletchley Bright abandonó la reunión era un hombre agotado, hundido. La realidad que había tratado de rehuir a lo largo de toda su vida lo había atrapado finalmente en forma de un vástago disoluto y criminal. Al llegar a Voleney salió a recibirle una Ernestine al borde del ataque de nervios.

—¡Dios santo! —exclamó—. Es demasiado espantoso. ¿Sabes que Boskie se ha fugado?

—¿Fugado? ¿Qué demonios dices? No puede haberlo hecho. No la tienen presa en ninguna parte.

—Son palabras de Fergus. Acaba de llamar por teléfono para darme la noticia. Me ha encargado que te dijera que Boskie se ha fugado de la clínica y se ha ido a Londres a ver al ministro del Interior.

—¡Pero eso es imposible! Está gravemente enferma y...

—Fergus dice que, si se muere, la familia te hará responsable de ello.

Bletchley se quedó mirando a su mujer con los ojos inyectados en sangre. Había venido conduciendo desde Drumstruthie y en el largo viaje había tenido mucho tiempo para tratar de reflexionar.

—Me tiene sin cuidado que se muera esa bruja. ¿Por qué ha tenido que ir a ver al ministro del Interior? ¿A santo de qué?

—Para hablarle de Timothy, claro. Por lo visto se conocen personalmente. Fergus creía recordar que tía Boskie había tenido un lío con él... De hecho, está seguro de que lo tuvo.

Mientras Ernestine se venía abajo y estallaba en llanto, Bletchley agarró el botellón de whisky y se sirvió un buen vaso.

—Si me estás diciendo en serio que tía Boskie, que anda por los noventa, tuvo una aventura con un individuo que, como mucho, no pasa de cuarenta y tres años, debes de estar loca. ¡Tendría sesenta cuando él llegó a la pubertad...! Es una idea francamente obscena. Por amor de Dios, Ernestine... ¡Si sería más vieja de lo que eres tú ahora! No seas tonta.

Su mujer acusó el sarcasmo.

—Sólo te estoy contando lo que me ha dicho Fergus. ¿Y por qué es tan tonto? ¿Te parece una tontería que una mujer de mi edad desee ser amada por un joven sano, dotado de sentimientos auténticos y de un cuerpo capaz de expresarlos? Aquí el único que estás loco eres tú. Loco, loco, loco, loco...

Mientras Ernestine se precipitaba fuera de la sala y sus palabras le llegaban desde el pasillo cada vez más distantes, Blechtley Bright contempló tristemente la espaciosa habitación y dejó que su mente retrocediera en el tiempo hasta alcanzar, siglos atrás, al primer Bright, el viejo Bidecombe Bright, más conocido como «Brandy»; sin duda habría estado alguna vez de pie allí mismo, orgulloso de una vida de éxitos coronada con la construcción de Voleney House. Y ahora, por culpa de la locura criminal de su condenado hijo, él, Blechtley Bright, descendiente directo del viejo «Brandy», iba a tener que vender la casa en la que había nacido, crecido y llevado una vida tan maravillosamente ociosa. Era una perspectiva insoportable. Se sirvió otro whisky y pasó a la salita de armas.

22

Cuando llegó a Fowey, Marjorie Midden era una persona completamente distinta. Había tenido que hacer un trasbordo de trenes para llegar a Plymouth y había dormido muy poco. Al mirarse en el espejo de los lavabos de la estación, pensó que su rostro tenía el punto de sufrimiento justo para representar el papel escogido. Salió, se compró un sombrero redondo y un abrigo azul en una tienda de ropas de segunda mano, se los puso... Entró en otra tienda a comprar una bolsa grande de lona, fue a una agencia de coches de alquiler, en la que contrató un Escort para todo el día, y finalmente tomó con él la carretera en dirección a Put End. Quería llegar a la hora del almuerzo, cuando el señor Gould estuviera demasiado ocupado o hambriento para querer hacerle demasiadas preguntas embarazosas.

Y la verdad es que Victor no le preguntó apenas nada. No tenía ningún interés en saber del condenado Timothy Bright. Aún lo sulfuraba la actitud grosera de Bletchley al teléfono.

—Soy del hospital —le dijo Marjorie—. Vengo a buscar las cosas de Timothy Bright. Está mucho mejor ahora que le han quitado el gota a gota y ha pedido que se las trajéramos.

Victor respondió que se alegraba mucho, aunque no quedó claro si de saber que le habían retirado el gota a gota, de que estuviera en el hospital o, simplemente, de no tener que seguir guardando en su casa las cosas de Timothy Bright. El caso es que fue por ellas, con la señorita Midden pisándole los talones y abrumándolo con su cháchara acerca de lo ocupada que estaba, de que tenía que seguir viaje a Bodmin porque el anciano señor Revis necesitaba su inyección de insulina y... Victor Gould la vio alejarse con el coche antes de darse cuenta de que no le había preguntado siquiera en qué hospital estaba su maldito sobrino. No es que le importara. Aguardaba para el día siguiente el regreso de su mujer, y no se sentía de humor para nada. Decidió no decir palabra de Timothy ni de sus cosas. En lo tocante a la familia Bright, el silencio era oro. En todo caso, ya encontraría la señora Gould bastante materia de que perdonarle sin necesidad de que él le diera más motivos.

A las dos, la señorita Midden subía nuevamente al tren. Acababa de telefonear al mayor para pedirle que fuera a recogerla a la llegada, prevista para las once de la noche.

Para entonces la investigación del inspector Rascombe en torno a actividades inusuales en la zona de Stagstead había desenterrado la llamada telefónica anónima.

—La hicieron el lunes por la mañana, a las once y doce —le informó la agente de servicio—. Voz de hombre. No quiso dejar nombre ni dirección. Llamaron desde una cabina pública. Aquí está escrito todo.

El detective inspector leyó el mensaje:

—«Están abusando de niños en The Middenhall». Repetido dos veces. Interesante..., muy interesante. Ahí es donde vive esa arpía, ¿no? La

que nos dio tantos quebraderos de cabeza hace unos años.

La agente no compartía su ojeriza.

—La señorita Midden. Una dama muy respetable por todos los conceptos. Los Midden llevan siglos viviendo allí.

—Todo eso está muy bien, pero... ¿qué sabemos de ellos? —dijo Rascombe, y siguió revisando la lista de llamadas, en la que había dos robos de coches en Pyal, un robo con escalo en Raften y, finalmente, la desaparición de algunas ovejas en el Loft Fell Moss. Nada que pareciera tener una relación clara con la pederastia. Mejor suerte tuvo con la base de datos del ordenador acerca de los delincuentes sexuales, y en especial al ver aparecer el apellido de un MacPhee que había cumplido condena en 1972 por «homosexualidad» y cuya última dirección conocida, en 1984, había sido el Hotel Ruffles, Stagstead. En el curso de los años, al tal MacPhee lo habían detenido y multado dos veces por embriaguez y conducta desordenada.

—Tendría usted que investigar a este mamón —dijo el inspector al sargento—. Sí, me gustaría saber algo más de este mayor MacPhee.

Pero de hecho el nombre del mayor apareció muy atrás en la lista de delincuentes sexuales interesantes facilitada por el ordenador, y la relación era lo suficientemente amplia como para tener ocupado al sargento mucho tiempo. Fue luego en su despacho cuando, al advertir que la dirección actual del citado mayor MacPhee era The Midden Farm, volvió a interesarse por él. Fue a decírselo a Rascombe.

—O sea, que recibimos una llamada de un bromista diciéndonos que en The Middenhall están abusando de niños, y resulta que tenemos por allí cerca a un individuo con todo un historial de embriaguez, desórdenes y homosexualidad —comentó el detective inspector—. Esto me huele mal, sargento. ¿Qué más tenemos allí? Explíqueme.

—¿En la zona o en la residencia propiamente dicha? —preguntó el sargento.

—¿Residencia? ¿Por qué la llama así?

—No sabría cómo describirla, señor. No es exactamente una casa de huéspedes ni un sanatorio. Al menos, no me lo parece. Es una especie de comuna a la que viene gente y se instala.

—¿De veras? ¿Una comuna? ¿Qué tipo de personas la forman? —quiso saber Rascombe, cuyo olfato policial apuntaba ahora decididamente a The Middenhall.

—Bueno..., no lo sé muy bien. He oído decir a alguien que la señorita Midden... Es la propietaria de la casa, señor, una solterona... Que la señorita Midden le había dicho que eran todos familia y que tenían derecho a vivir allí gratis.

—¡No me diga! ¿Familia? ¿Qué clase de familia? ¿Tienen hijos? —preguntó el detective inspector—. Quiero saberlo todo acerca de esa familia.

—Conseguiré sus nombres a través de las oficinas del ayuntamiento, de las listas de contribuyentes... Quizá nos proporcionen alguna pista.

—Sígala, sargento. Quiero saber todo lo que pueda saberse acerca de The Middenhall y de la gente que vive allí. Envíe a alguien a las oficinas del condado. ¡Ah! Y asegúrese de que proceda con suma discreción. Tal

vez hayamos de vérnoslas con un caso muy serio.

Como resultado de estas instrucciones, se presentó un agente de paisano en la oficina de impuestos locales, donde actuó con una discreción tan inusual que la noticia de que la policía se interesaba por la señorita Midden y por las idas y venidas en The Middenhall recorrió al punto el edificio y, de allí, se extendió a los habitantes de Stagstead en general.

Aquella tarde el detective inspector Rascombe trajo algunos de sus hombres de Tween y montó una unidad especial para vigilar The Middenhall.

—Les he hecho venir —les dijo— porque podríamos estar ante algo gordo. Y si es tan gordo como me imagino, tenemos que actuar con absoluta cautela. Si esto sale bien, podremos dar a nuestra imagen pública el lavado que necesita. Lo que estamos a punto de descubrir hará que la prensa nos idolatre... Considerando toda la mierda que han vertido sobre nosotros, esta vez van a tener que lamernos el culo encantados. —Hizo una pausa para dejar que esta idea calara en sus hombres antes de proseguir—: La única pega es que hemos de enfrentarnos a personas muy influyentes, con respaldo político. Por eso los he traído a ustedes. No son de aquí y no los conocen en este distrito. No podemos permitirnos ningún desliz. ¿Entendido? Muy bien, ¿Alguna pregunta?

Un sargento detective que se hallaba en primera fila levantó el brazo.

—¿Sí, Bruton? ¿Qué hay?

—Yo soy de aquí —dijo.

—Bueno..., sí... Lo necesitamos porque usted conoce el terreno. Por eso está usted aquí.

—¿Podría decirnos dónde se está cometiendo el delito, señor?

—A su debido tiempo. Lo sabrán a su debido tiempo, sí. Ahora sólo quiero que se formen una buena composición de lugar para que el asunto no se nos vaya de las manos. Porque eso es lo que podría ocurrir si armáramos demasiado alboroto. De hecho, en el instante en que esos tipos huelan un policía, les entrará tal cagalera que escaparán corriendo y no sabremos ni si estaban allí. Así que lo que hace falta es una vigilancia de largo alcance, prolongada, lo cual nos lo pone más difícil aún. ¿Entendido? Muy bien. —Y tras haberse respondido a sí mismo, el detective inspector inquirió si alguien más quería preguntar algo. De nuevo alzó el brazo el sargento sentado en la primera fila.

—Al decir una vigilancia de largo alcance, ¿a qué se refiere exactamente, señor?

Rascombe miró a Bruton dubitativamente. Empezaba a cuestionarse si sería prudente tener en el equipo a semejante agitador. Porque, para la mentalidad del detective inspector, las preguntas equivalían a problemas. Cuantas menos hiciera uno, mejor. Y mejor le caía también. Estaba empezando a cobrarle manía al sargento.

—Por vigilancia de largo alcance, sargento —respondió adoptando la jerga oficial—, se entiende la evitación de toda línea de contacto visual con el sospechoso o, como en el presente caso, los sospechosos; el uso de equipo audiovisual auxiliar en un contexto no observativo para

mantener un seguimiento continuo de los modus vivendis y operandis de los dichos sospechosos; y, finalmente, la valoración del material así obtenido por parte de agentes entrenados con vistas a elaborar un perfil psicológico comprehensivo y profundo de la psicología del sospechoso o los sospechosos. Espero haberme explicado con claridad, sargento.

Por un instante pareció que el sargento Bruton iba a responder la verdad. Pero prevaleció la discreción.

—Por supuesto, señor. Sólo quería estar seguro —dijo—. Ha quedado claro, muy claro.

El inspector Rascombe se acercó a la puerta, comprobó que no hubiera nadie en el pasillo y luego la cerró con cuidado antes de volver a dirigirse a su equipo con andares furtivos.

—Cuando les revele la zona en que va a desarrollarse nuestra investigación, pienso que convendrán conmigo en la necesidad de una discreción total —dijo bajando la voz al tiempo que desplegaba un mapa a gran escala del páramo por el norte. Hubo un súbito destello de interés en las miradas de los agentes. Todos sabían quién vivía allí. El puntero esgrimido por el inspector Rascombe se movió hacia The Middenhall—. Como todos ustedes pueden comprobar por el presente mapa, nuestro objetivo concreto no es un lugar fácilmente accesible. Ésta es, casi con toda seguridad, la razón de que fuera elegido para tan horribles actividades. Y hace condenadamente difícil la vigilancia. Por aquí tenemos el campo abierto, el páramo, que se extiende a lo largo de varios kilómetros hasta alcanzar aquí la antigua carretera de Parson y Six Lanes End. No hay nada donde emboscarse por este lado, salvo uno o dos cercados de piedra seca y algunas ovejas; lo cual, como podrán ustedes ver, no es de gran ayuda. Aquí se encuentra la granja Midden, que ha de estar bajo vigilancia continua. A la derecha, siguiendo la carretera, está el lugar llamado The Middenhall. Es un objetivo importante; el objetivo principal, de hecho. Como podrán ver por sí mismos, aquí, hacia el sur, hay un lago; y por detrás, a través de estos bosques, se llega a la cantera. Más allá de ellos corre el río Idd, que ofrece una excelente cobertura a lo largo de sus orillas y en los meandros que traza en el valle. Ésta es, a mi entender, la única ruta de aproximación posible para las patrullas de vigilancia. Pero, aun teniendo en cuenta todos estos factores, no la tomaremos. ¿Alguien podría decirme por qué?

—¿Guarda tal vez alguna relación con el hecho de que la señorita Midden pueda esperar que la utilizaremos? —dijo el sargento Bruton desde su puesto en primera fila. El inspector lo observó con renovada curiosidad.

—Muy inteligente por su parte, Bruton —dijo—. Ha dado usted en el clavo. Pero... ¿nos puede decir cómo ha adivinado a quién me he estado refiriendo desde el principio?

El sargento Bruton agachó la cabeza y se estuvo mirando las rodillas antes de volver a levantarla y responder:

—Bien, señor... Usted nos dijo que debíamos vigilar continuamente The Middenhall... Y puesto que la señorita Midden es la propietaria de The Middenhall y de la granja Midden, deduje que pudiera estar

implicada..., o algo así.

—Muy bien. Me alegra ver que se lo toma usted con mucho interés. ¿Alguien más tiene algún comentario que hacer?

—Si no vamos a usar la protección del río para aproximarnos, ¿por dónde lo haremos? —preguntó un detective sentado en la tercera fila. El inspector Rascombe sonrió.

—Por aquí —dijo, señalando la extensión de campo abierto por el oeste—. Acercándonos por este camino, evitaremos hacer lo más obvio, que es lo que ellos estarán esperando que hagamos. El último lugar por donde supondrán que llegaremos es por el páramo. Así que ésta será nuestra ruta.

—Pero yo pensaba... Bueno..., nada, señor —comenzó a decir el sargento Bruton y se abstuvo de señalar que, si lo que había dicho antes el inspector era cierto y los sospechosos que residían en The Middenhall huirían a todo correr en cuanto olfatearan a un policía, a estas horas ya estarían muy lejos y no habría forma de verlos en la polvareda, porque era de dominio público en Stagstead que la policía iba a investigar a la señorita Midden. Creyó más seguro no decir nada. A mayor abundamiento, él había colaborado personalmente con la señorita Midden en varias comisiones para reunir fondos para fines benéficos, y no podía imaginarla implicada en una red de pederastas. Pero... si el idiota del inspector se empeñaba en seguir adelante, no había forma de detenerlo. Más valía no meterse en líos. Rascombe estaba ya formando las diversas unidades y asignándoles las respectivas misiones.

—La unidad A se encargará de la identificación del tráfico —dijo—. Symes, Rathers, Blighten y Saxton. Observación permanente de todos los vehículos que circulen por esta carretera. —El puntero se movió siguiendo la línea de la carretera que iba a The Middenhall y a la granja—. Quiero la matrícula de todos los coches y, si hubiera algo fuera de lo normal, llamarán a la base, aquí, donde la unidad B continuará la vigilancia y, en el caso de que el vehículo que se aproxime deba ser seguido o interceptado, se encargará de ello.

A medida que daba las instrucciones, se iba revelando la amplitud de la operación.

—No habrá comunicación por radio salvo en caso de absoluta emergencia —prosiguió Rascombe—. La comunicación entre las unidades A y B se efectuará mediante enlace telefónico directo. Ya he hecho gestiones con la compañía telefónica para disponer de una línea lo antes posible. Mientras tanto, la unidad A utilizará la cabina de teléfonos de Iddbridge para informar a la unidad B. Por el otro lado del mismo sector de vigilancia, esta carretera de detrás que recorre el valle del Idd estará vigilada por la unidad C, con hombres a uno y otro lado del río, aquí, y se determinará un tiempo medio de trayecto entre los dos puestos de observación. Cualquier vehículo que no aparezca por el otro extremo en dicho tiempo medio, y que por consiguiente pueda haber dejado o, alternativamente, tomado en el trayecto a alguna persona con procedencia de o destino a nuestro objetivo principal, será observado con particular interés y, en caso necesario, interceptado aquí... —Señaló con el puntero un cruce de carreteras cinco kilómetros más al norte.

—*¿Y* si circula en dirección contraria, señor? —preguntó un detective, que vio recompensada su observación con un fruncimiento de cejas que el inspector Rascombe trató luego de transformar en sonrisa.

—Buena pregunta, muy buena pregunta. Me satisface que la haya planteado —dijo subrayando cada sílaba, como si estuviera marcando un paso de desfile—. Los vehículos que accedan a la zona en dirección norte-sur serán interceptados..., serán interceptados... —El puntero osciló vagamente en busca de algún cruce de carreteras adecuado y finalmente señaló Iddbridge, a unos ocho kilómetros de distancia—. Aquí. O, alternativamente, aquí... —Esta segunda posibilidad era una cañada para el ganado, situada a unos cuatro kilómetros de la carretera de Iddbridge. Pero, antes de que pudiera suscitarse cualquier debate sobre los diversos problemas que plantearía semejante punto de intercepción, el inspector Rascombe había pasado a otro tema—: Yo personalmente dirigiré las unidades D y S, que serán unidades de vigilancia para cubrir la granja, el edificio principal y la finca. Pretendo establecer una base móvil sobre esta zona, aproximadamente, y Six Lanes End. Nos desplazaremos de noche y confío en que podremos interpolarnos en los terrenos de la finca a cubierto de la oscuridad para trabajar en turnos de veinticuatro horas, a tenor de las circunstancias que se den en su momento...

Por espacio de otros tres cuartos de hora el detective inspector siguió ronroneando, y sólo cuando el sargento Bruton, para mantenerse despierto, había garabateado por decimoquinta vez en su bloc de notas: «Buscar "interpolar" en el diccionario», volvió Rascombe a referirse con rodeos a la naturaleza de los crímenes que supuestamente estaban investigando.

—Tenemos que prestar particular atención —dijo— a cualquier niño o niños, en plural, que sean introducidos en la zona de The Middenhall, o que, ojalá, sean sacados de ella... ¿Sí, sargento?

—No estará usted sugiriendo que la señorita Midden pueda tener algo que ver con abusos a menores..., ¿verdad, señor? —preguntó el sargento Bruton, casi sin poder contenerse—. Quiero decir que la señorita Midden es..., bueno que eso, creo yo, es una... —Renunció a seguir.

—Cuando usted lleve en el Cuerpo tanto tiempo como yo, sargento —respondió el detective inspector, que en realidad llevaba bastante menos que Bruton—, aprenderá que la apariencia exterior de algunos de los criminales más peligrosos está en relación inversa a su peligrosidad. Recuérdelo, sargento, y no se dejará engañar. O viceversa, naturalmente.

Al caer la noche, las distintas unidades habían tomado posiciones en torno a The Middenhall. La Operación Churumbel, como había decidido llamarla en clave el inspector Rascombe, estaba en marcha.

23

Era ya más de medianoche cuando Marjorie Midden llegó por fin a casa. Estaba exhausta, y muy feliz también.

—Creo que el cuerpo me está pidiendo a gritos una copita —dijo. Y, sacando del armario una botella de licor de endrinas elaborado por ella misma antes de Navidad, se sirvió un vaso. Luego miró dubitativamente al mayor. El pobre hombre contemplaba con tanta ansiedad la botella, y había manejado tan bien a Timothy Bright...—. Bueno, anda... Acompáñame. Trae un vaso para ti. Tenemos motivos para celebrarlo. No sé cuánto dinero habrá en esta bolsa pero, así, por encima, yo diría que alrededor de medio millón de libras. Porque el paquete debe de contener dinero también. Tenía que llevarlo a España para dárselo a alguien allí. Así que, ¡a nuestra salud! Y no te quedes tan pasmado. Sólo es dinero.

Al mayor le había dado un pasmo, en efecto; tanto que aún no había tocado su vaso de pacharán.

—¿Medio millón? ¿Medio millón? —tartajeaba. ¡Y decía que era sólo dinero! El mayor MacPhee jamás había estado en presencia de tanto dinero en su vida. Y nunca en presencia de una mujer capaz de tratar con semejante desdén una suma así. No encontraba palabras para expresar su estupefacción.

—Puede que sea menos, o que sea más —añadió la señorita Midden—. Pero... ¿qué importa eso? Es un dineral. Y punto.

—¿Qué vas a hacer con él? —consiguió articular el mayor finalmente.

Marjorie se sentó a la mesa de la cocina y sonrió. La suya era una sonrisa exultante, con una pizca de malicia. El mayor era un hombre débil y tenía que saber de inmediato que no iba a dejarle tocar ni un penique de aquel dinero.

—Voy a irme a dormir con la escopeta al lado de la cama. Eso es lo primero que haré —respondió—, Y después..., ya veremos.

Acabó su vasito de licor y, agarrando la bolsa de lona, fue a su despachito en busca de la escopeta y de una trampa para topos. Las trampas para topos eran útiles para cazar más cosas que topos. Manos, por ejemplo. Una vez en su dormitorio, vació la bolsa y metió el dinero en una caja de cartón que dejó encima del viejo armario de caoba. Después de lo cual rellenó la bolsa con cajas de zapatos vacías y algunas ropas viejas. Finalmente colocó en el centro la trampa para topos, lista para saltar y tapada con un pedazo de papel. Cerró con llave su puerta y encajó una silla entre la manija y el suelo. Sólo entonces se metió en la cama. Fuera el tiempo había comenzado a cambiar. Una brisa nocturna sopló sobre el páramo y con ella llegó la lluvia, rachas de lluvia que el viento lanzaba contra la ventana. Marjorie Midden durmió profundamente. Había comenzado a realizar lo que se había propuesto. Algo que tenía muy poco que ver con el dinero.

Llovía aún por la mañana cuando se acercó a la granja un motorista y llamó a la puerta de detrás; traía un paquete envuelto en papel marrón. Un poco contrariada por tener que delatar su presencia en la casa, la

señorita Midden fue a abrir.

—Paquete para el mayor MacPhee —dijo el mensajero, y se lo entregó junto con un albarán para que lo firmara.

Marjorie dejó el paquete en la mesa de la cocina y siguió con la vista al mensajero mientras se alejaba en la moto. Luego subió al antiguo cuarto de los niños a llevarle el desayuno a Timothy.

—Le traeré algunas ropas —le dijo—. Las del mayor no son de su talla. Es mucho más menudo. Pero creo que tengo algunas cosas de mi abuelo que le servirán.

Timothy le dio las gracias y se puso a dar buena cuenta de los huevos fritos con lonchas de panceta y el tazón de leche con copos de avena. Seguía sin saber dónde estaba pero, por lo menos, la comida era excelente. No había comido tan bien desde hacía siglos. E incluso se estaba evaporando el pánico. Empezaba a sentirse seguro.

La señorita Midden regresó al poco rato con unos pantalones azules con peto, una vieja camisa sin cuello y un jersey que tenía agujereados los codos. Traía también un par de botas que parecían haber servido para trabajar en el huerto y tenían la suela claveteada con tachuelas oxidadas. Eran de un número bastante mayor que el que él calzaba y carecían de cordones.

—Pero ni se le ocurra dejar la casa —le dijo la señorita Midden—. Ni asomarse a las ventanas. Quiero que sólo otra persona más sepa que está usted aquí.

—¿Qué persona? —preguntó Timothy alarmado.

—La que lo trajo —respondió la señorita Midden, y bajó las escaleras para encontrarse con el mayor de pie junto a la mesa de la cocina, contemplando el paquete enviado a su nombre.

—Anda, no te quedes ahí como un pasmarote. Ábrelo e invítame a un dulce —le dijo al mayor.

—Pero si no sé lo que es... Yo no he encargado nada. No imagino quién me lo envía.

La señorita Midden se había puesto a fregar.

—Alguna de tus admiradoras de la casa grande —sugirió—. Una pasión otoñal... La señora Consuelo McKoy, probablemente. Está convencida de que eres un auténtico militar. Eso le pasa por haber vivido demasiado tiempo en California, en la tierra de la fantasía.

A su espalda, el mayor se había hecho con unas tijeras y cortaba la cinta adhesiva del paquete. Permaneció callado unos instantes y luego lo oyó respirar como si jadeara. Al volverse vio lo que había sobre la mesa. No eran dulces. Cualquier cosa menos dulces. Objetos nauseabundos más bien. La señorita Midden no había visto nada semejante en su vida. Y ciertamente no deseaba volver a ver nada igual mientras viviera. La mirada que dirigió al mayor era expresión de un asco extremo.

—¡Cochino animal! —exclamó con voz ronca—. Eres una bestia repugnante..., un sucio pervertido. ¡Con niños...! ¡Con niños pequeños! Eres la forma ínfima del reino animal..., ni eso. Porque los animales no torturan a sus crías. ¡Puaj!

Pero el mayor MacPhee no dejaba de sacudir la cabeza y su cara se había cubierto de retazos purpúreos.

—Yo jamás he pedido estas cosas —tartamudeó—. Te juro que no. No lo he hecho. Y no sé de dónde vienen. No me gustan tampoco, en absoluto. Yo...

Marjorie Midden no dijo nada más. Reflexionaba a toda velocidad. Por una vez se sentía inclinada a creer al mayor. Si había pedido todo eso, no iba a ser tan necio como para abrir el paquete en su presencia. De eso estaba segura. Se lo hubiera llevado a su habitación para refocilarse con aquellas asquerosas fotografías y revistas en privado. Por otra parte, en lo tocante a... ¡Tocar!

—¡No las toques! —le gritó—. Voy a buscar una caja y un trapo. Pero tú no las toques.

Empleó en realidad un par de guantes y metió cuidadosamente aquella porquería, creación de mentes enfermas y codiciosas para sacar dinero de otras mentes enfermas y depravadas, dentro de una caja de cartón. El mayor la observaba mientras tanto, perplejo y apesadumbrado, repitiendo a cada momento sin dejar de sacudir la cabeza y a punto de saltársele las lágrimas:

—Yo no he sido, no he sido...

—La pregunta correcta es por qué a ti —dijo Marjorie—. Háztela tú mismo. Primero él debajo de tu cama, desnudo y sin sentido. Y ahora esta obscenidad...

Se calló. La cosa se estaba poniendo francamente mal. Alguien tramaba algo contra el mayor. Y la encontraría con él. ¡Narices si se iba a dejar! Pero con todo aquel dinero en la casa, el peligro era mucho más grave. Tendría que actuar rápidamente.

—Hemos vuelto de viaje esta mañana temprano —le dijo al mayor—. Digamos que ha cambiado el tiempo, o algo así. En todo caso, ya hemos regresado. Pon esta porquería en la parte de atrás del coche y tápala con... No, mejor aún: mete la caja en una bolsa de basura.

Y dejando al mayor intrigado por lo que pudiera llevarse entre manos, subió apresuradamente a su cuarto y vació sobre la cama el contenido de la bolsa de lona disparando la trampa para topos. Luego volvió a meter el dinero en la bolsa y, con ella, bajó otra vez las escaleras. Se encasquetó su sombrero viejo y un impermeable, y salió hacia el granero. Cinco minutos más tarde llegaba con el coche a The Middenhall. No había nadie a la vista. Eran muy poco madrugadores. Pudo, pues, pasar por delante de la puerta principal y dar la vuelta al edificio para alcanzar la parte de detrás sin que la vieran. En el huerto tapiado posterior habían construido durante la guerra un profundo refugio antiaéreo, con unos escalones de hormigón que se perdían en la oscuridad subterránea. La entrada estaba tapada por zarzas y por una buddleia silvestre, y la hierba había crecido sobre la pequeña elevación que formaba. Que Marjorie supiera, nadie la había descubierto desde hacía muchos años, pero ella la conocía desde niña. Había pasado mucho miedo cuando una vez bajó allí con su primo Lennox. En los pasadizos había casi un palmo de agua, y el frío, la oscuridad y las explicaciones de Lennox de que había servido para torturar a los prisioneros la llenaron de horror. Pero ahora necesitaba aquel profundo y escondido refugio. Se escurrió por debajo de las matas, apartó la tierra

que cubría la puerta de hierro y, por fin, la abrió. Luego fue al coche a buscar una linterna y la bolsa de lona y se hundió en las tinieblas. Seguía habiendo agua. Quizá la misma en la que había chapoteado treinta y dos años antes. Pero esta vez Marjorie no tenía miedo. Estaba decidida a todo. Alguien la estaba desafiando y ninguna cosa podía parecerle más apasionante. La encantaba luchar.

Al fondo del largo pasadizo, tras dejar a uno y otro lado habitaciones con oxidadas literas de hierro, la linterna iluminó lo que estaba buscando: una especie de nicho alargado a media altura en la pared de hormigón. Lennox le había explicado que era para depositar los cadáveres de los hombres fusilados allí. En realidad no tenía ni idea de para qué pudo servir. Pero no podía verse desde la puerta y nadie que se asomara simplemente a ella lo descubriría jamás, a menos que entrara en la habitación y la mirara bien. Pasó la mano por dentro del nicho y lo encontró seco. Serviría, pues. Metió la bolsa dentro, regresó al coche en busca de la caja con las revistas y fotografías obscenas y la depositó también allí, no sin antes sacarla de la envoltura de plástico y emplear ésta para guardar la bolsa que contenía el dinero; así se mantendría seca en la húmeda atmósfera del antiguo refugio. Cuando lo tuvo todo listo, regresó chapoteando por el pasadizo, subió los escalones de la entrada y atisbo por entre los arbustos antes de salir para asegurarse de que no hubiera nadie cerca. La tierra y las matas volvieron a caer sobre la puerta de hierro al cerrarla.

Para cuando se sentó otra vez al volante del viejo coche, apenas advirtió ninguna señal de movimiento en el interior del edificio. Regresó, pues, a la granja. Ni siquiera había tenido que decir en The Middenhall que estaba ya de vuelta de su viaje de fin de semana. No había visto a nadie.

Pasó el resto del día ocupada en las tareas domésticas y planeando su siguiente jugada. Fuera continuaba arreciando la lluvia y el viento racheado obligaba incluso a las ovejas a apiñarse junto al terraplén de la vieja cañada, al resguardo de los frondosos arbustos— de espino. Al caer la noche, llovía más aún y el viento ululaba a su paso por las chimeneas y entre el ramaje del bosquecillo que limitaba por detrás la finca de los Midden.

Para los agentes que participaban en la Operación Churumbel, la noche no invitaba a pasarla al raso. Pero el detective inspector Rascombe se mostró inflexible. Una noche sin luna, húmeda y ventosa era justamente la noche ideal para que los pervertidos habitantes de The Middenhall se quedaran dentro de la casa, pasando vídeos pornográficos. Ni por asomo se les ocurriría poner vigilancia alerta al eventual despliegue de unidades de policías con los uniformes de camuflaje polar que les habían sido facilitados por los marines de la Royal Navy, en un intento de pasar por ovejas pastando tranquilamente a lo ancho y largo de Scabside Fell. Reunió, pues, a sus hombres en la carretera de Parson, desde donde tendrían que atravesar tres kilómetros de áspero terreno hasta llegar a la vista de The Middenhall, todo ello desafiando la oscuridad, la lluvia y el viento nocturnos.

—Una vez que la avanzadilla se haya situado en el parque de enfrente de la casa y los grupos auxiliares estén listos para dirigirse hacia la granja, quiero que se muevan con la máxima precaución. Rutherford: usted y Mark rodearán el lago por aquí...

Justo en ese momento un agente abrió la puerta de la furgoneta de la compañía telefónica que el detective inspector empleaba como centro de operaciones, y la corriente de aire desprendió el mapa topográfico de la zona que tenían desplegado en la pared interior del vehículo. El recién llegado y el sargento Bruton consiguieron volver a extenderlo para que Rascombe pudiera continuar dando instrucciones.

—Como estaba diciendo, se reunirán con Markin y Spender aquí, en la parte baja de la vía de acceso, y tratarán de hacer un reconocimiento visual de la casa, por las partes delantera y trasera. ¿Alguna pregunta?

Al sargento Bruton se le ocurrían muchas, pero tuvo el buen juicio de no hacerlas. Otro agente, en cambio, quiso saber cómo debería actuar en el caso de que alguno de los sospechosos le saliera al paso y le preguntara qué estaba haciendo allí.

—Bien... En primer lugar, confío en que los ejercicios que hemos practicado evitarán semejante eventualidad. Y en segundo, doy por sentado que todos ustedes actuarán guiándose por su propia iniciativa. Lo único que yo no diría es que son agentes de la ley. Es obligado, si no queremos que los sospechosos se den el piro inmediatamente. Pueden decir que son excursionistas que se han extraviado o cualquier otra cosa que parezca razonable en la situación concreta. Les aconsejo, sin embargo, que no se hagan pasar por vendedores de helados.

Y, tras poner esta nota de humor, Rascombe deseó buena suerte a sus hombres y los grupos de vigilancia se desplegaron por el páramo. Eran las once y media. A unos seis kilómetros de allí, en la carretera que discurría por detrás de The Middenhall, la unidad C informaba que ningún vehículo había circulado entre sus puntos de control desde las nueve y media. Solicitaban permiso para retirarse. Como tenían que emplear el teléfono público de Iddbridge, Rascombe no tuvo conocimiento de la llamada hasta la una y cuarenta y un minutos, cuando se presentó en el centro de operaciones móvil un detective de Stagstead portador del mensaje.

—¡Por supuesto que no pueden irse a sus casas ahora! —exclamó irritado—. Ya hay designados agentes que los relevarán al término de su periodo de vigilancia.

—Sí, señor, ya lo sé —dijo el detective—. Pero la carretera está cortada por obras junto al río y nadie va a pasar por ella. No hay ninguna necesidad real de mantenerla vigilada.

El detective inspector Rascombe no iba a dejarse persuadir tan fácilmente.

—Razón de más para no quitarle ojo de encima —observó—. Si alguien circula por ella estando cerrada al tráfico, significará forzosamente que la están utilizando para algún siniestro propósito. Es evidente que así debe ser.

—Pero es que nadie pasa por allí. ¿Cómo van a hacerlo?

—El cómo es lo de menos —sentenció Rascombe—. Dígales que

redoblen la vigilancia a partir de ahora, que estén con tres ojos.

—¿Al estilo cíclope, señor? —ironizó el detective, y se apresuró a salir de la furgoneta antes de que su jefe pudiera digerir la alusión y responderle que no se mostrara impertinente.

En su cuarto de la granja, el mayor MacPhee se entretenía con su viejo aparato de radio. Estaba captando mensajes extrañísimos, totalmente desprovistos de sentido, a su juicio. Porque lo cierto es que las advertencias de Rascombe acerca del silencio radiofónico estaban siendo ignoradas por sus hombres. El mayor, pues, se enteró de la asombrosa noticia, trasmitida con sorprendente claridad entre un cúmulo de obscenidades, de que alguien llamado Rittson acababa de hundirse en un «jodido y apestoso agujero o algo así» (un lavadero de inmersión para las ovejas, en realidad). Y estaba ya haciendo conjeturas acerca del tal agujero y del extraordinario hecho puesto por el azar en su conocimiento, cuando el individuo llamado Rittson fue conminado a mantener el silencio de radio.

«Deben de ser marines de maniobras en las marismas de Meltsea», pensó el mayor. Apagó la radio y se puso a dormir.

Fuera, en el páramo, diez hombres avanzaban mediante una extraña serie de pequeñas carreras en zigzag, como el detective inspector Rascombe había ordenado. Se adelantaban primeramente dos, dando traspiés, y a los pocos metros se agachaban y permanecían agazapados, mientras saltaba tras ellos otro grupo de cuatro, que los rebasaban, y después los cuatro restantes. Con esta curiosa y supuestamente ovejuna técnica de desplazamiento fueron ganando terreno entre cortinas de lluvia y ráfagas de viento. A su alrededor, las auténticas ovejas se dispersaban en la oscuridad para detenerse a una distancia respetable y volverse a mirar a sus extraños imitadores.

De esta forma el grupito atravesó la extensión de terreno abierto y saltó uno tras otro los cercados de piedra seca, no sin haber sufrido alguna sensible baja, como la del detective Rittson, caído en el lavadero de ovejas.

Para las dos de la madrugada habían alcanzado su primer objetivo, el bosquecillo de la orilla del lago más distante de la casa, desde donde tenían a la vista The Middenhall dominando la superficie del agua. El imponente edificio se hallaba prácticamente a oscuras; dentro sólo brillaba una luz. Pero los focos exteriores proyectaban su luz sobre el lago y se reflejaban en sus aguas entre los nenúfares.

—Desde aquí es muy difícil ver nada con esos condenados focos —dijo el detective llamado Mark—. Y nos pueden descubrir de inmediato.

Se introdujeron a gatas en el bosquecillo y probaron desde el otro lado. También allí los focos dificultaban notablemente la visión.

—El inspector nos encargó que vigiláramos también la granja —recordó Markin—. Supongo que será mejor que vayamos hacia allí.

El y Spender, pues, bordearon el lago, cruzaron el puentecillo que coronaba la compuerta y siguieron por la carretera que se dirigía a la granja Midden. A sus espaldas, Rutherford había descubierto una zona

de sombras en un ángulo del edificio, donde estaban los contenedores de basura; y, dejando que Mark probara por el ala opuesta, en que los numerosos arbustos de azaleas ofrecían cierta protección, gateó por el césped. Había llegado ya a unos diez metros de la casa cuando algo pasó por delante de él. Incapaz de identificarlo exactamente, obedeció las órdenes recibidas y retrocedió a la manera ovejuna: a cuatro patas y tratando, al mismo tiempo, de mantener la vigilancia al frente. En realidad había alborotado a una familia de tejones. Se escuchó un fuerte ruido metálico al caer la tapa de uno de los contenedores de basura; luego gruñidos y el roce de unas patas escarbando en la tierra. Pero el detective Rutherford había dado media vuelta y rodaba ya por el césped para ganar apresuradamente el puentecillo de madera.

—La cosa está fatal —dijo a sus compañeros—. Tienen alguien de centinela en la parte trasera. Será mejor que nos larguemos.

La primera fase de la Operación Churumbel había sido un completo fracaso.

24

Al llegar el viernes, hasta el propio inspector Rascombe empezaba a perder la moral. Tres de sus hombres estaban de baja: uno con cierta desagradable afección de la piel provocada por el baño en el lavadero de ovejas, otro con un tobillo torcido y un tercero aquejado de pleuresía. Como informó al comisario jefe:

—El lugar está tan en el quinto pino y es tan difícil de cubrir, que estamos teniendo verdaderas dificultades.

Ya se lo imaginaba el comisario jefe. Sus propias investigaciones privadas tampoco lo llevaban a ninguna parte, y comenzaba a pensar si no sería que la condenada tía Bea había discurrido ella sola aquella jugada para apartar a lady Vy de él. Esta hipótesis se vio reforzada por una cáustica llamada telefónica de su suegro, en el curso de la cual sir Edward le había dicho sin ambages lo que pensaba exactamente de él, dejando caer de paso la información de que por una vez su hija demostraba algún sentido común yéndose a vivir con una desenfrenada lesbiana. Pero en aquel arrebato de sir Edward hubo más amenazas de problemas. Iba a almorzar en breve en el número 10 de Downing Street, y se proponía comentar con el primer ministro el tema de las deplorables tendencias del comisario jefe. Había sido, en suma, un desagradable monólogo, en el que sir Arnold apenas pudo meter baza para negar que se dedicara a llevar jóvenes drogados al lecho conyugal y que estuviera «metido» en asuntos de sábanas y cinta de embalar.

—¿De verdad esperas convencerme de que no metiste una jeringa de plástico en la boca del marica ese para cargarlo con una mezcla de valium y whisky? —le gritó sir Edward.

El comisario jefe lo esperaba. Naturalmente que sí lo esperaba. Jamás había oído una acusación tan descabellada.

—Pues mira..., ¡yo sí le doy crédito! —tronó su suegro—. Porque esa idiota de hija mía tiene menos cerebro que un piojo y no habría podido inventarse una historia así ni en siglos de estrujarse las meninges. Drogaste a ese marica y lo envolviste en sábanas. Sabes que lo hiciste. Y si piensas...

Sir Arnold pensó. ¡Vaya si pensó! Dedicó toda la noche a anotar nombres, direcciones y cantidades de dinero entregadas a unos y a otros, que parecían ser su única protección ahora. Pero aun así no quiso desanimar al detective inspector Rascombe. El muy idiota no podía hacer ningún daño, y tal vez consiguiera sacar algo de sus investigaciones en la zona de Stagstead.

También la señorita Midden tenía otras cosas en que pensar por entonces. Cada año, a principios de agosto, la misión Porterhouse del East End enviaba un grupo de niños a The Middenhall. Era una costumbre que se remontaba a los años de después de la guerra, cuando el deán de aquel centro benéfico había ido a dar unas conferencias en la región y había residido en Carryclogs Hall con el general de brigada Turnbird, antiguo alumno de Porterhouse y cristiano de recias complexión y convicciones. Los muchachos se habían alojado inicialmente en tiendas de campaña militares montadas en los terrenos de Carryclogs, donde, aparte de algunas disonantes interpretaciones de cánticos religiosos y ocasionales lecturas de la Biblia dirigidas por Phoebe, la hija del general, campaban a sus anchas por toda la finca y en el río Idd, cuyas aguas eran poco profundas allí.

«Es muy beneficioso para nuestros chicos de la ciudad pasar unos días de solaz en la Arcadia», había dicho el general en cierta ocasión a una comisión de granjeros vecinos que le manifestaban sus quejas de que se provocaran estampidas de ovejas, obligándolas a saltar las bardas, que las vacas fueran objeto de malintencionados ataques con tirachinas, y que cierto número de almiares hubieran sido pasto de las llamas por culpa de algunos rapazuelos que jugaban al escondite y se ocultaban entre el heno para fumar. Los granjeros no habían captado la alusión a la Arcadia, y les hubiera importado un carajo de haberla entendido. Al final prevalecieron sus criterios y las rentas que pagaban. Por eso, incluso antes de que el general falleciera, la misión se había trasladado a The Middenhall, que estaba suficientemente aislada para ahorrarles a los granjeros las anteriores depredaciones. Allí, dentro de los límites de la finca, los chicos y chicas que componían aquel grupo mixto y multirracial, en el que no faltaban algunos hijos de familias musulmanas que, por lo tanto, no se beneficiaban de las lecturas bíblicas de la señorita Phoebe, pasaban dos semanas explorando los bosques y los cuerpos de sus camaradas del sexo opuesto antes de regresar a sus hogares en la barriada de Isle of Dogs, hoy una zona mayoritariamente de clase media, donde aún operaba la misión Porterhouse. En realidad, si no hubiera sido por la insistencia de la señorita Midden, coincidiendo en este punto con los criterios del propio deán, en que se doblara el contingente de ex alumnos de Porterhouse que venían con cada hornada anual de chiquillos para tenerlos controlados, es dudoso que aquella visita anual hubiera podido seguir realizándose. En los dos últimos

veranos, y en una docena de ocasiones por lo menos, los maduros moradores de la casa grande habían encontrado todas sus pertenencias revueltas y echado en falta algunas de ellas al volver a sus habitaciones después de la cena. Pero peor aún fue aquella vez en que la señora Louisa Midden se vio abordada por un muchacho de catorce años que le hizo una oferta de lo más antinatural. Su marido, el señor Joseph Midden, ginecólogo de cierto renombre ya jubilado, se llevó tal impresión por el ofrecimiento en sí y por el instante de vacilación de su esposa antes de rechazarlo, que hubo que llamar al doctor Mortimer para que le tratara su arritmia.

Ahora, al ver aproximarse por la carretera el autocar que traía a los niños, Marjorie Midden tuvo una extraña sensación de intranquilidad. La presencia allí de tantas mentes jóvenes y curiosas era un peligro que tendría que haber previsto. Debería hacer algo con la puerta del refugio antiaéreo del huerto. Había estado tan ocupada con los asuntos de Timothy Bright, que se había olvidado por completo de los chicos de la misión. Así que, mientras levantaban las tiendas de campaña en la orilla más distante del lago, la señorita Midden se dedicó a poner candados en todas las puertas de las tapias del huerto y decidió emprender un nuevo viaje. Tuvo antes una larga conversación con Timothy Bright en la intimidad de la salita de estar, y después hizo una llamada telefónica. Más tarde fue en el coche a la estación de autobuses y volvió a viajar hacia el sur. Había llegado el momento de actuar.

El mismo pensamiento ocupaba la mente del inspector Rascombe. La llegada de un autocar con una treintena de niños a bordo era el anticipo de una orgía tan descomunal, que apenas pudo dar crédito a la información que le llegó de la unidad que tenía a su cargo la vigilancia de los accesos por carretera a The Middenhall.

—¿Treinta? ¿Treinta niños y varios jóvenes de los dos sexos? ¿En un autocar? ¡Por Dios...! Esto parece... No sé lo que parece, pero es obviamente algo gordísimo; tiene que serlo. Creo que esta vez los tenemos, muchachos.

A resultas de esta averiguación, el detective inspector fue a informar directamente al comisario jefe y a solicitar su permiso para dar prioridad máxima al asunto. Sir Arnold apenas le escuchó. Estaba leyendo una carta de una firma de abogados, en la que le anunciaban que su mujer trataba de incoar una demanda de divorcio basada en alegaciones que significarían el fin de su carrera. Su máxima prioridad era ahora pararle los pies a aquella mala pécora. Dio, pues, su autorización, y el inspector Rascombe convocó a renglón seguido una reunión de la Brigada de Represión de Delitos Mayores para pergeñar la segunda fase de la Operación Churumbel. Como de costumbre el sargento Bruton planteó algunas preguntas embarazosas. Decía haber estado estudiando la relación de las personas que residían en The Middenhall y que tenían todas de setenta años para arriba.

—Ese lugar parece un geriátrico —observó. Pero el inspector Rascombe no se dejó impresionar por ello.

—¿Y qué? —replicó—. Son los hombres de esa edad los que tienen

debilidad por los niños. Es lo único que puede excitarlos, ¡cochinos bastardos! Podemos estar a punto de descubrir el primer gran escándalo sexual protagonizado por ciudadanos de la tercera edad.

—¡Pero si la mitad de ellos son casados o viudos! Hay también tres viejas solteronas —insistió el sargento—. No puede ser que estén complicadas en abusos sexuales a menores.

El inspector reflexionó un instante y encontró una respuesta.

—Tal vez no, pero pudiera ser que las hayan amenazado y estén demasiado asustadas para hablar. Esos pervertidos sin entrañas y con una vena sádica son muy capaces de obnubilar con el terror las mentes de las damas de avanzada edad.

Y los planes para una incursión policial en The Middenhall siguieron adelante.

—La predicción meteorológica anuncia una noche clara. Nos reuniremos allí todos a la una de la madrugada. Quiero tener sobre el terreno dos equipos de observadores que se sitúen donde puedan grabar en vídeo las operaciones e instalar el equipo de escuchas que nos permitirá determinar el momento oportuno para atacar. Una unidad se colocará aquí, en el bosque, y la otra detrás de la casa. He encargado raciones de combate para cuarenta y ocho horas. Tendremos que haber resuelto el caso para entonces.

Esto ocurría el viernes.

El sábado fue el día elegido por la señorita Midden para mover sus fichas. A las nueve de la mañana salió de la pensión donde se había alojado en Clapham y se presentó en el domicilio londinense del juez Benderby Bright, en Brooke Street. Salió a abrir un criado, antiguo agente de la policía metropolitana, que hacía también las veces de guardaespaldas. La vida del juez Bright había sido amenazada en demasiadas ocasiones para que pudiera sentirse seguro salvo en alta mar. Hasta una galerna de fuerza 10 era cosa de poca monta en comparación con los sentimientos que había excitado en las familias de aquellos a quienes había impuesto las penas máximas que la ley le permitía aplicar. No era un hombre popular, ciertamente.

El guardaespaldas estudió a Marjorie con ojo crítico.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—Vengo a ver al juez Bright. Es importante. Y no, no estoy citada.

—Bueno... Ha venido usted en un mal momento. Su señoría aún está durmiendo. Los sábados se levanta tarde. Pero si quiere usted dejarme su nombre y su dirección...

—Vaya a despertarle y dígale: «Las acciones de tía Boskie». Aguardaré aquí fuera, porque seguro que querrá verme. Recuerde: «Las acciones de tía Boskie».

Se volvió de espaldas y el hombre cerró la puerta. Una vez dentro, dudó. Aquella mujer no parecía loca, pero nunca se sabe. Por otra parte, irradiaba autoridad y una impresionante confianza en sí misma. Descolgó, pues, el telefonillo interior de la casa, despertó al juez y, tras disculparse profusamente, le repitió el mensaje de la dama empeñada en verle. El efecto de sus palabras fue bien diferente del que había

esperado.

—¡No la deje escapar! —gritó el juez Bright—. Hágala pasar en seguida. Bajo inmediatamente.

El criado fue a la puerta y la abrió.

—La recibirá —dijo, dispuesto a atraparla si trataba de huir.

—Ya sé —asintió la señorita Midden y entró por la puerta delante de él. Llevaba la bolsa de lona.

—Tendría que dejarme ver esa bolsa, señora —dijo el hombre.

—Puede abrirla y echar un vistazo a lo que contiene, y palparla por fuera. Pero no saque nada.

Él miró dentro y al punto comprendió la razón de aquellas palabras. Jamás había visto tantos billetes juntos desde que desbarató un intento de atraco a una sucursal bancaria de Putney. Hizo pasar a la visitante a la sala y aún no había salido de allí cuando se presentó el juez Bright en batín. Estaba, como de costumbre, de un humor de perros y no le había hecho ninguna gracia que lo despertaran con enigmáticos mensajes a propósito de las acciones de tía Boskie. Bastante malo había sido ya recibir la noche anterior una llamada telefónica de Ernestine, completamente fuera de sí, con la noticia de que Bletchley había marrado su tentativa de suicidio y sólo había conseguido volarse la mayor parte de sus dientes con un enorme pistolón de señales.

—Ese imbécil debe de estar loco —le había dicho—. ¿Por qué no empleó una escopeta para hacer bien las cosas?

—Creo que lo intentó, pero no conseguía accionar el gatillo con el dedo gordo del pie. ¡Es espantoso! Y no tiene muy buen aspecto, realmente. No sé qué hacer.

—Ve a buscarle un revólver adecuado —la animó el juez—. Un cuarenta y cinco hará bien la faena, aun tratándose de un cráneo tan grueso como el suyo.

Y ahora el juez Bright clavaba su mirada en Marjorie: la misma mirada que había aterrorizado a varios miles de los peores delincuentes de Inglaterra. La juzgó una mujer vulgar. Pero se equivocaba.

—Siéntese —le ordenó su visitante.

—¿Queeé? —preguntó el juez. Aunque fue menos una pregunta que un estallido. Al otro lado de la puerta, el ex policía se sobresaltó, preguntándose si debía irrumpir en la habitación o no. Marjorie golpeó de nuevo:

—Le he dicho que se siente. ¡Y deje ya de mirarme de esa manera! No le hará ningún bien.

El juez se sentó. En una vida larga y abundante en episodios enérgicos, jamás una desconocida le había ordenado tomar asiento en su propia casa. Y tenía razón en prevenirle de que su actitud no le hacía ningún bien. El corazón le había dado un vuelco y funcionaba de un modo un tanto excéntrico: con un ritmo alocado en el que perdía algún que otro latido.

—Veamos... —la oyó decir una vez que empezó a sentirse menos incómodo—. He venido a hacerle una pregunta. —Se detuvo al notar que el juez emitía unos ruidos muy peculiares, como si se estuviera asfixiando. Tampoco tenía buen color—. Quiero que me diga si desea

volver a ver a su sobrino Timothy.

Al juez Benderby Bright por poco se le salen los ojos de las órbitas. ¿Que si quería volver a ver a aquel sinvergüenza de mierda? La mujer tenía que estar loca. ¡Matarlo es lo que deseaba! Y lo que haría sin pestañear si alguna vez volvía a poner los ojos en el maldito puerco que le había robado a Boskie todos sus ahorros. ¿Ganas de verlo?

—¡Ya! Me doy cuenta de que no lo desea —dijo la señorita Midden—. Es tan aparente como esa narizota que Dios le ha dado.

La nariz del juez, en su opinión, por lo menos, era fina y bien proporcionada. Aunque ahora sus aletas estuvieran blancas y temblaran de furia.

—¿Quién demonios es usted? —aulló—. Se presenta en mi casa so pretexto de decirme algo acerca de las acciones de mi hermana y...

—¡Oh, ande...! ¡Deje de comportarse como un necio! —le gritó Marjorie a su vez—. Échele un vistazo a esta bolsa.

Por un momento, un largo y espantoso momento, el juez consideró la posibilidad de atizarle un sopapo. Nunca antes había pegado a una mujer, pero hay un tiempo y un lugar para todo, y el salón de su casa, a las nueve de una mañana de sábado, cuando ni siquiera había podido entonarse con una taza de té, le parecían el lugar y el tiempo adecuados. Sin embargo, logró contenerse demostrando un admirable dominio de sí.

—¡Adelante! —insistió la señorita Midden—. No se quede ahí sentado como un pasmarote. Eche una mirada.

El juez Benderby Bright no podía haber oído bien. ¡Imposible! Nadie, nadie en toda su vida, le había tratado de aquel modo tan abominable. Había tenido que soportar la actitud insultante de hombres y mujeres que comparecieron delante de él en el banquillo de los acusados. Pero eso podía sufrirlo. E incluso disfrutar enviándolos a la cárcel por desacato. Ésta, en cambio, era una experiencia completamente nueva y horrible para él. Hizo lo que aquella mujer le pedía y atisbo, con el rostro lívido, el interior de la bolsa. Estuvo mirando un buen rato antes de levantar la cabeza y preguntar:

—¿De dónde..., de dónde demonios ha sacado usted...?

Pero la señorita Midden estaba ya de pie con una expresión en su rostro que él no había visto desde que su madre lo sorprendiera una tarde en el cuarto de la plancha mientras le daba un repaso a la doncella. Aquella mirada lo acobardó entonces, como le acobardaba ahora la de la señorita Midden.

—Conmigo no emplee ese tono. No soy una pobre infeliz llevada ante su tribunal ni uno de esos abogados a los que usted puede reprender. Y ahora responda a una pregunta. ¿Le dice a usted algo el nombre de Llafranc? Tengo entendido que amarra su yate, el *Lex Britannicus,* en el puerto deportivo de esa localidad.

Aquello no era propiamente una pregunta pero, aun así, el juez asintió obediente.

—Por suerte para usted —prosiguió su interlocutora—, Timothy lo ha salvado de convertirse en un involuntario traficante de drogas. Encontrará todos los detalles dentro de este sobre. He hecho que los

escribiera punto por punto. Puede comprobar su veracidad. Estoy segura de que podrá hacerlo. Y el dinero que hay en esta bolsa es el que Timothy le robó a su tía. Encárguese de devolvérselo. Ahora tengo que irme.

Y antes de que el juez pudiera preguntarle quién era o cómo se había visto mezclada en los asuntos de aquel condenado sobrino suyo, la señorita Midden había abandonado la casa. Tras ella dejaba a un anciano estupefacto, incapaz de recordar el rostro de la mujer que le había plantado cara en su propia casa. Tan sólo, quizá, que vestía posiblemente una vieja falda de tweed, con un lamparón, y un gastado anorak. Un misterio, sí.

25

Sir Arnold Gonders iba de un lado para otro en su casa de Sweep's Place, cavilando en su fatal sino. Porque todo aquello era cosa de la fatalidad, sin duda. Un destino fatal que se había acercado a él sigilosamente con algún terrible propósito. Debía tener algún significado. Para el comisario jefe, todo tenía algún significado. E inevitablemente se volvió hacia Dios. Cayó de rodillas en su despacho y rezó como no había rezado nunca. Rezó pidiendo la ayuda divina, inspiración, una señal que le mostrara cómo actuar en aquel trance que era con mucho el peor de su vida. Pero si Dios no quería atender sus ruegos, que le mostrara al menos en qué había obrado tan mal como para atraer sobre sí aquel destino horrible.

En realidad, el comisario jefe no se sentía identificado con aquel faraón al que Dios acogotó con plagas de langosta y años de escasez y demás, porque el egipcio era un perfecto bastardo y se tenía muy merecida cualquier cosa que el Buen Dios quisiera enviarle. Alguna vez, sin embargo, pensaba en él y esperaba y pedía al cielo que su castigo no durara tanto. Pero en quien más pensaba era en Job. Y le gustaba compararse con él. Porque Job, a fin de cuentas, había sido un tipo cabal, respetable donde los hubiera..., un pilar de la sociedad, con mucha pasta..., y mira lo que le había caído encima. El comisario jefe hacía cuentas de las desgracias que Dios había amontonado sobre Job..., y se estremecía. ¡Menuda limpia para el pobre fulano! Se quedó sin sus bueyes, sin sus asnos...: los sabeos cayeron sobre ellos y se los llevaron después de dar muerte a los criados. Luego Dios envió un fuego que consumió las ovejas y a otros criados; tres bandas de caldeos le afanaron sus camellos y se cargaron a más criados todavía... (Al llegar a este punto, sir Arnold daba gracias a Dios por no haber sido empleado de Job, y se asombraba de que, después de aquello, hubiera podido convencer a alguien más de trabajar para él.) Por si esto fuera poco, los hijos y las hijas de Job la habían diñado en una especie de huracán. Debieron de montarles un funeral de órdago, aunque el comisario jefe no alcanzaba a entender por qué Job había tenido que afeitarse la

cabeza para la ocasión.

Dios, sin embargo, no se había dado por satisfecho. Era de lo más comprensible que la salud de Job se resintiera con tanto sufrimiento. A juicio de sir Arnold, hasta resultaba sorprendente que no hubiera perdido la chaveta. Lo que sí tuvo fueron unos diviesos que lo cubrieron «desde la planta de los pies hasta la coronilla». Porque, claro, en aquel tiempo no tenían antibióticos. A sir Arnold le había salido una vez un forúnculo debajo del cogote y sabía bien lo doloroso que era. No podía ni pensar en lo jodido que sería tenerlos en las plantas de los pies.

Pero la guinda del pastel fueron aquellos tres fulanos que, diciéndose amigos suyos, se presentaron de visita y lo tuvieron despierto siete días con sus siete noches, sin decirle siquiera «¡Anímate!», o algo útil por el estilo. El comisario jefe había visto los efectos que tenía sobre un individuo impedirle dormir durante una semana. Había que turnarse para no cesar de gritarle preguntas, pero el tratamiento era muy eficaz para hacerlo entrar en razón. Ahora bien, sir Arnold hubiera preferido un interrogatorio de este tipo a tener a unos amigos así contemplándolo como unos pasmarotes sin decir esta boca es mía. Para sacar a uno de quicio, realmente. A todo esto, lo único que se le había ocurrido al tal Job fue abrir la boca y maldecir el día... ¿Qué demonios tenía que ver el día en el asunto?

El comisario jefe no se sentía con fuerzas para seguir meditando. Aquella historia era demasiado horrible y, si la memoria no le fallaba, la muy pánfila de la señora Job tampoco se había mostrado de gran ayuda. Cierto que a su marido debía de olerle mal el aliento, o algo así. No es extraño. Con el cuerpo lleno de forúnculos, probablemente desprendería una peste... A ninguna mujer en su sano juicio le gustaría acercársele.

Sir Arnold se saltaba el resto de la historia para llegar al final del Libro de Job. Era asombroso y conmovedor ver lo bien que se le ponían todas las cosas al buen hombre después de lo que había pasado. Catorce mil ovejas, seis mil camellos, un millar de bueyes y otros tantos asnos. Y su esposa complaciente y dispuesta. ¡Natural, después de tantos meses de no acercarse a él! No es extraño que tuvieran siete hijos y siete hijas más, y que las chicas salieran realmente guapas. Pero lo mejor de todo es que Job vivió luego hasta los ciento cuarenta años, algo fuera de lo común habida cuenta de sus penalidades. Debió de ser cosa del ginseng o lo que usaran en aquella época.

En conjunto, pues, el comisario jefe encontraba el Libro de Job casi reconfortante. Como la historia de quien cumple una condena de tres años y, al salir, se encuentra aguardándole un botín de unos cuantos milloncejos. ¡Con tal de que Dios no sugiriera a Satanás la aplicación del tratamiento con diviesos...! Porque no sería muy divertido tenerlos en la planta del pie.

Como no era divertido tampoco el mensaje que había recibido de Londres citándole a comparecer en Whitehall. Una nota deliberadamente escueta, que coincidió con otra carta de los abogados de Vy incluyendo una declaración jurada de la muy zorra en la que afirmaba que la había violado repetidas veces, que había insistido en sodomizarla durante su luna de miel y que la había animado a mantener relaciones sexuales con

las esposas de sus amigos.

—¡Maldita vaca mentirosa! —rugió el comisario jefe. Era evidente la mano de la jodida Bea en todo aquello. Estaba haciéndole la puñeta, como se la hacía casi seguramente a Vy. Más o menos. La carta de los abogados concluía con la sugerencia de que sir Arnold consintiera en la demanda de divorcio de su mujer, basada en adulterio, y en abonar todas las costas para, comillas, evitar una publicidad innecesaria y muy desfavorable, cerrar comillas. Lo que sir Arnold dijo al leer esto no puede citarse entre comillas. Los honorarios de Lapline y Goodenough, abogados, eran ya exorbitantes. Tendría que vender la vieja Casa de la Presa para poder pagarlos. Sólo entonces recordó, y lamentó vivamente, que la había adquirido a nombre de Vy para evitar la acusación de estar aprovechándose de su amistad con Ralph Pulborough, el nuevo director de la Compañía de Aguas de Twixt y Tween.

Todo esto, en resumen, viene a cuento para explicar por qué sir Arnold no tenía ánimos ni humor para ocuparse en aquellos momentos de los asuntos de la policía. Otros problemas muy distintos lo traían al retortero.

Por su parte, el detective inspector Rascombe no se daba ni un momento de respiro. Le había entusiasmado particularmente enterarse, por el detective de vigilancia en el bosque, que a las siete y media de la mañana había salido de The Middenhall un fulano mayor, desnudo como su madre lo parió, el cual había caminado despacio por el césped, en porretas, antes de zambullirse en el lago y nadar de espaldas, repito, de espaldas, mostrando su cosa a todo el mundo, y en particular a la treintena de muchachos que habían salido de sus tiendas de campaña a mirar.

—¿Su qué? —había preguntado el inspector por el teléfono móvil.

—Su eso —le explicó el agente—. Bueno..., ¡el pito, qué caray! Ahora acaba de salir del agua y se está secando.

—¡Cómo! ¿Delante de todos esos chavalines? ¡Si será guarro! Fílmelo, ¿eh?

—Ya lo hemos hecho —dijo el agente de vigilancia—. Hemos filmado toda la exhibición. Pero a ésos yo no los llamaría chavalines precisamente. Algunos están ya talluditos.

—A esos tíos asquerosos les gustan de todos los tamaños, los muy cerdos... —afirmó el inspector—, ¿Qué está haciendo ahora el tipo ese?

—Regresa a la casa, en cueros, saludando con la mano... ¡Espere...., no! ¡Está tirando besos! Joder....!

—¿Queeé? —bramó el inspector en voz tan alta que un conejo de los alrededores huyó ruidosamente bosque adentro—. ¿Tirándoles besos a los chavalines? Le van a caer años por esto.

—No, a los cha.... Bueno, si usted quiere llamarlos chavalines, adelante. Pero a mí no me parece que lo sean —insistió el agente.

—No importa lo que le parezcan. Grábelo con la cámara. Grábelo tirándoles besos a los chiquillos.

—Ya lo hago, pero los besos no son para los... chavalines: se los tira a alguien de la casa. Hacia una ventana de arriba. Pero no..., ¡aguarde! No

hay un alma en ninguna ventana. No sé qué estará haciendo....

—¡Pues yo sí lo sé! —gritó el inspector—. Y sé también lo que le aguarda: una larga condena en prisión, por animal.

Pero fue a las ocho y cuarenta y cinco cuando las esperanzas más atrevidas del inspector Rascombe se vieron finalmente colmadas con la llegada de Phoebe Turnbird en su coche acompañada del deán de Porterhouse. Vestía éste un manteo negro sobre su sotana y se cubría la cabeza con el clásico sombrero de teja. No era su atuendo habitual, pero el difunto general de brigada Turnbird había insistido siempre en que el manteo y el sombrero de teja, en particular, ayudaban a grabar en las mentes de los chicos de los suburbios la importancia que había que dar a las ceremonias religiosas, por lo que, en recuerdo de su viejo amigo, el deán conservó la costumbre. Phoebe, por su parte, se había puesto el más veraniego de sus vestidos de verano: vaporoso, de un blanco reluciente, que en su opinión le prestaba un aire de lo más juvenil. Para completar el conjunto, había coronado su radiante atavío con una pamela y, siendo como era un poco corta de vista, había elegido para pintarse los labios un tono especialmente chillón.

«Hay que pensar en los apuestos jóvenes que duermen con los niños en las tiendas», le había dicho al espejo de su tocador. De todas formas, era estupendo tener un hombre en casa..., aunque no fuera más que el viejo deán. Y como de vez en cuando le venían arrebatos poéticos, murmuró:

—Mi juventud, mi belleza y mi encanto dan gozo a todos y a ninguno llanto. En este hermoso y soleado día, he de mostrarme llena de alegría.

Alegre, sí, la vieron los miembros de la unidad de vigilancia, aunque una pizca menos bella y joven. De encanto, por supuesto, no cabía hablar. Porque Phoebe Turnbird, incluso a caballo y vista desde medio kilómetro de distancia, era tan llamativamente desgarbada que distraía a cualquiera que la viera: muchos zorros habían tenido una segunda, e incluso una tercera o cuarta posibilidad de cobrar aliento en su desesperada carrera para escapar de la muerte cuando ella, impetuosa, tomaba el mando de la partida de caza.

—¡Que me aspen si no es el travesti peor encarado que haya conocido en mi vida! —murmuró el agente mientras filmaba al deán y a Phoebe dirigiéndose al embarcadero para subirse a un bote de remos. Porque Phoebe remaba ciertamente con un vigor que no cuadraba ni de lejos con aquellas ropas femeninas. El deán, nervioso, iba sentado a popa, con semblante siniestro. Portaba una gran cruz de latón dorado y la gruesa Biblia familiar del difunto general de brigada, objetos ambos de especial significación en la ceremonia con que tradicionalmente se iniciaba la estancia de los chicos de la misión.

—¿Cómo dice? —preguntó el inspector Rascombe desde el centro de comunicaciones. Porque al agente de vigilancia le faltaban palabras para narrar lo que veía. No simpatizaba gran cosa con Rascombe, pero tenía que reconocer que esta vez el cabrón había dado en el clavo.

—Me parece que se disponen a celebrar una misa negra de ésas —explicó—. Hay un fulano que va de cura, con una cruz y un libraco viejo descomunal; se ha metido en un bote y está cruzando el lago. El que

rema es una especie de Míster Universo vestido con un traje de mujer blanco..., un tipo con unos brazos de campeón de lucha libre. Tendría usted que verlos. Yo no he visto cosa igual en mi vida.

—¿Y lo está filmando usted todo?

—Hago lo que puedo. Aún están algo lejos. Llegaron en un viejo Daimler. ¿Sirve de pista? Parece un coche fúnebre.

—Jesús! —exclamó el detective inspector, a la vez horrorizado y feliz por el rumbo que por lo visto estaban tomando las cosas—.

Y eso es lo que será también probablemente... Van a hacer un sacrificio humano con alguno de los chavalines. No los pierda.

—¿Perderlos? ¿Bromea usted? Al travestido no lo perdería ni en una noche negra como boca de lobo. No con ese vestido blanco y el sombrero.

—No me interprete mal. Quiero decir que siga filmándolos y... ¡por Dios!, que no se deje ver. Esto saldrá en la hora punta por todos los canales de televisión. Ahora mismo saco de sus camas a todos los de Protección de Menores, aunque sea domingo.

—Será mejor que llame pidiendo tropas de intervención rápida, y en seguida —replicó el agente—. Están bajando del bote y algunos de los otros han preparado una especie de altar delante de las tiendas. ¡Dios! ¡Esto es horrible! Cuando pienso que yo también tengo hijos...

Por un instante el inspector dudó. No quería cargar con el reproche de haber permitido que asesinaran a un chiquillo desnudo en ese altar.

—Escuche —dijo—. En el momento en que tengan al pobre pequeño desnudo y a punto, y el cabrón ese disfrazado de sacerdote haya dicho lo que tenga que decir, aparece usted y les sacude. ¿Me ha oído usted?

—Oírle sí le he oído —respondió el agente—, Pero si piensa que podré enfrentarme con el monstruo del vestido blanco y salir vivo, es que no ve lo que yo estoy viendo.

Hubo una pausa y luego unos jadeos. Pero el detective inspector Rascombe estaba demasiado ocupado para oírlos. Trataba frenéticamente de reunir, a través de la central de policía de Twixt, un pelotón de aguerridos especialistas en combatir traumas de malos tratos infantiles..., sin lograr ningún resultado porque, como se le informó, era domingo y el estrés de tener que aguantar durante toda la semana los insultos de padres furiosos e inocentes y las bromas de sus colegas de los servicios sociales les pasaba factura el fin de semana, y les gustaba quedarse en la cama hasta...

—¡Ya sé lo que les gusta y lo que están haciendo en la cama! Los conozco de los tribunales, así que no venga con ésas. Esto es una orden de prioridad máxima. Hable con los servicios sociales de emergencia... ¡Y sáquelos de la cama también, maldita sea!

Tenemos aquí en marcha una condenada misa negra, y en cualquier momento pueden hacer una barbaridad... Sí, ya sé que han de tener la cruz cabeza abajo, ¿pero eso qué demonios importa ahora? El que me preocupa es ese chiquillo que tienen desnudo encima del altar. No..., no lo están sodomizando..., aún no, por lo menos. Lo que harán es degollar a la pobre criatura para beberse su sangre en un cáliz. ¡A ver si lo entiende usted de una vez! Corto y fuera.

El telefonista de la centralita de la policía lo había entendido perfectamente bien. En especial lo del «corto y fuera». Rascombe pudo recuperar ahora la comunicación con el agente de la unidad de vigilancia en The Middenhall. Los jadeos habían cesado.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —le preguntó—, ¿Han puesto ya a ese chiquillo desnudo en el altar?

—¿Un chiquillo? No... Por lo menos, yo no puedo verlo. Están aguardando a una mujer que se acerca corriendo por la orilla del lago. Y comprendo que no quieran empezar sin ella... Joder! Ésta sí que es despampanante. Un bombón con maillot plateado. ¡Tiene unas tetas que...!

Pero el inspector no estaba interesado en la descripción de aquellas tetas. Por él, ni que fuera la Dolly Parton con todos sus perendengues al aire. Y no iba muy desencaminado. Porque a Consuelo McKoy no se la podía calificar de «bombón» ni haciendo un esfuerzo de imaginación descomunal. Había dedicado años de su vida, que ya eran un montón, y grandes sumas del dinero de su marido a enriquecer a algunos de los más competentes cirujanos plásticos desde Santa Bárbara a Los Ángeles. Vista desde unos centenares de metros de distancia parecía un pino de oro, aunque se lo había gastado con creces para conseguir semejante ilusión. Tenía, pues, la gloriosa esbeltez de una muchacha de dieciocho años, lo cual, considerando que ya tenía ochenta y dos e iba para los ochenta y tres, no era pequeña hazaña, atribuible en particular a la fortuna del difunto señor McKoy. Lo que la liposucción no había conseguido en sus muslos, ni los implantes de silicona en sus pechos —aunque sus últimos pezones daban el pego asombrosamente—, lo completaba el maillot plateado. La apretaba a conciencia y mantenía la ilusión de que el ombligo se hallaba aún en su ubicación de siempre, en vez de estar, como curiosamente aparecía ahora, en mitad del escote. Incluso en Santa Bárbara había llamado la atención. Y volvía a llamarla en The Middenhall como una visión de belleza tan indescriptible que, a la radiante luz de la mañana, superando la distancia, dejó al agente sin respiración.

El hombre la siguió con la cámara..., un hecho del que tendría toda una vida para arrepentirse. Sólo cuando, en su camino rodeando el lago, llegó tan cerca del agente como para permitirle enfocar el objetivo en su rostro y aproximarlo con el zoom, comenzó aquél a darse cuenta de su inmenso error. Porque aquella cara no cuadraba con su cuerpo. De hecho no cuadraba con nada. Ni los mejores cirujanos plásticos, empleando porciones de piel estirada de la garganta, del cuello, e inclusive retiradas del pecho, habían sido capaces de corregir los estragos del tiempo y de las amarguras conyugales. No quiere esto decir que Consuelo McKoy, Midden de soltera, hubiera tenido alguna vez un rostro agraciado. A los dieciocho sus ojos, que jamás se apartaban de la caja registradora de la tienda de su padre, tenían una mirada mezquina y hambrienta que hubiera debido prevenir al cabo McKoy de la trampa en que se estaba metiendo. Pero puesto que él era un hombre increíblemente inocente, apasionado y con una vena romántica por todo lo inglés, omitió mirarla fijamente a los ojos y prefirió imaginárselos como las ventanas del alma

que, hasta cierto punto, eran en realidad. En el caso de Consuelo, habrían podido serlo si tuviera un alma que necesitara ventanas. Pero no la tenía. O, para ser justos, digamos que tenía la misma que un escorpión molesto por la entrada de un pie desnudo en una bota vacía abandonada. Sus ojos eran negros y menudos, e irradiaban tal malignidad que su madre, una mujer plácida en absoluto dada a los derroches imaginativos, había dicho en cierta ocasión que le recordaban el extremo de la broca del torno de un dentista, por lo despiadados que eran.

Para el agente Markin, que filmaba entonces un primer plano de aquella máscara tirante y coriácea bronceada por el sol, aquellos ojos eran una prueba de la existencia del infierno y de que lo que estaba a punto de ocurrir en el improvisado altar por obra del viejo cabrón del curioso sombrero negro tenía que ser forzosamente algo diabólico. Un sudor frío pareció erizarle los pelos del cogote. Y en el instante en que el deán se puso a leer la Biblia familiar de los Turnbird, el agente balbució por el teléfono móvil:

—¡Por Dios, dense prisa! Han empezado ya. ¡Esto es espantoso! No quiero mirar... ¡Dios mío!

Pero Rascombe y los comandos de intervención rápida estaban ya convergiendo en The Middenhall. Sus coches y furgonetas se precipitaban como una exhalación por las estrechas carreteras..., atropellaron a un perro pastor y a dos gatos en los alrededores de la granja de Charlie Harrison y siguieron sin detenerse. Muy oportunamente. Porque en aquel preciso momento el señor Armitage Midden, o «Búfalo» Midden, como prefería que lo llamaran, que se había pasado sesenta años de su vida diezmando manadas de elefantes, rinocerontes, leones, núes y, naturalmente, búfalos a lo largo y ancho de África, y que alardeaba de haber rastreado más animales que cualquier otro cazador blanco al norte del Zambesi, se desplazaba con mortal sigilo por la plomería de los tejados de la casa grande, portando un rifle Lee Enfield .303 para el que carecía de licencia de armas. Desde la ventana de su dormitorio había visto a los hombres de la unidad B avanzar entre la maleza del huerto trasero y tomar posiciones en una caseta de chapa ondulada que antaño sirvió de retrete para los jardineros. Por desgracia no pudo ver qué clase de armamento llevaban, si llevaban alguno; pero aquellos hombres con uniformes de camuflaje que llegaban deslizándose a través de la hierba y corrían luego para apostarse en el exterior de la casa estaban llevando obviamente a cabo alguna terrible acción criminal.

«Búfalo» Midden se había pasado la velada anterior leyendo un artículo sobre el IRA y los terroristas en general que le había helado la sangre. La amenaza del bolchevismo rojo pudiera haber pasado tal vez, aunque lo dudaba: estaría más bien acechando al mundo civilizado como un búfalo herido oculto tras una acacia solitaria y dispuesto a embestir cuando menos se espera. Pero en su imaginación seguía existiendo una conspiración a escala mundial integrada por sionistas aliados a los ayatollahs, los irlandeses y, por supuesto, los negros y cualesquiera endemoniados más. Una conspiración que, en aquella hermosa mañana

veraniega, lanzaba sus mortales dardos contra The Middenhall. «Búfalo» Midden ya se imaginaba el porqué: aquél era el lugar ideal, aislado, apartado del mundo y equipado con construcciones y refugios militares. Tenía todo lo necesario para convertirlo en una base terrorista.

Solo, pues, en el tejado de aquel caserón, se agazapó a la sombra de una alta chimenea y apuntó el arma cuidadosamente al retrete y al miserable cerdo que se había metido en su interior. Con la experiencia del veterano, desplazó hacia atrás el gatillo, suavemente..., un gatillo sensible al menor roce, como a él le gustaba, que conocía perfectamente por haberlo afinado él mismo. De su eficacia dieron fe una fracción de segundo más tarde los dos policías escondidos dentro del retrete de paredes metálicas. No hace falta decir que no supieron con exactitud lo que estaba ocurriendo, pero al momento se formaron una idea bastante precisa de lo que les ocurriría si seguían allí: que la palmaban sin remedio. Así que decidieron no quedarse. Apenas la bala atravesó con estrépito la puerta del retrete y hubo salido por la pared de detrás, los dos corrían ya como alma que lleva el diablo buscando ponerse a cubierto. «Búfalo» Midden disparó de nuevo. Y otra vez. Y otra. Se lo estaba pasando en grande. Los policías no. Inmovilizados tras una cochiquera de hormigón que, afortunadamente para el cerdo, se hallaba vacía, oían rebotar las balas en el interior de la pocilga y solicitaban frenéticamente socorro por el transmisor. Uno de ellos había sido herido en el hombro y al otro una bala le había atravesado la pierna.

A sus ochenta y cinco años, la agudeza visual de «Búfalo» Midden ya no era del ciento por ciento, pero aun así su vista era suficientemente aguda para darle a una cochiquera desde ciento cincuenta metros y su viejo Lee Enfield que, como solía decir siempre, era todo cuanto necesitaba para cortar en seco la carga de un elefante enloquecido, disparaba unos proyectiles del .303 suficientes para hacer muy desagradable la vida detrás de una cochiquera.

En la orilla del lago más alejada de la casa, los estampidos de aquel rifle provocaron cierta aprensión. No estaba equipado con un silenciador. A «Búfalo» le gustaba alardear de que, cuando disparaba, el animal que recibía el tiro no volvía a oír cosa alguna a este lado de la eternidad, y que el estruendo del primer disparo sobresaltaba de tal modo al resto de la manada de lo que estuviera cazando, que su siguiente blanco estaría corriendo como loco, actitud mucho más adecuada para ser abatido por un cazador deportista. Cuando cesaron los disparos («Búfalo» se estaba desplazando a una posición que le ofrecía más posibilidades de acertar al marrano escondido tras la cochiquera), el deán y su peculiar congregación volvieron la vista hacia la casa. También lo hizo el agente Markin, que era un experto en armas de fuego y que sabía reconocer las detonaciones de un rifle de gran calibre cuando las oía. Por un momento imaginó que el imbécil de Rascombe había lanzado al grueso de los comandos de intervención rápida contra la casa, donde no eran en absoluto necesarios. Su verdadero objetivo se hallaba a esta parte del lago, donde la misa negra seguía su curso. Aún se preguntaba qué hacer cuando recomenzó el tiroteo. Esta vez acompañado de gritos también. «Búfalo» había dado en el blanco y se sentía eufórico. Nuevamente oyó

el familiar alarido precursor de la muerte, de una agonía terrible y mortal. Se puso en pie exultante y abandonó el tejado para dirigirse apresuradamente a su cuarto. Tenía allí una bandera del Reino Unido y pensaba izarla en el mástil que «El Negro» Midden había erigido para celebrar la coronación de Jorge V.

26

Rememorando los sucesos de aquel domingo, la señorita Midden solía decir que los comandos de intervención rápida, o comoquiera que se llamaran aquellos payasos, habían llegado en el momento preciso. No está nada claro a qué momento ni a qué precisión aludía, como no lo estuvo para ninguno de los que se vieron involucrados en lo que estaba ocurriendo a su alrededor, fuera cual fuese la naturaleza de aquello en que se vieron envueltos. Ni siquiera el agente Markin, que había sido testigo de casi todo lo que parecía haber sucedido desde el amanecer (no pudo ver lo que pasó o estaba pasando en la parte de detrás de la maldita casa, pero tuvo la intuición de que el maldito coche fúnebre iba a resultar útil, después de todo)..., ni siquiera él, cuando llegó la hora de las audiencias preliminares, pues hubo varias, y de someterse a un interrogatorio de lo más insistente y desagradable, pudo llevarse la mano al pecho y ofrecer bajo juramento una versión mínimamente lúcida de lo que había visto. Tuvo que admitir que se hallaba escondido debajo de un montón de hojas con una videocámara y un teléfono móvil (lo llamaron walkie-talkie en el tribunal, donde pasaron también una y otra vez los vídeos que había filmado), y que, aunque era un oficial de policía entrenado, inteligente y fiel cumplidor, todo aquello no le sirvió de nada o, tal vez mejor dicho, que él no sirvió de nada para todo aquello. En cualquier caso, que el asunto aquel no tuvo, no tenía y no tendría jamás el más mínimo sentido para él.

Según su declaración, un fulano viejo y en pelotas había salido de la casa para darse un baño en el lago, y... ¿cómo demonios iba a saber él que lo que había bajo aquel sombrero y dentro de aquel vestido blanco era una mujer? (Afortunadamente, Phoebe Turnbird no se hallaba en la sala en aquel momento concreto. Tenía otro compromiso. Dicho literal, aunque escuetamente.) Y si a fulanos bajitos, gruesos y patosos con aspecto de clérigos les daba por pasearse con capas y extraños sombreros de teja, que él entonces no sabía aún que se llamaran así, cargados con mastodónticas Biblias encuadernadas en piel y grandes cruces de latón, y por embarcarse en botes para ser llevados a golpe de remo a través de lagos hasta donde aguardaba una multitud de críos que, según había sido informado oficialmente por su superior, estaban a punto de ser sodomizados y maltratados (lo cual era precisamente el motivo de su presencia allí)..., ¿cómo iba a saber él que se trataba de un auténtico cura, del deán del Porterhouse College, en Cambridge, un antiguo y acreditado centro educativo, etcétera?

Preguntado si necesitaba tratamiento psiquiátrico para superar el trauma, o si lo había recibido ya, respondió que no. Que lo único que podía aliviarlo era alejarse lo más rápidamente posible de la comisaría de Twixt y Tween para ocuparse en otro trabajo que no le exigiera valorar situaciones a las que en su momento no vio ni veía aún cabeza ni pies, inclusive admitiendo que aquella concreta situación pudiera tener cabeza y pies.

Sin embargo, el relato del agente Markin resultaba trabado y preciso, e infinitamente más perspicaz que el del detective inspector Rascombe, que fue quien precipitó el terrible desastre y el responsable de su resultado.

Hay que reconocer que, cuando aquella mañana se puso al frente de la columna de los comandos de intervención rápida en marcha hacia The Middenhall, el inspector Rascombe no era exactamente él mismo. Las noches en vela en el centro móvil de comunicaciones, los disparos de rifle atronando delante de él y la urgencia de su misión de rescatar a unos chavalillos a punto de sentir seccionadas sus gargantas en un altar por una reina/rey de las Tinieblas, o lo que hubiera bajo aquel vestido, suscitaron en el espíritu del inspector una nueva visión de su propia persona. Se vio a sí mismo, no ya como un simple inspector de policía miembro de la Brigada de Represión de Delitos Mayores, sino... (y en esto tal vez tuvo algo que ver un libro de Alan Clark que había leído últimamente, *Operación Barbarroja,* sobre la guerra en Rusia)... como el Standartenführer Sigismund Rascombe, del Waffen SS Sturmgruppe AQRT, cumpliendo órdenes del Ober-kommando der Wermacht de tomar al asalto The Middenhall o morir en el intento.

Malo tener una ilusión así; peor aún dejarse poseer por ella, como desgraciadamente ocurrió. Al detective inspector Rascombe no le faltaba el fervor fanático de un Standartenführer: más bien le sobraba para haber podido ser un obediente asesino de masas de las SS en Rusia, por mínima que fuera su graduación en el mando. En cualquier caso, no hubiera sido mejor. Pero habría sido un mal cocinero o mozo de equipajes: carecía completamente de inteligencia y de capacidad para organizar algo distinto de una gran catástrofe. En el presente caso, no tenía la menor idea de adonde conducía a sus hombres. Por no saber, apenas sabía dónde estaba The Middenhall. Jamás había visto el caserón: para él no era más que un punto en el mapa del servicio topográfico que tenía en la furgoneta prestada por la compañía de teléfonos (y aquí su imagen de Standartenführer se confundía con la del general Montgomery, que dirigía siempre sus operaciones desde una especie de caravana), y sus unidades de vigilancia no se habían molestado en intentar describírselo. Cierto que The Middenhall escapaba a cualquier descripción: hasta el mismísimo sir John Betjeman había renunciado a aquella formidable tarea y se había encerrado durante dos días en su habitación del hotel en Stagstead para recuperarse de la impresión sufrida tras contemplarlo sólo diez minutos desde el pie de la avenida de acceso. Así que —cuando finalmente el inspector pudo ver el gran edificio con sus propios ojos, se encontró con que no era como había esperado que fuera.

Tampoco los comandos de intervención rápida que saltaban de sus vehículos armados hasta los dientes eran como se los había imaginado «Búfalo» Midden. Acababa justamente de izar su Union Jack en lo alto del mástil cuando se presentaron aquéllos y extrajo la peor de las conclusiones posibles: creía haber desbaratado el ataque de un grupo terrorista musulmán-sionista-negro-IRA, pero había pecado de exceso de optimismo. Los malditos volvían a la carga con refuerzos. «Búfalo», pues, inició una rápida retirada estratégica desde el tejado y marchó corriendo a su habitación para echar mano de su escopeta, un revólver y abundantes cartuchos para el Lee Enfield. Luego, para confundir a aquellos bastardos de allá abajo y desorientarlos acerca de su posición de tiro real, atravesó a balazos los neumáticos delanteros de los vehículos, perforó el radiador del que encabezaba la columna y se replegó al segundo piso, desde donde podía dominar las fachadas delantera y trasera del edificio pasando de una a otra de las torretas que guarnecían sus cuatro esquinas, convenientemente dotadas de saeteras. Nadie en su sano juicio, ni siquiera «El Negro» Midden en el colmo de su megalomanía, había supuesto jamás que aquellas saeteras tuvieran una finalidad militar: servían sólo de ornamentación en aquel disparate arquitectónico. Pero «Búfalo» Midden opinaba de distinta manera. En su desvarío, las veía perfectas para batir al enemigo. Mientras los tiradores del comando de intervención rápida corrían a ponerse a cubierto, metió un balazo a tres de ellos en diferentes partes del jardín y de su anatomía, y luego volvió su atención al grupo de rescate que intentaba llegar hasta donde seguía gimiendo el superviviente de la unidad de observación, parapetado en la pocilga. Para cuando acabó con ellos, había otros tres policías heridos detrás de aquel precario refugio, además de una octava víctima que «Búfalo» había cobrado por entre la rocalla.

Era el momento de cambiar de táctica. Bajó corriendo la escalera en curva que llevaba a la planta baja para hacer frente a cualquier terrorista que intentara infiltrarse por la cocina. No fue necesario. La cocinera y el resto del servicio doméstico se habían refugiado ya en la bodega, y los demás moradores de la casa, con la excepción de Consuelo McKoy, se apiñaban en los pasillos y en el salón preguntándose unos a otros qué estaba pasando. «Búfalo» Midden aumentó la confusión informándoles a gritos de que eran atacados por terroristas del IRA y que debían luchar hasta la muerte. La señora Devizes había muerto ya, aunque en la posterior investigación judicial hubo algún debate sobre si estaba combatiendo desde la ventana cuando fue abatida por un tirador de la policía, o si, corta de vista como era, simplemente se había asomado a ella para tratar de ver lo que ocurría. El tirador en cuestión no estaba allí para ofrecer su versión de los hechos, porque su instante de satisfacción había sido efímero: «Búfalo», disparando desde detrás del sofá de la biblioteca a través de la ventana abierta, lo alcanzó de lleno, y a continuación ganó el comedor auxiliar para meter otro balazo a una figura enfundada en un mono negro que trataba de colarse en la casa por la puerta trasera.

Mientras los cadáveres comenzaban a amontonarse —el señor Joseph

Midden, el ginecólogo jubilado, había muerto cuando le preguntaba a un policía herido qué estaba haciendo tumbado allá abajo, y los esfuerzos de su mujer para evitar que cayera por la ventana fueron probablemente malinterpretados—, las fantasías militares del detective inspector Rascombe se evaporaron. Como gran parte de los efectivos de la brigada de intervención rápida. Los supervivientes del mortífero fuego de «Búfalo» habían buscado refugio en diversos lugares aislados del jardín, a la espera de lanzar un ataque conjunto contra los criminales habitantes de la casa, y el inspector se escondía acobardado tras el vehículo de mando, incapaz de coordinar la siguiente fase de la Operación Churumbel porque se le había caído el walkie-talkie en terreno batido y tenía el suficiente sentido común como para no tratar de alcanzarlo. Fue, pues, el agente Markin, desde la otra orilla del lago, quien emitió la llamada pidiendo refuerzos.

—¡Está ocurriendo una terrible matanza aquí! —aulló por su teléfono móvil—, ¡Los muchachos están cayendo como moscas! ¡Por amor de Dios, hagan algo!

Fue un error gritar. El deán acababa de decidir que sería prudente alejar de allí a los chicos de la misión y a la señorita Turnbird y buscar un lugar más seguro —le importaba un pimiento lo que pudiera ocurrirle a aquella loca del maillot plateado, si eso es lo que era—, cuando Phoebe oyó la petición de ayuda del agente Markin y sacó sus propias conclusiones sobre hombres vestidos con uniforme de camuflaje y escondidos bajo montones de hojas. Fueron tan erróneas como lo habían sido las del policía acerca de su sexo (o género, mejor dicho, porque, por una vez, esta palabra se aplicaba mejor a la naturaleza de Phoebe Turnbird; sexo no tenía), pero muy comprensibles dadas las circunstancias. Siendo la mujer valiente que era, que jamás en su vida de cazadora había permitido a su caballo negarse a saltar una cerca o un muro de piedra con una zanja al otro lado (un par que lo intentaron escarmentaron para siempre), Phoebe Turnbird lanzó contra el agente Markin todo su insatisfecho afán de tomar cumplida venganza de los hombres. La frustración sexual acrecentó su furia.

Fue una batalla desigual. A un policía medio asfixiado debajo de un montón de hojarasca y presa de un acceso de homofobia de lo más natural no se le puede pedir que dé lo mejor de sí mismo al ser atacado por una hercúlea mujer descendiente de una rama de los Turnbird que podía remontar su linaje a los tiempos sajones. Un Turnbird había combatido con Harold en la batalla de Hastings, y el mismo espíritu ancestral inspiraba ahora a Phoebe. Muerte o victoria. En realidad fue el agente Markin quien estuvo en un tris de morir. No es agradable ser pateado en la cabeza por una mujer de ocho arrobas y treinta y cinco años que habla con los espejos y escribe poesías antes de salir de su casa para convertir en un infierno la vida de los zorros y otras alimañas. Porque Phoebe Turnbird no tenía la más mínima duda de que aquella cosa oculta en la hojarasca era una sabandija. Si algo necesitaba para corroborar su condición rastrera, ahí estaba su miserable actitud rindiéndose sin ofrecer resistencia. Y el que no dejara de gimotear pidiendo que, por favor, no lo sodomizaran, que no quería contraer el

sida, contribuía poco a la simpatía y el respeto de Phoebe por una criatura tan vil. Para sofocar el hedor de tanta bajeza, Phoebe Turnbird se arrodilló sobre el vencido y le obligó a hundir su ennegrecido rostro en la tierra húmeda. Alrededor de ambos contendientes, los muchachos daban gritos de ánimo..., momento aprovechado por Consuelo McKoy para llevarse hacia la espesura a uno de los mayores con la promesa de enseñarle algo que nunca había visto antes.

Pero era en la avenida de acceso a The Middenhall, bajo los castaños, donde se preparaban nuevos y más horribles acontecimientos. Las psicólogas y especialistas de la Protección de Menores estaban llegando en número asombroso. Procedían de todos los puntos del país, pues casualmente estaban celebrando en Tween un simposio dedicado a: «El esfínter anal: su importancia para diagnosticar casos de violación paterna». Llegaban junto con expertas en brujería escocesas, especialistas en sodomía provenientes del sur de Gales, asesoras en sexualidad oral infantil, consejeras de masturbación recíproca para adolescentes, algunas expertas en estimulación del clítoris, cuatro especialistas en vasectomía (mujeres) y, finalmente, quince prostitutas convocadas por las organizadoras del simposio para explicar a los asistentes qué era lo que de verdad deseaban los hombres. A juzgar por el común denominador de todas ellas, lo que los hombres deseaban era algo, sí, pero cualquier cosa que tuviera dos piernas, falda corta y una dentadura picada. A esto había que añadir otra que no hacía más que quejarse de su marginación social.

«Desfavor» fue la palabra clave del simposio. Los esfínteres estaban mal vistos, los sodomitas desfavorecidos... Había habido un largo debate sobre quiénes eran los más desfavorecidos de todos y, en conjunto, los sodomitas se alzaron con la palma, mayormente porque, a juicio de las delegadas, ratificado por la experiencia, los sodomitas no suponían (o no habían supuesto en sus casos) ninguna amenaza para las mujeres por debajo de los sesenta y cinco años. Consuelo McKoy hubiera podido contar otra historia. Lo que estaban dándole, o disfrutaba, bajo el denso seto que cercaba la finca no era ni mucho menos lo que había esperado. El muchacho de Isle of Dogs tal vez no fuera capaz de distinguir con toda seguridad entre una vagina y un ano, aunque era dudoso, pero sabía lo que prefería en el caso de Consuelo. Y los gritos de ésta, amortiguados por la distancia y por su incapacidad para abrir completamente la boca ni aunque estuvieran arrancándole la cabellera, nadie los oyó.

En cualquier caso, aunque hubieran oído los gritos, las expertas de Protección de Menores habrían hecho caso omiso de ellos: los malos tratos a abuelas correspondían a otro departamento. Se dispersaron, pues, buscando a los niños necesitados de sus consejos, y con sus rostros animados por un desesperado deseo de protegerlos. O, más exactamente, velados mortalmente por un desesperado deseo. Estaban preocupadas. Habían venido a combatir la miseria y el desvalimiento ajenos, pero también y en mayor medida a comunicar su miseria y desvalimiento propios. Parecían envueltas en miasmas de emociones confusas y un odio amargo hacia cualquier cosa con visos de ser

agradable o normal. Estaban especializadas en la crueldad y el sadismo, y parecían haberse contagiado de ambos. En el fondo se sentían culpables de muchas crueldades y miserias lejanas, y tranquilizaban sus mezquinas conciencias haciendo cosas mezquinas. Y echando las culpas de todo a la sociedad. O a Dios. O a los hombres, a los padres que aman y castigan a sus hijos para que sean educados y sociables y trabajen en la escuela. Represoras, sobre todo, del sexo, pero que jamás cesan de complacerse en sus propias miserias. Ahora, sacadas por la llamada del deber de sus camas, de las camas ajenas, en el más caro hotel de Tween, pocas habían tenido tiempo de lavarse. Pero tampoco les habría apetecido gran cosa hacerlo aunque hubiesen tenido todo el tiempo del mundo. Les gustaban sus propios olores, olores a pescado apestoso que les recordaban su celo; de ahí su complacencia en rechazar la higiene. El grupito de brujas de Aberdeen era particularmente alborotador y algunas de las asesoras de sexualidad oral aún llevaban vello púbico pegado a sus barbillas. Mientras sus coches se amontonaban uno tras otro en la avenida y bloqueaban la verja de la entrada, las mujeres discutieron una línea de acción. Y, después de un breve debate, una o dos de las más decididas se lanzaron a la caza y captura de chiquillos para aconsejarles y dar rienda suelta a su propio cuidado y preocupación. Pero no había ninguno a la vista. Con una clarividencia digna de encomio, el deán y los mayores se los habían llevado de allí dejando atrás a la señorita Turnbird y adentrándose en el bosque, donde los obligaron a esconderse junto a la tapia de la propiedad, fuera de peligro. Tan sólo algunas de las prostitutas hicieron algo útil. Una de ellas administrando una peculiar forma de últimos auxilios a un policía moribundo. Jamás le habían herido antes y nunca le habían hecho una felación. Pero la mujer no lo sabía: estaba, simplemente, obedeciendo a su instinto. Lo mismo que las del simposio bajo los castaños. Entre todas habían traído a The Middenhall la atmósfera de un hospicio en ruinas. No podían haber elegido un sitio mejor.

27

Marjorie Midden no se sorprendió demasiado al escuchar los estampidos de unos escopetazos provenientes de la casa grande. Aquel viejo loco, «Búfalo», había presumido con frecuencia de que enseñaría a los arrapiezos de la ciudad a seguir el rastro de los animales por sus pezuñas, a matar cosas tales como rinocerontes desde novecientos metros de distancia y, en general, a ser hombres. Era, sin duda, lo que estaría haciendo. Dio, pues, media vuelta en la cama y siguió durmiendo. Había regresado de Londres muy tarde, bien pasada la medianoche, y le apetecía quedarse echada un rato más. Por otra parte, cualquier cosa que hiciera «Búfalo» Midden no era asunto suyo. Sin embargo, el rugido de los motores de las furgonetas del grupo de asalto mandado por el SS Standartenführer Sigismund Rascombe al pasar a

toda velocidad por delante de la granja pareció sugerir que estaba sucediendo algo muy extraño. Marjorie se puso una bata y bajó a la cocina, donde se encontró al mayor contemplando recelosamente por la ventana de detrás la Union Jack, que flameaba en el mástil por encima de las copas de los árboles.

—«Búfalo» —comentó simplemente Marjorie mientras ponía a calentar la leche—. Probablemente será ese viejo idiota jugando a los boy scouts a sus años. Para mí que se cree Baden-Powell.

Pero el mayor no estaba tan seguro. Su experiencia de la vida militar podía ser ampliamente imaginaria y de segunda mano, pero sabía lo suficiente para observar que la dirección del disparo y su intensidad daban a entender que, lejos de estar demostrando a los chicos de la misión lo que podía hacer un Lee Enfield ante la carga de un rinoceronte u otro animal por el estilo, «Búfalo» Midden les disparaba a ellos. Lo cual era excusable —el mayor se había visto sorprendido en cierta ocasión por un grupito de aquellos salvajes mientras se masturbaba contemplando sus tiendas de campaña, y no les tenía mayor simpatía que los moradores de la casa grande cuyas habitaciones habían revuelto y saqueado a veces—; pero disparar a esos pequeños bastardos era llevar las cosas demasiado lejos. Lo alarmó particularmente ver la columna armada de Rascombe. No la componían los carros blindados que imaginara el detective inspector, pero había tal urgencia en su avance que la sensación de autenticidad era neta y manifiesta. Y el mayor MacPhee sabía reconocer una furgoneta de la policía cuando la veía. Demasiadas veces había tenido que viajar dentro de una de ellas.

Su alarma fue en aumento al advertir entre las furgonetas una de mayor tamaño que llevaba pintado en sus costados el emblema de la sección de perros policía. La idea de que lo que fuera a suceder en The Middenhall requiriera la intervención de tantos perros como parecían caber en el vehículo no era nada tranquilizadora. Porque el mayor MacPhee tenía pánico a los perros. En una ocasión había sido mordido en el tobillo por un Jack Russell, y la experiencia le resultó atroz. El pensamiento de ser atacado por una jauría entera de perros policía lo llenaba de profunda aprensión.

Semejante posibilidad jamás se le había ocurrido a la señorita Midden y, de ocurrírsele, no la hubiera inquietado en absoluto. Lo que la preocupó de verdad fueron los gritos agónicos que la brisa traía a ráfagas desde The Middenhall. Abrió la puerta de detrás y prestó atención. El tiroteo arreciaba otra vez. Y los gritos. Cuando cerró la puerta estaba sumamente pensativa.

—¡Oh, querida...! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó el mayor MacPhee —. Ocurre algo terrible. Espantoso, espantoso de veras... Alguien dispara, y la policía...

—Tú prepara un té bien cargado —ordenó Marjorie—. Y tranquilízate. Voy a hacer una llamada por teléfono.

—Pero la policía está aquí... —empezó a decir el mayor. Ella, sin embargo, estaba ya al teléfono marcando el número de su primo Lennox, el abogado de la familia.

—Me tiene sin cuidado que estés a punto de salir para jugar al golf,

Lennox —le replicó cuando Lennox comenzó a quejarse y a decir que no podría ir en seguida, que era el campeonato anual de Urnmouth, y...—. No, mañana no será igual. Tampoco sabría decirte lo que ocurre, pero se ha presentado en la casa un convoy de la policía con perros, y hay un tiroteo tremendo... Sí, un tiroteo he dicho... Rifles. Si quieres, abro la puerta para que puedas oírlo por ti mismo. —Acercó el teléfono a la puerta abierta y miró al exterior justo a tiempo para ver pasar los primeros minibuses de las terapeutas de la Protección de Menores. Los rostros ceñudos y preocupados de las mujeres que viajaban dentro la impresionaron vivamente—. ¡Que me den por...! —exclamó.

—¿Queeé? —preguntó Lennox asombrado—. ¿Cómo has dicho? No, no lo repitas. Lo he oído perfectamente.

—¿Y los disparos y los gritos?

Lennox Midden afirmó haberlos oído también. Dijo que estaría allí lo antes posible. Marjorie colgó el teléfono y se puso a reflexionar otra vez. Tenía que hacer algo con Timothy Bright: sacarlo de la casa, por ejemplo, antes de que el departamento de investigación criminal iniciara en serio una investigación sobre lo que ocurría en The Middenhall, fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo. Regresó al teléfono y esta vez llamó a Carryclogs House.

—Quisiera hablar con la señorita Phoebe —le dijo a la chica, que era como el general había insistido en llamar siempre a Dora, la vieja ama de llaves.

—La señorita Phoebe ha ido a misa —la informó ésta—. Debe de estar a punto de volver.

Marjorie le dio las gracias y subió al piso para convencer a Timothy de que debía irse en seguida a Carryclogs. No hubo de recurrir a la persuasión. Lo que había oído y veía ahora desde su ventana de la antigua habitación de los niños lo había convencido de que se habían presentado los tipos de las navajas barberas dispuestos a hacerlo picadillo. No podía ocurrírsele ninguna otra explicación. Y el mayor accedió muy gustoso a acompañarlo. No le habían hecho ninguna gracia las miradas de aquellas mujeres de los minibuses, ni ahora, como tampoco a Marjorie, la procesión de coches que bloqueaba cada vez más la salida a la carretera desde la granja.

—No voy a poder sacar el coche a la carretera —observó el mayor. Marjorie asintió.

—Pues entonces tendréis que dar un paseo. El ejercicio os sentará bien a los dos —sentenció—. Yo me quedaré aquí a defender el fuerte.

La metáfora era muy oportuna. Cuando el mayor y Timothy empezaron a caminar a campo traviesa, los ecos de la batalla aumentaron. «Búfalo» Midden había abierto fuego desde la ventana de un dormitorio y luego se había retirado al otro extremo del edificio tratando de acertar al bastardo escondido detrás del coche de cabeza. Viendo que no lo conseguía, intentó darle a aquel maldito walkie-talkie del suelo que el otro se esforzaba en alcanzar. Desde la saetera del torreón este, apuntó cuidadosamente e hizo fuego. El walkie-talkie estalló en mil pedazos, algunos de los cuales saltaron a la cara del inspector Cecil Rascombe y le rompieron las gafas. Aislado del resto del

comando de intervención rápida y de la realidad, el hasta entonces SS Standarten-führer se hizo el muerto. Como si lo estuviera en efecto. Porque estaba a punto de suceder algo mucho más catastrófico.

Fue una pequeñez, pero sus consecuencias iban a ser inmensas. El caso es que, en la fría oscuridad de la bodega, adonde había ido a refugiarse con el resto del personal doméstico interno, la cocinera era la única consciente de que, en su huida, había dejado al fuego dos grandes sartenes conteniendo una generosa cantidad de lonchas de panceta. Porque, por ser domingo y porque algunos de los residentes, ¡al diablo el colesterol!, insistían en desayunar huevos fritos con panceta, y pan frito y champiñones, estaba preparándoles el desayuno cuando «Búfalo» empezó a disparar. Pero ni siquiera ella, mujer perspicaz aunque no demasiado buena cocinera, imaginaba la cantidad de humo que podrían llegar a producir dos libras de panceta escasamente veteada —el difunto doctor Joseph Midden, que yacía ahora con la difunta señora Midden en el alféizar de su dormitorio, había mantenido siempre por razones médicas más que dudosas que el tocino era excelente para el útero y elegía siempre para su mujer las lonchas más grasas— al rebasar el punto óptimo de fritura en una cocina de gas propano. Ni qué llamas.

Y fue una irresponsabilidad muy censurable, por parte de la chica que había venido de Stagstead a echarle una mano en la cocina, haber puesto la alcuza que contenía el aceite de las patatas fritas junto a las sartenes. Así, cuando el humo de la panceta llenaba ya por completo la cocina, el aceite se sumó a la fiesta y hubo una llamarada que acompañó el primer fragor de lo que en adelante se conocería como el holocausto de The Middenhall.

Inclusive entonces la situación hubiera podido remediarse. Pero no fue así merced a la bienintencionada intervención de la señora Laura Midden Rayter, quien se abrió camino a través del humo con extraordinario valor y desconocimiento absoluto de lo que ocurriría si arrojaba un cubo de agua a un aceite de patatas fritas en llamas. Pronto lo averiguó.

Esta vez nadie pudo dejar de oír el rugido de la puesta en órbita de nueve litros de aceite ardiendo. La amplia y fregoteada mesa de trabajo de la cocina participó en la conflagración, y al minuto siguiente ardían también los armarios y estantes. La señora Laura Midden Rayder, que en su intento de escapar dejó abierta la puerta que comunicaba la cocina con el salón, aún pudo echar un último vistazo a los tapices que «El Negro» Midden había empleado para decorar las paredes forradas de madera del comedor y que ya empezaban a arder con toda la rapidez que merecían las escenas representadas en ellos.

En la planta de arriba, diezmados por los disparos de los tiradores de la policía, algunos de los cuales habían conseguido escapar de detrás de la rocalla para ganar la relativa seguridad de los árboles a uno y otro lado del caserón, varios Midden coloniales, aterrorizados, trataban de llegar a la gran escalera de roble antes de que lo impidiera la humareda. Y las llamas. No lo consiguieron. La moqueta de los peldaños se quemaba ya y el calor en la sala de estar era demasiado intenso. Sobre la chimenea, el gran retrato al óleo del «Negro» Midden, pintado por Sargent, mostraba una anticipación del infierno. Él, que jamás había sido

un hombre de facciones agradables y ni remotamente bellas a pesar de la maestría cosmética de Sargent, mostraba ahora en su retrato una expresión realmente infernal. Pero ninguno de los huéspedes de la casa se detenía el tiempo necesario para contemplarlo. Su deseo de escapar de The Middenhall superaba con creces la insistencia en conseguir alojamiento manifestada el día en que llegaron allí. Nadie les había negado entonces el ingreso. Pero salir ahora era harina de otro costal. Cuando las llamas se extendían por toda la planta baja e incluso ardía la mesa de billar, se dirigieron a las escaleras que conducían al segundo piso y subieron por ellas. Fue un movimiento insensato. Tan sólo Frank Midden, antiguo criador de avestruces en El Cabo, que estaba algo cojo, tuvo el buen juicio de dejarse caer rodando por el tejadillo del mirador. No le importaba recibir un tiro: era mejor que quemarse vivo en aquella espantosa casa.

Por encima de él, en una de las torretas del tejado, el propio «Búfalo» estaba llegando a la misma conclusión. Una llamarada, una auténtica bola de fuego que emergió con un tremendo fragor, lo puso sobre aviso..., en la medida en que existiera algo capaz de obligar a reflexionar a aquel viejo loco, a reflexionar cuerdamente, claro..., dándole a entender que sus enemigos estaban empleando un nuevo y espantoso método para librarse de él. Tenía muy poco que ver con los métodos que él había previsto, pero demostraba cuan implacables eran los terroristas. Trataban deliberadamente de reducir a cenizas The Middenhall, buscando tal vez una especie de victoria propagandística como la voladura del jumbo de la Pan Am y, puesto que «Búfalo» había tenido alguna experiencia semejante en cierta ocasión había lanzado una manada de elefantes a través de un campo de minas que había dispuesto él mismo con artefactos traídos de Mozambique, sólo para ver qué pasaba—, sabía perfectamente lo que era volar algo tan grande. O se lo imaginaba. Ahora bien..., a ese juego podían jugar dos, y él estaba dispuesto a hacerlo si era necesario, como empezaba a parecérselo, envidando un órdago. Y que se jodieran. Casualmente acababa de ver a dos de aquellos tipos con sus siniestros monos negros, que saltaban por una ventana envueltos en humo y corrían a ponerse a cubierto bajo el gran tanque de propano que abastecía de combustible a la casa para la calefacción y la cocina. Sacando, pues, una pistola Verey del morral en que llevaba las municiones, apuntó al tanque de propano. Pero se lo pensó mejor. No estaba seguro de cuál era el índice de penetración de una pistola Verey. Había visto, sí, lo que podía hacerle a un jabalí, y una vez, fingiéndose muerto, había abatido con aquel trasto a un buitre que se puso a volar en círculos esperando el momento oportuno de bajar y comer un bocado. Pero hasta para la mente simple y sanguinaria de «Búfalo» había una gran diferencia entre jabalíes o buitres (feos bichos ambos) y tanques de propano. Sería más prudente —¿prudencia?... ¡Señor!— agujerear primero el tanque con el rifle y después disparar el proyectil de la Verey al lugar por donde se produciría el escape de gas. Mucho mejor. Un bombazo, y a la mierda todos.

De hecho, el bombazo resultante, que se oyó hasta en Tween, tuvo todas las características combinadas de un trueno y la explosión de una

refinería de petróleo. Algo semejante a la voladura del edificio gubernamental de Oklahoma ocurrió en la trasera de The Middenhall. Incluso a Phoebe Turnbird, que acogotaba al sometido Markin con una llave que ocasionalmente lo alzaba del suelo, la impresión la sobresaltó. Otros tuvieron menos suerte, porque la explosión hizo saltar sobre ellos grandes trozos del edificio. Dos grandes columnas corintias de las que ornamentaban la fachada se partieron y se desplomaron sobre algunos de los coches y furgonetas de la policía estacionados en la avenida de acceso —fue en este momento cuando el detective inspector Rascombe cayó en la cuenta de que sus máximas prioridades no tenían nada que ver con el rescate de chavalines a punto de morir degollados y corrió a zambullirse en el lago—; una falsa chimenea Tudor de grandes proporciones salió disparada hacia el techo y lo atravesó con facilidad —el calor de la bola de fuego de la cocina había reblandecido las planchas de plomo—; y varias componentes del equipo de terapeutas de la Protección de Menores tuvieron motivos de verdadera preocupación sin que sus camaradas se preocuparan en absoluto de ellas, pues corrían avenida arriba gritando histéricamente, acosadas por perros policía alemanes enloquecidos, cuyos amables cuidadores, en atención al calor reinante dentro de la furgoneta, habían decidido dejar sueltos.

Sólo las prostitutas mantuvieron el tipo e hicieron algo útil. Ya habían visto antes en acción los perros policía y, como eran incultas y estaban de heroína hasta el moño, no les preocupaban en absoluto. Pero se preocuparon y prestaron su ayuda a aquellas profesionales de la asistencia que las despreciaban —a las que se tenían en pie, por lo menos—, las alejaron de allí y vendaron sus heridas lo mejor que pudieron..., de resultas de lo cual algunas de las vendadas contrajeron el sida.

Los tiradores de la policía que poco antes habían ido a ocultarse detrás del tanque de propano ni se preocupaban de nada ni nadie se preocupaba de ellos. Aquello de «las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo» resumía perfectamente su situación. Eran parte de la nube en forma de hongo que se alzaba de las ruinas del monumental mausoleo del «Negro» Midden. «Búfalo» Midden subió también con ellos pero, milagrosamente, de una sola pieza. Fue a aterrizar en un gigantesco montón de estiércol que había estado fermentando largo tiempo en el extremo más distante del huerto, de donde emergería media hora después sin tener una idea precisa de lo ocurrido y extrañado de la peste a cerdo y a socarrina que parecía ir desprendiendo. Se alejó de aquel infierno con paso inseguro, deteniéndose sólo para preguntar a un miembro del comando de intervención rápida, previamente muerto de un balazo del Lee Enfield, el camino para llegar a Piccadilly Circus.

—¡Cochino bastardo! —murmuró al reiniciar la marcha—. ¿Es que en este país no hay forma de que a uno le respondan civilizadamente?

A su espalda The Middenhall era una pira que se desplomaba lentamente sobre sí misma y sobre los demás infortunados Midden que encontraron en él su segundo hogar, con alojamiento y manutención gratis, y con el aliciente adicional de poder mostrarse tan groseros con el servicio doméstico como estaban acostumbrados a serlo en los trópicos.

Quedaron, sin embargo, pocos sirvientes con los que ser groseros en el caso de haber sobrevivido. La cocinera, su hija y el restante personal de cocina se salvaron gracias a que reventó el depósito de agua que tenían encima e inundó la bodega. Pero aun así estuvieron a punto de perecer hervidos.

La llegada de una dotación de coches de bomberos no sirvió de ayuda. No pudieron pasar por culpa de los coches que bloqueaban la avenida y la verja de entrada. En cualquier caso, tampoco hubieran podido hacer nada. The Middenhall, aquella abominable construcción de ladrillo, piedra y mortero, aquel monumento a la vanidad imperial, la estupidez y el capricho, se había convertido ya en el mausoleo que «El Negro» Midden había querido que fuera, aunque no de la forma que él esperó siempre. Pasaría a la historia de Twixt y Tween. De hecho, ya había pasado a la historia en muchos aspectos. La gran mesa de billar —la pesada losa que fue lo único que quedó de ella— fue a desplomarse en la bodega, destruyendo los últimos vestigios de una excelente colección de oportos, claretes y vinos dulces de postre que él y sus sucesores habían reunido allí... y que los Midden coloniales no habían sido capaces de encontrar y beberse.

Y mientras todo esto sucedía, mientras el vórtice de aquel maremoto catastrófico engullía The Middenhall y a sus habitantes, la señorita Midden permanecía impasible, sentada en el recibidor de la vieja granja Midden y charlando, charlando insistente e incesantemente con una amiga del colegio de Devon, de cosas que no ocurrían a su alrededor en aquellos momentos: viejos recuerdos de otros tiempos, cuando ella y Hilda habían ido de excursión a Land's End. Estaba montándose una coartada a toda prueba. Nadie podría decir jamás que había sido responsable de la destrucción de la odiosa casa que había destruido a su padre.

28

La escena que recibió a Lennox Midden a su llegada a The Middenhall —aunque recibir no es el término más adecuado: tuvo que recorrer a pie el último kilómetro hasta la finca, por el embotellamiento del tráfico— no era nada tranquilizadora para un abogado decente de una ciudad pequeña que se había levantado pocas horas antes con la ilusión de competir en el campeonato anual del Urnmouth Club de Golf. Allí no se veían por ninguna parte los cuidados *greens,* las anchas calles despejadas de los hoyos, la divertida camaradería de la casa-club entre hombres convencidos de que lanzar bien lejos una pelotita blanca da sentido a la vida. Entre aquel confortable mundo y lo que estaba sucediendo en The Middenhall se abría un foso enorme, un abismo. Había retazos verdes entre la humareda, donde el césped bajaba hasta la orilla del lago, pero distaban mucho de parecer bien cuidados: bloques de hormigón arrojados desde las almenas y las torretas decorativas del

tejado yacían empotrados en la hierba, y entre ellos, de vez en cuando, el patético cuerpo de un policía herido o muerto. Furgonetas aplastadas y coches patrulla ardiendo violentamente en la avenida. El amplio mirador ardía también, mientras la mole del gran edificio vomitaba volutas de humo entre las llamaradas que surgían de pronto de sus profundidades como un volcán en erupción.

A cualquier superviviente alemán del asalto final de Stalingrado por las tropas rusas, o a un militar norteamericano que contemplara la devastación bárbara e innecesariamente infligida al convoy iraquí al norte de la capital de Kuwait, le habrían parecido familiares aquellas imágenes y olores. Pero no a Lennox Midden, que se presentaba allí con sus pantalones bombachos de golf. Nunca antes se había hallado en presencia de la muerte y la destrucción a semejante escala, y a cada paso que iba dando, primero por la carretera y luego en la avenida de acceso, se acrecentaba su horror: especialistas en traumas infantiles que corrían en desbandada; policías heridos; prostitutas repelentes pero decididas con los rostros ennegrecidos por el humo; pastores alemanes enloquecidos con las colas humeantes y los bigotes totalmente quemados; «Búfalo» Midden irreconocible bajo su capa de estiércol de cerdo pero aún deseoso de saber el camino para llegar a Piccadilly Circus... Todo ello iba debilitando la fe de Lennox Midden en los valores de su sociedad suburbana.

Para cuando llegó al final de la avenida, donde se habían reunido los bomberos a observar respetuosamente el fuego que habían venido a apagar, se habían apagado también las esperanzas del abogado. No había nada que salvar de The Middenhall. Trozos de los pisos superiores seguían desplomándose aún a intervalos en el infierno de debajo, levantando nubes de polvo y humo. El hedor era horrendo. Incluso para Lennox resultaba obvio que allí se había quemado algo más que la caprichosa mansión de su bisabuelo. El tufo a barbacoa de parientes, de unos Midden llegados de África, de la India y de otros lugares lejanos y turbulentos, y que habían creído encontrar en la casa un retiro cómodo y seguro para su jubilación, apestaba la atmósfera de aquella mañana de verano.

Lennox Midden no lo entendía en absoluto pero, siendo como era abogado, buscaba ya a su alrededor alguien a quien responsabilizar de todo aquello. Y demandar. Se enteró de lo que necesitaba saber a través de Frank Midden, el de la granja de avestruces, que con gran sensatez había saltado por la ventana de su dormitorio para rodar por el tejadillo del mirador y aterrizar finalmente en el techo de una furgoneta de la policía.

—Lo empezaron esos malditos bastardos —gimió, señalándole el cuerpo de un tirador de la policía uniformado con su mono negro. Ahora cojeaba también de su otra pierna, pero le daba igual—. Llegaron como locos por la avenida en sus furgonetas, y se pusieron a disparar contra todo bicho viviente. Los vi matar a la señora Devizes, que se asomó a la ventana de su habitación y se limitó a preguntarles qué estaban haciendo. Supongo que ya nunca lo sabrá la pobre.

—¡Pero son policías! —dijo Lennox, que ya había visto los distintivos

en las furgonetas—. Deben de haber tenido alguna razón para empezar a disparar.

Frank Midden no podía creerlo.

—¿Razón? ¿Policías? Si ésos son policías británicos, ¡me vuelvo a Suráfrica! Los que tenemos allí son bastante malos, ¡pero estos bastardos...!

No encontró palabras para expresar lo que pensaba de ellos, pero Lennox Midden no necesitaba oír más. Si la comisaría de Twixt y Tween había sido responsable de aquel criminal atentando contra personas y propiedades, tendría que pagar por ello. Lennox pensaba, sobre todo, en la propiedad: una casa que había costado una fortuna, para la que nunca hubiera podido encontrar comprador y que ahora, reducida a cenizas, alcanzaba un valor incalculable. Los Midden muertos lo acrecentarían. Pero su mente legal, afilada a la perfección por años de litigar en asuntos de indemnizaciones por daños y perjuicios, ni siquiera comenzaba a imaginar hasta qué punto incidiría en aquella valoración la desgraciada suerte de aquel grupito. O, como se lo dijo a Marjorie Midden al encontrarla en la granja colgada todavía al teléfono, con una ironía que poco podía suponer cuan exacta era:

—¡Qué suerte más negra!

La señorita Midden se reservó sus pensamientos. No tenía idea de cuál había sido el detonante de los catastróficos sucesos de aquella mañana, ni de por qué «Búfalo» se había puesto a disparar su rifle; pero, fuera lo que fuese, sentía una macabra gratitud. La maldición de The Middenhall se había roto.

Como las gafas del inspector Rascombe. Y no es que las necesitara para ver confusamente —sus ideas eran ya bastante borrosas de por sí— que era en buena parte responsable de la destrucción de un gran edificio, de las muertes de, como mínimo, media docena de tiradores de los comandos de intervención rápida de la policía y, si debía dar crédito a su olfato, de algunos de los anteriores ocupantes del maldito caserón. Por eso, mientras se arrastraba por el barro tratando de salir del lago artificial en que había buscado refugio, comprendió que su carrera como oficial de policía se había acabado. ¡Sólo Dios sabía lo que diría el comisario jefe al enterarse de aquel descalabro! Y, a juzgar por el ruido de varios helicópteros sobrevolando el lugar, probablemente se habría enterado ya y estaría buscando con saña una cabeza de turco... (Una no..., la suya.) La única esperanza del inspector —muy leve, aunque muy sincera— estribaba en que a sir Arnold Gonders le hubiera dado un ataque de apoplejía o un infarto fatal.

En realidad, el comisario jefe no tenía idea de lo que el avieso destino le reservaba aquel domingo. El hecho de encontrarse en Boggington, a unos cincuenta kilómetros al norte de Tween, compartiendo con los feligreses de la iglesia del Santo Sepulcro los dones de sus coloquios con Dios, lo libró momentáneamente del conocimiento de los hechos. Los dones en cuestión consistían sobre todo en una serie de admoniciones que hacían que Dios se pareciera a la Gran Dama arengando a los suyos.

—Yo os digo —anunció desde el púlpito— que, a menos que mantengáis las garantías de la libre empresa y la libre iniciativa, os

veréis atados a las obras de Satanás. Nuestra misión en este mundo es aumentar ese bien que ya es el amor de Dios con el disfrute de la libertad de empresa, rechazando el plato de lentejas que nos ofrece el Estado de bienestar para arrebatarnos una urgencia que hemos de sentir siempre. Esa urgencia, queridos hermanos y hermanas en el Señor, es la de cuidar de nosotros mismos como individuos, para evitar así al resto de la comunidad que tengan que cuidarnos por la vía de los impuestos. Esta misma semana me ha llenado de ánimos ver cuántos grupos de vigilancia y comisiones de vecinos se han formado para complementar el espléndido trabajo que está haciendo la policía en todas partes y, en particular, los hombres que tengo a mis órdenes. Yo no tengo muy a menudo la suerte..., la oportunidad, diría mejor..., de llevar a cabo la obra de Dios de la forma que Él quiere que lo haga; esto es, como lo hacéis vosotros animando a otros a librarse a sí mismos de los grilletes de la pasividad y el conformismo, y saliendo a la luz para mostrar a quienes son menos afortunados que vosotros cómo es posible conseguir las bendiciones, positivas y activas, de la salud, la riqueza y la felicidad. Esto no significa que debamos resignarnos a las necesidades sociales o a lo que llaman privación. Todo lo contrario: hemos de conseguir todo cuanto podamos de nosotros mismos, de nuestra riqueza y de nuestras dotes para los negocios. Como el Señor me ha mostrado, hay tantos triunfadores en el camino de los cielos como dadivosos en la resbaladiza carretera que lleva al infierno. Porque una cosa es dar una moneda a un pobre y otra muy distinta mendigar uno mismo. Por eso os digo, mis queridos amigos: ayudad a la policía en la medida de vuestras fuerzas en la prevención del crimen y la prosecución de la justicia, pero jamás olvidéis que el camino recto pasa por serviros a vosotros mismos, y no al revés. Y ahora, hermanos, oremos al Señor.

Enfrente de él, los fieles de la congregación inclinaron solemnemente sus cabezas mientras el comisario jefe, en un alarde de retórica, pronunciaba una oración por el éxito de la campaña contra los robos de coches y otros asuntillos afines. Fue realmente una gran pieza oratoria.

—Pienso que ha equivocado usted su vocación, sir Arnold —le dijo el ministro, luego, al despedirse—. Tal vez cuando decida dejar esa magnífica labor que está desempeñando como comisario jefe sienta usted la llamada al ministerio. ¡Hay muchas oportunidades para un hombre de su talento!

—No lo dudo —respondió sir Arnold, a quien no le hacían ninguna gracia las alusiones a su retiro—. Pero me veo más bien en un papel mucho más humilde, reverendo: como un pobre pecador que se goza en lo más íntimo de su corazón llevando el mensaje del Señor a...

—Lo comprendo, lo comprendo, sir Arnold —dijo el ministro, tratando de cortar el torrente oratorio del comisario jefe antes de que se desbordara otra vez—. Un sermón espléndido. Espléndido —repitió, y se alejó para atender a otro de sus feligreses.

Sir Arnold terminó de bajar la escalinata para dirigirse a su coche. De regreso a Sweep's Place iba pensando en cómo haría mejor uso de aquella fortaleza moral que el hablar de Dios estimulaba siempre en él.

«Esto debería poner término a las desgracias, como le pasó al buen

Job», pensó. «Dios no va a querer comprometer mis esfuerzos por mantener la ley y el orden».

Su esperanza no duró mucho. Al poner la radio del coche captó un avance de noticias que estuvo a punto de hacer que se estrellara contra una marquesina de autobús:

«La batalla en The Middenhall, tras la operación policial desarrollada esta mañana, ha concluido ya. El edificio está ardiendo y ha habido una enorme explosión. Las bajas de la policía ascienden a nueve muertos. No se conocen cifras relativas a los ocupantes de la mansión. Seguiremos facilitando nuevas informaciones a medida que nos sea posible».

El comisario jefe detuvo el coche en el arcén de la carretera y se quedó mirando fijamente el aparato de radio. ¿Nueve polis muertos? ¿Nueve de sus muchachos? ¡Imposible! ¿Y que ya no eran sus muchachos, ni muchachos siquiera, sino unos cadáveres...? ¡Condenación! ¡Y aquel cerdo quejica de Job pensaba que había caído sobre él la desgracia! Pero sir Arnold comprendía ahora por qué Job había maldecido el día..., y lo maldijo también él. El día en que había tenido la ocurrencia de nombrar a aquel jodido memo de Rascombe jefe de la Brigada de Represión de Delitos Mayores. Ése fue el día que maldijo. Y a Dios, por supuesto, por haber creado a Rascombe, para empezar. Tendría que haber tenido más sentido común... Porque, incluso cuando Rascombe no era más que un espermatozoide, seguro que fue posible determinar que no tenía los sesos de un..., bueno, de un simple espermatozoide siquiera. ¿Y qué estúpido óvulo lo invitó a pasar? Debió de haber estado fuera de sus cabales el jodido óvulo... Si él, sir Arnold Gonders, hubiera tenido las posibilidades de Dios, le habría retorcido el cuello al maldito espermatozoide y arrojado a la calle de un puntapié aquel óvulo retrasado mental. Y en el caso de no haber podido hacer eso —porque, pensándolo mejor, tal vez hubiera sido bastante difícil—, jamás hubiera dudado en emplear una aguja de hacer media para acabar con aquella infame pareja. O, mejor aún, le habría aplicado un lavado uterino a la señora Rascombe, con Harpic o Domestos, con cualquier cosa que la obligara a pensárselo dos veces antes de volver a meterse en la cama con el condenado Rascombe padre.

Sentado en su Jaguar a las afueras de uno de aquellos pueblos mineros de Twixt y Tween que tan despiadadamente había contribuido a convertir en un foco de desempleo, el comisario jefe contemplaba el radiante día veraniego de forma muy distinta a como lo veía el resto de la gente. Para él era un día nublado, con grandes nubarrones de tormenta negros y amenazadores..., tan negros y amenazadores como la hilera de casas de mineros, pequeñas, miserables, con latas de cerveza vacías en las cunetas de la calle. Algunas tenían las ventanas tapadas con maderas y en otras vivían hombres sin recursos que jamás volverían a trabajar, o viejos con los pulmones destrozados por la silicosis, y una chiquillería salvaje. Pero incluso en aquellas casuchas gozarían con la caída del hombre que había ordenado a sus agentes romper las Kneas de sus piquetes de huelga y, de paso, cuantas cabezas encontraran, ¡y al diablo las consecuencias! Los bastardos de aquellos cuchitriles saldrían probablemente a la calle para celebrar su destitución

y beber a su desgracia hasta caer borrachos.

El comisario jefe aceleró para dejar atrás aquella horrible visión de su futuro. Abrigaba muchas ilusiones sobre muchas cosas, pero conocía a sus amigos y aliados políticos. Los Bload, los Serve, los jodidos y encumbrados magnates a los que había prestado ayuda, como Pullborough, el magnate de la Compañía de Aguas, lo dejarían caer como una patata caliente..., como una mierda de perro, mejor dicho. Amigos todos ellos para los vientos favorables, y ahora el suyo soplaba de contra. En su imaginación estaba diluviando ya y las rachas del temporal azotaban su cara. Otro avance de noticias. Las bajas de la policía ascendían a trece y el número de víctimas en The Middenhall se cifraba de momento en unas diez. Los comandos de intervención rápida ni siquiera habían sabido disparar certeramente. Aún no había sido posible localizar al comisario jefe, pero su segundo, Henry Hodge, entrevistado en su propia casa, había admitido que ignoraba que se hubiera autorizado una incursión armada en The Middenhall. Era su primera noticia.

—¡Estúpido mamón! —gritó a la radio el comisario jefe—. ¿No podía haberse limitado a decir «Sin comentarios»?

La pregunta era ociosa. Hasta sir Arnold podía entenderlo. El muy cerdo quería su puesto y por eso lo dejaba atascado en la mierda y le cargaba el muerto. Ahora sí que ni podía soñar en llegar a su casa de Sweep's Place: estaría rodeada de periodistas y de los tipos de la BBC con sus cámaras y micrófonos que siempre andaban pidiendo su cabeza. Bien..., esta vez lo habían logrado. Con la maligna astucia de una rata acorralada, sir Arnold buscó una forma de escapar de la trampa en la que se encontraba. Y la encontró: una enfermedad violenta. En algún momento de su vida sórdida y brutal había oído decir que ingiriendo el contenido de un tubo de pasta dentífrica se conseguían algunos síntomas horribles y aparentemente auténticos. Paró, pues, delante de un supermercado abierto y compró dos tubos de tamaño familiar de diferentes marcas, por si una fallaba, y una botella de tónica. Lo encontrarían sin conocimiento dentro de su coche en algún lugar próximo al hospital general de Tween —no quería arriesgarse a morir—, al que se apresurarían a llevarlo para aplicarle un tratamiento de urgencia.

Con las renovadas fuerzas que le daba su determinación, el comisario jefe condujo hasta Tween y, tras aparcar el coche a las puertas del hospital, se las arregló como buenamente pudo, y con enorme dificultad, para tragar la pasta de los tubos entre sorbo y sorbo de tónica. Fue una ocurrencia que en seguida lamentaría. Porque el efecto fue casi instantáneo. Y horrible. Salió del Jaguar tambaleándose y se desplomó en la calzada. No estaba fingiendo. Ignoraba que tenía una úlcera, y ahora lo sabía..., con creces. O tal vez se trataba de alguna otra cosa. Una hernia de hiato no era... Pero quizá sí una intoxicación por flúor. ¡Dios santo! No se le había ocurrido pensarlo. Mientras se arrastraba hacia la entrada del hospital, supo que iba a morir. Tenía que estar muriéndose. ¡Maldita la hora en que había tratado de simular una enfermedad tomando en serio todas aquellas bobadas acerca de la pasta

de dientes, que ahora salía a borbotones por entre los suyos! Había cometido un terrible error.

Una hora más tarde tuvo la evidencia de la enormidad de aquel error por más de un concepto.

—Es la primera vez en mi vida que sé de un intento de suicidio con pasta de dientes —dijo el médico que le había practicado el lavado de estómago—. Debe de haberse vuelto loco.

Esta opinión fue compartida en Whitehall. Y hay que decir que el primer ministro, que había visto por televisión el infierno desencadenado en The Middenhall (aquellos helicópteros habían prestado un excelente servicio a los medios de comunicación) y que gustosamente hubiera estrangulado a sir Arnold con sus propias y menudas manos, se quedó atónito al saber que seguía vivo a pesar de haber intentado suicidarse tragando dos tubos de pasta de dientes, por lo menos.

Y se quedó asimismo aterrorizado al enterarse, por el jefe de los servicios de Inteligencia de Interior, que el grupo especial enviado desde Londres para investigar el contenido de la casa de Sweep's Place había encontrado montones de cintas de vídeo grabadas en un burdel y protagonizadas ampliamente por destacados miembros del partido local, prominentes hombres de negocios y notables contribuyentes a los fondos de la organización central del partido. Había aparecido también gran cantidad de información muy delicada en el disco duro y la base de datos del ordenador de sir Arnold.

—Tendrá que irse —le dijo al ministro de Interior—. No hay discusión que valga. No mantendré a un individuo tan corrupto en un puesto de gran responsabilidad. No quiero.

Era una afirmación demasiado tajante para venir de una persona tan débil. Pero el ministro de Interior no tenía la menor intención de oponerse al primer ministro: también a él le habría gustado estrangular al comisario jefe; y no sólo por la que había armado en The Middenhall, sino, a un nivel más personal, por la faena que le había hecho a él mismo. Alguien debería haberle puesto en guardia contra aquel establecimiento de Urnmouth y prevenirlo de que podría ser filmado en su papel de Marlene Dietrich. Para decirlo en términos suaves, el futuro de sir Arnold Gonders no iba ser placentero.

—Pero, por otra parte, no debemos zarandear demasiado la nave del partido local —prosiguió el primer ministro.

Era, en verdad un hombre muy débil. El ministro de Interior no podía avenirse a tantos miramientos. Él habría torpedeado la maldita nave y ametrallado a los sobrevivientes. Estaba de muy mala leche.

29

Mientras el último tirador de la policía era evacuado del césped frente a las ruinas humeantes y los forenses llegados de Scotland Yard —«¡Al diablo con lo que pueda decir ese imbécil de Gonders! Le pongo a usted

al mando», le había dicho el ministro de Interior al comisario jefe de Scotland Yard— iniciaban la tarea casi imposible de distinguir los restos de la señora Devizes de los de la señora Laura Midden Rayter y de los demás cuerpos carbonizados (algo sólo viable mediante análisis del DNA)...; mientras la cocinera, roja como una langosta, explicaba a una audiencia de al menos quince millones de televidentes cómo ella y otras personas que la ayudaban en la cocina habían logrado escapar del holocausto escondiéndose en la bodega y sufriendo la experiencia de ser pasadas por agua...; mientras las interesadas y especialistas en traumas infantiles regresaban al salón de conferencias de su lujosísimo hotel para seguir debatiendo sobre el esfínter anal en un contexto totalmente distinto y, en concreto, aplicado a los sumideros del Estado antifeminista, a la policía...; mientras, en suma, todas las cosas volvían a sus cauces, el deán se llevó a los chicos de la misión Porterhouse de vuelta a Isle of Dogs, lejos de aquel vertedero nauseabundo que había sido The Middenhall.

Entre tanto Consuelo McKoy, aún con su maillot plateado, trataba de abrirse camino en la maleza y se preguntaba si alguna vez volvería a tener los mismos sentimientos de antes por los niños.

Quien seguro no volvería a tenerlos era el detective inspector Rascombe. Sentado en la trasera de una furgoneta de la policía, no albergaba ya el más mínimo interés por la suerte que pudieran correr todos los chiquillos del mundo. Por él, podían utilizarlos para celebrar misas negras, y sacrificarlos de hora en hora: hasta se alegraría de que así fuera. Porque ya no le quedaban otros motivos de alegría. Le estaban esperando en la central, y los dos detectives que lo metieron en la furgoneta le habían dicho que llegaban de Londres unos investigadores especiales para tener un cambio de impresiones con él. Rascombe sabía muy bien lo que era eso. Él mismo había mantenido «cambios de impresiones» con otros, a los que no les quedaron ganas de repetir la experiencia.

Detrás de él, en el bosque, Phoebe Turnbird dejó al agente Markin con los brazos alrededor del tronco de un árbol y las manos atadas a la espalda: un truco que le había enseñado el difunto general de brigada Turnbird, quien había hecho lo mismo con un buen número de prisioneros de guerra para interrogarlos. Y a continuación se dirigió triunfante a la granja Midden, con su vestido blanco desgarrado y sucio, y la pamela hecha una pena. Quería consolar a la pobre Marjorie y expresarle cuánto, cuánto lo sentía, así como su afecto en aquellos momentos de desgracia. Para su sorpresa, encontró a Marjorie Midden sentada ante la puerta de la granja y con un aspecto notablemente jovial para tratarse de una mujer que lo había perdido todo.

—¡Oh, mi pobre querida...! —empezó Phoebe, haciendo caso omiso del brillo de satisfacción que irradiaba el rostro de Marjorie.

Porque la señorita Turnbird, a pesar de su amor por la poesía, no era una mujer de profunda sensibilidad ni intuición. O tal vez la poesía era, para ella, el sustitutivo de ambas. Se había acercado allí a compadecer a la pobre y querida Marjorie (y mostrarse condescendiente, de paso), y lo haría contra viento y marea. Para vientos, los que se habían abatido

sobre The Middenhall y, para marea, la que tan oportunamente salvó la vida de la cocinera. Pero Marjorie había tenido un día demasiado bueno para consentir que se lo aguara la cursilería sentimentaloide de Phoebe Turnbird: la cursilería y sus odiosos aires de superioridad. Además, estaba claro que, fuera lo que fuese lo que había estado haciendo Phoebe aquella mañana, no volvía de misa. El mantillo que manchaba su rostro y sus manos, y el estado de sus ropas, lo indicaban con claridad. Obviamente se lo había pasado bomba retozando en el suelo... Al observarla, Marjorie Midden se vio iluminada por una inspiración repentina. Levantó la mano y la voz:

—Déjate de eso, Phoebe. No estoy para monsergas. Tráete una silla y... No, mejor: sube arriba a lavarte la cara primero. Te pareces a la Barbara Cartland... Vamos, que no tienes tu aspecto normal. Ese lápiz de labios no te va. Supongo que te lo has puesto porque el pelma ese del deán dijo en una ocasión que... No importa. Voy a preparar una taza de té y en seguida te lo contaré todo.

Phoebe subió patosamente las escaleras y cuando volvió su aspecto era mucho mejor. Por lo menos había podido quitarse la pintura de labios, aunque su intento de la pasada noche de depilarse las cejas se revelaba ahora claramente un error a juzgar por los muchos puntos visibles. Fue a buscar una silla y se reunió con Marjorie en el jardín.

—Mira, Phoebe..., tengo una cosa que decirte. Así que deseo que me escuches con atención. Temo haber abusado de tu hospitalidad... —empezó, al tiempo que le tendía una taza grande en un plato—. El caso es que estos días he tenido aquí como huésped a un muchacho muy simpático. Ha sufrido recientemente una crisis nerviosa y está un poco inquieto. Por eso esta mañana, cuando comenzó todo ese jaleo en la casa grande... No, no, querida... No me digas nada. Prefiero no hablar del asunto. Esto otro es mucho más importante. Como te iba diciendo, cuando la policía empezó a matar a la gente de allí, pensé inmediatamente en ti y me dije que Carryclogs era el lugar ideal para enviar al pobre chico. Bueno..., si te he de ser sincera, ya no es exactamente un chico: más bien un animalote de veintiocho años, que no destaca por ser muy brillante que digamos. Y eso que le gusta que lo llamen Bright, Timothy Bright... Pero, de brillante, nada de nada. De ahí le viene buena parte de su problema de nervios. Ha sido no sé qué en la City, y el estrés lo ha afectado. No me extraña que sufra terribles pesadillas: nadie debería poner delante de un ordenador todo el día a un joven sano, y obligarle a tomar decisiones instantáneas en asuntos de dinero. No es natural. Sin embargo, dándole a ese muchacho afecto, buenos alimentos y aire fresco (estoy segura de que monta y dispara bien, porque es de ésos), y contando con la mano sanadora del tiempo, en seguida se pondrá como nuevo. Por eso lo he enviado a tu casa, porque me consta lo buena, lo amable y lo afectuosa que eres. Es de tu posición social, además. He conocido a su tío y se trata de una familia excelente. Y él tampoco está mal de modales. Estoy segura de que podrás ayudar a ese pobre chico. Espero que no te sepa mal que me haya tomado esta libertad en tu nombre, pero pensé que...

Lo que Marjorie realmente pensaba se lo guardó para sí. Si Phoebe

Turnbird no abría su generoso seno al fantasmón de Timothy y no lo llevaba hasta el altar, ella no era Marjorie Midden, hija de Bernard Foss Midden y Cloacina von Misthaufen, hija ésta, a su vez, del general Von Misthaufen, a la que conoció su padre con ocasión de haber logrado ella permiso para visitar al moribundo general en The Middenhall, en 1949. Marjorie no había llegado a conocerla, porque su madre murió al darla a luz; pero su padre siempre se la había descrito como una mujer extraordinariamente decidida, cuya sencilla cocina alemana había sentado a la perfección a su maltrecho estómago. «¡Mi querida Clo...!», exclamaba de cuando en cuando. «A veces echo de menos su Blutwurst y Nachspeise... Tenía un maravilloso apetito tu madre. Era un placer verla comer. Solía decirme: «Nuestra familia no era *von* de nada. Ni Misthaufen. Pura afectación. Nos llamábamos simplemente Scheisse, como vosotros Midden, hasta que llegó el Kaiser y, por arte de magia, nos convertimos en Von Misthaufen. Pero Scheisse es mejor. Bien pegado a la tierra y sin pretensiones. ¡Cuánta razón tenía! Tu madre era una mujer excepcional, Marjorie. Veía las cosas con clarividencia».

Finalmente Marjorie, mientras la humareda iba desvaneciéndose en el cielo a sus espaldas, llevó a Phoebe en su coche a Carryclogs Hall y recogió allí al mayor MacPhee. Se había librado de aquel caserón pretencioso y ya no tendría que volver a pensar en él nunca más.

Tampoco tendría que preocuparse por el dinero. Encima de su armario ropero, dentro de una caja de cartón, había un envoltorio de papel de estraza conteniendo miles y miles de libras: el paquete de aquel individuo de la navaja barbera que tanto había aterrorizado a Timothy Bright. Ya no viajaría a ninguna parte. Los Bright habían recuperado su dinero y Phoebe tenía un novio en puertas. Ella seguiría viviendo en la granja mientras Lennox les sacaba a las autoridades hasta el último penique por la destrucción de The Middenhall.

Pero... ni por asomo pensaba asistir a la boda de Phoebe. Ella se lo pediría, sin duda, y que fuera su dama de honor. Marjorie se estremeció al pensarlo. Sería una boda fastidiosamente ruidosa y, en cualquier caso, ella ya no estaba para hacer de dama de honor de nadie. Ni envidiaba a Phoebe. Seguiría siendo lo que era ahora y lo que siempre desearía ser: una mujer independiente. No tenía la más mínima intención de casarse, ni aunque la mataran. Ya había demasiados Midden en el mundo para ponerse a hacer más. Y el mayor que se quedara en la casa, si quería. Era un hombrecillo patético, ciertamente, pero no le vendría mal para ayudarla en la casa. Sin embargo, dudaba que quisiera quedarse. La afición del mayor por la vida del arroyo (nostalgia del fango la había oído llamar una vez, aunque en su caso era menos del fango que de la basura) acabaría llamándolo.

El viejo Humber acababa de dejar atrás Six Lanes End cuando Marjorie vio acercarse a ellos una figura andrajosa y mugrienta. Paró el coche para preguntar si podía prestarle alguna ayuda.

—Muy amable de su parte, señora. Estoy tratando de encontrar el camino de Piccadilly Circus, pero por aquí nadie parece saberlo.

Era «Búfalo» Midden y el barro, en su caso, era de verdad.

—Suba —dijo Marjorie—. Precisamente voy en esa misma dirección.

A su lado, el mayor MacPhee empezó a farfullar una protesta. Pero ella la cortó de raíz:

—Cierra el pico. Cierra el pico o bájate del coche y camina.

El mayor se calló. Ya había caminado bastante aquel día. Para cuando llegaron al patio de la granja, Marjorie sabía ya que jamás podría librarse de los viejos estúpidos y de sus locas fantasías. Pero, como era una mujer amable y de buenos sentimientos, no le importaba. En cierto modo, era su vocación.